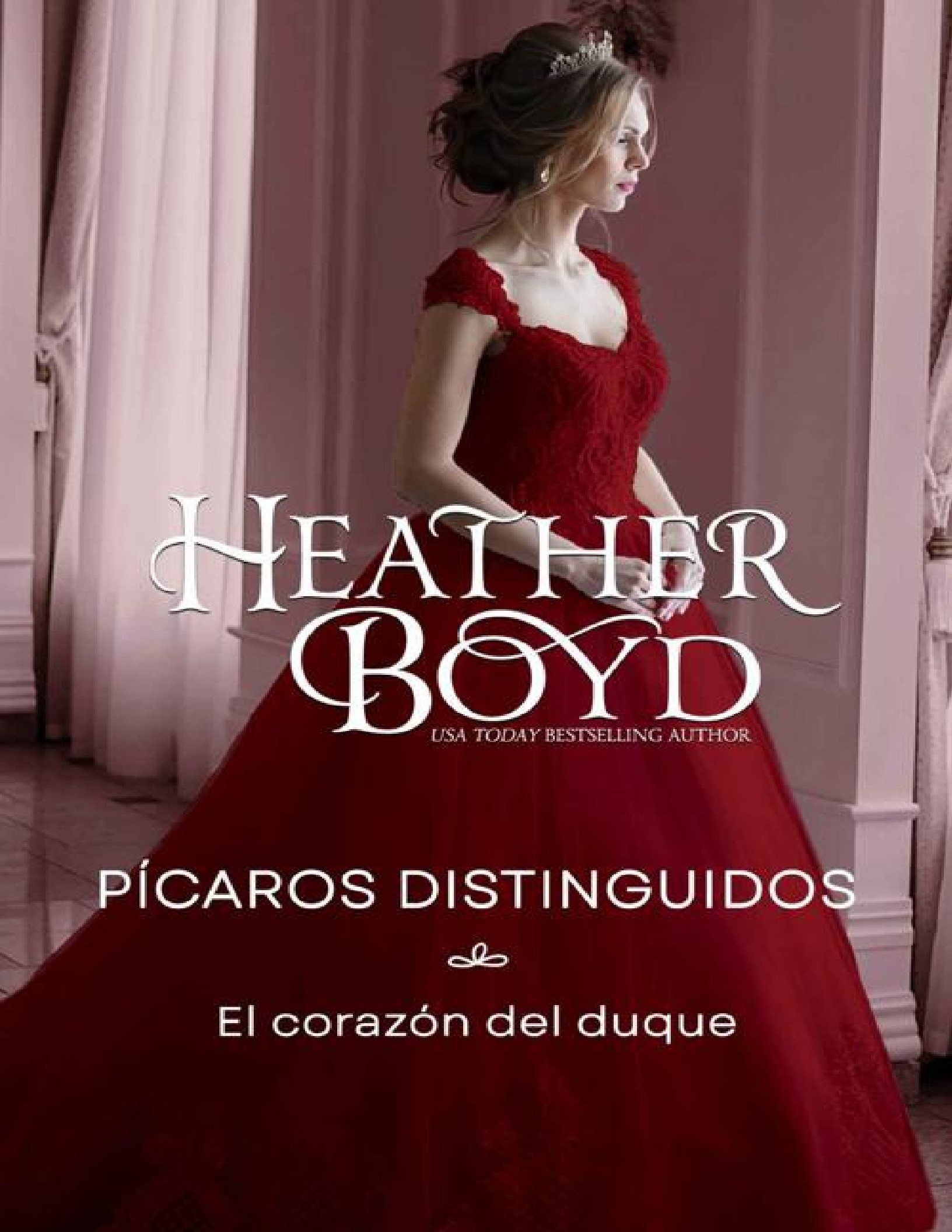

HEATHER
BOYD
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
PÍCAROS DISTINGUIDOS
El corazón del duque

EL CORAZÓN DEL DUQUE

PÍCAROS DISTINGUIDOS

LIBRO ONCE



HEATHER BOYD

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2024 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1



Grosvenor Square, Londres

Julio de 1815

—¿Otra vez de librea, Teddy? —refunfuñó Sinclair, mirando con amargura la vestimenta actual de su heredero con frustración evidente mientras el joven entraba en su despacho con un paño para el polvo y una sonrisa alegre—. Sabes que puedo permitirme proporcionarte un guardarropa adecuado.

—No quiero que nadie me mire dos veces —argumentó Thaddeus Godfrey Berringer, el primo lejano de Sinclair, bajando un libro grande de un estante alto—. Vestirme así mantendrá mi identidad en secreto, y lo ha hecho. Nadie mira dos veces a tus sirvientes. Están demasiado cegados por el apuesto rostro del distinguido Duque de Exeter.

Teddy sonrió con picardía mientras pasaba el paño por el lomo del libro, pero Sinclair apretó los dientes. Habían estado teniendo esta misma discusión durante los últimos meses sin llegar a ninguna parte. Estaba completamente harto del engaño. Evaluó al joven, buscando nuevas formas de argumentar su punto y ganar. —Preferiría que dirigieran su atención hacia ti en su lugar. Después de todo, necesitarás una esposa pronto.

—Tú la necesitas más. Si pudieras simplemente elegir, yo no sería necesario.

—No empieces con eso otra vez, señor —gruñó Sinclair.

El matrimonio no parecía ser algo a lo que Sinclair estuviera destinado, y francamente, también había renunciado al amor.

Estudió a Teddy mientras continuaba sacando libro tras libro del estante, quitándoles el polvo y volviéndolos a colocar. El futuro descansaba en las muy capaces manos de Thaddeus Berringer. Algún día, el joven compartiría la fe que Sinclair tenía en él.

Pero no hasta que dejara de considerarse indigno del título y toda la responsabilidad que venía con la vasta herencia.

El parecido entre ellos era solo muy ligero y nadie sospechaba que Teddy fuera algo más que el apuesto sirviente que parecía ser. Teddy tenía veinticuatro años, bastante más joven que Sinclair. Moreno, de ojos oscuros, mientras que Sinclair era rubio con ojos azules. Musculoso cuando Sinclair era más delgado y esbelto. La apariencia actual de Teddy podría sugerir a otros que era bastante común, pero la mente debajo de la fachada era otra cuestión completamente distinta.

Cuando nadie miraba, Teddy no solo quitaba el polvo a los libros. Los leía de principio a fin, y a veces dos veces. Teddy absorbía información como una esponja y discutía, en voz alta ocasionalmente, con cada libro o documento que Sinclair le había entregado. Tenía una fina inteligencia que lo llevaría lejos en la vida si tan solo creyera en sí mismo. Vestirse como un

sirviente era un disfraz innecesario, dado que sus perspectivas eran extraordinarias, pero Sinclair aún no podía convencerlo de que lo abandonara.

Teddy era el único Berrington que quedaba para heredar el título de Duque de Exeter cuando Sinclair muriera, pero a Sinclair se le prohibía hablar de ello con otros. Constantemente le sorprendía que nadie lo adivinara, ya que Teddy siempre estaba a su lado últimamente.

Sinclair nunca se había imaginado a Teddy tan retraído, o tan terco cuando lo había sacado de la oscuridad para que aprendiera a su lado. Había pensado que el joven se cansaría rápidamente de la artimaña también. El padre de Teddy, Godfrey Berringer, había sido ruidoso y bastante lleno de su propia importancia. A Sinclair nunca le había gustado realmente el hombre. Godfrey, su primo segundo, había prometido a todos que heredaría la propiedad de Sinclair, hasta el día en que murió.

Teddy, casi exactamente lo opuesto, no estaba dispuesto a decirle a nadie que era el heredero de Sinclair o que heredaría una fortuna en tierras y fondos. Todos suponían que el título se extinguiría cuando Sinclair falleciera.

La única manera en que Sinclair había logrado que Teddy viniera a Londres fue prometiendo mantener su identidad en secreto. La restricción lo irritaba, pero mantenía su palabra a toda costa por temor a que Teddy huyera y hiciera un mejor trabajo escondiéndose la próxima vez. Esa revelación atrasada de la identidad de Teddy detendría muchos chismes sobre el futuro aparentemente incierto del ducado.

No es que Sinclair estuviera muriendo, o a punto de hacerlo. Se sentía en plena forma, pero muy molesto en este momento.

—Lord Wade ha llegado, su excelencia —anunció el mayordomo después de golpear la puerta.

—Bien, hazlo pasar.

Teddy se apresuró a devolver el libro que había empezado a hojear al estante. —Si no hay nada más, su excelencia, volveré más tarde.

Teddy preferiría ser despedido. Sinclair tenía otras ideas hoy. —Te quedarás.

Aunque parecía infeliz de ser retenido, Teddy se movió al lado de la habitación y se puso en posición de firmes.

Sinclair se puso de pie para saludar a Lord Wade y le estrechó la mano a través del escritorio. —Gracias por venir.

—Siempre estoy feliz de ser de servicio, pero no tengo buenas noticias hoy —advirtió Wade —. Mis indagaciones no han arrojado recomendaciones positivas, desafortunadamente.

—¿Confío en que fuiste discreto?

—Por supuesto.

—Tenía tantas esperanzas de que vieras algo en una de ellas —murmuró Sinclair—. No hace mucho tiempo, pensé que yo mismo podría haber encontrado a alguien. Sin embargo, resultó ser de otra manera. Bastante incómodo para mí.

—No he oído ni una palabra de eso, su excelencia —respondió Lord Wade sin encontrar su mirada. El vizconde probablemente *sí* sabía sobre el intento de Sinclair de ganarse el corazón de una mujer que tenía la mitad de su edad el año pasado. A Sinclair le gustaba que Wade fingiera ignorancia sobre el tema. También le gustaba que la mitad de los secretos de la sociedad cayeran en manos de Wade y él nunca admitiera conocerlos. Lord Wade tampoco había requerido explicaciones agotadoras para comenzar esta tarea, pero no sabía que la novia que buscaba no estaba destinada a Sinclair. Decirle la verdad habría significado romper una promesa a alguien más importante que el vizconde.

—Estoy decidido a no enfrentar una situación similar de nuevo —anunció Sinclair—. Por eso acudí a ti para una segunda opinión sobre las damas que ambos conocemos.

—Ya veo. —El vizconde lanzó una mirada a Teddy, su expresión volviéndose desconcertada mientras sacaba un papel muy doblado del bolsillo de su abrigo.

Sinclair tomó el documento y lo guardó rápidamente en el cajón de su escritorio. —Lo que quería no era que me encontraras una novia de esa lista, sino que confirmaras mis propias conclusiones.

El vizconde estudió sus manos. —Y como descarté todos los nombres que me diste por ser inadecuados por una razón u otra...

—Estoy de vuelta en el punto de partida, por así decirlo —Sinclair sacudió la cabeza con decepción. Sospechaba que se había vuelto demasiado exigente en su vejez. Aunque Sinclair no se sentía viejo, ni siquiera aparentaba su edad, aparentemente. Pronto cumpliría un año más, y los años comenzaban a pesar sobre su espíritu. Nunca había sido padre, aunque había ayudado a criar a los hijos de su hermana gemela después de su muerte. Esos niños ahora tenían hijos propios. No era exactamente un abuelo, aunque a veces sentía que debía parecerlo para los miembros de la familia.

Era todo terriblemente incómodo para él haber fallado en el único deber que se esperaba de él. Ahora debía hacer averiguaciones en nombre de otra persona.

Sonrió rápidamente. —Muchas gracias por su tiempo y esfuerzo, Lord Wade. No me gustaría mantenerlo alejado de su esposa por más tiempo.

Lord Wade se había casado recientemente, y muy bien, además. Sabía una cosa o dos sobre el matrimonio y las pruebas del cortejo. Sin embargo, el tipo se encogió de hombros y no parecía tener prisa por levantarse. —No me importó el tiempo lejos de ella.

Sinclair miró al hombre con asombro. Lord Wade se había casado con una heredera, y superficialmente, parecía que tenían poco en común. Sin embargo, si uno mirara todos los matrimonios de esa manera, sería un idiota. Wade había estado dedicado a su novia, incluso cuando parecía destinada a casarse con otra persona. —¿El encanto del matrimonio ya se ha agriado para usted?

—Difícilmente. Sin embargo, el encanto de la casa sí —Wade se rió—. Hemos subestimado gravemente el esfuerzo necesario para despejar espacio para vivir. El polvo es espantoso. He tenido que comprar dos docenas de pañuelos nuevos para atarlos alrededor de nuestras caras para que no estornudemos todo el día.

—Contrate más sirvientes —le dijo Sinclair, perdiendo interés en el tema. Sinclair empleaba a más de mil personas en todas sus propiedades para mantenerlas en buen estado. No necesitaba saber los detalles sobre cómo se hacía el trabajo para quitar el polvo. Wade era un hombre rico ahora. Debía aprender a actuar como tal de nuevo.

Estrechó la mano de Lord Wade, listo para acompañarlo personalmente a la puerta solo para deshacerse de él. Lord Wade le había hecho un gran favor al evaluar discretamente a esas mujeres. Ninguna de las mujeres que él conocía sería una duquesa aceptable para Teddy. No había juzgado mal a ninguna de ellas. Tendría que buscar una novia para su heredero en otro lugar.

A mitad de camino hacia la puerta, escuchó el sonido de cristales rompiéndose detrás de él y se agachó para cubrirse. —¿Otra vez? —se quejó a nadie en particular.

Lord Wade, que también se había refugiado detrás de una silla, tenía los brazos levantados para cubrirse la cabeza. —¿Qué diablos fue eso?

—Quédese ahí —advirtió Sinclair—. O mejor aún, váyase ahora, rápidamente.

Teddy se apresuró a cruzar la habitación, dirigiéndose hacia la ventana rota. Echó las cortinas sobre ambas ventanas y se dio la vuelta. —¿Alguien está herido?

—La ventana lo está —comentó Wade mientras se ponía de pie y miraba con cautela alrededor de la ahora oscura cámara—. Yo estoy ileso.

El cristal roto crujió bajo los pies mientras Teddy cruzaba la habitación hacia Sinclair. Extendió su mano y ayudó a Sinclair a ponerse de pie nuevamente. —Su gracia, realmente debe hacer algo con él.

—Lo sé. Lo sé.

Lord Wade se acercó. —¿Qué está pasando?

—Nada de qué preocuparse. Pídale a un sirviente que le muestre la salida por la parte trasera hoy —Alejó a Wade con las manos mientras se movía hacia la ventana intacta y separaba un poco las cortinas. Solo podía ver una pequeña franja de la calle afuera, pero podía escuchar suficiente ruido desde abajo y una voz familiar, también, que gritaba "¡listos!" a todo pulmón.

Sinclair retrocedió y presionó su espalda contra la pared. —¡No, no lo estamos! —gritó en respuesta.

—Mantenlos firmes ahora —llamó la voz.

Sinclair maldijo por lo bajo y se cubrió la cara. —Esto es el colmo.

—Eso dijo la última vez —se quejó Teddy mientras buscaba seguridad él mismo—. Asumí que usted se había encargado de él.

—Lo haría si pudiera atraparlo a él y a ese maldito artefacto —refunfuñó Sinclair.

—Haga que alguien lo siga hoy.

Se aclaró una garganta, y Sinclair miró detrás de él. Lord Wade no se había marchado como se le ordenó. Estaba parado directamente en el centro de la habitación, y ese no era un lugar seguro para nadie. —Por el amor de Dios, hombre, salga de la línea de fuego.

Lord Wade se agachó y se movió rápidamente para pararse junto a Sinclair. —¿Me dirá por favor qué está pasando?

—Solo una pequeña escaramuza —Miró agudamente al vizconde y frunció el ceño—. Nada de lo que se deba hablar con nadie, ¿me oye? Ahora, quédese muy quieto —advirtió—. No se incline hacia adelante, sin importar lo que suceda a continuación.

—Ahí está —advirtió Teddy mientras echaba un vistazo a través de su ventana cubierta por las cortinas.

—Retira tu maldita cabeza, muchacho —soltó Sinclair, porque sabía por experiencia pasada lo que venía.

Al momento siguiente, objetos duros se estrellaron contra los cristales de las ventanas, rompiendo la mayoría del vidrio, supuso. El bombardeo continuó, haciendo que las cortinas se agitaran hacia la habitación por la fuerza.

—¡Dios mío! —exclamó Lord Wade.

Sinclair inhaló con cuidado, descubriendo que hoy no persistían humos ni olores nocivos. La última vez, el bombardeo había incluido huevos, y no habían sido frescos.

Aunque parecía haber terminado, Sinclair extendió la mano para mantener al vizconde contra la pared en el momento en que intentó moverse. —Espere.

Incluso mientras hablaba, comenzó otro bombardeo, y más huevos volaron elegantemente a través de un hueco en las cortinas, solo para rebotar por el suelo y salir al pasillo.

Luego nada.

Sinclair se acercó con cuidado a la ventana y miró cautelosamente hacia afuera.

Un error.

Otra andanada se lanzó desde el carruaje estacionado frente a su casa.

Se escondió rápidamente de nuevo. Huevos crudos esta vez, y se estrellaron, esparciendo su contenido líquido por todas partes en su escritorio. —¡Maldito sea! Su puntería está mejorando.

—Más persistente y rápido también —señaló Teddy—. Su carruaje ya se está alejando, su gracia —prometió Teddy—. Ha terminado. ¿Debo hacer que lo sigan?

—Sí, muy bien —Sinclair miró con desagrado el desastre a su alrededor mientras Teddy salía corriendo de la habitación, gritando para que un sirviente lo atendiera—. Esto se está volviendo un inconveniente.

Wade se abrió paso con cuidado hacia la puerta.

—¿Quién era ese?

—Un amigo —Sinclair se rascó la barbilla—. En realidad no hemos hablado en dos décadas, pero aun así...

—Me estremezco al pensar lo que le permitirías hacer a un verdadero enemigo tuyo.

—Percy Hunter debería estar encerrado en Bedlam —refunfuñó Teddy al regresar, repitiendo un sentimiento que había compartido muchas veces desde su llegada a Londres. Se acercó, examinando a Sinclair de pies a cabeza. Sinclair estaba ileso y sin mancha, pero Teddy se relajó solo un poco—. Podría haberte matado. Creo que es imprudente salir esta noche.

—No va a atacarme en Vauxhall. Estaré perfectamente a salvo entre la multitud allí. Si te hace feliz, iré disfrazado. Le prometí a Lady Gladstone que estaría allí, y sabes cuánto detesto decepcionarla.

—Sí, su excelencia —murmuró Teddy, cediendo con evidente renuencia.

Sinclair se giró. Lord Wade estaba estudiando a Teddy muy cuidadosamente, y Teddy retrocedió unos pasos. Aunque una ceja se le había elevado, Wade finalmente se encogió de hombros y volvió su atención hacia Sinclair.

—¿Por qué no has hecho arrestar a este tipo?

Sinclair negó con la cabeza.

—Uno no arresta a un viejo amigo, sin importar cuán mal se comporte.

Lord Wade rió suavemente.

—¿Puedo preguntar qué le hiciste para merecer algo así?

—No, no puedes —Sinclair no podía responder esa pregunta. No sabía qué había hecho además de estar demasiado ocupado con los asuntos de ser duque como para mantenerse en contacto con su amigo de la infancia, que ni siquiera debería estar en Londres.

Se hizo a un lado cuando los sirvientes invadieron la habitación para comenzar a limpiar. Lo hicieron en poco tiempo, tapando las ventanas y encendiendo velas, aunque todavía era mediodía.

Finalmente se sentó detrás del escritorio y suspiró.

—Teddy, por favor, acompaña al vizconde a su carruaje.

—Sí, su excelencia.

—Ah, y Teddy. Cuando tengas la dirección del Sr. Hunter, me lo dirás antes de hacer cualquier movimiento contra él. Prefiero tratar con él yo mismo.

Su heredero hizo un sonido de desaprobación, pero asintió en señal de acuerdo. Lord Wade se marchó, claramente reacio, dejando a Sinclair solo para reflexionar sobre el comportamiento reciente de su viejo amigo.

¿Qué había hecho para incitar tales ataques? Nada. Nada que justificara la reciente oleada de animosidad y daños a su hogar. Hunter lo había estado provocando de vez en cuando durante meses, pero arrojar huevos a su casa era un curso de acción muy reciente y desagradable. Hunter

iba a forzarlo pronto a hacerlo arrestar o internarlo en Bedlam.

Sinclair preferiría no hacer ninguna de las dos cosas.

Pero antes de tomar acción hacia cualquiera de esos resultados, Sinclair tendría que hacer una visita a Percy Hunter dondequiera que estuviera. Su amigo de la infancia tenía que detener esta tontería antes de que alguien —con suerte no su único heredero— resultara herido o incluso muerto.

CAPÍTULO 2



LADY CATHERINE FORBES salió apresuradamente del Hotel y Cafetería Long's en New Bond Street para encontrarse con su carruaje alquilado, que había ordenado que estuviera allí a esa hora. Kitty llevaba apenas medio día en la ciudad, pero no tenía tiempo para tomar aliento. Había mucho que hacer si quería salvar a la familia del escándalo.

El cochero se inclinó cuando la vio acercarse con el propietario del hotel a su lado.

—¿A dónde, milady?

Se humedeció los labios y se recordó a sí misma que debía sonar como una inglesa antes de hablar. Había descubierto en sus recientes viajes que su acento, adquirido durante su matrimonio, hacía que demasiadas personas la malinterpretaran deliberadamente, incluso le pedían que repitiera sus palabras, por el simple hecho de divertirse.

—A la casa de Lady Wilhelmina Darrow. Esperarás en Upper Brook Street una respuesta y luego seguirás esta lista y presentarás mi tarjeta en cada casa.

El sol se estaba poniendo, pero era esencial informar a Lady Darrow, Willa, de la llegada de Kitty a la ciudad antes de que saliera a la sociedad esa noche. Kitty odiaría que Willa se enterara de la noticia por otra persona. Willa era una mujer en quien confiaba, alguien a quien podría acudir en busca de ayuda o al menos apoyo, ya que Kitty había internado a su hermano Percy en Bedlam.

Percy Hunter se había vuelto imprudente y, como la mayoría de los hombres que enloquecen, no pensaba en sus responsabilidades con su única hija. Kitty quería ayudar a la joven Felicity, su sobrina, durante los difíciles días que se avecinaban.

El viaje desde el hotel hasta la casa de Lady Darrow fue corto, y el mozo del hotel presentó rápidamente su tarjeta al mayordomo de Lady Darrow y esperó en la puerta pintada de azul para recibir una respuesta.

Pasaron unos minutos y Kitty golpeaba el suelo con el pie nerviosamente. No esperaba con ansias los próximos días tratando de reubicar a su hermano lejos de miradas indiscretas y lenguas chismosas. Miró la casa de nuevo, concluyendo que su amiga estaba fuera o no deseaba verla.

Suspiró y luego sacó la condenatoria carta que llevaba en su bolso. Conocía el contenido de memoria, aunque apenas se atrevía a creer que su hermano hubiera plasmado tales mentiras en papel. No culparía a nadie por darle la espalda a ella o a su hermano ahora, después de lo que se había dicho aquí.

Su hermano había perdido por completo la razón en el último año.

Cuando el mozo finalmente se apartó de la puerta azul, Kitty suspiró y colocó las manos en su regazo. Todavía tenía muchas visitas que hacer, y luego mañana se aventuraría a ver al banquero de la familia para determinar qué fondos podía acceder de inmediato. También debía

encontrar un médico que pudiera confirmar el diagnóstico de locura, y luego discutir con el abogado de la familia cómo iniciar los procedimientos para hacer que su sobrina fuera su única responsabilidad. Si eso no se podía hacer, tendría que negociar con quien Percy hubiera nombrado como tutor de Felicity.

Esperaba que no llegara a eso y que se pudiera razonar con ellos.

De repente, la puerta de su carruaje se abrió de golpe.

Lady Darrow, con la cofia torcida y el cabello saliéndose por todos lados, subió al carruaje y se lanzó a los brazos de Kitty.

—¡Por fin has venido! —exclamó.

—Willa, me estás lastimando —se quejó, aunque abrazaba a la otra mujer con la misma fuerza—. Es tan bueno verte. No estaba segura de que quisieras verme *a mí*.

Willa se apartó. Parecía estar a punto de llorar. ¿Acaso Willa ya sabía sobre las terribles acusaciones de su hermano? A pesar de la amenaza de lágrimas, Willa también sonreía.

—No puedo creer que realmente estés aquí, por fin.

—Sí, finalmente estoy en Londres —asintió y miró a su amiga críticamente—. ¿Estás enferma? Parece que acabas de salir de la cama.

—No estoy enferma en absoluto —prometió Willa, y luego tomó la mano de Kitty—. Oh, ven adentro conmigo ahora.

Kitty asintió, cualquier cosa para hacer que Willa volviera adentro y se mirara en un espejo antes de que los vecinos empezaran a murmurar.

—Rápido —instó Willa con una gran sonrisa, recogiendo su vestido por ambos lados para correr de vuelta a la privacidad del interior.

Kitty hizo una mueca al ver cuánta pierna mostraba.

—Ve tú primero.

Willa salió disparada del carruaje y subió las escaleras, con el cabello y la bata ondeando tras ella. Habría sido bastante cómico si no fuera porque seguramente terminaría en chismes desaprobatorios. Eran demasiado mayores para comportarse como chiquillas tontas, pero, de nuevo, habían sido amigas durante mucho tiempo. Y había pasado *mucho* tiempo desde que ambas habían estado en la misma ciudad.

Willa se quedó justo detrás de la puerta, asomándose hasta que Kitty se unió a ella a un paso más digno. Una vez en el vestíbulo, Willa la abrazó ferozmente de nuevo.

—No puedo creer que hayas venido.

Kitty escuchó un ruido sobre sus cabezas y miró a Willa con agudeza. Willa no tenía familia que pudiera estar haciendo ruido, y su ropa estaba desarreglada, así que...

—¿Estás sola?

Willa arqueó las cejas.

—Estoy segura de que puedes adivinar la respuesta a eso.

Probablemente no lo estaba. Willa había mantenido al mismo amante y protector durante veinte años. Su galán prácticamente vivía en la pequeña casa de Willa, aunque fuera un duque, casado y con una gran fortuna a su nombre. Kitty lo sabía todo sobre Lord Baxter y la situación de Willa como la otra mujer. Willa nunca podría estar con su duque hasta que su actual duquesa muriera. Sin embargo, se decía que la Duquesa de Baxter gozaba de excelente salud.

—Puedo volver más tarde.

—Tonterías —protestó. Aparentemente, Willa ya no se andaba con ceremonias en su propia casa estos días, y subieron las escaleras hacia el tocador. Cuando Kitty entró, una puerta al otro lado de la habitación se estaba cerrando lentamente detrás de un caballero, que tampoco estaba

completamente vestido. Cerró la puerta de golpe y se quedaron solas. Willa la arrastró a través de la habitación y la sentó en una silla—. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Todo el tiempo que sea necesario. Vine a ver a Percy.

—Oh, ese hombre. ¿Qué ha hecho ahora? —exigió Willa.

Kitty miró hacia la puerta recientemente cerrada.

—Quizás no debería decirlo.

—Percy Hunter definitivamente no debería ser la razón por la que finalmente has vuelto a esta decadente ciudad —dijo Willa poniéndose de pie y cruzando la habitación. Se deslizó hacia la cámara contigua, siguiendo a su amante, y después de intercambiar unas palabras apresuradas, regresó sonriendo—. Se irá, pero quería decir que le gustaría conocerte en otra ocasión.

—A mí también me gustaría conocerlo —prometió Kitty. Pero sin duda, después de que ella se hubiera ocupado de su hermano, el Duque de Baxter cambiaría de opinión rápidamente y, como todos los demás deberían hacer, negaría conocerla en absoluto. Willa también podría hacerlo, incluso si ella necesitaba desesperadamente la orientación y el apoyo de su amiga ahora.

Una serie de puertas se cerraron ruidosamente por toda la casa, y luego cayó el silencio.

—Ya está, se ha ido. Ahora, ¿qué ha pasado?

—Me he preocupado mucho por él —dijo, y luego explicó en un susurro lo que Percy había puesto en su carta más reciente. Willa era su mejor amiga. Sabía todo sobre su vida, lo que había hecho, y con quién... y lo que Kitty había hecho para proteger la reputación de la familia años atrás.

Percy estaba tirando por la borda su sacrificio sin siquiera saberlo.

Willa farfulló.

—Bueno, ¡por supuesto que Exeter no podría haber hecho daño a su propia hermana! Habría sido como cortarse la mano derecha. Todos sabíamos lo unidos que estaban esos dos —la sonrisa de Willa se volvió pícara—. ¿Ya lo has visto? ¿A Exeter?

—No, claro que no.

—¿Y por qué no? Deberías. Eres viuda, y él no se ha casado.

Kitty endureció su corazón para mostrar desinterés por su antiguo amante.

—Hay muchas buenas razones para no verlo. Sería mejor que el Duque de Exeter nunca se entere de por qué he vuelto. Solo puedo esperar que no sepa nada de las acusaciones de Percy.

Willa negó con la cabeza.

—Estabais destinados a estar juntos.

—No lo estábamos —le aseguró Kitty, descartando el tema.

Willa arqueó una ceja.

—Vamos. Nunca se ha casado. Nunca ha mirado a nadie como te miraba a ti.

Kitty se estremeció.

—Estaba bien como amante secreta, pero cualquier cosa más allá siempre estuvo fuera de discusión. Yo nunca podría pertenecer a su mundo. Susanna me enseñó esa dolorosa lección.

—Como he dicho muchas veces, deberías haberle exigido que se casara contigo después del primer año. Dejaste que los prejuicios de Susanna sembraran dudas en tu cabeza sobre él y sobre ti misma.

—Willa, por favor —suplicó Kitty. El día en que Susanna, la gemela del Duque de Exeter, había descubierto el romance secreto de Kitty con Sinclair fue uno de los más dolorosos de su vida. El romance había ocurrido hace más de treinta años y era mejor olvidarlo. Willa parecía no poder hacerlo—. No arruines mi visita sacando a relucir un pasado que no se puede cambiar.

—Fue una crueldad lo que Susanna hizo para hacerte sentir indigna de él. También hizo que

todos se sintieran indignos de ganarse el afecto de su hermano, de una forma u otra —Willa sonrió de repente—. ¿Dónde te estás alojando? Espero que no con Percy.

—En el Hotel Long's en New Bond Street.

—Pero eso no es aceptable —declaró Willa, horrorizada—. Te quedarás aquí conmigo, y nos pondremos al día como es debido.

Kitty miró hacia la puerta detrás de ellas. La que el amante de Willa había atravesado.

—¿Qué hay de tu amigo? ¿No querrá volver?

—Oh, lo entenderá. Le he contado todo sobre mi alocada amiga del norte.

—Ya no tan alocada estos días —protestó Kitty. El matrimonio con una familia bien respetada había sometido lo que quedaba de su espíritu aventurero—. Aunque me encantaría quedarme contigo. Podrías ayudarme a sentirme mejor sobre lo que debo hacer respecto a Percy.

—¿Hacer?

Kitty asintió y explicó su decisión y el probable curso de acción que debía tomar. Los ojos de Willa estaban abiertos de par en par por la conmoción cuando terminó.

—Seguramente no es tan grave como para que tengas que tomar una medida tan drástica y hacer que lo internen —susurró Willa horrorizada.

—Si no hago nada, y él daña a Exeter, podría ser peor para él y para Felicity también. Podrían ahorcarlo.

Willa tragó saliva.

—Te ayudaré en todo lo que pueda. ¿Qué necesitas de mí?

—Solo esto —prometió Kitty mientras sus ojos se humedecían con la amenaza de las lágrimas.

Se abrazaron, y fue encantador, justo lo que necesitaba. A Kitty no le había gustado abusar de su amiga, pero acogió con agrado la oportunidad de pasar un tiempo precioso con Willa. Una carta nunca había sido suficiente, y ahora sabía lo peligroso que podía ser poner por escrito cualquier sospecha.

Cada día de su viaje desde su lejano hogar, se había preocupado por llegar demasiado tarde para evitar el escándalo. Si Willa no había oído nada aún, había una buena posibilidad de que hubiera llegado a tiempo para prevenir cualquier enfrentamiento entre su hermano y el duque. Se secó rápidamente los ojos cuando Willa se apartó.

—Ponte cómoda —Willa tocó la campana y envió a sus sirvientes con instrucciones para traer las pertenencias y los sirvientes de Kitty del Hotel Long's.

Kitty suspiró y se quitó las zapatillas. Metió los pies debajo de ella mientras Willa regresaba y adoptaba la misma postura.

—Supongo que nada ha cambiado para ti aquí desde tu última carta.

—Nada. Todavía espero el día en que mi Lionel y yo podamos estar juntos.

—Era él a quien ahuyenté de tu boudoir, ¿no es así?

Willa asintió.

—La duquesa está organizando una fiesta hoy, y él se iba temprano de todos modos para hablar con su hijo. Al parecer, ella está ansiosa por que el chico esté allí por una vez.

Kitty suspiró.

—El chico, como tú lo llamas, ya es un hombre.

—Y vaya si no se pavonea como uno —se quejó Willa—. Me encuentro inesperadamente del lado de la duquesa por una vez. Va camino a la ruina por la forma en que se comporta en sociedad. Lionel piensa lo contrario.

—Una situación complicada para todos —murmuró Kitty.

Willa llamó a su doncella.

—Estaba a punto de prepararme para una noche con amigos. Lady Gladstone ha pedido que todos nos reunamos una última vez esta noche en los Jardines de Vauxhall. Creo que deberías acompañarme.

—Aprecio la idea, pero no estoy en condiciones de enfrentarme a nadie que pueda reconocerme esta noche.

—Es una fiesta de máscaras, y tengo justo lo que necesitas para vestir. Nadie te reconocerá si no quieres que lo hagan.

Kitty asintió lentamente. Una fiesta de máscaras era el único tipo de diversión que podía contemplar asistir durante esta visita. Tal vez allí, también podría escuchar algunos rumores sobre el Duque de Exeter.

—Exeter podría estar allí —anunció Willa—. Tiene una amistad con Lady Gladstone. Estoy segura de que asistiría a su fiesta.

Kitty trató de no mostrar cómo le afectaba la noticia. —Al menos podría descubrir por mí misma si está bien sin que él lo sepa.

Willa le guiñó un ojo. —Creo que te sorprenderías de lo feliz que estaría si supiera que has vuelto.

—No he vuelto. Solo estoy de visita.

—¿No puedes divertirte un poco antes de hacer internar a Percy? Si la situación es tan grave como temes, esta noche podría ser tu última oportunidad.

—Cierto. —El anhelo de averiguar discretamente si el duque estaba ileso la impulsó a aceptar—. Supongo que no puede haber ningún daño si él no me ve.

—Exactamente. Si dejas de fingir ser una inglesa y hablas con tu propia voz esta noche, incluso podrías hablar con él. Quizás nunca lo sepa. —Willa movió las cejas sugestivamente—. Ahora ven y toma un baño para quitarte el polvo del viaje.

Un baño no lavaría el miedo, pero lo intentaría y esperaría que algo bueno pudiera salir de este viaje.

CAPÍTULO 3



SINCLAIR SE AJUSTÓ la máscara y examinó la entrada iluminada por lámparas de los Jardines de Vauxhall. No estaba realmente seguro de por qué había salido esta noche a la reunión de Lady Gladstone, pero no pudo convencerse de dar la vuelta y regresar a casa. Disfrazado, nadie lo reconocería, en realidad. Podría decir que había venido y no lo habían notado. Sin embargo, Lady Gladstone era una amiga y esperaría que hablara con ella. Si no se daba a conocer al menos a ella, correría el riesgo de ofenderla.

Teddy miró a su alrededor, con expresión agria, todavía fingiendo que era solo un sirviente de Sinclair y no un miembro de la familia. Habían viajado en silencio desde Mayfair porque habían discutido sobre venir. Teddy no quería estar aquí más que Sinclair, pero por razones muy diferentes. Sinclair había empezado a odiar ver a los amigos emparejarse al final de este tipo de veladas, escabulléndose para besarse y más, mientras él se iba solo a casa después.

Sinclair miró alrededor de nuevo. Como muchos caballeros adinerados aquí, había traído su propia petaca para beber. Sinclair se la llevó a los labios ahora y examinó la entrada de los jardines de placer.

—¿Vamos?

—Si debemos —gruñó Teddy—. No me gusta esto.

—Entonces vete a casa sin mí —sugirió.

Teddy se quedó.

Se dispusieron a disfrutar de las vistas y sonidos de la gran ciudad en plena diversión, deteniéndose para hablar con Lady Gladstone antes de dejar atrás la fiesta. Los terrenos eran bastante extensos, y entraron en otro mundo, uno bastante diferente de la existencia habitual de Sinclair.

Damas elegantes y pobres pilluelos se mezclaban descuidadamente. Pronto se vieron arrastrados por la multitud, pero no estaba preocupado por su seguridad. Teddy siempre estaría cerca si hubiera algún problema. Además, Sinclair no tenía nada que valiera la pena robar en sus bolsillos; el poco dinero que llevaba estaba dentro de su guante o atado alrededor de su cintura debajo de la camisa. Conocía este lugar lo suficientemente bien como para ser cauteloso con las colisiones casuales entre los juerguistas. Sus bolsillos probablemente ya habían sido registrados por un pilluelo de dedos ligeros.

Sinclair no estaba interesado en pilluelos. Se encontró mirando a cada mujer que pasaba y se dio cuenta de que deseaba el placer de compañía esta noche. Alguien aventurera pero olvidable serviría. Parecía haber muchas para elegir. Jóvenes, y no tan jóvenes, agitaban abanicos y pestañas cuando se encontraban con sus miradas. Era fácil distinguir a simple vista quiénes podrían estar aquí para la tarea de ganar una moneda de un patrón adinerado esta noche de

aquellas que solo estaban por el espectáculo, como él. Cuando reconocía a alguien del *ton*, cambiaba de rumbo para evitarlos.

Mientras estaba aquí, también, pensó que podría ser capaz de decidir el tipo de mujer que atraía a Teddy.

Se mezcló, lanzando miradas furtivas a Teddy cada vez que una mujer se acercaba. Pero vio pocos signos de interés en ningún tipo de mujer en particular. Realmente no había pensado que iba a ser tan fácil encontrar una esposa para Teddy, pero esperaba saber por dónde empezar a buscar primero.

Una chica delgada con largos rizos rubios que rebotaban alrededor de su cara se separó de un grupo de mujeres vestidas alegremente y corrió hacia ellos, tratando de presionar un beso en la mejilla de Sinclair.

—Hola, guapo.

Sinclair atrapó rápidamente sus manos y presionó un beso sobre sus nudillos sucios. La chica era bonita, con grandes ojos verdes inocentes, pero no podía tener más de catorce años. Posaba con una luz evaluadora en sus ojos, y a pesar de su aparente juventud, estaba claro que no era nueva en los juegos que las mujeres usaban para atraer a los hombres a un amorío.

Sinclair no podía, no consideraría a alguien tan joven para Teddy. Los haría sentir a ambos ancianos con solo mirarla.

—Mi señora.

Ella agitó sus pestañas.

—¿No eres un adulador? Soy Alice. ¿Me quiere, señor?

—No, niña —negó con la cabeza firmemente. Alice debería haber estado acostada en su propia cama. Sola, sin idea de lo que ocurría en los rincones oscuros de los jardines de placer. Cualquier cosa menos ofrecer su cuerpo a un completo extraño por una moneda.

Le entregó la chica a Teddy, como lo hacía a menudo cuando se enfrentaba a una situación incómoda. También estaba probando subrepticiamente el carácter de su heredero, curioso por ver cómo manejaría el joven los encuentros incómodos.

—Toda tuya, amigo mío. Veamos qué puedes hacer con ella.

Alice frunció el ceño.

—Oye, ¿qué? ¿No soy lo suficientemente buena?

—Demasiado buena para alguien como él —respondió Teddy rápidamente para calmar su orgullo herido. Teddy enlazó el brazo de Alice con el suyo. Cuando comenzó a susurrarle al oído, Sinclair sospechó que sería sobre oportunidades de trabajo honesto en lugar de cualquier seducción. Teddy había hecho eso antes con buenos resultados. Sin embargo, si a Alice no le gustaba la idea de encontrar una mejor forma de empleo o más educación, Teddy probablemente le pagaría generosamente y la enviaría por su camino.

Era un buen hombre. Aún incorrupto.

Aburrido ahora, Sinclair reanudó su escrutinio de las mujeres de vida alegre frente a él, buscando a alguien mayor y bonita para tentar a Teddy. Una cortesana vestida de manera extravagante con la que tenía un conocimiento superficial estaba rodeada por una docena de tipos compitiendo por entretenerla, y más allá, un par de mujeres de vida alegre vestidas más pobremente fruncían el ceño a la cortesana bien vestida, claramente envidiosas de que tuviera tantos admiradores.

Teddy se acercó a su lado.

—Me temo que debo decir que ella se negó.

Sinclair miró a Teddy con sorpresa.

—Has perdido tu toque.

—Ella es inteligente —se encogió de hombros—. Sabe que ganará más levantando sus faldas por un año que en toda una vida siendo institutriz.

—Cierto, pero —Sinclair negó con la cabeza—, habría vivido una vida mejor.

Teddy se encogió de hombros.

—No hay garantías.

Era imposible obligar a alguien a vivir una vida respetable. No había nada que pudiera hacer con respecto a Alice. Teddy había hecho lo mejor posible. Lo había intentado.

También era imposible obligar a Teddy a comportarse apropiadamente, sin importar cómo discutiera. Su heredero insistía en el anonimato, o había amenazado con desaparecer de nuevo. Sinclair ya había perdido el rastro del joven una vez, y no podía permitirse hacerlo de nuevo. Lo mantendría cerca y-

La atención de Sinclair se fijó en una mujer que estaba delante, y no pudo recuperar el aliento.

La mujer se acercó, su cuerpo tentadoramente redondeado, su garganta adornada con una impresionante creación de piedras de azabache. Brillaban ligeramente cada vez que se acercaba a la luz de las antorchas, y no podía apartar la mirada. Su piel era pálida, lo poco que podía ver. Tampoco podía ver su cabello debido a su máscara y capucha que caía cerca de sus hombros y cabeza. Su cuerpo estaba envuelto en un vestido de un rojo intenso que brillaba a la luz de las antorchas y acentuaba sus proporciones femeninas.

No era una mujer ligera, ni una cortesana de alto precio, apostaría.

Era una dama.

Una que reconocía intuitivamente pero no podía ubicar ni nombrar.

Eso era tan raro que se estaba moviendo hacia ella antes de haber decidido siquiera conocerla.

Estaba con un caballero, claramente un sirviente de algún tipo por la forma en que se sometía a ella y fruncía el ceño a cualquiera que se acercara demasiado. Al examinarla más de cerca, descubrió que no era joven ni muy alta. Estudiaba a los que la rodeaban con abierta curiosidad y no poca diversión. Una sonrisa tiraba de sus labios cuando un par de petimetres bien vestidos pasaron pavoneándose frente a ella, del brazo. Ella captó su mirada, y el par descendió sobre ella. Solo tomó unos minutos de conversación para que su abanico apareciera, y con dos afilados golpes de este sobre sus manos extendidas, el par se batió en retirada apresuradamente, riendo como si acabaran de ser regañados por su madre.

Sinclair encontró eso divertido, ya que conocía bastante bien al par en cuestión. Los lores Stephens y Stockwick eran un par de bribones, y sin duda contarían una versión muy diferente de ese encuentro mañana si se molestaba en escuchar.

Sin embargo, la dama lo intrigaba aún más ahora. Se necesitaba una mujer valerosa para rechazar a dos de los caballeros más populares del *ton* con solo un delicado abanico en su arsenal. Lo manejaba bien, como si lo hubiera hecho muchas veces antes. ¿No temía las repercusiones de ser identificada? ¿En qué diablos se estaba convirtiendo el mundo cuando una dama de tan inconfundible calidad asistía a los Jardines de Vauxhall casi sola?

Simplemente tenía que averiguar quién era. Quizás a Teddy también le interesaría.

Su sirviente compró champán a un comerciante de vinos y se lo entregó. Ella bebió lentamente mientras se movía hacia el paseo oscuro. Todos los caballeros le cedían el paso, y muchos se inclinaban profundamente. Su regio asentimiento se otorgaba a todos sin vacilación, y Sinclair estaba doblemente fascinado. Se detuvo ante los malabaristas de fuego para verlos lanzar

al aire bastones llameantes antes de pasar a escuchar a una mujer que cantaba sobre un amor perdido hace mucho tiempo en las escaleras de la rotonda.

Se volvió, y sus ojos de repente se posaron en él.

Sinclair no pudo moverse cuando una delicada ceja se elevó sobre su máscara, pero luego su mirada se apartó.

Sinclair se sintió desolado al perder su atención. La siguió, decidido a hacer que lo notara de nuevo. Sinclair la perdió de vista, y un pánico como nunca antes había sentido lo golpeó. Miró alrededor frenéticamente, girando en círculos para ver adónde había ido.

Temía haberla perdido, lo cual no tenía sentido.

La multitud se dispersó de repente, y la encontró de pie frente a él.

—Empiezo a pensar que me estás siguiendo.

Sonrió ante el acento irlandés que rodaba de su lengua como música. También notó que Teddy se estaba retirando rápidamente para darle privacidad para la conversación. Y quería esa privacidad más que nunca. El suave dejo de su voz marcaba a la mujer como extranjera, y el sonido envió una asombrosa emoción por todo su ser. Una mujer irlandesa, si no se equivocaba. Aún no la reconocía, y había tan pocos pares irlandeses que estaba intrigado por no hacerlo. —Esperaba que pudiera concederme un momento de su tiempo.

El abanico se alzó entre ellos. —¿Por qué querría hacer eso?

—Por qué, en efecto. —Levantó una ceja ante el abanico, pero encontró sus preparativos para repelerlo absolutamente encantadores. Totalmente innecesarios, también. No diría nada para ganarse una bofetada. —Noté que algunos caballeros la habían molestado antes, y quería asegurarme de que no estuviera molesta por algo que el par pudiera haberle dicho. Los ingleses tendemos a hablar con demasiada libertad en este lugar.

Ella miró alrededor con un delicado encogimiento de hombros. —¿Qué harías ahora si estuviera molesta?

Sinclair nunca había reaccionado tan fuertemente al escuchar hablar a una irlandesa antes. —¿Lo estaba?

—No. Eran como todos los ingleses que he conocido. Aburridos y solo interesados en la búsqueda de su propio placer. Igual que tú, sospecho.

—Coquetearon con usted —decidió—. Conozco al par, así que puedo imaginar fácilmente cómo pudo haber ido la conversación.

—Estoy segura de que tú también —dijo con desdén—. No necesito tu protección. ¿No deberías volver con tus amigos?

—Vine solo —prometió, dando un cauteloso paso hacia ella.

—Viniste con él. —Señaló con su abanico a Teddy—. Y con ese amenazador trío esparcido detrás de ti. Lamento que hayas necesitado tomar precauciones por tu seguridad.

Sinclair no miró detrás de él. Siempre había sirvientes siguiéndolo para su protección. Sin embargo, Teddy era el más celoso y vigilante cuando salían juntos. Estaba bastante apegado a la idea de que Sinclair viviría hasta una edad avanzada, probablemente con la esperanza ilusoria de que nunca tendría que heredar su vasta riqueza y responsabilidades. Pero todos morían, y Sinclair estaba listo para eso. O lo estaría si Teddy intentara ser razonable.

—Suelen ser más discretos —prometió, preguntándose cómo esta mujer los había notado tan rápidamente—. Soy un prisionero —sugirió en broma.

Ella negó con la cabeza. —De una hermosa y fuerte jaula dorada.

Sinclair debía estar perdiendo su toque. Ella veía a través de su disfraz con demasiada facilidad. —No soy más que un pobre comerciante inglés en busca de compañía.

—Si no puedes hablar en serio, realmente debo irme —anunció con un movimiento de cabeza—. Espero que disfrutes tu velada.

—Seguramente no podría disfrutar la velada sin usted —suplicó, tomando valientemente su mano y llevándola a sus labios. Arriesgarse a una bofetada de su abanico valdría la pena por saber el nombre de esta mujer. Se inclinó sobre ella y miró lentamente antes de presionar un beso allí. La mano en la suya tembló—. Quédese. Me gustaría hablar más con usted.

Ella respiró lentamente y tomó posesión de su mano de nuevo. —No es solo un poco de charla lo que buscas esta noche, ¿verdad?

—Es cierto, pero podríamos empezar con una conversación. Tiene una voz hermosa. Anhelo escucharla más —sugirió con una suave risa, aún esperanzado de ganar su compañía para la velada, aunque fuera completamente casta. Sinclair estaba bastante cautivado por su forma de hablar y su manera de ser. No era una dama mojigata para ser fácilmente persuadida por cualquiera. Revisó su estimación de su edad hacia arriba un poco. Estaba más cerca de la suya, sospechaba ahora. Se encontró extremadamente atraído por ella, y pensó que ella también lo estaba por él. Ella no podía dejar de mirarlo. Sentía su mirada como lluvia sobre sus sentidos después de un largo y seco verano.

Nunca serviría para Teddy, pero para él... tal vez.

Su pulso comenzó a acelerarse mientras consideraba a la mujer. Si revelaba su título, sin duda ella podría caer en sus brazos y aceptar su invitación a quedarse sin demasiados problemas. Realmente no quería mencionar su título, sin embargo. —Si insiste en la discreción, tengo un carruaje y un lugar no muy lejos de aquí.

Ella levantó la barbilla. —¿Siempre eres así?

—¿Cómo qué?

—Tan decidido cuando se trata de damas.

No había pensado mucho en cómo seducía a nadie antes. —Soy quien soy.

—Esa es una respuesta evasiva —cruzó los brazos, levantando involuntariamente sus hermosos pechos para que él los notara más—. Bien, ¿quién eres esta noche?

—Un caballero, se lo juro —prometió, mientras se obligaba a mantener los ojos en los de ella —. Más tarde, puedo ser lo que usted quiera que sea. Por una noche, o quizás el feliz recuerdo de unas cuantas.

La dama agitó inconscientemente su abanico. —Si alguna vez tuvieras intenciones honorables, podría considerar tu sugerencia.

Sinclair definitivamente estaba perdiendo su toque. Cualquier otra mujer ya estaría colgada de su brazo a estas alturas. —Podríamos esperar una presentación, pero entonces podríamos perder la oportunidad que nos brinda el anonimato. Podemos ser completos desconocidos honestos. Supuse que usted había estado aquí antes.

—No lo he estado. Supongo que tú eres un cliente frecuente.

Ella aún no se iba, y él sintió un rayo de esperanza. Si podía mantenerla hablando con él, la noche aún podría terminar bien. —Mi primera visita fue hace mucho tiempo. Solía encontrarme con alguien en un lugar muy similar a este a menudo, pero me decepcionaron al final. Imagínese.

—No tengo que imaginarlo. Yo también fui decepcionada.

—Lo siento —Sinclair no quería hablar de antiguos amantes, ni de los suyos ni de los de ella. Quería que ella fuera su próxima. Esta noche. Quizás debería hablar sin rodeos—. Daría mi vida por besarla ahora mismo.

—Llegas treinta años tarde —dijo, y luego suspiró—. Lo siento. Ya no puedo hacer esto.

—¿Qué?

Ella se quitó el tocado y la máscara y le sonrió. Su cabello rubio plateado brillaba a la luz de las antorchas, y la delicada red de líneas alrededor de sus ojos y boca se arrugó con diversión. —Hola, Sinclair. Ha pasado mucho tiempo. Me alegra ver que estás en plena forma esta noche.

Él retrocedió sorprendido al comparar a la joven de su memoria con esta mujer mayor y madura que estaba frente a él. —¿Kitty?

Ella agitó los dedos hacia él. —La única e inigualable —dijo.

—¿Kitty Hunter?

Ella hizo una mueca. —Ahora soy Lady Catherine Forbes, su excelencia, no es que alguna vez imaginara que pudiera recordar algo de mí después de todo este tiempo.

—Nunca podría olvidarte —susurró. No había visto a Kitty en más de treinta años, pero no había olvidado nada de ella. Sus ojos risueños le eran familiares, y la forma en que le hablaba era la misma también. Pero el sonido de su voz había cambiado mucho.

Sin embargo, incluso esa alteración no cambiaba nada.

Se acercó, levantando la mano para acariciar su mejilla con las yemas de los dedos.

Kitty apartó su mano con el abanico. —Ya basta de eso.

Avergonzado, negó con la cabeza ante sus propias acciones. Kitty había sido su amante durante dos emocionantes años cuando eran más jóvenes. Aparentemente, aún deseaba a Kitty como lo había hecho a los diecisiete, dieciocho, y hasta el día en que se enteró de que se había casado con otro hombre. No podía hacer que su boca formara palabras para expresar lo genuinamente complacido que estaba de verla de nuevo. Simplemente la miraba fijamente, absorbiendo la sorpresa y los cambios que los años habían traído a su rostro.

Ella se encogió de hombros. —Bueno, ha sido encantador, pero realmente debo irme. Me alivia ver que estás de buen humor y obviamente ileso. Todavía tienes una lengua suave cuando se trata de encantar a una dama, su excelencia. Disfruta de tus diversiones, pero debes disculparme.

Su mente aletargada finalmente despertó, y se lanzó hacia adelante. —¡Espera!

—No puedo —respondió ella.

Se apresuró con una ráfaga de velocidad que desmentía su edad, que era un poco menor que la suya, recordó. La mayoría de las mujeres de su edad caminaban solo a un ritmo pausado —se bamboleaban, pensaba a menudo—, pero ella casi corría como si él fuera el diablo persiguiéndola. Admiró el ligero balanceo de sus caderas antes de que desapareciera entre la multitud, su acompañante apresurándose detrás hasta que también se desvaneció.

—¡Maldita sea! Vuelve aquí, mujer —gritó, corriendo tras ella, pero se había ido completamente y probablemente nunca lo escuchó—. ¡Kitty!

No podía creer que Kitty estuviera en Londres de nuevo, y que la hubiera perdido de nuevo también. Se quitó la máscara de la cara, se pasó una mano por la boca y maldijo rotundamente.

Hace treinta años, había estado haciendo preparativos en silencio para casarse con Kitty. Ni siquiera su hermana gemela sabía de esa trascendental decisión. Nunca imaginó que volver a encontrarse con ella se sentiría tan desconcertante.

Unos minutos después, Teddy se reunió con él. —Ah, mala suerte. Pensé que debías haber encontrado a alguien para ti.

—Lo había hecho —No solo esta noche, sin embargo. Para siempre habría sido la elección de Sinclair una vez.

CAPÍTULO 4

KITTY ESCAPÓ DEL sofocante carruaje y se paró en la acera frente a la casa de su hermano de muy mal humor, sin duda. No era solo el calor del día o este recado lo que la irritaba. Había dormido mal la noche anterior, atormentada por los recuerdos de Sinclair, tanto del pasado como del presente. Él parecía estar de buen humor anoche, pero la presencia de sirvientes que lo seguían discretamente confirmaba sus peores sospechas. Su hermano había perdido completamente la cabeza y ya estaba acosando al Duque de Exeter.

Había que detener a Percy.

Sabía por experiencia qué males podían ocurrir cuando te ponías del lado equivocado de un miembro de la familia Berringer.

Kitty se estremeció al pensar en lo que podría haber pasado si no hubiera huido de Sinclair anoche. No había tenido la intención de hablar con él ni de revelarse. Aparentemente, todavía no tenía sentido común cuando se trataba de lidiar con ese hombre en particular.

La carta que Percy le había enviado alimentó rápidamente el fuego en su dormitorio anoche. Mantener tal misiva en su posesión era tanto peligroso como insensato. Era prueba de la locura de Percy. No quería imaginar lo que podría haber sucedido si alguien más hubiera leído las acusaciones indudablemente falsas que Percy había puesto por escrito.

No había posibilidad de que Exeter hubiera dañado a la difunta Lady Ettington todos esos años atrás, como Percy ahora repentinamente afirmaba.

No habría dañado ni un solo cabello.

Sinclair habría protegido a su hermana gemela de la misma manera que Susanna lo había protegido a él.

Su vínculo había sido absolutamente inquebrantable, y nadie podría jamás interponerse entre ellos.

La calle donde vivía su hermano ahora parecía una interminable hilera de casas adosadas grises y desgastadas, apretadas estrechamente. Los residentes ya estaban mirando el carruaje de Kitty, aparentemente algo novedoso aquí en Southwark.

Se dirigió a la puerta y llamó fuertemente justo cuando el sol alcanzaba su cenit. Su hermano no esperaba su visita. No había querido darle ninguna advertencia.

Desde el interior, escuchó el apuro de pasos, y la puerta se abrió una rendija. —¿Quién es?

—Lady Catherine Forbes —explicó, esperando no ser reconocida. Todavía sentía el escozor de la reacción de Sinclair anoche—. Quisiera hablar con mi hermano inmediatamente.

La puerta se abrió un poco más y apareció un rostro familiar de su pasado. Kitty se sorprendió de que su antigua ama de llaves aún estuviera al servicio de su hermano cuando debería haberse jubilado hace años. La mujer sonrió, con los ojos iluminados de asombro en su

rostro envejecido. —¡Oh, Dios mío! Señorita Kitty. ¿Es realmente usted?

La mujer había estado con la familia durante una eternidad, y Kitty pasó por alto sus formas de dirigirse a ella de manera impropia por el afecto del pasado. —Señora Quinn, es bueno verla de nuevo. Déjeme entrar antes de que me desmaye con este calor espantoso.

La mujer retrocedió, permitiendo a Kitty entrar en el vestíbulo de la casa de su hermano.

—Oh, Dios mío —la señora Quinn se apresuró a hacer una reverencia—. Solo mírela. Tan elegante, y su voz tan extraña ahora. Suena como una extranjera. Por favor, venga por aquí.

Miró a su alrededor mientras la conducían más adentro de la casa, ignorando el comentario sobre su voz. A menudo era difícil disimular cuando estaba ansiosa y tenía buenas razones para estarlo hoy. No sabía qué otros tipos de cambios habían provocado los años en su hermano.

La casa de Percy estaba decididamente deteriorada, y ella entrecerró los ojos con desaprobación al ver la habitación a la que la llevaron. —Quinn, ¿por qué hay asientos de carruaje en esta habitación?

—Oh, el señor Hunter los puso allí él mismo, milady. Algo sobre necesitar más espacio para su último proyecto. Dice que en realidad son muy cómodos. No quería dejarlos afuera expuestos al clima para que se estropearan o los robaran.

Bueno, al menos su hermano no había cambiado demasiado. Siempre estaba desarmando algo perfectamente bueno y guardando las piezas para usarlas más tarde. Solo que antes no solía guardar este tipo de cosas dentro de la casa. —¿Cómo piensa recibir visitas en esta habitación?

—No tenemos muchas visitas últimamente, milady —susurró Quinn—. No desde que falleció su querida esposa. Se mantiene ocupado con su trabajo.

—¿Y mi sobrina? —preguntó Kitty rápidamente.

—Debería dejar que el señor Hunter se lo explique —murmuró Quinn—. Si pudiera esperar aquí, veré si puedo encontrarlo.

—¿No sabe si está en casa?

—Oh, creo que está aquí, señora, pero ha estado muy callado hoy.

—Por supuesto que estoy en casa —exclamó Percy Hunter, entrando a zancadas en la habitación, limpiándose las manos con un trozo de trapo. Se quedó quieto y miró boquiabierto a Kitty—. Dios mío, ¿qué le pasó a tu cabello?

—Envejecí —le dijo, sintiéndose molesta. Percy era mayor que ella, pero parecía poco diferente en la superficie. Aparentaba buena salud, sus ojos alegres y brillantes. Su suave cabello castaño no se había vuelto blanco como el de ella, para su considerable decepción. Sus uñas tenían grasa negra debajo que estaba intentando limpiar de sus dedos.

Ella giró la mejilla para que él la besara cuando se acercó lo suficiente. —Ha pasado algún tiempo, hermano.

Él depositó un solo beso en su mejilla antes de retroceder y continuar limpiándose los dedos sucios. —En efecto. Casi treinta años, diría yo —Sus ojos se entrecerraron sobre ella y la recorrieron de pies a cabeza—. ¿Cómo estás?

—Estoy muy bien, Percy —respondió, examinándolo más detenidamente también. Su cabello se había aclarado un poco y estaba salpicado de algunas canas en las orejas, ahora que lo veía más de cerca. Su ropa, aunque no impecable, claramente había visto mejores días, y podría usar una navaja afilada pasando por su mandíbula. Considerándolo todo, se veía casi exactamente igual que la última vez que se habían encontrado, solo que más viejo—. Confío en que tú también gozas de buena salud.

—Sano de mente y cuerpo, en efecto —De repente se rio—. Madre estaría impresionada con nuestros modales hoy. ¿No somos los hermanos más educados?

—Hmm, los tuyos ciertamente han mejorado desde nuestra última conversación —Lo estudió más de cerca. No parecía estar desequilibrado en lo más mínimo, pero aún se mantendría cautelosa con él—. La última vez que hablamos, creo que mencionaste que el ancho de mis caderas estaba aumentando.

Señaló el bulto en su nariz donde se la había roto. —Eso fue solo después de que comentaras que mi majestuosa nueva apariencia te recordaba a nuestro difunto y poco añorado padre.

—Es tu culpa que lo soltara. Deberías haberme advertido que te la habías roto en una pelea de taberna. Me dio un susto terrible lo mucho que te parecías a papá.

Él también hizo una mueca. —Cubrí todos los espejos durante una semana cuando me di cuenta de que tenías razón. Qué espantoso ver su rostro mirándome mientras me afeitaba cada mañana. Por favor, ¿no quieres sentarte, querida hermana?

Las únicas sillas en la habitación eran asientos de un carruaje. No eran lo suficientemente seguras ni dignas para que una dama se sentara, así que Kitty declinó. —Tal vez podríamos tomar el té en el comedor.

—Ah, sí, bueno —dudó Percy—. Me temo que tendrás que disculpar el desorden allí también. He ampliado mi área de estudio un poco en los últimos años.

Percy era un inventor. La mayoría de sus experimentos de niño habían sido fracasos totales, acompañados de inevitables explosiones y el ocasional derramamiento de sangre. Aun así, había persistido. Ella había esperado que su hermano hubiera superado su obsesión a veces peligrosa a estas alturas. Miró su rostro, notando que aún conservaba cejas espesas. Eso era algo, al menos, pero miró alrededor nerviosa. —Por favor, dime que no has retomado la experimentación con dispositivos incendiarios. Si es así, creo que deberíamos continuar nuestra conversación afuera. Tal vez dar un paseo.

—No. No. No hay peligro aquí. Por favor, ven por aquí —Volvieron al pasillo mientras Percy continuaba hablando—. La catapulta me interesa mucho en este momento. Mis pruebas han dado resultados emocionantes hasta ahora. La precisión de mi diseño ha mejorado desde que nos mudamos a la ciudad. También puedo obtener más de lo que necesito aquí, por la mitad del costo.

Las catapultas eran grandes y posiblemente caras también. Kitty no podía impedir que desperdiciara su dinero, su esposa tampoco había podido, pero no podía hacer ninguna prueba en la ciudad, así que dejó el asunto por ahora.

Percy hizo un gesto a Kitty para que avanzara, y ella entró en lo que podría haber sido un encantador comedor si no estuviera lleno de papeles.

Planos, se corrigió. Percy era un gran aficionado a escribir las cosas.

Pasó las yemas de los dedos por la mesa del comedor, levantándolas para ver su guante cubierto de polvo. Percy había perdido a su esposa hace muchos años, y ahora solo vivían aquí su hermano y su hija. Claramente, debería haberse vuelto a casar por la ventaja de tener una esposa que pudiera mantener la casa en buen orden para él.

Dejó la mesa para mirar las paredes. Los diseños de varios dispositivos estaban clavados en lo que podría haber sido un hermoso patrón de papel tapiz, pero apenas podía ver nada de él. El techo de esta habitación se elevaba muy por encima de su cabeza, y también estaba cubierto de papeles amarillentos.

Percy había estado muy ocupado.

Se acercó a la mesa mientras él trataba de despejar un lugar en un extremo. Kitty no estudió ninguno de los diseños demasiado de cerca. Había aprendido de niña lo largas y tediosas que podían ser las explicaciones de su hermano si mostraba demasiado interés en su trabajo.

—Así que has estado ocupado —dijo mientras se sentaba en una silla apresuradamente despejada—. Confío en que tu hija esté bien.

Percy asintió emocionado. —Muy ocupado, pero me temo que Felicity está fuera visitando amigos.

—Qué nombre tan bonito. Estoy deseando conocerla.

La señora Quinn entró apresuradamente en ese momento, cargando una bandeja que debía ser demasiado incómoda para una mujer de su edad. Kitty se puso de pie de un salto para rescatar la bandeja cuando pareció que Hunter no se molestaría en ayudar. —Aquí, déjeme coger eso —insistió—. Debería haber dejado que una de las criadas más jóvenes lo hiciera ahora.

—Ahora solo somos la cocinera y yo —susurró la señora Quinn—. Teníamos una chica que venía una vez a la semana a quitar el polvo, pero empezó a hacerle ojitos al señor, y tuve que despedirla. Aunque él ni se dio cuenta, fíjese.

Kitty asintió lentamente. —Hizo lo correcto.

Despidió a la señora Quinn y dejó la bandeja. Miró a su hermano, curiosa por su silencio. Él ya estaba mirando sus papeles y la ignoraba por completo. De niño, siempre había sido ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Así es como no se había dado cuenta de que ella se había estado escapando para encontrarse con el Duque de Exeter tan a menudo.

Se aclaró la garganta. —Agnes también debería haberse jubilado hace años.

—No quiero oír hablar de eso —le dijo Hunter, riendo sin levantar la vista—. No tiene a nadie más que a nosotros para cuidarla. No te entrometas. Nunca le pido demasiado.

Kitty sirvió el té y sostuvo la taza bajo la nariz de Percy, obligándolo a dejar sus papeles a un lado. —Gracias.

El té era flojo pero aún bebible. Kitty miró a su hermano por encima del borde de su taza, desconcertada. —¿Cuándo volverá tu hija?

—No hasta el amanecer. Se ha ido a una celebración de cumpleaños.

—¿Vas a asistir?

Él parpadeó. —¿Por qué haría eso?

Kitty chasqueó la lengua. —Apenas tiene edad para andar sola por ahí.

—Tú lo hacías, pero yo siempre sabía que estarías en algún lugar de la finca de Grafton Park y perfectamente segura. Es lo mismo con Felicity. Es igual que tú.

Kitty trató de no hacer una mueca ante esa comparación. —No obstante, ella debería...

—La señora Roper me asegura que la tratará como a una hija y que es muy deseada su estadía.

—¿Qué tiene que decir el señor Roper sobre eso?

—Diana Roper es viuda y disfruta de la compañía de las muchas jóvenes amigas de su hija. No es la primera vez que se queda allí —Percy la miró fijamente—. Ahora, ¿me dirás qué te impulsó a dejar tu aislamiento y visitar a tu pobre hermano inglés? Seguramente no es para criticar mi hogar o la forma en que crío a mi hija.

Ella suspiró y cuadró los hombros. —¿En qué demonios estabas pensando al acusar al duque de dañar a su hermana? Por escrito, nada menos.

Hunter dejó su taza de té. —Es cierto.

—¿Has perdido la cabeza? —Kitty negó con la cabeza—. Exeter no asesinó a nadie, y menos a su hermana gemela.

—Nunca dije asesinato, pero él *es* culpable. Tú no estabas aquí para ver lo que pasó después de que te fueras. Yo sí.

—Estás muy confundido, Percy. Susanna murió de gripe después de perder un hijo que nunca

llegó a vivir —insistió Kitty, repitiendo la historia que Willa había relatado por carta—. Yo misma he visto que les sucede a mujeres con vidas más duras.

—Y si Exeter no hubiera sido tan ciego ante la naturaleza de Ettington, ella nunca se habría casado con él y no habría perecido por sus excesivos apetitos carnales —continuó Percy.

Kitty se quedó boquiabierta. —¡No es posible que ella no quisiera ser la esposa de Ettington!

Percy dejó su taza con un golpe. —¡Cómo te atreves!

—Solo digo la verdad. Sé de primera mano lo poco que pensaba de los caballeros que la cortejaban. A menudo se hablaba de Ettington y de manera más favorable que la mayoría —Kitty rápidamente puso una mano restrictiva sobre la de su hermano cuando este iba a levantarse—. Estoy segura de que Lady Susanna eligió casarse con Ettington para tener sus hijos —prometió —. Nadie podría haberla obligado a ese matrimonio. No era ninguna solterona sin pretendientes.

—*Él* la hizo aceptar ese matrimonio al no hacer nada para impedirlo —Percy retiró bruscamente los brazos y los cruzó sobre su pecho. Hirvió en silencio durante varios minutos—. Estaba demasiado absorto en sus propias preocupaciones como para considerar la felicidad de ella.

—Estoy segura de que Exeter no podría haber influido en su opinión de ninguna manera. Susanna tenía su propia mente y no era tímida para expresarla. Tú nunca la viste en su peor momento, pero yo sí. Probablemente eligió a Ettington porque tenía título, era rico y porque la gente la envidiaría.

Percy sacó pecho. —¿Estás insinuando que era superficial?

Odiaba hablar mal de los muertos, pero ya no podía contener la lengua. Percy debía entender que lo que creía y lo que era real eran cosas completamente diferentes. —Susanna Berringer era la mujer más manipuladora y despiadada que he tenido la desgracia de conocer.

Percy la miró fijamente. —Eras su amiga —la acusó.

—Fui su acompañante hasta que dejé de serle útil.

—¿Es por eso que dejaste de...? —Percy se pasó la mano por la boca—. ¿Qué hiciste?

—Nací pobre, y ella me hizo saber lo poco que importaba. Me di cuenta de que me había engañado a mí misma sobre esos años que pasamos juntas. Yo no pertenecía a su mundo refinado. Así que me casé y tuve una buena vida. Le deseé la misma felicidad, pero a decir verdad, nunca anhelé volver a verla.

—Ella me vio. Pasó cabalgando una o dos veces después de su matrimonio, pero siempre parecía tan triste.

Kitty negó con la cabeza, negándose a conmoverse por la imagen que Percy pintaba. Percy había estado enamorado de Lady Susanna Berringer, pero nunca podría haber sido más que una diversión para la dama.

—La hermana del Duque de Exeter tenía el deber de casarse bien, y ella conocía y cumplió su destino con gusto. Estoy segura de que fue una esposa exitosa. Era muy hábil para hacer que todos en Grafton Park giraran como peonzas para cumplir sus deseos —explicó Kitty—. Éramos sus diversiones, hermano, y estoy segura de que encontró a otros en su nueva morada para ocupar nuestro lugar. Todos éramos juguetes vivientes con los que jugar cuando se aburría. Desechados cuando se ensuciaban. Es por eso que te advertí tantas veces que no te hicieras el tonto por ella.

Percy abrió la boca y la cerró de nuevo. Algo de lo que ella había dicho debió haberle sonado verdadero, porque pareció momentáneamente sin palabras.

—Ya no puedes preocuparte por el pasado, hermano —añadió—. Por favor, prométeme que no dirás nada más sobre Exeter o Lady Susanna. Es importante que los olvidemos.

Los hombros de Percy se hundieron. —Siempre me estabas advirtiendo que no dependiera de ellos para la amistad. Exeter también me ha abandonado.

—Nos engañamos fácilmente pensando que podíamos ser uno de ellos.

Percy entrecerró los ojos mirándola. —Pero tú te casaste con uno de ellos de todos modos.

—Forbes no era como ellos —sonrió—. Era un buen hombre, tranquilo y amable.

—Eso dices, pero ¿cómo lo sabría yo? —se quejó Percy—. Te llevó para casarse contigo y nunca volviste hasta ahora.

Kitty tuvo que ocultar su arrepentimiento por eso. —¿Estás diciendo que me echaste de menos?

—Por imposible que parezca, sí —parecía tan sorprendido por eso, también.

Kitty sorbió su té y ocultó su sonrisa. Ella y su hermano nunca habían sido abiertamente afectuosos. Casi dolía decirse cosas agradables el uno al otro. —Yo también te eché de menos. Aunque no lo repetiré nunca más.

Percy sonrió torcidamente. —Debes haber estado realmente preocupada por Exeter para venir desde Irlanda.

—Estaba preocupada por mi hermano loco de remate —admitió Kitty—. Si no dejas el asunto en paz, juro que aún te haré examinar por locura.

Aunque lo dijo en tono humorístico, lo decía en serio. Percy no parecía trastornado en este momento, pero solo el tiempo diría si realmente había algo mal con su mente. Siempre que dejara en paz al Duque de Exeter, ella también lo dejaría tranquilo aquí. Sin embargo, aún haría algunas discretas averiguaciones y le prestaría mucha atención durante su estancia. —Lamento que Susanna no te quisiera de la manera que tú querías, Percy.

—La amaba —insistió con un suspiro—. Habría hecho cualquier cosa que ella quisiera. Me habría fugado con ella y me habría casado sobre un yunque también. No me habría importado si Exeter desaprobaba y nos perseguía todo el camino. Que se vaya al diablo.

—Susanna nunca habría hecho algo como casarse sobre un yunque en Gretna Green. Era bastante mordaz con los matrimonios por amor que comenzaban de esa manera. Era demasiado consciente de la importancia de su familia como para arriesgarse a causar un escándalo ella misma. Si se hubiera casado contigo, habría sido infeliz. ¿Es eso lo que querías? —Hizo un gesto señalando la habitación a su alrededor—. ¿La habrías tenido viviendo así? ¿Esperando la próxima explosión que reventara una ventana? Ella estaba destinada a más que esto, y tú lo sabes. Además, ¿no fuiste feliz con tu esposa?

—No. Marianne era una buena mujer. Lo mejor que podía esperar. Me mantenía en línea y la casa ordenada —Percy se calmó, trabajando su mandíbula. De repente sacudió la cabeza—. ¿Qué harás durante el resto de tu visita? Supongo que eres demasiado orgullosa para quedarte aquí, ya que no veo equipaje.

—Willa me ha permitido graciosamente quedarme con ella.

—Willa otra vez.

—Ella también está preocupada por ti —prometió Kitty—. ¿Te das cuenta de que lo que escribiste en tu carta era una locura?

Percy soltó una risita.

—¿Como si me faltara un tornillo?

—Algo así —le tomó la mano y se la apretó—. Debes olvidarte de Susanna y de Exeter también. Prométemelo. Si él se enterara de lo que lo acusaste, se enfadaría mucho contigo.

—Por supuesto que no diré nada —Percy sonrió, y esa expresión le provocó un escalofrío—. No podríamos tener al distinguido Duque de Exeter molesto, ¿verdad?

—No, ciertamente no podríamos —sirvió el té, esperando que él entendiera—. Ahora cuéntame más sobre mi sobrina. No puedo esperar para conocer a la niña.

CAPÍTULO 5



SINCLAIR UNTABA MANTEQUILLA en su pan recién hecho, frunciendo el ceño mientras miraba por la ventana de su amplia y muy silenciosa alcoba. Aún no había dormido. Seguía tratando de descifrar qué podría significar su encuentro con Kitty. Había experimentado una clara atracción hacia ella la noche anterior, incluso antes de conocer su identidad. Pero su reaparición lo había descolocado por completo, y había pasado la noche pensando interminablemente en el pasado. Había perdido a alguien querido cuando ella se casó, y no podía dejar de hacerse una y otra vez la misma pregunta: *¿por qué?*

Su regreso también llegaba en el peor momento posible.

¿Cómo podría concentrarse en buscar una novia para Teddy cuando podría encontrarse con ella de nuevo? Había pasado toda la mañana tratando de recordar a quién conocía ella en la ciudad y dónde podrían encontrarse por casualidad otra vez. Si no tenía cuidado, Teddy podría notar su distracción, y su heredero necesitaba creer que la única preocupación de Sinclair era él en este momento.

Se pellizcó el puente de la nariz, buscando la calma. Sinclair recordaba claramente el día en que se enteró de que Kitty había decidido casarse con Lord Forbes, poniendo fin a su relación antes de que él pudiera hacerla permanente. Susanna había sido mordaz en su evaluación de la unión, pero él había estado demasiado conmocionado para prestar atención a gran parte de lo que ella había dicho. Lo único que sabía era que Kitty había dejado el país.

Lo había dejado a *él*.

Su regreso lo perturbaba de la peor manera.

Teddy entró despreocupadamente, con las manos llenas del correo del día.

—Invitaciones y más invitaciones.

—Encantador —dijo Sinclair antes de meterse el último trozo de pan en la boca.

—Querrás ver esto antes de salir. —Teddy le entregó una nota que no estaba sellada—. Lord Wade la envió anoche. El Conde de Acton por fin se casará.

—Ya veo —dijo Sinclair, mientras entornaba los ojos para leer la desordenada caligrafía de Lord Wade—. Con la señorita Whitney Crewe.

—Recuerdo que la mencionaste antes, así que hice que el mayordomo enviara a un sirviente a hacer algunas preguntas a *sus* sirvientes. Parece que Lord Acton sí la siguió al continente, como suponías, pero han vuelto juntos para casarse aquí —le informó Teddy, lanzando a Sinclair una o dos miradas preocupadas.

Sinclair había sido meticuloso al confiar en Teddy sobre su vida. Sinclair había sospechado demasiado tarde que algo estaba pasando entre Whitney Crewe, una mujer que admiraba, y Lord Acton el año pasado. Pero fue solo después de que ella rechazara sus avances que Acton había

mostrado claras señales de interés y protección hacia la artista de espíritu libre.

Fue una dolorosa lección de que estaba destinado a permanecer soltero.

Lo único que no le había confiado era su historia con Kitty. Teddy estaba tan en contra de asumir el título y casarse temprano, que Sinclair no quería que su heredero se viera envuelto en sus propios arrepentimientos. Aunque quería que Teddy aprendiera de sus errores, no deseaba revisar un pasado que aún lo atormentaba.

No había hecho lo correcto en lo que respecta a Kitty.

Sinclair le devolvió el papel.

—Lo que haga la pareja ahora no es asunto mío.

—¿Los reconocerás? —preguntó Teddy.

—Teddy, deja de preocuparte por tonterías.

—Me dijiste que ella rechazó tus afectos de plano. Por supuesto que me preocuparía por cómo te sentirías al ver a la mujer de nuevo.

Sinclair suspiró.

—Mis delicadas sensibilidades se recuperaron hace mucho tiempo. Había olvidado por completo mi decepción por esa mujer hasta este momento.

—Claro que sí —murmuró Teddy entre dientes mientras se daba la vuelta.

Sinclair arrugó la nota y se la lanzó a la parte posterior de la cabeza de Teddy. Estaban solos, y cuando lo estaban, no fingía que no estaban relacionados o en desacuerdo sobre esta tonta farsa.

—Voy a montar a caballo.

—No, no lo harás, su gracia. Vas a salir en el carruaje —insistió Teddy.

—¿Por qué haría eso? Siempre monto cuando el Parlamento no está en sesión.

—Prometiste hacer algo con respecto al señor Hunter hoy. —Teddy miró por encima del hombro—. O lo haré yo.

Ocultó una sonrisa.

—¿Puedo recordarte que los sirvientes no toman asuntos en sus manos?

—¿Esperaremos hasta que te mate o solo nos contendremos hasta que aparezca la primera señal de tu sangre en las alfombras?

—Realmente no tienes el temperamento para esta farsa en la que estás metido —dijo Sinclair con una risa. Se puso de pie, decidido a apartar el asunto de Kitty de su mente para siempre—. Así que, a cabalgar.

—No. Vas a visitar al señor Hunter, y es definitivo.

—Teddy, para ser un falso sirviente, te encuentro demasiado obstinado —le reprochó Sinclair.

—Por eso accediste a complacerme en esto. No voy a besar tu trasero ducal todo el tiempo. Date prisa y cámbiate. Es un largo camino hasta Southwark.

—¿Es ahí donde se ha ido a vivir Percy Hunter?

Teddy asintió lentamente.

—Eso es lo que descubrió tu hombre ayer. Le daré las indicaciones al cochero, para que no te pierdas.

—Si lo hago, entonces el ducado quedará en buenas manos contigo aquí. Por favor, maneja las cosas como creas conveniente mientras estoy fuera —dijo Sinclair con descaro—. Ahora sal, Teddy, para que pueda vestirme. No permitiré que finjas ser mi ayuda de cámara también.

Teddy sacudió la cabeza, ofreciendo un alegre saludo con la mano mientras entraba despreocupadamente en el vestidor contiguo para hablar con el ayuda de cámara. En el plazo de

una hora, lo más probable es que Teddy estuviera de vuelta en su estudio fingiendo quitar el polvo a los libros mientras secretamente repasaba los planes que estaban discutiendo para la renovación de Grafton Park, la residencia campestre de Sinclair y el futuro de Teddy, cuando nadie lo miraba.

Sinclair suspiró. Teddy era un buen hombre, y lo entendía mejor de lo que a menudo le gustaba. Y Teddy ocasionalmente daba buenos consejos. Visitaría a Percy Hunter hoy y, mientras estuviera allí, también preguntaría por Kitty. Si no la volvía a ver, se quedaría preguntándose para siempre. Le gustaría terminar su vida sin arrepentimientos.

Kitty era la única mujer cuya deserción había molestado como una astilla en su mente todos estos años.

Un encuentro había reavivado todas sus preguntas sobre su pasado, sus dudas e inseguridades también.

Se paró frente al fuego y, con la impecable asistencia de su ayuda de cámara, se vistió con ropa discreta para visitar al hermano de la mujer que siempre había esperado volver a ver. También hablaría con Percy y le advertiría que se comportara, ya que estaba en ello.

Notó que el carruaje que usaba hoy no era el mejor mientras subía, y que sus lacayos no llevaban su librea habitual, sino que iban armados. Nada en su carruaje revelaría su identidad. Las armas eran probablemente para proteger a Sinclair de Percy Hunter. Sin duda, Teddy había hablado con sus sirvientes sobre la necesidad de hacer su viaje a Southwark lo más discreto y seguro posible.

Teddy observaba desde la ventana del estudio delantero, y Sinclair lo saludó con un gesto de la mano antes de partir.

Teddy estaba bastante decidido a que Sinclair viviera hasta una edad avanzada, permitiendo así que Teddy evitara su ascenso al rango de duque el mayor tiempo posible. Sinclair reflexionó sobre los años venideros con creciente agitación durante todo el camino a Southwark.

Cuando el carruaje finalmente se detuvo, saltó y se dirigió a la puerta que le habían señalado. No se había reunido con Percy Hunter en muchos años, y nunca en este lugar. La pintura se estaba descascarando en la puerta, y los escalones necesitaban un buen sirviente para fregarlos, notó. Percy Hunter era un hombre orgulloso que casi nunca aceptaba la ayuda o el dinero de Sinclair, pero siempre había sido indiferente a su entorno. Nunca habría aceptado la ayuda de Sinclair para conseguir un mejor alojamiento en la ciudad, si alguna vez hubiera tenido la oportunidad de hacer esa oferta. Obviamente, todavía tenía dinero de sobra para mantener un carruaje y un equipo de caballos, y para lanzar al menos tres docenas de huevos a la casa de Sinclair en Mayfair ayer.

Lo recibió una mujer mayor; el rostro de la sirvienta le resultaba familiar, pero no podía recordar su nombre. Pidió ver a Percy con una sonrisa destinada a ganársela.

—Estará con usted en un momento, su gracia —murmuró antes de apresurarse al interior de la casa. Él escuchó su charla emocionada y ocultó una sonrisa. Así era generalmente como reaccionaban los sirvientes a sus visitas imprevistas en cualquier hogar.

Sinclair recorrió impaciente la pequeña sala de estar, notando que el lugar necesitaba el toque de una mujer. Inspeccionó los asientos del carruaje colocados alrededor del fuego, preguntándose si esos habían sido removidos del carruaje que se había usado para lanzar huevos a las ventanas de Sinclair.

Se giró tan pronto como escuchó los pasos pesados de un hombre dirigiéndose hacia él.

Percy Hunter, cuando entró a zancadas en la habitación, había envejecido bien. Sus ojos eran brillantes y llenos de diversión. —Qué honor, su gracia —murmuró sarcásticamente mientras

hacía una reverencia exageradamente profunda, añadiendo un floreo al agitar su brazo.

—Oh, déjate de tonterías —exclamó Sinclair mientras se enderezaba y avanzaba con los brazos extendidos—. ¡Ven aquí, viejo tonto! Me alegro de verte.

Abrazó a Hunter, notando tardíamente que el cuerpo de Hunter estaba rígido e inflexible, y luego retrocedió. Hunter parpadeó como si no supiera qué decir en respuesta a su saludo.

Sinclair empujó a Percy hacia lo que pasaba por un sofá y lo hizo sentarse antes de tomar asiento a su lado. —Deja de lanzar huevos a mi casa con ese nuevo artilugio que diseñaste. Mis sirvientes se están haciendo demasiado viejos para toda la limpieza que les estás haciendo hacer después.

Hunter frunció el ceño. —¿Por qué no estás enojado?

—Oh, *estoy* enojado. No te molestaste en decirme que te habías mudado a Londres. Pensé que todavía estabas realizando tus experimentos en el campo, en la granja que arrendaste cuando te casaste con tu Marianne.

Percy se enfurruñó. —El propietario vendió la granja.

—¡¿Qué?!

—La vendió sin siquiera una disculpa o aviso el año pasado.

Sinclair frunció el ceño severamente. —Eso no es posible.

Percy se puso de pie de un salto, claramente indignado. —Fui echado sin ceremonias de mi propio taller por cuatro matones corpulentos. Les hice pagar, te lo aseguro.

Sinclair maldijo. —Qué descaro.

—Exactamente lo que dije. El administrador se escondió como un cobarde en el carruaje, pero su mensaje fue entregado muy claramente. Me dijeron que me fuera inmediatamente.

Sinclair mantuvo un estricto control sobre su temperamento. Percy Hunter había arrendado una propiedad de Lord Nells, un conocido de Sinclair. Él había co-arrendado secretamente con Percy porque su amigo nunca podría haber pagado un lugar así. Pagaba la factura del saldo cada año, asegurándose de que Percy nunca fuera echado, sin importar cómo le fueran sus finanzas. El arreglo había sido la única manera de ayudar a Percy y su familia a vivir una buena vida.

Lord Nells había incumplido su trato y se había quedado con dinero que no merecía.

—Investigaré el asunto de inmediato.

—No te molestes por mí. Estoy feliz aquí mismo.

—Bueno, yo no lo estoy. —Se inclinó hacia adelante y colocó una mano restrictiva en el brazo de Percy—. La razón por la que tenías ese lugar era para que pudieras llevar a cabo tu trabajo en un lugar remoto, en gran parte debido a la naturaleza peligrosa de tus experimentos. No nos importaba lo que destruyeras allí. Nadie más que tú y tu familia debía poner un pie en esa tierra mientras tú vivieras.

Percy entrecerró los ojos. —¿Qué sabes tú de mi acuerdo con Lord Nells?

—Él me lo mencionó una vez de pasada. Te di una carta de presentación para él, ¿recuerdas? —dijo Sinclair rápidamente, dándose cuenta de que tenía que ser cuidadoso con lo que decía. Estaba en peligro de delatarse—. Si Lord Nells ofendió con sus acciones, o las de sus hombres, se le pedirán cuentas.

Percy parpadeó. —Gracias.

—No lo menciones. —Puso su mano en su muslo—. Ahora, ¿qué diablos estás haciendo experimentando con tus diseños en Londres, de todos los lugares? Podrías haber matado a alguien ayer. Probablemente a mí.

—Di una advertencia —dijo malhumorado—. Quería mostrarte que finalmente funcionaba bien.

—Podrías haberme escrito una carta simplemente. Habría venido aquí o a cualquier otro lugar, sin necesidad de romper cristales.

—Tu hombre en la puerta no creía que pudieras ser amigo de alguien como yo. —Percy frunció el ceño—. Apenas hemos hablado estas últimas dos décadas, así que supuse que ya no éramos amigos.

—Obviamente eso debe cambiar, y han pasado solo quince años desde que nos sentamos juntos, muchas gracias. —Sinclair se reclinó con un suspiro. No había sido un amigo lo suficientemente bueno para Percy si el hombre no podía pasar de la puerta principal de Sinclair. Para enmendarlo, trasladaría a Percy y su trabajo y su hija fuera de la ciudad tan pronto como fuera posible, o quizás a una finca completamente diferente, mientras se ocupaba de Lord Nells. Sinclair había sido negligente en apoyar los modestos esfuerzos de su amigo.

Percy también se hundió en su asiento. —Así que...

—Así que... —respondió Sinclair, y luego sonrió. Siempre le había caído bien Percy Hunter. Había nacido en la finca Berringer, un buen hombre de familia pobre, pero había sido el único amigo verdadero de Sinclair en el mundo en otro tiempo. Las circunstancias y su ascenso al ducado habían restringido severamente ciertos aspectos de su amistad. Ahora lo lamentaba mucho.

Percy le lanzó una mirada de disgusto.

—Tienes un aspecto asquerosamente joven.

—Gracias —respondió, examinando a Percy de nuevo, prestando especial atención a sus extremidades—. Los años han sido amables conmigo, y parece que tú también conservas todos tus dedos y pies. Estaba seguro de que ibas a volarte en pedazos antes de cumplir los cuarenta.

—Por favor —se quejó—. Sabía lo que hacía a los veinte. Solo disfrutaba escandalizando a la gente.

—¿Eso es lo que pretendías ayer? —preguntó Sinclair, y luego miró hacia la puerta. La casa parecía muy silenciosa—. ¿Llamar mi atención?

—Algo así —Percy se rascó la barbilla—. ¿Cómo me encontraste?

—Uno de mis hombres te siguió —murmuró—. Debo decir que nunca imaginé que vivieras aquí, de todos los lugares.

—¿Qué tiene de malo este lugar?

—Pensé que odiabas la ciudad.

—Odio la pedantería de Mayfair y la aristocracia que vive allí contigo —apartó la mirada—. Necesitaba trabajo.

—Deberías haber acudido a mí.

—Lo hice. Ayer.

—Me refería a hace un año, cuando empezaron tus problemas. Podría haberte instalado en una casa mejor si realmente quieres quedarte en Londres con tu familia —el silencio de la casa lo confundía—. ¿Está aquí tu hija? ¿Tu hermana también?

Hunter entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabes que mi hermana finalmente bajó de su pedestal para visitar Londres? ¿La has estado espiando a ella también?

—No, por supuesto que no —dijo rápidamente—. Ayer bombardeaste mi casa con huevos. Por supuesto que mis hombres te espiaron, y la vieron a ella también —respondió. No mencionaría que ya había visto a Kitty en los Jardines de Vauxhall. Puede que a Hunter no le gustara que su hermana hubiera visitado los jardines de placer, con o sin él. No quería causarle problemas con su marido, si a este tampoco le gustaba—. ¿Volverá pronto?

—Espero sinceramente que no —Hunter rió suavemente—. Mi hermana es muy desaprobadora. Lady Forbes nunca se rebajaría a quedarse aquí.

Sinclair suspiró, completamente decepcionado de que no hablaría con Kitty hoy. Había esperado poder conversar con ella a solas unos momentos. Tal vez ella y su marido se estaban quedando con amigos o en un hotel. ¿Habrían llegado tan lejos como para alquilar una casa de ciudad? Eso indicaría una estancia mucho más larga. Intentaría dirigir la conversación para averiguarlo antes de irse hoy.

—¿Ha cambiado mucho tu hermana?

—No que yo pudiera ver. Mayor. Ahora tiene una melena de pelo plateado. Igual que nuestra madre en apariencia. Me sorprendió un poco. Un poco más rellenita.

Sinclair frunció el ceño. Recordaba curvas, pero nunca habría descrito a Kitty como lo hacía su hermano.

—Eso ha sido poco amable.

—Es mi hermana. Hablaré de ella como me plazca.

Sinclair negó con la cabeza.

—Intenta recordar que lo que dices de ella en voz alta puede ser escuchado por otros. Imagina si alguien repitiera lo que has dicho durante la cena. Se sentiría terriblemente avergonzada.

—No sería la primera vez —sugirió Percy, mirando a Sinclair con curiosidad—. Tú lo tuviste más fácil con tu hermana. Nada de qué quejarse con ella, estoy seguro.

—No diría eso —admitió con una risa—. Prefiero recordar los buenos días con mi hermana y no mirar atrás con demasiada frecuencia.

Los ojos de Percy se estrecharon.

—¿La tuya alguna vez fue poco sincera con su afecto? ¿Alguna vez fingió que le agradaba la gente cuando no era así?

—Tanto como cualquiera en la sociedad, supongo —admitió, y entonces Sinclair notó la expresión preocupada de Percy—. Esa es una pregunta extraña para hacerme.

—He estado pensando mucho en el pasado últimamente —admitió Percy, apartando la mirada—. Siempre pensé que tomaste la decisión equivocada al aprobar a Ettington.

—Ettington fue la elección de *ella*, te lo aseguro —Sinclair sonrió, recordando su nerviosismo el día que anunció su decisión, pero luego su sonrisa se apagó. Sin embargo, gran parte de su comportamiento en esa época tenía poco sentido—. No tenía idea de que estuviera considerando seriamente a Ettington hasta que aceptó su propuesta. Me lo dijo después del hecho, en realidad, y para entonces, ¿qué podía decir para detenerla? No puedo quejarme. Sus hijos son encantadores. Ahora también tienen hijos propios.

La expresión de Percy se volvió reservada.

—Siempre pensé que le gustábamos más los de origen humilde.

—Estoy seguro de que así fue, a su manera —prometió Sinclair, no queriendo herir los sentimientos de Percy. Durante un tiempo había sido obvio que Percy estaba enamorado de su hermana. Ese afecto no había sido correspondido por Susanna. Al final, Susanna se había cansado de las miradas de adoración de Percy y le había pedido a Sinclair que encontrara una excusa para enviarlo lejos de la finca de Grafton Park. Percy no necesitaba saber que ella había hecho eso. Prefería que Percy conservara sus felices recuerdos de aquella época.

Percy asintió.

—Y ahora se ha ido, y el mundo es más pobre por su ausencia. Tú debes sentirlo más que nadie, siendo gemelos.

—En efecto. Susanna murió demasiado joven —reflexionó Sinclair—. Pero basta del pasado. Tengo una idea. ¿Qué tal si vuelves a casa? Hay una cabaña en la finca que está actualmente vacía, y el terreno justo detrás puede ser tuyo si lo deseas.

—¿Qué haría yo con una casa elegante?

—Bueno, tiene que ser mejor que esto. Piénsalo antes de rechazar la idea de plano —se dio una palmada en los muslos—. Ahora, no has dicho una palabra sobre tu hija, ¿sabes?

—Felicity —murmuró Percy.

—Sí, por supuesto. Me gustaría conocer a Felicity de nuevo.

—¿Para qué?

—Bueno, la última vez fue imposible mantener una conversación con ella.

—Acababa de nacer.

—Exactamente —Sinclair se rió—. Estoy seguro de que ahora tiene mucho más que decir, y sin duda es bonita como lo era su madre. ¿Qué edad tiene ahora?

—La suficiente para que alcance mi pistola cada vez que un soltero pregunta por ella.

Sinclair rió suavemente.

—Entonces te enviaré una segunda arma, algo pequeño que puedas llevar discretamente.

—No creas que no la usaré contigo —advirtió Percy.

Sinclair se atragantó.

—Ahora soy demasiado viejo para esas tonterías.

—El gran duque de Exeter, aún solo y sin heredero. Cómo debe estar revolviéndose tu padre en su tumba al saber que el reinado de tu familia sobre Grafton Park terminará contigo.

—Es algo que reconforta el corazón, cómo debe estar sufriendo —coincidió Sinclair de todo corazón. El difunto duque de Exeter, padre de Sinclair, había sido un bastardo controlador, lleno de orgullo y sin un ápice de compasión por los de menor estatus. Sinclair había caído lejos de ese árbol, gracias a Dios. Siempre había valorado la oportunidad de escuchar opiniones diferentes a la suya, especialmente las de Percy, y también las de Kitty.

Percy había sido un valioso confidente en el pasado. Tener a Teddy cerca le hacía extrañar lo que una vez tuvo con Percy Hunter. ¿Sería posible recuperar esa amistad más cercana, o Sinclair llegaba demasiado tarde? Le gustaría pensar que no era así. —¿Qué planes tienes para este invierno?

—Lo mismo de siempre. ¿Por qué?

—Voy a organizar una fiesta en casa para celebrar mi próximo cumpleaños. Me gustaría que vinieras también. La casita podría ser muy práctica.

Hunter resopló. —¿Qué haría yo en una habitación llena de lores derrochadores?

—Podrías hacer lo que yo siempre hago. Reír.

Hunter negó con la cabeza. —No puedo.

—Podrías traer a tu hija contigo.

Hunter frunció el ceño. —No dejaría que mi hija se acercara a menos de tres metros de cualquier sinvergüenza que conozcas.

—La mayoría tienen esposas —le informó—. Buenas mujeres que podrían ser útiles para tu hija en cuanto a presentaciones y cosas así.

—Es demasiado joven para casarse.

Percy Hunter nunca había aceptado de inmediato ninguna oferta en todo el tiempo que Sinclair lo conocía. Se alegró de que no hubiera cambiado en ese aspecto, aunque aún lo encontraba un poco frustrante. —Vale la pena pensarlo. La oferta sigue en pie. Si no aceptas la casita, haré preparar la casa de la viuda, o quizás reserve un apartamento para los cuatro en la

mansión.

—¿Cuatro?

—Supuse que tal vez querrías que tu hermana y su marido se unieran a vosotros.

—Forbes está muerto —Hunter frunció el ceño—. Y buen viaje al viejo chocho.

Un peso se levantó del pecho de Sinclair al saber que Kitty estaba libre de su matrimonio. —¿Cuándo fue esto? ¿Cómo?

—Muerto por una infección que se agravó, me dijo ella —Percy asintió—. Hace cinco años ya.

Cinco años en los que podría haber estado con Kitty, en lugar de solo.

Sacudió la cabeza para desterrar el repentino anhelo, pero se quedó con él. Podría haber estado casado con Kitty desde hace mucho tiempo, si no hubiera arrastrado los pies.

Ese había sido su mayor arrepentimiento. Lo que no daría por poder retroceder el tiempo solo para estar con ella un último día y haberle pedido que fuera su esposa. Para contarle lo que había planeado para ellos pero nunca logró.

Pero ella no había vuelto a su vida hasta ahora. Algo debió haberla mantenido alejada. Debió haber sido feliz con su marido tan lejos. —Debió estar devastada al perderlo.

—Es difícil decirlo, pero Kitty está mejor sin él, en mi opinión —Percy sacudió la cabeza y miró con furia a Sinclair—. Pensé que era una tonta, fugándose con un hombre que apenas conocía, pero al igual que tu hermana, no quiso escuchar ni una palabra en su contra.

Sinclair había conocido muy poco al marido de Kitty. Forbes había sido un barón y nuevo en su círculo. Lo que Sinclair sí sabía era que su gemela los había presentado, sin darse cuenta nunca del impacto que el eventual matrimonio tendría en Sinclair.

Percy no sabía que él y Kitty habían sido amantes, como tampoco lo sabía Susanna, y Sinclair prefería que siguiera siendo así incluso ahora. Algunos secretos debían guardarse a toda costa. —Tu hermana fue muy extrañada. Era popular —añadió rápidamente.

—Tenía un don para mezclarse con los de tu clase —Percy se rascó la mandíbula y luego bostezó—. No sé si ella nos echó de menos. Nunca regresó, aunque lo insinuó una o dos veces en sus cartas. Apenas la he visto en esta visita.

—¿Entonces no se está quedando contigo? —presionó.

—Lady Wilhelmina Darrow tiene el placer de la compañía de su señoría. Puede quedarse con Kitty por lo que a mí respecta en este momento.

Sinclair ya conocía a Lady Darrow. —Por todas tus quejas, pensé que tú y tu hermana siempre os llevabais bien.

—Mi hermana se ha vuelto demasiado altiva para mi gusto. La forma en que hablaba me preocupa que tenga planes para mi hija que estoy seguro que no me van a gustar.

—Ah —dijo Sinclair. Las tías bien posicionadas solían querer influir en sus sobrinas y verlas establecidas en buenos matrimonios. Kitty, como viuda con título, seguramente haría lo mismo por su familia si la chica tenía la edad suficiente y era dócil—. Si me la encuentro, ¿quieres que le extienda una invitación para que se una a ti y a tu hija como mi invitada durante el invierno?

Se mordió la lengua. Mientras imaginaba que a Percy le gustaría la oportunidad de volver a la finca con su hija para ver los cambios que los años de separación habían provocado en el paisaje, Sinclair tenía otros pensamientos, deseos propios con los que lidiar también. Era el lugar donde él y Kitty se habían convertido en amantes. Tener una aventura había sido simple cuando vivían a menos de un kilómetro el uno del otro, durmiendo bajo el mismo techo ocasionalmente, también, cuando podía arreglarlo.

Quería hablar con Kitty de nuevo, pero en Londres, siempre había alguien observándolo,

susurrando y especulando sobre su vida. Tenía que ser discreto cuando visitara a Kitty ahora. No deseaba que nadie cuestionara por qué la visitaba.

Percy hizo una mueca. —No estoy seguro de que ella quiera, pero puedes preguntarle si se unirá a nosotros si sientes la necesidad.

Él sí sentía la necesidad. Por respuestas que le habían sido negadas durante demasiado tiempo.

Sinclair dejó escapar un suave suspiro, abrumado por el alivio de que pronto podría tenerlas. Ahora tenía una razón válida para buscar a Kitty para conversar. ¿Eso allanaría el camino para cerrar la puerta a su pasado también, o abriría viejas heridas?

Miró a Percy de nuevo. —Bueno, ¿vas a mostrarme ese artilugio? Si es bueno, puede que conozca a un hombre en el ejército interesado en hacer una compra.

La sonrisa de Percy tardó en llegar, pero claramente estaba encantado. —Esperaba que dijeras eso después de mi pequeña demostración de ayer. Vamos. Está atrás esperándote.

CAPÍTULO 6



CUANDO KITTY ENTRÓ en la sala de estar de la casa de su hermano para finalmente conocer a su hija, no podía estar más sorprendida ni más nerviosa. Se había perdido toda la vida de esta niña y lo lamentaba profundamente. Percy estaba mejor vestido hoy, y alguien se había esforzado por devolver el orden adecuado a la sala de estar también. Los asientos del carruaje ya no estaban, y un pulcro arreglo de sillas dispares se encontraba frente a la chimenea fría.

Kitty estaba impresionada de que Percy se hubiera tomado el tiempo de cuidar su apariencia para su visita, pero no le preguntó el porqué. La chica que estaba a su lado era de mayor interés para ella.

Felicity Hunter era razonablemente alta y de figura esbelta, con solo dieciséis años de edad. Su cabello era de un color castaño oscuro y estaba pulcramente recogido alrededor de su cabeza. Había un aire de inocencia en su rostro expresivo que inmediatamente despertó los instintos protectores de Kitty. Se humedeció los labios y se propuso que cada palabra que pronunciara debía sonar tan inglesa como la de ellos. —Por fin. Ven aquí, niña, y déjame echarte un vistazo —instó Kitty a la tímida chica después de que su hermano las hubiera presentado.

Felicity parecía dudar en dejar el lado de Percy, pero después de un empujón no tan sutil de su parte, dio un paso adelante y se paró frente a Kitty, retorciendo sus dedos, revelando su nerviosismo.

Kitty estudió a la bonita chica y luego sonrió ampliamente. Su hermano debería estar muy orgulloso de su hermosa hija. —Es un placer conocerte por fin, querida Felicity.

—Y a usted, mi señora —Felicity hizo una reverencia tambaleante y se sonrojó intensamente por la vergüenza—. He oído tanto sobre usted.

—Y yo sobre ti. Tu padre tiene tendencia a embellecer la verdad, pero debo decir que nunca logró transmitir lo bonita que eres en sus cartas —prometió. Los primeros encuentros a menudo eran incómodos, pero Kitty era familia, y no había razón para que fueran cautelosas entre sí—. Me alegra ver que te pareces tanto a tu madre —piel clara, ojos brillantes e inteligentes—, y te pareces menos a tu padre.

La chica frunció el ceño severamente ante su comentario y retrocedió hacia el lado de su padre. Percy era de huesos pesados, más redondo de cara que esta chica. El aspecto de Felicity era notablemente diferente, en realidad. Debía parecerse a su difunta madre, concluyó Kitty, una mujer que nunca había tenido la fortuna de conocer. Con los vestidos adecuados y las presentaciones apropiadas, a Felicity le podría ir muy bien cuando fuera mayor. Era una lástima que su madre ya no estuviera viva. Habría estado muy orgullosa cuando llegara el momento de presentarla en sociedad.

Kitty se vio asaltada por el repentino impulso de ayudar a la chica mientras estuviera en

Londres, e incluso más allá. Nunca era demasiado pronto para prepararse para el matrimonio. La madre de Felicity habría querido que hiciera un buen matrimonio y no había razón por la que Kitty no pudiera echar una mano en eso.

—Eso es algo bueno, cariño —susurró Percy a su única hija por la comisura de la boca—. Te libraste de esta nariz chata que tengo que mostrarle al mundo. Muéstrale una sonrisa a tu tía ahora. Ha venido de muy lejos para vernos.

Felicity ofreció la más pequeña de las sonrisas, pero continuó mirando a Kitty con sospecha.

—No siempre estuvo rota, hermano.

De repente, Felicity tiró de la manga de su padre y se estiró para susurrarle. —Es demasiado elegante para ser tu hermana. Ni siquiera suena irlandesa.

Kitty se quedó boquiabierta y luego negó con la cabeza. Sus esfuerzos por sonar inglesa habían creado una barrera inesperada entre ellas. La chica nunca se acercaría a ella de esta manera. Tenía que dejar de fingir ser lo que ya no era.

Kitty se humedeció los labios de nuevo y suspiró antes de hablar como lo hacía habitualmente. —Es sorprendente que no te hayas roto más huesos con la forma en que te comportabas de niño, Percy.

Felicity se quedó boquiabierta. —¿Su voz?

—Perdóname por mi engaño anterior. Confieso que quería sonar igual que tú y mi hermano —admitió Kitty con timidez—. Perdóname también por bromear. Mi hermano y yo siempre nos hemos sentido cómodos señalando los defectos del otro. Es una costumbre muy antigua, me temo.

La chica asintió.

—Puedes llamarme tía Kitty en situaciones privadas si lo deseas, y por mi título en otras ocasiones.

La chica miró a su padre y luego enganchó su brazo con el de él.

Kitty había tratado con chicas desconfiadas antes, pero verlo en su propia familia era doloroso. Su marido tenía varias hermanas y sobrinas con tendencias definitivamente tercas. Le había llevado mucho tiempo ganárselas. Ninguna de las chicas irlandesas había querido una mujer inglesa en la familia al principio. Ahora ella también era una extraña aquí. —Me gustaría tener la oportunidad de conocerte mejor, niña.

Si Felicity había heredado incluso la más mínima porción de la naturaleza de Percy, Kitty haría bien en buscar ganar su confianza suavemente. Kitty no podía precipitarse y exigir que Felicity la quisiera porque eran parientes. Kitty solo esperaba que hubiera suficiente tiempo y oportunidad para causar una impresión positiva en esta visita. —¿Por qué no nos sentamos? —sugirió Percy.

Se acomodó en la silla más cercana y cruzó las manos en su regazo. —Entiendo que te quedaste con unos amigos no muy lejos de aquí recientemente.

—Sí, con la familia Roper —dijo Felicity, adoptando una expresión desafiante.

Kitty inclinó la cabeza, dándose cuenta de que Percy debía haberle mencionado a su hija que Kitty había desaprobado que se quedara con esa familia. —No los conozco, pero estaría encantada de que me los presentaran si surge la ocasión. ¿Cuántos son en la familia?

—Seis y la señora Roper.

—¿Y qué edad tiene la chica mayor?

—Nancy tiene dieciséis años como yo. El hijo mayor es Warren.

—¿Y qué edad tiene él?

—Dieciocho.

Ah, el hijo mayor era un hombre y podría valer la pena vigilarlo por si mostraba signos de problemas potenciales. Percy, por supuesto, ya había demostrado que no estaba preocupado por la conexión al dejar que su hija pasara la noche allí, pero Kitty era más cautelosa con los hombres jóvenes. Tenían apetitos y podían ser muy persuasivos para que las jóvenes inocentes compartieran su cama sin dar promesas. —¿Está empleado?

—Sí, señora. Trabaja en una cafetería en Borough High Street.

Su conversación empezaba a sonar como un interrogatorio, pero no había remedio. Felicity ya había decidido no quererla. Continuó con sus preguntas cuando Felicity permitió que el silencio se alargara. —Ya veo, ¿y eso está aquí en Southwark?

—Sí, Lady Forbes. La señora Roper dice que el propietario depende bastante de él.

—Suena como un joven muy confiable.

—Oh, sí que lo es —dijo ella y luego sonrió. Felicity continuó parloteando sobre las perspectivas del señor Warren, enumerando más detalles de la familia y demostrando que su implicación estaba bastante establecida y llena de la más sincera amistad posible entre damas. De los miembros masculinos de la familia, había tres hermanos en total. Felicity no dijo más que mencionar sus nombres y las edades de los más jóvenes. El señor Warren Roper, como el mayor, probablemente era el único sustento para su madre y hermanos.

Se volvió hacia su hermano cuando Felicity finalmente hizo una pausa para respirar. Percy estaba mirando al vacío. —Estás inusualmente callado hoy, hermano.

—Lo siento. Estaba reflexionando sobre una visita que tuve. Exeter vino a verme.

Kitty se sorprendió y se preguntó si Sinclair había venido a buscarla específicamente a ella o qué podría haber dicho. —¿El duque se dignó a venir a verte aquí?

—En efecto —Teddy se rio entre dientes—. Habló de ti.

El corazón de Kitty se aceleró al oír esa noticia. ¿Habría revelado que ya se habían encontrado en los Jardines de Vauxhall? Esperaba que no. —Bueno, ¿qué tenía que decir?

—Bastante.

Aunque esperó, Percy no dijo nada más. Ese era un rasgo irritante que tenía su hermano. Siempre era tan reservado. Nunca había sabido lo que él sabía o lo que sospechaba, en ningún momento. Suponía que aún ignoraba su relación con el duque.

Saber que no podría convencerlo de que compartiera lo que no quería decir no hacía que Kitty se sintiera cómoda. Como Percy no mencionó su encuentro con el duque, ella tampoco revelaría que lo había conocido. —Espero que te hayas comportado.

Él se encogió de hombros. —Fui yo mismo.

Kitty suspiró. —Exeter podría hacer mucho para ayudar a tu hija cuando debute en sociedad.

—No necesito su ayuda para eso —dijo Percy, y luego pasó la mano por el cabello de su hija —. No permitiré que se case con algún lord mediocre que la aleje de todo lo que ha conocido —declaró, sosteniendo la mirada de Kitty en un desafío tácito a que no intentara hacer de casamentera.

—Hay mucho que decir sobre mantener una mente abierta, hermano. Algo bueno puede surgir de una conexión con alguien de la aristocracia. Si yo no hubiera conocido a la familia Berringer, no habría conocido ni me habría casado con Forbes, y es posible que nunca hubiera dejado Grafton Park.

—¿Qué tenía de malo Grafton Park? —protestó Percy en voz alta—. Era un buen lugar para vivir. Mejor que cualquier lugar en el que he estado desde entonces.

—Hermano, ahora estoy en posición de ayudar a Felicity. Confía en mí. Conocerá a más caballeros bien posicionados en la ciudad que aquí. La sociedad de Mayfair está muy lejos de

Southwark, o del pequeño círculo de Grafton Park —le aseguró—. Si Felicity conociera y eventualmente se casara con el hombre adecuado, con las conexiones y fortuna correctas, su futuro estaría asegurado.

—¡Así que *ya* estás tramando casarla con algún tonto petimetre! —acusó, intercambiando una mirada de triunfo con su hija—. Le dije a Felicity y también a Exeter que estabas haciendo demasiadas preguntas.

Kitty negó con la cabeza, mirando a su hermano con decepción y luego notó el estado de confusión de Felicity. —No debería sorprenderte que lo mencione. Hermano, mis amigas y yo hablábamos de matrimonio y posibles maridos desde que tengo memoria. A los quince años, ya tenía una idea de hacia dónde debían dirigirse mis intereses para encontrar un marido —No mencionó que el Duque de Exeter había cambiado su opinión por un tiempo, pero al final había recuperado el sentido y elegido sabiamente—. Simplemente sugiero que Felicity y yo podemos tener esas conversaciones ahora mientras estoy en Londres, en lugar de hacerlo por carta más tarde. Ella habría tenido estas conversaciones con su madre también, si tu esposa hubiera vivido. Poseo una gran cantidad de conocimientos que podrían beneficiar a Felicity. No puede seguir siendo tu niña pequeña para siempre.

Felicity parecía estar conteniendo la respiración mientras observaba atentamente a su padre.

Él miró a su hija a los ojos y luego pareció desmoronarse. —Está bien —murmuró.

—Gracias, papá —dijo Felicity mientras lo abrazaba—. Gracias, tía Kitty.

Kitty le sonrió radiante a la chica.

Percy se recostó en su silla, con expresión un poco perdida y los brazos cruzados sobre el pecho. —Puedes instruirla, pero no aprobaré ningún compromiso hasta que tenga al menos diecinueve o veinte años.

—Por supuesto, Percy —dijo Kitty rápidamente, contenta por esa pequeña migaja de acuerdo, pero sabiendo muy bien que discutir sobre la restricción de edad era inútil. Si de ella dependiera, Felicity siempre sería quien decidiera su futuro.

Lo que se necesitaba a partir de hoy era comenzar a aumentar la comprensión de la chica sobre el mundo y las opciones y desafíos que enfrentaría como una joven en él. Percy podría resistirse a cualquier sugerencia de llevar a Felicity a Mayfair para una visita prolongada, así que tendría que empezar poco a poco organizando visitas diarias cortas a la casa de Willa y también expediciones de compras juntas. Descubrió que estaba deseando mucho que llegara ese momento. —Ahora, antes de que discutamos nada más, ¿podría tomar una taza de té, señorita Hunter?

—Sí, por supuesto, Lady Forbes —La chica se sonrojó y fue a prepararlo, pero volvió muy rápidamente con una sonrisa genuina para Kitty—. Debería haber pensado en eso antes.

—En efecto, sin embargo, no importa hoy. Somos familia —prometió, mientras la cocinera traía una bandeja de té. Kitty asintió con aprobación mientras se desempacaba la bandeja, se servía el té y se ofrecía pastel. Le dio una segunda mirada a la tetera—. Qué diseño tan encantador.

—Era de mi madre.

Kitty asintió. —Hermosa.

La sonrisa de la chica fue vacilante mientras terminaba de servir el té sin derramar una gota. Kitty le agradeció... y luego notó que Percy se removía en su silla. Siempre hacía eso cuando tenía algo incómodo en mente.

Después de unos minutos de charla, Percy envió a la chica fuera. Kitty se sintió halagada de que la chica pareciera reacia a irse.

Sorbió su té, mirando a su hermano silencioso por encima del borde de la taza. —¿Qué tienes en mente?

—Su madre —dijo brevemente—. Debería haber enviado a Felicity contigo cuando me lo pediste.

La sugerencia se había hecho con la plena expectativa de que Percy probablemente se negaría. Ella había querido ser de ayuda, pero en ese momento no tenía el permiso de su esposo para viajar de regreso a Inglaterra para estar con su hermano y su única hija. —Pero no lo hiciste.

—No podía soportar la idea de estar solo —admitió tímidamente.

—Lo entendí.

Él hizo una mueca. —¿Es muy desesperado?

Miró a su hermano con sincera sorpresa. —Por Dios, no. Felicity es un poco tosca, y eso es comprensible. Diría que aprendió mucho de su madre, y también de la señora Roper, sospecho. Puede que haya olvidado algunas cosas, pero eso no es nada que no se pueda resolver. Es una chica encantadora.

La sonrisa de Percy apareció rápidamente. —Cada día, Felicity me recuerda a su madre. Mi Marianne era excepcional. Incluso el duque lo comentó.

—No sabía que Exeter conocía a tu esposa.

—Oh, sí. ¿No te conté que lo veíamos a menudo en los primeros años de nuestro matrimonio? Nos envió nuestra cama matrimonial como regalo de bodas desde la propia finca ducal. Una cama con dosel de caoba estilo barroco. Se necesitaron seis hombres para llevarla y colocarla. Una pieza fea pero robusta. Mi esposa la adoraba.

Ella ocultó su asombro por la extravagante y extraña elección de regalo de Sinclair. —Estoy segura de que dormían muy bien juntos en ella.

—¿Quién dormía? —bromeó Percy, y luego se rio también—. Dios, cómo la echo de menos aún.

Kitty asintió. —Era una buena mujer que te amaba.

Percy miró por encima del hombro de ella hacia la puerta lejana. —Amaba a nuestra niña. Quería tanto para ella que yo no puedo darle. Ni siquiera sé por dónde empezar —terminó, con una expresión de impotencia en su rostro.

Ella se inclinó hacia adelante y puso su mano en la manga de Percy. —Entonces déjame ayudar, hermano. Déjame prepararla para que haga un buen matrimonio.

—¿Realmente puedes ayudarla? —Se recostó, frunciendo el ceño.

—Hablaba en serio cuando lo dije antes. Puedo ser de ayuda para Felicity de muchas maneras. Etiqueta, nuevos vestidos, y he decidido apartar una pequeña suma de fondos para su futuro.

—Tiene una dote —admitió Percy—. Al menos puedo darle eso.

—Una más grande la convertirá en un buen partido para el hombre adecuado cuando llegue el momento.

—Harás que te quiera, y luego le romperás el corazón cuando nos dejes de nuevo.

Kitty se recostó. Sí, su partida era un obstáculo para hacer planes a largo plazo, pero no había nada en particular que la hiciera volver a Irlanda de inmediato. ¿Qué daño podría hacer quedarse más tiempo por el beneficio de la chica? Pero si le decía a Percy que lo estaba considerando, él la obligaría a cumplirlo. Podía ser inflexible.

Si rompía su palabra, él podría no volver a hablarle. Habían estado distanciados durante una parte lo suficientemente larga de su vida como para que Kitty prefiriera no arriesgarse de nuevo. Odiaba pensar en vivir otra vez ese infierno de silencio. —Puedo prometer que no me voy a

ninguna parte en un futuro previsible.

Percy entrecerró los ojos. —Su excelencia ha invitado a mi hija y a mí a las celebraciones de su cumpleaños en Grafton Park esta Navidad. ¿Te quedarás tanto tiempo?

Una vez más, se sorprendió. No sabía que su hermano y el duque aún fueran lo suficientemente cercanos para eso, pero se alegró por el bien de Felicity. La finca ducal había sido encantadora en cualquier época del año. —¿Ah, sí?

—En efecto. Exeter mencionó de pasada que tú también podrías unirte a nosotros, si tenías interés en volver a casa. Recuerdo que te gustaban ese tipo de cosas cuando eras joven. Las fiestas y bailar toda la noche.

—Sí, me gustaba mucho. —También le había gustado estar en cualquier lugar donde estuviera Sinclair.

Percy se mordió el labio con preocupación. —Pasaste el último verano antes de tu matrimonio alojándote en la mansión.

—Sí. Allí conocí a mi esposo, y ambos tuvimos una estancia encantadora.

—Aceptaré darle esta oportunidad a Felicity, pero solo si tú también asistes —decidió Percy, asintiendo lentamente—. No tiene sentido que sufra solo.

La idea de estar bajo el mismo techo que Sinclair de nuevo hizo que su corazón se acelerara, pero ahora era una mujer mayor, y aquellos días de indiscreción quedaban muy atrás. La última vez casi había terminado en su desgracia. Había evitado la ruina gracias a Sinclair y su inaceptable relación.

Tomando una decisión rápida, asintió. Si la invitación hubiera venido de cualquier otra persona, ya habría saltado ante la oportunidad de asistir. Podía dejar atrás sus sentimientos sobre el pasado y Exeter. —Estaría encantada de ir, siempre y cuando tú consideres mejorar tu guardarropa antes de entonces.

—Sabía que esa sería la siguiente orden de tus labios —se quejó Percy, y luego se puso de pie y le agarró el brazo con firmeza. La levantó bruscamente y comenzó a arrastrarla hacia la puerta del pasillo.

—Percy, ¿qué estás haciendo?

—Callándote antes de que cambie de opinión —advirtió—. No has cambiado nada. Sé cómo funciona tu mente. Ahora que lo de Navidad está decidido, no hay nada más que decirnos hoy. Vuelve a donde perteneces antes de que empieces a quejarte también del estado de mi casa.

—Podría beneficiarse del toque femenino. ¡Percy! —protestó cuando él la levantó del suelo y la llevó hacia la puerta. La entrada se acercaba y ella estiró los brazos hasta que sus dedos rozaron las paredes en un intento de frenar su avance. Pero él era mucho más fuerte que ella y tuvo poco impacto.

Como había sucedido cuando eran más jóvenes, ella era totalmente incapaz de influir en él para que se comportara como un caballero cuando estaban solos. Logró abrir la puerta principal con bastante facilidad. —Esto es realmente tan innecesario e infantil que me eches por sugerir que una visita a tu sastre es necesaria. Somos demasiado mayores para este comportamiento.

Sus brazos se apretaron brevemente alrededor de ella y luego se relajaron en un cálido abrazo fraternal. Aunque duró solo un momento, ella se conmovió por su gesto.

—Puede que pienses que es infantil, pero yo prefiero pensar que es autodefensa. —Percy la dejó caer de repente en la acera frente a su puerta principal—. Sigues siendo la misma mandona de siempre. Suficiente por hoy, Kitty, antes de que cambie de opinión sobre todo el asunto. Te visitaremos mañana.

Ella no estaba realmente preocupada de que él cambiara de opinión, rara vez lo hacía. Solo

para asegurarse, arrojó su peso contra la desgastada puerta cuando él intentó cerrársela en la cara. —¿Lo prometes? —lo importunó a través de la pequeña abertura que quedaba—. A las once.

Él mantuvo la puerta firme contra sus empujones y ella lo vio poner los ojos en blanco. —Te la llevaré a la casa de Lady Darrow mañana, lo juro.

Kitty le dejó cerrar la puerta de golpe y se alejó sonriendo. Había ganado hoy, pero mañana sería otra batalla.

CAPÍTULO 7



—PARECES ANSIOSO ESTA NOCHE, primo —murmuró Teddy, devolviendo a Sinclair a la realidad con un desagradable sobresalto. Se dirigían a casa de Lord y Lady Dencourt para una velada que no podía evitar de nuevo, pero no era eso lo que le causaba ansiedad. Sinclair había estado pensando en Kitty otra vez, y en lo difícil que parecía ser despejar su agenda lo suficiente para hacerle esa importante visita. Para su frustración, no había encontrado la manera de verla durante las horas normales de visita.

Ver a Kitty, exigir una explicación de por qué lo había dejado, era esencial, pero era una conversación delicada que no podía precipitarse. No podía simplemente soltar su pregunta y esperar una respuesta satisfactoria entregada de inmediato, y luego marcharse inmediatamente una vez que la tuviera.

Su estómago estaba tan lleno de nudos que enfrentarla empezaba a parecerle algo temible.

—Estoy perfectamente bien.

Teddy alzó una ceja, pero no hizo más comentarios.

Sinclair hizo un esfuerzo por aplanar las manos sobre sus muslos. El evento aún estaba a una manzana de distancia, y aunque ahora preferiría no salir en absoluto esta noche, trató de recordar que tenía un motivo.

Estudió a Teddy en el carruaje mal iluminado, tratando de verlo como lo haría una mujer. Objetivamente. De no ser por la librea que llevaba puesta una vez más, podría ser lo suficientemente apuesto como para hacer que las mujeres se desmayaran, si tuvieran esa clase de disposición al desmayo y gusto por lo teatral.

Teddy le sostuvo la mirada.

—He querido preguntarte, ¿quién era esa mujer con la que hablaste la otra noche?

—¿Quién?

—La que perseguiste por los jardines de placer. Kitty, creo que la llamaste. ¿Es alguien de quien debería saber?

Sinclair apartó la mirada de su heredero. No fingiría no conocer a Kitty ante nadie, aunque ocultaría el hecho de que habían sido amantes.

—La dama con quien hablé era la hermana del señor Hunter. Su nombre es Lady Catherine Forbes, pero la llamábamos Kitty antes de su matrimonio.

—Nunca mencionaste que el señor Hunter tuviera una hermana.

—¿No lo hice? —Después de las primeras dos décadas sin ella, Sinclair no había imaginado que la volvería a ver. Había estado sorprendido, de hecho, conmocionado. Demasiado desprevenido para recordar las formalidades y usar su título. Negó con la cabeza—. Estoy seguro de que una década no será suficiente para contarte ni la mitad de lo que sé, así que no me lo

tengas en cuenta por olvidar a una dama. Según su hermano, Kitty acaba de regresar a Londres. Si nuestros caminos se cruzaran de nuevo, te la presentaría si nuestro acuerdo lo permitiera.

—No, eso no será necesario —Teddy se movió en su asiento, una señal de su incomodidad —. Parecías muy interesado en seguir hablando con ella, aunque huyera. ¿Creías que podría ayudar a controlar a su hermano?

—No tengo idea si podría. No había pensado en ella en mucho tiempo, pero de repente estaba allí frente a mí, y quería seguir hablando con ella. La conocí muy bien una vez, pero como dije, fue hace mucho tiempo —Teddy parecía estar esperando que continuara—. Era la compañera de infancia de mi hermana. Percy Hunter era el mío.

Esa declaración quedaba muy corta respecto a lo que Kitty había significado para él, pero no podía decirle la verdad a Teddy sin arriesgar dañar la reputación de ella.

Teddy sonrió con simpatía.

—Pero Percy Hunter no es realmente tu amigo ahora, aunque aún lo llames así.

—Probablemente es el único amigo verdadero que he tenido jamás. Tiende a olvidar que poseo un título cuando hablamos —Se sacudió una pelusa imaginaria de la manga de su abrigo —. Pero, por supuesto, no necesito la compañía de Hunter contigo alrededor ahora.

—Siempre hay espacio para un buen amigo más en tu vida, Sinclair. Alguien más sincero y bueno que con quienes sueles asociarte sería solo para tu beneficio. Podrías verlo más si despejaras tu apretada agenda —sugirió Teddy—. Ella era bastante llamativa, para ser una mujer mayor.

—Sí —asintió. Kitty había sido una belleza en su juventud, y una vez le había pertenecido, en cuerpo y alma. Recordaba claramente cómo le encantaba ver su pelo claro suelto, flotando sobre sus hombros... o sobre su almohada por la noche.

Sinclair cerró de golpe la puerta de ese recuerdo y tiró la llave. No era el momento de ahondar en sus amores pasados. No cuando estaba inseguro de cuán importantes eran esos días para alguien más que para él. Además, tenía una fiesta a la que asistir y fingir que disfrutaba.

—Hemos llegado —murmuró, contento de escapar del confinamiento del carruaje. Teddy lo cuestionaba menos cuando había otros alrededor, pero sus oídos siempre estaban atentos, devorando información para preguntar más tarde. Si había alguna conversación sobre Kitty esta noche, tendría que ocultar su interés en ella.

Subió las escaleras con rapidez, con Teddy siguiéndolo tres pasos atrás como de costumbre.

Llegaron tarde, y sus anfitriones ya habían terminado de saludar a los invitados en el vestíbulo, afortunadamente. Sinclair había calculado bien su llegada para perderse las efusivas bienvenidas de emoción, y estaba complacido consigo mismo.

Un lacayo que esperaba los dirigió hacia la música y una sala llena de gente vestida con colores brillantes.

Sinclair se detuvo justo dentro de la puerta, recorriendo la habitación con la mirada en busca de personas con las que quería hablar y aquellas que querría evitar esta noche. Tuvo suerte de que hubiera más amigos que aduladores en la sala, no es que tuviera grandes enemigos que le causaran problemas.

Sus anfitriones de la noche finalmente lo notaron y se apresuraron a darle la bienvenida, ofreciéndole entusiastas agradecimientos por asistir a su pequeña fiesta.

Toda la vida de Sinclair había estado llena de reuniones sin sentido como esta, y siguió los movimientos de estar encantado de estar aquí para que nadie sospechara lo contrario.

Un sirviente con una bandeja llena de copas se acercó, pero él lo despidió con un gesto porque había visto a Lord Wade y su nueva esposa al otro lado de la sala. Sinclair le debía un

favor al vizconde que quería pagar prontamente. Se movió en esa dirección, decidiendo que les hablaría primero esta noche de entre todos los presentes.

Mientras cruzaba la habitación, se dio cuenta de que varias damas presentes abrían sus abanicos bruscamente, agitándolos frente a sus rostros. Pensó en Kitty y suspiró para sus adentros al recordar que ella había usado el suyo de una manera completamente diferente. Las mujeres podían ser tan tontas cuando él aparecía en pequeñas reuniones como esta, pero no Kitty. Esperaba que nadie se desmayara por su culpa esta noche. Todo era tan vergonzoso e inútil.

Nunca se había sentido atraído por mujeres que empleaban teatralidades para llamar la atención.

La nueva Lady Wade hizo una profunda reverencia tan pronto como él la miró. —Su gracia —dijo educadamente cuando él se detuvo frente a ella. Varias mujeres detrás de ella comenzaron a murmurar tras sus abanicos abiertos, pero sus ojos estaban fijos en la figura inclinada de Lady Wade.

Él la ayudó a incorporarse. —Lady Wade, qué placer verla de nuevo —dijo, esperando transmitir calidez, familiaridad y aprobación—. Debo decir que el matrimonio le sienta bien. Se ve encantadora esta noche.

La novia lanzó una mirada sorprendida a su esposo. —Gracias. Lord Wade me ha hecho una novia muy feliz, en efecto.

—Creo que tomó una decisión muy sabia al elegir a Lord Wade como esposo, y me alegra mucho saber que ambos se unirán a mí esta Navidad también. —Otro coro de murmullos siguió a su comentario, y Sinclair apretó los labios mientras disfrutaba de su sorpresa.

Lady Wade podría haber sido considerada un poco escandalosa por romper su compromiso con un duque y aceptar a un vizconde unos días después, pero Sinclair no creía que hubiera tomado la decisión equivocada. Se había casado por la razón correcta, y su esposo obviamente la adoraba. Era una buena pareja, del mejor tipo posible, y le complacía saber que la fortuna de la familia Wade había sido completamente restaurada.

A su lado, Lord Wade se movió incómodo, y Sinclair estrechó su mano extendida. —¿Cómo va la restauración, Wade?

—Bien. Bien. Nuevos descubrimientos cada día.

Asintió lentamente. —Muy bien.

Esta no era una fiesta donde hubiera baile. Algo de música y canto era todo lo que Sinclair podía esperar. No podía pedirle a Lady Wade que bailara esta noche, pero decidió que podría hacerlo en otra ocasión si notaba que la pareja seguía siendo objeto de murmuraciones.

Sabía muy bien lo hirientes que podían ser.

Se despidió afectuosamente de los recién casados y continuó atravesando la sala, moviéndose inquieto de rostro en rostro.

Sin embargo, aún se sentía incómodo esta noche. ¿Sería solo porque ya podía darse cuenta de que Kitty tampoco había sido invitada a esta tediosa pequeña reunión?

Se movió para pararse a un lado cuando los artistas tomaron su lugar en un pequeño estrado al final de la sala. —¿Le gustaría vino, su gracia? —preguntó Teddy.

—¿Qué? Oh, no —le dijo Sinclair, pero luego sonrió lentamente—. Puedes irte si quieres. Sé que no te gusta este tipo de cosas.

—Me retiraré un poco si no me necesita —sugirió, y luego se movió hacia el fondo de la sala donde el ruido sería más soportable y otros sirvientes estaban reunidos. Sinclair le envidiaba la distancia. A veces, incluso las anfitrionas con las mejores intenciones cometían errores en su

elección de artistas y torturaban a sus invitados sin darse cuenta.

Kitty había poseído una dulce voz para cantar en su juventud. De repente, deseó escucharla de nuevo esta noche en lugar de la de una desconocida.

Sacudió la cabeza y centró su atención en la actuación en curso. Ocasionalmente asentía, principalmente para mantenerse alerta. No estaba tan mal interpretada, y aplaudió junto con todos los demás cuando los lamentos cesaron.

Poco después se anunció un intermedio, con refrigerios y una cena ofrecidos en la sala contigua. Sinclair tomó un plato de sándwiches de un lacayo y encontró un lugar para sentarse solo.

Desafortunadamente, la paz no duró mucho cuando Lady Finch casualmente tropezó frente a él. Afortunadamente, Teddy tenía reflejos rápidos y enderezó a la mujer antes de que pudiera ingeniárselas para caer en el regazo de Sinclair.

Ella se apartó un mechón de su cabello gris y dejó caer su figura redonda en el asiento vacío más cercano a la mesa de Sinclair. —Oh, qué terriblemente vergonzoso —exclamó mientras se abanicaba el rostro sonrosado—. No puedo explicarlo. Gracias.

—No me lo agradezca a *mí*. —Hizo un gesto hacia Teddy y luego tomó otro sándwich—. Me alegro de que mi hombre pudiera ser de ayuda.

La dama no reconoció a Teddy, un sirviente que consideraría por debajo de ella. A Sinclair le divertía imaginar lo que Lady Finch haría si supiera la verdad. Se desharía en atenciones con *Teddy* en su prisa por congraciarse.

Ella sonrió y acercó su silla a la mesa. Un sirviente le preguntó si deseaba un refrigerio, y ella asintió rápidamente. —¿Cree que Lady Dencourt hizo una elección extraña para el entretenimiento de su fiesta?

Sinclair se echó hacia atrás en su silla, molesto por su presunción de unirse a él en la mesa. —No.

—Bueno, seguramente podríamos haber escuchado otras voces esta noche.

—Me pareció bastante buena la actuación —respondió, ya aburrido con el tema. Sutilmente, alejó su silla de ella una vez más y luego buscó a alguien que pudiera rescatarlo.

—Imagino que pensará diferente cuando escuche a mi sobrina cantar una melodía más bonita —sugirió con una sonrisa astuta hacia la joven que se acercaba a su mesa.

—Siempre ha poseído una gran imaginación —murmuró sombríamente.

La dama se sonrojó pero mantuvo su lugar a su lado. —Recuerdo que su hermana también tenía una dulce voz. ¿La recuerda con tanto cariño como yo?

—Como si pudiera olvidar a mi propia sangre. —Lady Finch no había cambiado mucho desde su juventud, por lo que Sinclair podía decir. Había sido una amiga cercana de su hermana, aunque por qué se llevaban tan bien, Sinclair nunca pudo entenderlo del todo. La condesa tenía un alto sentido de su propio valor y una tendencia a desaprobar abiertamente a casi todos. A menudo asumía que Sinclair estaría de acuerdo con ella, incluso cuando definitivamente no lo estaba. Sabía muy bien cómo su desafortunado esposo soportaba estar casado con ella. Nunca estaban en residencia al mismo tiempo.

Nunca le había hecho un desaire directo a ninguna dama, pero Lady Finch ciertamente lo había tentado a hacerlo en varias ocasiones a lo largo de los años. Sinclair nunca había logrado escapar con éxito de una conversación con ella. Parecía inmune a cualquier sarcasmo que él empleara, y nunca dejaba de mencionar su amor por su difunta hermana cada vez que lo hacía.

—Ahora, antes de que se me olvide, debo presentarte absolutamente a nuestra querida sobrina. La hija de mi hermana. Susan Hargrave, este es el estimado Duque de Exeter.

Compartes el mismo nombre que su querida hermana gemela.

—No exactamente el mismo nombre —Sinclair negó con la cabeza y se puso de pie educadamente—. ¿Cómo está usted, señorita Hargrave?

La joven —y no podía tener más de dieciocho años— hizo una graciosa reverencia junto a la mesa.

—Muy bien, gracias.

—Por favor, únase a su tía —sugirió él, ofreciéndole su silla. Sus sándwiches restantes tendrían que quedarse sin comer.

La joven dejó escapar un suspiro de pena y miró alrededor.

—Pero ahora no hay silla para usted.

Lady Finch miró a su alrededor bastante desesperada, y luego rió nerviosamente cuando no encontró una vacía cerca tampoco.

—¿No es encantadora su preocupación por usted, su gracia? Seguramente debe haber otra silla en algún lugar.

Él sonrió rápidamente, y luego le hizo un gesto a Teddy para que trajera una de la única mesa vacía que podía ver al otro lado de la habitación. Teddy fue bastante rápido, desafortunadamente.

—Gracias, Teddy.

Lady Finch sonrió radiante.

—Debo admitir que me he enamorado completamente de ella desde que vino a quedarse con nosotros. Una compañía tan feliz para Finch y para mí. Espere a oírla cantar. Cautiva con tanta naturalidad.

Él asintió, sin saber qué más podía decir. Lady Finch claramente adoraba a la chica, pero Sinclair vio a la sobrina encogerse ante los elogios que su tía le prodigaba. Ese gesto inconsciente elevó de golpe la opinión de Sinclair sobre la joven. Claramente, ella no estaba de acuerdo con todas las cosas que su tía decía sobre ella.

Eso le hizo preguntarse por fin sobre la señorita Hargrave. No había estado en su lista inicial, pero podría merecer su consideración y la de Teddy en una fecha posterior.

Sinclair, sin embargo, quería conocer la verdad de su naturaleza de primera mano, y la única manera de hacerlo era separarlos a ambos de su dominante tía.

—Señorita Hargrave, me pregunto si me permitiría el honor de dar un paseo por la sala con usted, con el permiso de su tía, por supuesto.

La joven pareció un poco sorprendida por su petición, pero accedió ante la alegre insistencia de su tía. Era una lástima que la señorita Hargrave viniera con una relación tan odiosa y cercana. El resto de la familia era de primera clase, sin embargo. Todas criaturas racionales y sensatas.

Se alejaron, y Teddy, en su papel de sirviente leal, los siguió unos pasos atrás.

—Entiendo que ha estado quedándose con Lord Finch durante un tiempo.

—Sí, el tío Charlie... —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Lord Finch insistió después de que mis padres murieran que debía vivir con ellos, y ahora estoy aquí en Londres.

¿Lord Finch fue quien insistió? Qué interesante. Habría pensado que Lady Finch estaría más interesada en el bienestar de su sobrina, dado todo lo que acababa de escuchar. La joven era de su rama del árbol familiar, después de todo.

—¿Cuánto tiempo lleva con ellos ahora?

—Dos años —dijo, pero esas palabras fueron pronunciadas con tal cansancio que Sinclair inmediatamente concluyó que esos dos años no habían sido los felices que Lady Finch afirmaba. No había conocido a la señorita Hargrave antes de esta noche, pero eso no era sorprendente si había estado de luto y solo recientemente había sido traída a Londres.

—Finch es un buen tipo. Muy generoso de su parte interesarse por usted —declaró Sinclair, y vio a la chica sonreír—. Su tía también —añadió después de una pausa, y notó que la expresión de la chica se cerraba.

Así que le gustaba su tío, pero su tía no tanto. Ahora aquí había una joven con la que posiblemente podría trabajar. Era joven pero obviamente consciente. Si tenía dieciocho años, no era demasiado joven para Teddy. No demasiado mayor como para estar desesperada por hacer cualquier matrimonio.

—Su tía dijo que es una música de cierta nota.

La chica pareció vastamente incómoda.

—Perdóneme, su gracia, pero debo confesarle algo. Mi tía ha exagerado mucho mis logros. Dableo, pero nunca he encontrado un instrumento en el que sobresalga. Musicalmente, soy un completo fracaso, y preferiría que nadie me oyera cantar en absoluto.

—Yo soy un pianista bastante terrible. Mi hermana solía quejarse de que era un asalto a los oídos.

Se escuchó un acuerdo suavemente pronunciado detrás de ellos, y Sinclair miró por encima de su hombro para sonreír. Estaba sorprendido, pero encantado, de que Teddy se hubiera salido de su papel por un momento.

La señorita Hargrave se rió suavemente.

—Eso es lo que creo que debo ser para los demás también. Dolorosa.

Miró a la señorita Hargrave. Era bonita, fresca y obviamente gozaba de buena salud. Cuando añadió eso a sus conexiones, podría colocarse en la cima de una lista muy corta de posibles esposas para Teddy eventualmente. Se preguntó qué tipo de dote podría aportar a un matrimonio. Tendría que investigarlo.

—¿En qué sobresale realmente?

—Me gustan los libros de todo tipo. Mi padre era un gran lector y me animó en todo momento a explorar los escritos de otros y cuestionarlos. —Sonrió tímidamente—. Desafortunadamente, se me conoce por discutir con mi material de lectura en voz alta.

Sinclair se rió, echando una rápida mirada por encima de su hombro para asegurarse de que Teddy todavía estaba allí y escuchando.

—Tengo a alguien así en mi familia. Puede ser distractor, pero parece disfrutarlo.

—Juro que he intentado detenerme —prometió ella—. Mi tío piensa que es divertido.

Su tío, pero probablemente no su tía. Las mujeres aficionadas a los libros tendían a ganarse el desprecio de mujeres superficiales como Lady Finch.

Para entonces habían dado la vuelta a la sala, pero cuando Sinclair levantó la atención de la señorita Hargrave para buscar a Lady Finch, no pudo encontrarla. No era una sala grande, pero la mujer se había desvanecido en el aire. Sinclair apretó los dientes.

—Oh, no —susurró la señorita Hargrave, mirando alrededor también.

No estaban solos, pero la gente podría asumir que él estaba más interesado en la joven de lo que realmente estaba ahora.

Sin otra opción que abandonar a la joven, se unieron a la multitud que regresaba a la sala de música y continuaron paseando juntos.

Algunas miradas evaluadoras se dirigieron hacia ellos, y cuando finalmente vio a Lady Finch, quiso estrangularla por la sonrisa presumida que ahora lucía.

Había dejado a su sobrina con él deliberadamente.

Maldita arpía. Molesto porque ella estaba intentando manipular algo que él nunca podría desear, Sinclair se detuvo para considerar la mejor manera de tomar represalias.

No podía hacer nada que pudiera reflejar negativamente en la joven a su lado. Descubrió que le agradaba.

Lady Finch estaba rodeada de otras mujeres, todas observándolo atentamente. Sinclair casi podía sentir los grilletes del matrimonio comenzando a deslizarse por la habitación en su dirección. —Teddy —llamó.

—¿Sí, su excelencia? —Teddy estuvo instantáneamente a su lado... pero su mirada también se dirigía hacia la encantadora señorita Hargrave.

—Haz que traigan mi carruaje. —Se volvió hacia la señorita Hargrave y sonrió—. Gracias por su compañía esta noche. Espero que disfrute su estancia con su tío.

—Yo también lo espero —respondió ella con un firme asentimiento—. Realmente me disculpo por el comportamiento de mi tía —susurró suavemente, con una expresión afligida.

—Gracias. —Retrocedió un paso antes de girar. Alegaría que otro compromiso era la razón por la que tenía que irse. Deseaba poder quedarse para ver la cara de Lady Finch mientras se marchaba. Habló con sus anfitriones, quienes parecieron creer fácilmente su mentira sobre otro compromiso, y salió sin mirar atrás.

Teddy sonrió mientras se acomodaban en el carruaje. —Esa ha sido la escapada más rápida que has hecho de uno de esos eventos aburridos.

—Podría considerarse un poco grosero, quizás, pero simplemente no podía quedarme. —Dejó escapar un suspiro de dolor—. Cuando seas duque, nunca creas a Lady Finch si afirma que alguna vez existió una amistad cercana entre nosotros.

—Creí ver un atisbo de desdén ducal hacia ella. —Guardó silencio un momento—. ¿Y qué hay de la señorita Hargrave?

—Me compadezco de la chica. Tener tal pariente es realmente mala suerte. Si no fuera por su tía, tendría todos los atributos adecuados.

—¿Para qué?

—Para convertirse en duquesa.

—Seguramente no la tuya —soltó Teddy ahogadamente.

—Todos dicen que necesito una, y un heredero también —dijo, luego suspiró profundamente y miró por la ventana.

—Es demasiado joven para que te tome en serio —anunció Teddy—. Y estoy seguro de que tu familia preferiría no tener a esa vieja bruja como pariente.

—No hay nada que mi sobrino y mi sobrina puedan decir para influenciarme en un sentido u otro. Yo solo tomo las decisiones para el futuro del ducado, por el futuro previsible. Ellos darían la bienvenida a cualquier matrimonio que me viera obligado a hacer por deber si evitara el fin del título. —Teddy pareció sobresaltado por su declaración—. Como dije, me compadezco de la señorita Hargrave. Tendrá una batalla cuesta arriba para lograr que cualquier hombre mire más allá de su tía.

—Estoy seguro de que la señorita Hargrave tiene muchas cualidades admirables —dijo Teddy en voz baja—. Una mujer es tan igual a un hombre y puede superar cualquier dificultad si se esfuerza lo suficiente.

—Sí, supongo que sí. La sinceridad y la humildad son dos rasgos necesarios para cualquier Duquesa de Exeter. Solo el tiempo dirá si alguien se demuestra digno de ese título. De una cosa estoy seguro: Lady Finch se asegurará de que vuelva a encontrarme con su sobrina.

Teddy pareció morderse el labio tras ese comentario y se quedó callado durante el resto del viaje de regreso a casa. ¿Se estaría preguntando si Sinclair estaba considerando seriamente el matrimonio por fin? ¿Se sentía Teddy amenazado? ¿Celoso incluso, cuando había elogiado a la

señorita Hargrave, o aliviado de que aún podría librarse de la herencia?

Sinclair aceptaría cualquier cosa en este punto, si solo eso hiciera que Teddy saliera a la luz.

CAPÍTULO 8



KITTY SE CAMBIÓ de vestido por tercera vez y luego despidió a su doncella. Se paró frente al espejo, atormentada por la incertidumbre sobre su apariencia. La mitad de la razón de su indecisión esa mañana se debía a que no estaba segura de qué tono adoptar con su sobrina al comenzar la instrucción. Kitty no quería intimidar a Felicity apareciendo demasiado formal al principio, pero tampoco podía verse demasiado sencilla.

Y cada día se había despertado con el temor de que Sinclair pudiera presentarse.

Necesitaba estar preparada para ese evento. Estaba segura de que él *vendría*, pero no sabía cuándo. Se presionó las mejillas cálidas con las manos, molesta porque pensar en él aún la hacía sonrojarse. No había hecho eso con un hombre desde que era joven y muy tonta.

—¿Te has cambiado otra vez? —preguntó Willa mientras entraba en la habitación después de un suave golpe, vistiendo solo una bata sobre su camisón. Kitty la envidiaba. En casa, su familia consideraba inútil a cualquiera que no se levantara con el sol y se vistiera para ser visto inmediatamente.

—Se espera a mi sobrina pronto.

Willa bostezó y luego se disculpó.

—Te lo digo, extraño los días en que era joven y de constitución más robusta. Solía poder quedarme despierta toda la noche bailando o con Baxter y luego permanecer despierta durante el día también.

—A veces me siento anciana —admitió Kitty en voz baja.

—¿Estás segura de que tu cansancio no se debe a que cierto duque aún no ha venido a visitarte? —preguntó Willa, con una ceja arqueada divertida.

—No —mintió. Kitty había pensado en Sinclair toda la noche y todas las noches desde que se habían encontrado en los Jardines de Vauxhall. Pero ¿por qué le daría una segunda oportunidad a una vieja conocida cuando probablemente tenía a alguien mucho más joven con quien pasar el tiempo ahora?

Su problema era que aún lo encontraba atractivo y encantador. Sus coqueteos en Vauxhall esa noche se le habían subido a la cabeza, incluso si sus palabras habían sido dirigidas a la desconocida que primero creyó que era. Kitty se había sentido conmovida por él, de la misma manera que cuando era una joven.

Nuevamente se llenó de arrepentimiento. Se sentía tan tonta por desear haberse quedado con él a pesar de las amenazas de Lady Susanna de destruir su reputación.

Había tomado la única decisión que podía en ese momento, casarse con otro. Olvidar a Sinclair y esforzarse por tener una buena vida como esposa de Lord James Forbes, un barón y terrateniente irlandés, lejos de casa. Debía encontrar la manera de volver a sentirse contenta con

su situación.

—Creo que Felicity debería estar llegando en cualquier momento.

—Sí, ya lo habías dicho. Si es que tu hermano la deja venir —murmuró Willa suavemente.

—Ten algo de fe en mis habilidades para manejar a mi hermano. Él la traerá.

Willa se sentó en el borde de la cama de Kitty.

—¿Y si no puede ser razonable? ¿Has decidido qué hacer con él?

—Creo que está bien. Temo que me preocupé por nada y casi le hice un grave perjuicio. —Sonrió rápidamente—. Espero que puedas olvidar lo que dije de él, pero aun así lo convenceré de que estaría en el camino.

La expresión de Willa se agrió.

—Siempre ha sido mi experiencia que se necesita una buena dosis de intimidación para manejar a algunos hombres. Perdóname, pero tu hermano siempre ha sonado como el tipo de persona tan inamovible como una piedra.

—Casi —concordó Kitty—. Si viene con la chica, confiaré en que encuentres una manera de distraerlo.

Willa tomó una almohada y la abrazó contra su pecho.

—Oh, probablemente podría manejar al señor Hunter si realmente necesito esforzarme, loco o no. Esperemos que ese no sea el caso hoy. Estoy demasiado cansada para discutir con nadie esta mañana.

El golpe en la puerta resonó por toda la casa, y Kitty sonrió, añadiendo rápidamente un collar de plata favorito alrededor de su cuello.

—Bueno, al menos no llegan tarde —observó.

—Supongo que será mejor que terminemos con esto —sugirió Willa, enderezando los hombros—. Me vestiré y me uniré a ti.

—No puedo agradecerte lo suficiente —exclamó Kitty y siguió a Willa a su vestidor, donde se vistió apresuradamente con un hermoso vestido de mañana de muselina azul. Luego, juntas, bajaron las escaleras hacia el salón para encontrarse nuevamente con su familia.

Su hermano y su sobrina estaban esperando. No era una buena señal que Percy aún estuviera aquí, y frunciendo el ceño. Sin embargo, se inclinó cortésmente ante Willa una vez hechas las presentaciones.

—Lady Darrow. He oído mucho sobre usted.

—Lo mismo digo, señor Hunter. Gracias por esperar tan pacientemente. Bienvenido a mi hogar.

Felicity sonrió con dulzura pero no dijo nada a nadie.

—Puedes volver por ella más tarde —sugirió Kitty—. Quizás a las tres.

—No la dejaré sola aquí —dijo Percy con el ceño fruncido.

Willa chasqueó la lengua.

—Mi querido señor, ¿está interesado en aprender cuán profundamente debe hacer una reverencia una dama ante la reina?

—Es poco probable que la conozca en este salón —murmuró él.

—Cierto, pero su hija debe estar preparada para todas las eventualidades, para que nunca se sienta insegura cuando esté en compañía —le aseguró Willa, tomando la iniciativa en la conversación—. Confíe en mí. Las damas somos las más adecuadas para guiar a otra dama en el comportamiento apropiado. Los caballeros suelen ser bastante despistados.

—Ahora escuche —protestó Percy, olvidando por completo sus modales mientras miraba furioso a Willa—. No quiero que usted también se entrometa en la educación de mi hija.

Kitty se apresuró y tomó el brazo de su hermano, apartándolo de Willa. Quizás traer a Willa tan pronto había sido una mala idea. Percy debía sentir que lo estaban acorralando.

—Querido Percy, me gustaría conocer mejor a mi sobrina durante mi estancia, y esta es la casa de Willa, no lo olvides. Todos somos invitados aquí. Pero nuestras discusiones probablemente se adentrarían en asuntos que afectan la salud y el bienestar de las mujeres. Estoy segura de que eres como la mayoría de los hombres y no tienes inclinación a participar en ese tipo de discusiones.

Miró a Willa, instándola a unirse a ellos de nuevo.

Willa asintió y deslizó su mano por el otro brazo de Percy. Él se sobresaltó tanto por el contacto que Kitty lo sintió saltar.

—Exactamente. No estaremos discutiendo nuevos inventos hoy, sino prácticas probadas y verdaderas para mantener una casa —admitió Willa con una cálida sonrisa—. Si mal no recuerdo, sus intereses radican en el área de la ingeniería. Qué fascinante debe ser crear máquinas.

Las mejillas de Percy se enrojecieron.

Entre las dos, lograron dirigir a Percy hacia el vestíbulo antes de que se diera cuenta de que lo habían maniobrado hábilmente fuera del salón.

Kitty lo soltó y rápidamente giró de vuelta a la puerta del salón.

—Puedes volver por Felicity por la tarde. Tarde. Digamos que las cuatro en punto estará bien por hoy. Hasta entonces, querido hermano, adiós.

Kitty le cerró la puerta en la cara y giró la llave en la cerradura por si acaso.

Percy golpeó la puerta, haciendo que Kitty saltara. —¿Qué se supone que debo hacer hasta entonces? —gritó con fuerza.

—Tal vez inventar algo nuevo que no lastime a nadie —le respondió ella y luego se rio.

Willa murmuró algo ininteligible a Percy allá afuera, y él se quedó en silencio.

Kitty se rio suavemente. Querida Willa. Siempre sabía exactamente qué decir. Qué divertido que Willa también pudiera hacer sonrojar a Percy. Kitty le debería un gran favor a su amiga por distraerlo.

Confiada en que Percy estaba siendo atendido, se volvió hacia su sobrina con una sonrisa.

La chica la observaba con los ojos muy abiertos. —Realmente eres tan astuta como él me advirtió que serías —soltó Felicity.

—Creo que descubrirás que Willa y yo no somos más astutas que cualquier otra mujer. Pero conozco a tu padre desde hace mucho más tiempo y tengo ventaja. Sé lo que lo hace feliz y sentarse en salas de estar no lo es. No es posible tener una conversación privada cuando él está cerca. Y encontraría nuestra discusión terriblemente tediosa. Le estoy haciendo un gran favor al enviarlo lejos, aunque nunca lo admitirá.

Felicity sonrió. —Debes enseñarme cómo hacer lo que acabas de hacerle. No tienes idea de cuánto sufro en casa. La mitad del tiempo olvida que soy una chica. Apenas puedo tener un momento a solas frente a mi espejo. Solo quiere hablar de sus inventos. Mis manos y dedos son bastante pequeños y ágiles. Estoy segura de que me ve como su asistente.

Kitty se rio suavemente y acomodó un mechón de cabello rebelde detrás de la oreja de Felicity. —Tengo una idea de lo molesto que puede ser. Yo también crecí con sus experimentos, así que entiendo completamente tu punto de vista. Por favor, acompáñame y siéntate.

La chica se dejó caer en la silla, y Kitty hizo una mueca. —La próxima vez, más despacio. Las damas no se arrojan a una silla frente a otras damas, ni siquiera frente a sus parientes. Espalda más recta. Ahí. Perfecto.

La chica se encogió. —Mi padre dijo que quieres cambiarme. Supongo que tenía razón en que empezarías de inmediato.

—Un cambio para mejor, y te aseguro que no será doloroso. Quiero que te sientas como en casa en cualquier salón, ya sea aquí o ante la reina. Lo que realmente quiero hacer hoy es aprender más sobre ti. Tus pasiones, tus intereses. Aquellos que no te atreves a contarle a tu padre porque temes que pueda malinterpretarlos o negártelos. ¿Compartes el interés por la mecánica y el diseño con tu padre? Sé honesta ahora.

La chica suspiró. —No realmente. Me gustaría saber en qué anda, pero participar no es propio de una dama. Hay días en que desearía haber nacido varón para que tuviera motivos para estar orgulloso de mí.

—Tonterías, niña. Él ya está orgulloso de ti. ¿No lo oíste amenazarme? Te ama tal como eres, al igual que tu madre.

—¿De verdad nunca conociste a mi madre?

—Tristemente, eso es cierto, pero me agradaba mucho —asintió Kitty—. Nos escribimos durante varios años, pero la distancia entre nosotras y el costo del viaje siempre fueron un obstáculo, ¿entiendes? Sus cartas estaban llenas de amor por tus logros mientras crecías.

—La extraño —susurró Felicity.

Kitty rápidamente puso su mano sobre la de la chica y sonrió. —Y siempre lo harás. Yo también extraño terriblemente a mi madre, y ya han pasado treinta años desde que se fue.

Hubo un ligero golpe en la puerta, y Willa anunció que Percy finalmente se había ido. Kitty se apresuró a dejarla entrar nuevamente.

—¿Te causó alguna molestia, querida? —preguntó Kitty, después de notar que las mejillas de Willa también parecían un poco sonrojadas ahora.

—Para nada —aseguró Willa—. Pero juro que se imagina que la corromperemos.

—Creo que podría enamorarme de ella en su lugar —sugirió Kitty, sonriendo nuevamente a la chica—. Quiere aprender de nosotras cómo manejar mejor a su padre.

Willa se rio estruendosamente ante la noticia. —Si solo pudiéramos embotellar nuestros éxitos con nuestros hombres, cada una poseería una fortuna —prometió, secándose los ojos con un pañuelo.

Felicity sonrió, y era evidente que Willa ya se había ganado a la chica. Kitty no podía estar más aliviada de haber venido a Londres ahora, sin importar el incentivo original. Era bueno estar con la familia y los amigos una vez más.

Durante sus conversaciones con Felicity, tal vez podría descubrir si la chica alguna vez había tenido motivos para preocuparse por el estado mental de su padre. No estaba del todo segura de que Percy estuviera desequilibrado, pero solo el tiempo diría si él demostraría que ella estaba equivocada. Esperaba que no lo hiciera. —¿Les apetece un té, mis queridas?

CAPÍTULO 9



SINCLAIR BAJÓ DE su carruaje en la oscuridad y miró hacia la puerta principal pintada de azul de Lady Darrow. Según Percy Hunter, su hermana Kitty estaba aquí, a menos que hubiera llegado demasiado tarde y ella ya hubiera abandonado Londres. Habían pasado varios días desde que la vio por primera vez. Sinclair esperaba sinceramente que no se hubiera ido. Realmente quería hablar con ella, y con suerte a solas, después de todos los obstáculos que había superado para llegar hasta aquí.

Finalmente había logrado evadir la compañía de Teddy esta noche. Le había dicho a su heredero que iba a su club, y como a Teddy no le gustaba la multitud que solía reunirse en White's, el joven se había quedado voluntariamente en casa.

Solo después de haberle dado al cochero las indicaciones para ir a White's, y cuando ya estaban en camino, fue que le indicó un nuevo destino, creyendo que Teddy nunca lo descubriría ni sospecharía de su subterfugio mañana.

Apretó los puños a los costados y los relajó mientras miraba arriba y abajo de la calle, un poco ansioso de que su carruaje ducal pasara desapercibido frente a esta pintoresca casa de ciudad. Si fuera cualquier otra mujer a la que estuviera visitando, debería haber venido durante las horas de visita habituales a la luz del día, en lugar de la noche.

Si alguien lo viera, supondrían que había venido para una cita. Lady Darrow no estaba casada, pero era la amante de un compañero duque.

Se disculparía con Lady Darrow por la hora y su necesidad de venir, pero no se dejaría disuadir. No pasaría otro día o noche preguntándose si podría encontrarse con Kitty por casualidad en algún otro lugar.

Ver a Kitty de nuevo consumía sus pensamientos.

Volvió a mirar la casa y la estudió cuidadosamente. Las ventanas estaban iluminadas, lo que indicaba que alguien estaba en casa para recibirlo. Tomó aire. —Espere aquí un momento, y cuando me admitan, puede regresar por mí en una hora.

Podría haber sido presuntuoso imaginar que sería bienvenido a quedarse tanto tiempo en conversación con Kitty. Pero tenía una pregunta ardiente que debía ser respondida al final de esa hora, y no se iría sin una respuesta satisfactoria.

Se alejó rápidamente del carruaje y subió los escalones, decidido a que nada se interpusiera en su camino ahora.

Llegó a la puerta y llamó. Cuando se abrió, presentó su tarjeta sin decir palabra. El mayordomo la estudió, y luego fue invitado a entrar inmediatamente. —Lady Darrow lo estaba esperando —murmuró el hombre—. Si me acompaña, por favor.

Sinclair parpadeó ante eso. Lady Darrow era una conocida suya, pero no la había visto en

algún tiempo. Nunca la había visitado antes. Ella siempre estaba en Londres, pero ser la amante de un compañero duque significaba que no asistían a muchos de los mismos eventos a menudo.

El mayordomo lo condujo a una encantadora sala de estar en la parte trasera de la casa, un cuarto del tamaño de la suya. Sus ojos se posaron inmediatamente en Kitty, pero se obligó a dirigirse primero a Lady Darrow. —Gracias por recibirme, Lady Darrow —murmuró mientras se inclinaba sobre su mano extendida—. Me disculpo por la hora tardía de mi visita.

—Excelencia, es un placer verlo en cualquier momento —respondió ella con una suave risa, y luego sus ojos se dirigieron a Kitty—. ¿No es una sorpresa encantadora, Lady Forbes?

Kitty dejó a un lado su labor de aguja, sus ojos se estrecharon un poco, pero luego sonrió con gracia. —De hecho. Bienvenido, excelencia —murmuró Kitty.

Se sintió decepcionado de que no le ofreciera su mano, pero tal vez era mejor así. No estaba del todo seguro de lo que haría si la tuviera en su agarre de nuevo. —Es bueno verte otra vez.

Descubrió que el impacto de verla de nuevo era más fácil de soportar esta noche que la primera vez. Kitty podría haber cambiado, envejecido, pero seguía siendo encantadora. Su reacción ante su reaparición no había cambiado desde que se tropezó con ella en los jardines de placer, sin embargo. Aunque esta noche estaba mejor iluminada por la luz de las velas, y las alteraciones en sus rasgos eran más evidentes en las finas líneas de su rostro. Sus ojos eran cautelosos, su sonrisa forzada.

Su ansiedad aumentó ahora. Él también era mayor de lo que ella debía recordar. ¿Era su conmoción al verlo igual de abrumadora?

Lady Darrow hizo un gesto hacia las sillas. —Por favor, ¿no quiere sentarse? ¿Le apetece un refrigerio?

—Gracias, pero por favor no se moleste.

—Oh, no es molestia en absoluto —prometió Lady Darrow—. Quizás una bebida para celebrar la ocasión.

Sí, sentía el impulso de celebrar el ver a Kitty de nuevo. —Una excelente idea.

Lady Darrow hizo un gesto a un sirviente, y cuando él tuvo su propia copa, el sirviente fue despedido.

Lady Darrow prácticamente exudaba un aura de emoción apenas contenida mientras miraba entre ellos. Sinclair supuso que, dado que Lady Darrow lo estaba esperando y era tan amable en su bienvenida, Kitty debía haber compartido confidencias que lo involucraban. Esperaba que eso le favoreciera esta noche.

—Por los viejos amigos reunidos —sugirió, levantando su copa en un brindis.

Kitty levantó la suya y bebió un sorbo; estudiándolo de cerca todo el tiempo que lo hacía.

La expresión curiosa en sus ojos provocó una respuesta similar en él. No podía quitarse de la mente que Kitty estaba sentada justo allí frente a él, viuda, y él nunca había olvidado realmente lo mucho que ella había significado para él. Habían estado bien juntos una vez, y definitivamente había sentido una atracción entre ellos la otra noche en los jardines de placer. Todavía lo sentía. Ella le interesaba.

¿Era demasiado tarde para retomar donde lo habían dejado hace años?

Hablaron sobre el clima y los últimos escándalos durante un rato. Charla inocua que no hizo nada para aliviar la tensión en Sinclair, hasta que la sonrisa de Kitty se volvió genuina cuando finalmente se relajó.

Él y Kitty habían perfeccionado sus actuaciones públicas años atrás. No importaba cuán desesperadamente hubiera deseado a Kitty en ese momento, de alguna manera había logrado contenerse de distinguirla. Kitty parecía hacer lo mismo con él, mostrándose mucho más

interesada en las perspectivas matrimoniales de todos los demás que en las suyas propias. Hasta este día, él había creído que nadie sabía que habían sido amantes. Lady Darrow, sin embargo, prácticamente resplandecía cada vez que la miraba. Ella debía saber sobre ellos, ¿pero desde hacía cuánto tiempo?

Lady Darrow le guiñó un ojo. —Entiendo que su sobrina y sobrino están llenando sus guarderías hasta desbordar.

—Difícilmente. Pero así parece, dado que han nacido dos pares de gemelos tan seguidos. El ruido de todos esos pequeños diablillos llorando ensordece a las seis de la mañana. Por alguna razón, todos son madrugadores como yo.

—¿Dos pares de gemelos? —exclamó Kitty sorprendida—. Vaya, eso sí que es una tarea.

—No quieren perderse nada —sugirió Lady Darrow—. Lady Forbes también es madrugadora.

Él miró a Kitty rápidamente, sorprendido de que aún compartieran ese rasgo. Recordó por qué había sido importante que se levantaran temprano antes. Cuando eran jóvenes, ninguno de los dos quería que Kitty fuera atrapada saliendo de su cama, o él de la de ella, demasiado tarde por la mañana. En retrospectiva, era una lástima que no la hubieran atrapado con él. Podrían haberse casado y pasado muchas noches felices juntos desde entonces. Apartó el arrepentimiento. —El esposo de mi sobrina, Lord Hallam, y mi sobrino, Ettington, se han vuelto competitivos con los próximos nacimientos.

Lady Darrow rió. —¿Y qué hay de sus esposas?

—Contentas, se lo aseguro —dijo, sonriendo también al pensar con cariño en las jóvenes de su familia—. A menudo escriben sobre lo divertidas que les parecen las ocurrencias de sus maridos.

—Eso es maravilloso —exclamó Lady Darrow—. ¿Cuándo los verá a todos de nuevo?

—No por un tiempo más. Parece que tengo motivos para quedarme en la ciudad un poco más este año.

Lady Darrow sonrió de nuevo, y luego miró a Kitty. —Ha pasado una eternidad desde que mi amiga y yo estuvimos juntas. Estaba tan emocionada de ver a Kitty que corrí directamente afuera para arrastrarla adentro. Puede que nunca la deje irse de nuevo sin una buena razón.

—Bueno, entiendo perfectamente por qué querría mantenerla cerca —prometió con una suave risa—. Yo habría hecho lo mismo si Lady Forbes hubiera llegado a mi puerta en cualquier momento de los últimos años.

Los ojos de Lady Darrow se humedecieron con lágrimas repentinas. Aparentemente, estaba diciendo las cosas correctas en lo que concernía a Lady Darrow, pero Kitty se había vuelto inusualmente callada y vigilante durante su intercambio.

Lady Darrow tomó aliento antes de continuar. —Espero verlos a los dos *juntos* ante mi puerta un buen día en un futuro no muy lejano.

El suave jadeo de Kitty fue el único signo de su reacción ante esa audaz sugerencia.

Sinclair se sonrojó ante la inesperada imagen que evocaron sus palabras, pero estaba un poco asombrado de que el apoyo de Lady Darrow significara tanto para él. Quizás tener a Lady Darrow de su lado antes podría haber evitado que Kitty se apresurara a casarse con alguien que él consideraba indigno de su afecto.

—Me gustaría eso —prometió, y luego dirigió toda su atención al objeto de su interés inquebrantable—. Mucho. —Kitty era la razón por la que había venido, pero de repente esas respuestas ya no eran importantes—. Visité a tu hermano.

—Sí, mencionó que lo visitaste, pero ninguno de los detalles. —Asintió—. Eso fue muy

inesperado de tu parte.

—Fue una feliz visita con un viejo amigo, y me complace decir que el asunto de sus experimentos ha sido discutido y resuelto a mi satisfacción.

—¿Qué experimentos?

Miró a Lady Darrow, preguntándose si debería continuar el tema en su presencia. Algunos asuntos deberían mantenerse privados. La naturaleza de los experimentos de Percy Hunter en materia de guerra metería a Percy en problemas con las autoridades si se supiera ampliamente.

Lady Darrow lanzó un suspiro, pero luego sacudió la cabeza y se puso de pie. —¿Me disculpan, su excelencia? Lady Forbes. Espero que no les importe si los dejo solos para discutir sobre el señor Hunter. Estoy segura de que no necesitan que me involucre en lo que debe ser un asunto familiar.

—En absoluto. Aprecio su comprensión —dijo Sinclair rápidamente, y Lady Darrow se apresuró a salir—. Eso fue bastante abrupto. No quise ahuyentarla.

—El comportamiento de mi hermano a menudo la ha molestado a lo largo de los años. No tiene paciencia para escuchar más de sus escabrosas acusaciones.

—¿De qué acusaciones estás hablando?

Kitty se mordió el labio.

—Dime qué más ha hecho, Kitty.

Ella se inclinó hacia adelante para susurrar: —Ha estado muy confundido. No podrías haber lastimado a tu hermana, como él afirmaba. Me escribió la carta más espantosa, así que sentí que no tenía otra opción que venir antes de que hiciera algo tonto y te lastimara. Si lo hubiera encontrado loco, te juro que me habría encargado del asunto. Nunca habrías tenido necesidad de involucrarte con mi familia de nuevo.

Sinclair estaba tan sorprendido que se quedó boquiabierto durante un minuto entero, sospechaba. —¿Viniste a Londres por él? ¿Para protegerme de él porque pensaste que había perdido la cabeza?

—Y para proteger a mi familia del escándalo. Percy puede ser el cabeza de familia, pero yo no carezco de recursos ahora. Me mantendré vigilante con él. Te sugiero que mantengas a tus hombres alerta y contigo en todo momento, por si acaso.

Sinclair estaba completamente horrorizado. —Te aseguro que la mente de Percy Hunter no ha cambiado en absoluto con los años. No pretende hacerme ningún daño real. Solo quería mi atención y eligió una mala manera de conseguirla. Vaya, me senté en una habitación a solas con él el otro día, y nunca me dio motivos de preocupación.

Ella exhaló y cerró los ojos. —Gracias al cielo que me equivoqué con él entonces, pero puedes entender por qué me preocupé. Mi sobrina está en edad de casarse, y hasta la sugerencia de locura en nuestra familia podría debilitar sus posibilidades de hacer un buen matrimonio. —Miró a Sinclair de cerca—. Si no habías oído hablar de sus amenazas contra ti, ¿por qué fuiste a verlo? ¿Por qué tienes guardias siguiéndote ahora?

—No es importante.

Una mirada de escepticismo cruzó su rostro. —¿Te aventuraste desde Mayfair hasta Southwark solo para pasar el tiempo? Dudo que eso pueda ser cierto, pero por supuesto, no tienes que decirme la verdad. Debe haber sido importante, sin embargo. Hablaste de experimentos.

—Perdóname. Supuse erróneamente que Percy te habría contado de su éxito a estas alturas. Debería haber guardado silencio.

Los ojos de Kitty se entrecerraron. —No me cuenta nada, como de costumbre.

No le gustaría ser la causa de que Percy fuera internado en Bedlam por su culpa, pero ella podría enterarse de su plan por alguien más. Nunca le había mentido antes.

—No te alarmes por lo que te voy a decir ahora... pero tu hermano ha estado librando una guerra contra mí de manera intermitente durante un año.

Ella palideció.

—¿Guerra?

—No tomo represalias —prometió rápidamente, levantando una mano—. Al principio, era una sorpresa agradable, nunca sabiendo qué iba a hacer a continuación. Pero últimamente, está corriendo demasiados riesgos. Mi gente podría resultar herida. Demostrar que sus inventos funcionan era importante para él, pero yo quería evitar lesiones y más gastos sin confrontarlo, hasta ahora. Así que cuando finalmente descubrí dónde vive, lo visité para averiguar qué tenía en mente.

—Locura —susurró Kitty.

—No. No. No dejes que lo que Percy ha hecho te preocupe. Era como en los viejos tiempos cuando éramos niños.

—Eso no es tranquilizador —Se llevó las manos a la cabeza—. Está loco, y lo oculta tan bien. Dios mío, ¿cómo voy a convencer a los demás de que tengo razón si ni siquiera tú lo ves?

—No hay nada que hacer. Percy no es un niño ni está loco en absoluto.

Kitty se enderezó rápidamente, recordando su posición y su decoro. Una dama no se encorvaba ante un duque, aunque Sinclair la hubiera visto en peores posturas.

—Está *actuando* como un niño, y debo disculparme en nombre de mi familia. Me encargaré de él, lo juro.

—Simplemente estaba frustrado, y sospecho que su ánimo estaba decaído por extrañar a su esposa. Le he prometido que mi interés en sus inventos nunca ha disminuido, así que espero que eso haya alegrado su mente. También espero poder trasladarlo a él y a su peligroso artilugio de carruaje fuera de Londres tan pronto como sea posible, para que pueda comenzar la construcción de otro lejos de transeúntes inocentes. Hay varios caballeros que conozco que ya están intrigados por su nuevo diseño, una vez que les expliqué las ingeniosas modificaciones que ha hecho a un carruaje.

—¿Un carruaje?

Sinclair sonrió.

—Por fuera, parece un vehículo normal, pero es capaz de lanzar proyectiles a grandes distancias —huevos en las pruebas más recientes— a cualquier ventana de mi casa que él elija. Dos pisos arriba una vez, uno más abajo en otra ocasión. Su precisión ha mejorado desde su primer intento desastroso, que solo logró ensuciar los escalones de la entrada. Afortunadamente, nada más que los cristales de las ventanas resultaron dañados en cualquiera de los ataques anteriores.

Kitty lo miró boquiabierta.

—¡Está loco, y tú también por no haberlo hecho arrestar ya!

—Todos los mejores inventores son excéntricos —le aseguró Sinclair. No estaba preocupado por Percy Hunter. Habían llegado a un entendimiento, y la reanudación de sus conversaciones aliviaría cualquier otra discordia que pudiera existir entre ellos. Si Percy aún creía que él era responsable de la elección de esposo de su hermana gemela, hablarían de ella de nuevo. Pero no mencionaría esa conversación a Kitty. Entonces *realmente* se preocuparía por el estado mental de su hermano.

Miró a Kitty y vio su preocupación. Le alegró considerablemente el corazón que ella hubiera

considerado necesario venir a Londres para protegerlo de su propio hermano.

Absorbió la forma elegante de su antigua amante, y el anhelo de consolarla, abrazarla, se agitó. Le gustaría mucho conocerla de nuevo.

—Es bueno verte, Kitty, por cualquier motivo.

Su rostro se levantó lentamente.

—Y a ti, Sinclair.

Se animó al escuchar su nombre en sus labios nuevamente. El acento le sentaba bien, decidió.

—Me enteré del fallecimiento de tu esposo por Percy. Debes haber estado devastada después de tanto tiempo juntos.

Ella asintió.

—Me consuela el amor y el apoyo de mi familia.

Sus palabras fueron un doloroso golpe en su estómago.

—¿Tienes hijos?

—No —admitió—. Mi esposo y yo no fuimos tan afortunados.

Su tensión disminuyó un poco. Cuando Kitty lo había dejado, había pasado semanas agonizando por el horror de que ella compartiera la cama de otro hombre. Haciendo el amor con él. Riendo con él. Que ella tuviera hijos de otro hombre había sido una idea nebulosa que no podía imaginar, pero era el único resultado de su matrimonio que había esperado. Había causado tanto dolor.

Se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué no regresaste a casa cuando Forbes murió?

—Kinsale es mi hogar —le aseguró, levantando la barbilla.

—¿Es ahí donde vives? Susanna nunca diría exactamente adónde te habías ido, y temía que insistir en una respuesta revelaría demasiado sobre mi interés en ti.

Su expresión se tensó.

—Fui feliz allí.

—Entonces tendré que visitar Kinsale algún día, ya que es tan querido para ti —decidió.

Ella pareció tan sorprendida de que él pudiera seguirla a casa que se quedó boquiabierta. Después de que Teddy se estableciera con una esposa, Sinclair viajaría más allá de sus lugares habituales. No le gustaba la idea de que Kitty pudiera escaparse una segunda vez. Podría parecer presuntuoso de nuevo, pero algún día esperaba tener la libertad de complacerse a sí mismo, y eso incluía verla cuando quisiera.

—¿Qué es lo que te retiene allí, si no tienes hijos a los que volver?

—La familia de mi esposo me es muy querida.

Asintió lentamente. Kitty siempre había tenido una sonrisa acogedora para cualquiera que conociera. Había sido una de las cosas que lo había atraído hacia ella. Se había adaptado muy bien a Grafton Park. Había sido tan fácil enamorarse de ella.

—Estoy seguro de que tú también lo eres para ellos. ¿Puedo preguntar cuánto tiempo permanecerás en Londres?

—No estoy segura, pero una vez que haya lidiado con Percy a mi satisfacción, probablemente me quedaré el tiempo suficiente para ayudar a mi sobrina a prepararse para el matrimonio. Unas semanas, quizás un mes o dos deberían bastar, aunque no puedo saberlo con certeza.

—Entonces quizás serías tan amable de informarme cuando te vayas esta vez.

Ella parpadeó.

—¿Por qué?

—No me gustaría decepcionarme cuando venga a visitarte y descubra que te has ido de nuevo.

Kitty sacudió la cabeza repentinamente y respiró hondo. Su expresión ahora era más cautelosa que nunca, pero sus mejillas se estaban sonrojando con un color intenso. Rápidamente se humedeció los labios, y todo el cuerpo de Sinclair reaccionó. Estaba excitado solo por estar en la misma habitación con ella. ¿Cómo podía ser esto?

Kitty debió de haber sentido también el aire chispeante entre ellos, porque no quería mirarlo a los ojos y su respiración se aceleró. Él conocía muy bien los signos de su excitación. Ella tragó saliva y estudió sus manos. —¿Por casualidad conociste a mi sobrina cuando visitaste a mi hermano?

Él vio a través de su intento de distraerlo y se lo permitió por ahora. Ella estaba usando la conversación para evitar darle el placer de su completa atención. ¿Estaría tan confundida como él sobre qué hacer?

Decidió que le gustaría sentarse junto a ella en el sofá.

—Desafortunadamente no tuve tanta suerte en esa visita en particular. Sin embargo, dadas las amenazas de Percy de dispararme, quizás debería conocerla solo en un entorno más formal.

Se levantó, y ella prácticamente saltó cuando él se sentó cerca de ella. —¿Ahora mi hermano te ha amenazado con dispararte?

—Soltero —dijo, señalándose el pecho—. No tiene idea de lo inapropiado que sería para mí formar un vínculo con *tu* sobrina.

Se volvió hacia ella en el sofá, acercándose tanto como se atrevió sin asumir demasiado. Ella tragó saliva de nuevo y miró sus dedos una vez más. Pronto estaban retorcidos entre los pliegues de su bonito vestido.

—También hablaré con él sobre eso —prometió.

—¿Y qué le dirás? ¿Por qué no debería preocuparse realmente? ¿Le dirás lo que fuimos el uno para el otro una vez? —Deseaba desesperadamente extender la mano para capturar sus dedos. Sentir la sacudida del primer toque de Kitty en sus sentidos mientras entrelazaba sus dedos. Quería volver a tomar su mano, pero temía ser rechazado—. La verdad *realmente* pondrá mi vida en peligro.

De repente, ella puso una mayor distancia entre ellos, moviéndose hacia el extremo del sofá. —Por supuesto que no le diré eso a Percy. Sin embargo, le aseguraré que no podrías estar pensando en casarte.

Sinclair sonrió ante su comportamiento. No estaba a punto de lanzarse encima de ella, aunque ella se había reído la única vez que lo había hecho. Su cama había emitido un gemido alarmante esa noche. —Con tu sobrina, no.

El silencio reinó ante su declaración, e incluso él se sorprendió por su admisión. El matrimonio para sí mismo había sido lo último en su mente hasta ahora. Le hubiera gustado casarse con ella una vez, y todavía se sentía increíblemente atraído por ella. La atracción no significaba amor ni siquiera un futuro juntos a su edad. —¿Realmente te quedarás solo mientras la chica necesite tu ayuda para prepararse para el matrimonio?

Sinclair egoístamente esperaba que la hija de Percy fuera un caso sin esperanza y necesitara a su tía por mucho tiempo. Eso podría darle tiempo para conocer a Kitty de nuevo y ver qué pasaba entre ellos.

—Creo que es todo el tiempo que puedo dar —dijo Kitty, mirando aún sus manos—. Me he ofrecido a abordar las deficiencias en su educación y planeo presentarla a mis conocidos muy pronto. Espero estar en Londres solo por un corto tiempo.

—Una excelente idea ayudarla ahora —murmuró, esperando que fuera lo último o que se quedara más tiempo—. Percy tiende a desdeñar la sociedad, así que espero que no sea de gran ayuda en el año que viene.

Kitty tendría que presionar a su hermano para que hiciera lo que ella quería para la chica, y Sinclair aplaudía sus intentos ya. Percy Hunter era un hombre y terco. Los hombres tendían a no considerar las necesidades de las parientes femeninas hasta que era absolutamente necesario.

Sintiéndose más a gusto y seguro de que Kitty no estaba en peligro de desaparecer pronto, la miró atrevidamente. Ella siempre había estado vestida a la moda, pero no de una manera que exhibiera sus encantos ocultos. A él le había gustado mucho más su belleza natural que la de las damas pintadas de la sociedad que habían buscado su atención en otro tiempo.

Kitty había sido una joven de orígenes humildes, hábil en costura, baile y encaje. Tenía una buena voz para cantar, pero era tímida para actuar frente a extraños, y especialmente frente a él. Obviamente, a juzgar por su atuendo esta noche, su difunto esposo la había provisto bien. Se alegraba de que la hubieran cuidado en su matrimonio, y ahora también. Esperaba que nada más en ella hubiera cambiado mucho.

Siempre se había sentido cómodo en su compañía. Aunque ciertamente la había comprometido, actuando sobre deseos mutuos que no se calmaban para ninguno de los dos, ella nunca había dado señales de planear atraparlo en un matrimonio para el que ambos eran demasiado jóvenes en ese momento. Él no había tenido tiempo para dedicarse a una esposa entonces. Sus responsabilidades ducales lo habían alejado de Grafton Park con tanta frecuencia. —Estoy seguro de que a Felicity le irá muy bien con tu guía.

—Es usted muy amable, su excelencia.

—Y tú estás siendo demasiado cortés conmigo. —Sus ojos se abrieron ligeramente ante su reproche, y finalmente encontró su mirada—. Confío en que tal comportamiento no dure mucho entre nosotros. Es muy degradante que ya no me mires a los ojos. Tú fuiste quien me abandonó a *mí*, mi señora. ¿Te disgusta mi forma envejecida cuando me miras ahora?

Su rostro se alzó rápidamente hacia el suyo. —¡No!

Él estudió su rostro, notando los ligeros cambios que sus años separados habían provocado con gran interés. Una vez había conocido la belleza, cada curva exuberante de su ser. Ya no era joven, pero él tampoco. Se negó a fingir que no habían sido íntimos. Se quedó quieto cuando su mirada recorrió sus facciones ahora también.

Ella se humedeció los labios. —Apenas pareces haber envejecido un día desde la última vez que te vi, mientras que yo estoy como me ves ahora.

—Más joven que yo aún. —Ya se había adaptado a las diferencias en ella. Su conmoción se había ido, y en su lugar, solo sentía anticipación—. Me gustaría ser directo, como lo éramos una vez el uno con el otro. Te deseo todavía.

Un rubor de color inundó sus mejillas, y ella miró sus manos una vez más. —Sinclair, es mejor olvidar esos días.

—No para mí. Esos días contigo fueron algunos de los mejores de mi vida. Me gustaría conocerte de nuevo. Hablar sobre el pasado también. —Miró la repisa de la chimenea y vio que la hora casi había terminado—. ¿Puedo visitarte de nuevo mañana por la noche y continuar nuestras conversaciones?

Tendría que escabullirse de Teddy otra vez para encontrarse con Kitty en secreto, pero sentía que valdría la pena el esfuerzo. Le preocupaba que si su heredero se enteraba de su interés por Kitty, podría abandonar la ciudad de inmediato, imaginando que ya no sería necesario para el ducado. Pero Sinclair era muy consciente de que él y Kitty eran mayores, quizás demasiado

mayores para que cualquier encuentro íntimo resultara en algo más que placer.

Eso podría ser suficiente para él. El pasado no podía cambiarse para ninguno de los dos, aunque deseara que las cosas hubieran sido diferentes. El sacrificio de andar a escondidas valdría la pena por el privilegio de estar con Kitty mientras pudiera.

—No creo que sea buena idea que vuelvas a venir —murmuró ella, frunciendo el ceño—. Ni que esté justificado.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo?

Su mirada se clavó en la de él.

—Soy demasiado mayor para lo que estás sugiriendo.

Él sonrió lentamente.

—Nadie es demasiado mayor para que le hagan el amor a conciencia. No es como si no hubiéramos compartido cama antes. Tenemos treinta años que recuperar.

Ella volvió a quedarse boquiabierta, y Sinclair le guiñó un ojo.

Podría parecer una sugerencia atrevida, pero era lo que realmente deseaba al final. Quería que Kitty no rechazara su cortejo de plano. Su edad era irrelevante.

Pero en lugar de insistir más en el tema, se dio una palmada en el muslo y se puso de pie. Sabía que nada estaba resuelto entre ellos, pero era un comienzo.

—Bueno, debería irme y permitir que Lady Darrow vuelva contigo para cotillear sobre mi visita. Ha sido un placer absoluto, como siempre, hablar a solas contigo, Kitty. Volveré mañana por la noche, y quizás entonces tengas tiempo de explicarme por qué me dejaste.

—Sabes que tuve que irme —las mejillas de Kitty se sonrojaron lentamente mientras se ponía de pie—. Y ya no importa. Adiós, su gracia.

—Para mí sigue importando mucho —cuando dio un paso más cerca de Kitty, ella extendió su mano, pero Sinclair tenía otros planes. Siempre se comportaría como un caballero en público con Kitty, educado y lo suficientemente desinteresado como para engañar a los demás. Pero en privado, Sinclair sería sincero en su trato con esta mujer. Afectuoso, como lo había sido con ella antes de su matrimonio. Capturó sus dedos entre los suyos y los sostuvo con firmeza. El anhelo por ella hizo que sus sentidos dieran vueltas.

Se inclinó como si fuera a besar su suave mejilla, pero se detuvo justo antes de tocar su piel. Inhaló profundamente su aroma antes de besarla ligeramente en la mejilla. Ella contuvo el aliento cuando él besó suavemente su otra mejilla, y luego lo hizo de nuevo. Siempre le había encantado estar cerca de ella.

Se quedó allí un momento más, con sus rostros tan cerca, dolorosamente conscientes el uno del otro. Saboreó egoístamente la anticipación de lo que vendría entre ellos.

—Te he echado de menos —le susurró.

Era cierto. Sin siquiera darse cuenta, Sinclair había extrañado a Kitty durante mucho tiempo. Incluso ahora, cuando sabía que no debía, temblaba por sostenerla contra él.

Se apartó para mirar su rostro sonrojado y vio confusión.

Ninguna dama era demasiado mayor para el amor, y se lo demostraría a Kitty muy pronto. El impulso de besar sus labios creció, pero ya había hecho lo que se había propuesto.

Había comenzado la delicada danza para cortejar a Kitty y llevarla de vuelta a sus brazos.

Alejarse de ella casi dolía. Sinclair sonrió lentamente una vez más mientras observaba sus mejillas sonrojadas, y su corazón se hinchó de anticipación por el futuro que aún podrían tener. Estaba deseando disfrutar de muchos más momentos robados con Kitty, y esperaba hacerla sonrojar de nuevo.

Dio otro paso atrás e hizo una profunda reverencia.

—Hasta mañana, Kitty.

Ella tragó saliva y dejó escapar un suspiro tembloroso, pareciendo recomponerse.

—Buenas noches, Sinclair.

La próxima vez que dijera eso, esperaba que fuera en sus brazos, en la cama, después de una larga y placentera noche de amor.

CAPÍTULO 10



—NO ME GUSTA ESTAR AQUÍ —susurró la hija de Percy, acercándose más y aferrándose con fuerza al brazo de Kitty como si estuviera aterrada.

La invitación al almuerzo de Lady Wilmot había sido una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar cuando llegó tan inesperadamente temprano esta mañana. Aunque Felicity no estuviera del todo lista, tenían que venir y ser vistas juntas. Lady Wilmot era una mujer amable que había conocido en Grafton Park cuando era dama de compañía de Lady Susanna Berringer. La invitación era muy considerada, dado el tiempo que había pasado desde que hablaron. Lady Wilmot parecía compartir la emoción de Kitty por la primera salida de Felicity en sociedad.

Puede que Felicity no se sintiera completamente preparada para su entrada en sociedad, pero ¿de qué otra manera podría conocer a las personas adecuadas?

Siempre conscientes de que otros buscaban defectos, pasearon por el césped perfectamente recortado de Lady Wilmot, elogiando todo lo que veían como si estuvieran completamente acostumbradas a hacerlo.

—Me duele la cara —susurró Felicity en un tono preocupado.

No había nadie cerca, así que Kitty se detuvo para admirar una dalia en flor.

—No tienes que sonreír todo el tiempo. Simplemente piensa en algo agradable que exista en otro lugar si nada de aquí te resulta atractivo. Por ejemplo, piensa en los momentos felices que pasaste con tu madre —instó Kitty—. Eso siempre funcionaba para mí.

Una sonrisa genuina cruzó finalmente el rostro de Felicity.

—A ella siempre le encantaban los jardines como este. Una vez fuimos juntas a Hyde Park y nos paramos en el borde, viendo los caballos y carruajes, y las hermosas damas paseando. Le habría encantado este jardín, especialmente. Es tan tranquilo aquí.

—Lo es —coincidió Lady Wilmot mientras se unía a ellas—. ¿Cómo están ambas? Confío en que estén disfrutando de mi pequeña reunión de verano.

—Todo está tan bellamente hecho, mi señora —prometió Felicity, ganándose una sonrisa encantada de su anfitriona.

—Es como solía ser usted, Lady Forbes. Tan abierta y aun así tímida —le dijo Lady Wilmot a Kitty—. Con su experta tutoría, estoy segura de que será todo un éxito.

—Gracias —dijo Kitty, radiante como si Felicity fuera su propia hija—. Es encantadora, ¿verdad?

—En efecto. —Lady Wilmot se acercó—. Me siento obligada a advertirle que tenga cuidado en su trato con Lady Finch hoy. Tiene una sobrina, la chica se llama Miss Susan Hargrave, que busca marido, y la adora. Como recordará, el aguijón de su lengua podía ser devastador cuando alguien se interponía en sus ambiciones antes. Me temo que no ha cambiado para mejor con los

años. Por ahora, tienen la ventaja de que ella aún no las ha reconocido.

—Entendido —dijo Kitty en voz baja, buscando discretamente a la dama mencionada. Lady Finch había sido antes Miss Becky Falcon, una heredera de lengua afilada que había sido una plaga para otras debutantes. A Lady Susanna le parecían divertidos sus comentarios. A Becky no le gustaba Kitty en absoluto, y se burlaba de ella cada vez que sus acciones demostraban su origen más humilde.

Mirarla ahora hizo que el estómago de Kitty se encogiera de nuevo. Lady Finch estaba prestando especial atención a una chica de cabello oscuro de la misma edad que Felicity, y se alegró de la extensión de césped que las separaba.

En la opinión completamente sesgada de Kitty, Felicity era la más bonita de las dos. Felicity tenía un carácter dulce y algún día haría una buena esposa para cualquier hombre, estaba segura, pero no si Lady Finch se ponía en su contra y arruinaba esta oportunidad. Desafortunadamente, la dote de Felicity probablemente quedaría muy por debajo de lo que la sobrina de Finch aportaría a cualquier matrimonio, y ella tendría la primera elección entre los solteros, muy probablemente.

No importaba.

La chica se parecía un poco demasiado a Lady Finch, lo cual era desafortunado para ella pero favorable para Felicity. Por el bien de Felicity, Kitty estaría vigilante y no permitiría que surgiera una amistad entre las jóvenes.

—Habrá una actuación musical inesperada pronto de la sobrina de Lady Finch hoy también —anunció Lady Wilmot, con un ligero ceño fruncido—. Espero que la disfruten y aplaudan por ella. Miss Hargrave parece bastante aterrada por su primera actuación pública.

—Estamos ansiosas por escucharla tocar —prometió Felicity, mirando ahora con interés descarado a Miss Hargrave.

Kitty le dedicó una segunda mirada a la sobrina. Lady Finch también había pensado bien de sus muchos logros cuando era joven. ¿Estaría la sobrina cortada por el mismo patrón y se adelantaría como siempre había hecho Becky?

—Sí, ciertamente estamos ansiosas por ello —prometió Kitty.

Lady Wilmot las dejó, respondiendo al llamado del deber para entretener a otros invitados con gracia y buen humor nacidos de años de práctica.

—Parecía muy agradable —se entusiasmó Felicity.

—Podrías aprender mucho de alguien como Lady Wilmot —prometió Kitty—. Ella siempre sabía exactamente las cosas correctas que decir para cada ocasión.

Kitty notó que varios rostros familiares de su época como dama de compañía de Lady Susanna Berringer también asistían hoy a la fiesta en el jardín de Lady Wilmot. Parecían haber engordado desde la última vez que los había visto. La cruda luz del día no suavizaba las apariencias como a menudo podía hacerlo la luz de las velas. Algunos tenían barrigas prominentes, otros pechos amplios y papadas caídas. Lo mejor que podía decir de cualquiera de ellos era que sus naturalezas probablemente eran lo único que no había cambiado.

Sabía lo que todos ellos aún querían: que la gente influyente hablara de ellos y ser considerados influyentes también.

—Sonríe y recuerda que todos aquí quieren pertenecer tanto como nosotras.

—Sí, tía —asintió Felicity—. Creo que ahora podría comer algo.

Kitty sonrió, contenta de que los nervios de la chica finalmente se hubieran calmado lo suficiente como para recuperar el apetito. Había delicias para probar aquí que Felicity probablemente nunca había probado antes, o imaginado. Hizo un gesto a un lacayo que sostenía

una bandeja de plata para que se acercara. Pero entonces miró más allá del sirviente y encontró al Duque de Exeter mirándola. El sol brillaba un poco más sobre su cabeza pálida, y sus labios se curvaron en el más breve de los saludos, una señal de su placer al verla de nuevo.

Sus mejillas se calentaron y apartó la mirada. Todavía no dormía profundamente por culpa de Sinclair.

Echó un vistazo rápido a su sobrina, esperando que Felicity no hubiera notado su reacción ante el duque todavía. Incluso las viejas tontas podían quedar cautivadas por un rostro apuesto y una proposición pícara que anhelaban aceptar. Sin embargo, dejó escapar un pequeño suspiro de frustración. ¿Por qué no podía ser como todos los demás aquí y haberse vuelto regordete? Parecía casi el mismo de antes. Demasiado guapo. Demasiado distinguido para confundirlo con un ser ordinario. Especialmente cuando llevaba a su propio sirviente a todas partes. El mismo tipo esta vez que la última, por lo que parecía.

El lacayo de Lady Wilmot finalmente se detuvo frente a ellas, sosteniendo una pequeña bandeja de pasteles. Les ofreció la selección para que la examinaran, y ella se alegró de tener algo en qué centrar su atención en lugar del distante duque.

—Todos son absolutamente deliciosos —prometió Sinclair, que de repente estaba a su lado —. Me comería uno de cada si no me regañaran por ello.

Felicity ahogó una risa, pero rápidamente compuso sus facciones mientras elegía solo uno.

Su sobrina aún no había sido presentada a Sinclair, y le habían dicho que no debía responder a nadie hasta que lo fuera.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —preguntó él con un guiño antes de dirigir su atención a Kitty—. Lady Forbes, qué placer tan encantador verla aquí hoy.

—Su gracia —Kitty hizo una respetuosa reverencia, y Felicity rápidamente hizo lo mismo.

Después de que Kitty pusiera algo en su plato, Sinclair estudió la bandeja del lacayo y eligió uno para sí mismo también.

—Este es mi quinto hoy —confesó con otro guiño antes de engullirlo—. Realmente debería haber parado en el tercero, o arruinaré mi cena esta noche —Sus ojos volvieron a Felicity una vez más—. Ahora. ¿Quién es esta linda chica que la acompaña, Lady Forbes? Me resulta extraordinariamente familiar.

Kitty asintió.

—Su gracia, ¿me permite presentarle a mi sobrina, la señorita Felicity Hunter?

—Por supuesto que puede, pero no es en absoluto necesario —susurró suavemente. Hizo una reverencia, y Felicity logró una segunda reverencia profunda. Habían estado practicando toda la mañana antes de venir aquí, y Kitty estaba encantada de que no tambaleara.

—Es un placer conocerlo, su gracia —prometió Felicity, con las mejillas sonrojadas.

Sinclair la estudió un momento y luego asintió.

—Sabe, nos hemos conocido antes, señorita Hunter —La miró, con un dedo posado en sus labios—. Sí, aunque era usted bastante más pequeña entonces. Recuerdo bien ese día ahora que lo pienso. Usted lloró.

—Lo siento —susurró Felicity, su expresión volviéndose completamente pánica mientras se escuchaba una risita nerviosa de las mujeres más cercanas. Por encima de todas ellas, Kitty oyó la risa áspera y estridente de Lady Finch.

—No lo sienta. Su padre la sostenía en ese momento. El día más divertido que he vivido. En cuanto alguien más la tomaba en brazos, dejaba de llorar. La niña más feliz que he visto jamás, a menos que su padre fuera el encargado de garantizar su seguridad fuera de la cuna. Me burlé de su padre por su fracaso durante la cena esa noche, y durante muchos meses después. ¿Está el

señor Hunter aquí hoy?

Felicity se sonrojó un poco pero logró esbozar una tímida sonrisa.

—Desafortunadamente no, su gracia.

—Ah, qué lástima. Me habría encantado continuar mi conversación con mi viejo amigo —Su gracia ofreció su brazo a Felicity, y Kitty notó que un silencio cayó sobre la reunión. Hizo lo mejor posible por no mirar alrededor y sentirse envidiosa mientras Sinclair sonreía al rostro alzado de su sobrina—. ¿Alguna vez le contó sobre la vez que destruyó un edificio en mi finca?

—No —susurró Felicity mientras deslizaba su mano en su brazo.

Sinclair ofreció su otro brazo a Kitty de repente.

Aunque complacida por el gesto, se preguntó si era prudente alentarlo después de sus recientes declaraciones amorosas. Pero deslizó su brazo a través del suyo. Su buena opinión haría más por la reputación de Felicity que cualquier conexión que Kitty pudiera explotar.

Apretó su agarre un momento para agradecerle, y él sonrió tan cálidamente en respuesta que ella lo sintió en todas partes. Tener la ayuda de Sinclair hoy era una bendición inesperada que no podía descartar fácilmente. Él debía saber lo que su comportamiento significaba. Había convertido a Felicity en una joven importante hoy, incluso sin mucha dote.

Se movieron lentamente por los jardines juntos, y Kitty no pudo evitar reconocer la envidia en los ojos de las mujeres por las que pasaban, especialmente aquellas con hijas solteras. Y la envidia no era solo por el golpe de buena fortuna de Felicity, sino también por el suyo. Kitty había conocido a mujeres que se desmayaban simplemente porque la sonrisa de Sinclair las había incluido, y lloraban cuando él nunca las notaba.

Sinclair las alejó de la mayoría de los invitados.

—Su padre tenía curiosidad por la destilación en ese momento. Me prometió que sus experimentos producirían un whisky mejor que cualquiera que hubiera probado. Por supuesto, le seguí la corriente, siendo un joven y algo entusiasta partidario de cualquier empresa que aumentara mi placer. La explosión se pudo escuchar a kilómetros y rompió varias ventanas.

Sinclair miró a Kitty y se rio.

—Realmente se ha ensañado con mis ventanas toda su vida, ¿no es así?

—No lo volverá a hacer —prometió ella.

—Fue un milagro que nadie resultara herido la primera vez.

Kitty conocía bien las historias de los hábitos explosivos de su hermano, habiendo visto los destrozos de primera mano en la finca de Sinclair. Lo que Sinclair omitió del relato hoy fue que *él* había resultado herido. La fuerza de la explosión había lanzado a Sinclair por los aires y lo había arrojado varios metros sobre la tierra. Su audición había sufrido durante días.

Percy había sido casi tan maltratado, pero el duque había estado más cerca del edificio recién demolido que él. Fue la única vez que Kitty pudo tocar a Sinclair sin que nadie lo considerara inaceptable, ruinoso o atrevido. Había tenido la desesperada tarea de examinar a Sinclair en busca de heridas y declararlo apto para ser trasladado al interior.

—Lo siento mucho, su gracia —susurró Felicity, luciendo sumamente preocupada. Varias personas parecían haberlos seguido, escuchando aunque fingían indiferencia. Comenzaron a mirar a Felicity con desaprobación.

Sinclair se inclinó un poco más cerca de Felicity, pero su voz se hizo oír.

—Nunca se disculpe por su padre, niña. Él y yo somos muy buenos amigos. Nunca me gustó ese edificio de todos modos. El lugar fue arrasado y se plantó un nuevo jardín en ese mismo sitio. Ahora es hermoso. Por supuesto, si su padre está dispuesto a aceptar su invitación, ambos lo verán en Navidad.

Kitty sonrió, ansiosa por seguir el juego por el bien de Felicity.

—Tengo entendido que está organizando una gran fiesta esta Navidad.

—Por supuesto. Decidí que me gustaría tener a mis amigos más cercanos y a mi familia cerca para las celebraciones de mi cumpleaños en el Año Nuevo también. ¿Por qué no empezar en Navidad?, pensé. Todo será bastante extravagante.

—Ya veo —dijo ella, pero su emoción no conocía límites. Al anunciar públicamente que Sinclair había invitado a Percy y Felicity Hunter a quedarse en su finca para lo que tenía que ser el evento más importante del año, le estaba dando a la chica su sello de aprobación absoluto. Miró a Sinclair, llena de gratitud—. Gracias.

—No me lo agradezcas. Ven con ellos y acompaña a tu sobrina.

Kitty sonrió. Probablemente quedaba muy poco por hacer por Felicity, ahora que el Duque de Exeter la había aprobado hoy.

—Espero haber regresado a casa mucho antes de entonces.

—Ah —dijo él, y pareció muy decepcionado al oírlo. Miró a Felicity—. Tal vez puedas convencer a tu tía de que venga a mi fiesta.

Felicity soltó inmediatamente el brazo del duque para aferrarse al otro brazo de Kitty. De repente se convirtió en el centro de atención, sostenida firmemente entre ellos.

—¡Oh, por favor, querida tía! ¿No puedes quedarte con nosotros un poco más? Haría muy feliz a su gracia... y a mí también.

—Habrá fuegos artificiales —prometió Sinclair, con expresión suplicante—. Y pastel, si eso aún puede tentarte.

Ella no pudo evitar reírse de su expresión suplicante. Parecía bastante decidido a escucharla aceptar allí mismo. Sin embargo, dudó. No estaba segura de querer volver ella misma a su finca de campo. Sus recuerdos no eran todos agradables.

—Bueno, si habrá pastel, ciertamente tendré que considerar asistir.

Sinclair sonrió radiante, y su corazón dio un vuelco como siempre lo hacía cuando él le sonreía de esa manera. Afortunadamente, volvió su atención rápidamente a su sobrina.

—Ahora, señorita Felicity, espero poder dejar en sus manos la tarea de convencer a Lady Forbes de que venga a mi fiesta.

—Estoy segura de que puedo convencerla —prometió Felicity.

—Bien. Ahora, desafortunadamente, me temo que he monopolizado su compañía por demasiado tiempo. Hay otros caballeros sensatos y sin duda más jóvenes esperando ser encantados por su sonrisa. Fue un sincero placer volver a encontrarme con ambas. Espero que disfruten el resto de la tarde.

—Adiós, su gracia —exclamó Felicity, haciendo otra hábil reverencia.

—Lady Forbes. —Sinclair alcanzó su mano y, cuando la tuvo, la llevó a sus labios. El suave beso que depositó en el dorso de su guante envió una calidez que recorrió todo el cuerpo de Kitty. Podía sentir un rubor en sus mejillas... y un estremecimiento en un lugar menos apropiado. Él le guiñó un ojo cuando levantó la cabeza y luego soltó sus dedos—. Espero con ansias más oportunidades para convencerla de que venga también, Lady Forbes. ¿Esta noche, quizás? —susurró—. Espero tener noticias suyas pronto.

Kitty casi se ahogó cuando su expresión se volvió pícara. El momento no duró mucho, pero sintió su interés —como lo había sentido anoche— en cada parte de su piel que podía sonrojarse y excitarse. Afortunadamente, Felicity pareció no haber notado nada fuera de lo común.

Él se alejó con un alegre saludo, y Felicity suspiró.

—Fue mucho más agradable de lo que mi padre dijo que sería.

—Puede ser muy encantador —logró decir Kitty mientras se acercaba una pareja. A la dama la conocía, al caballero no. Se alegró cuando se detuvieron para hablar. Cuando se hicieron las presentaciones, quedó claro que la pareja se había acercado más para conocer a Felicity que a ella misma, porque el duque había sido tan claramente un amigo.

Kitty se alejó un poco de la conversación y observó a su sobrina conocer a su primer soltero distinguido. El hombre era un teniente naval, Philip Peel, y la dama era su prima, que estaba casada con el Conde de Waverton. La familia era bastante importante en la sociedad. Las conexiones con la banca y las finanzas, así como con el ejército, significaban que estaban bien financiados. Ni un atisbo de escándalo en su pasado que Kitty pudiera recordar haber oído.

El teniente era un joven agradable de unos veinte años con una sonrisa fácil. Podría ser una buena pareja para Felicity. Solo el tiempo lo diría. Kitty no presionaría, pero estaba realmente esperanzada cuando la pareja se despidió con todas las indicaciones de que se volverían a encontrar.

Sin embargo, Felicity parecía un poco sin aliento por el encuentro, y Kitty sugirió tomar té para calmar sus nervios.

Mientras se dirigían hacia el servicio de té, volvió a ver a Sinclair. Se detuvo para hablar con Lady Finch, y mientras Kitty observaba, él negó con la cabeza y rió con ganas. Verlo conversando con alguien que le desagradaba era decepcionante. Pero Sinclair se había ganado a sus admiradoras con su abierta amabilidad, especialmente a las mujeres. Esas otras amigas femeninas habían hecho que Kitty dudara de la naturaleza de su interés, tanto entonces como ahora.

—Te insto a no dar demasiada importancia a las atenciones de un caballero en el primer encuentro, especialmente las del duque.

Felicity sonrió.

—Oh, nunca lo haría. Es demasiado mayor para alguien como yo, pero muy amable respecto a padre, y divertido también. Pensé que sería más distante.

—Puede serlo con muy pocas personas —admitió. Lo miró de nuevo, lo vio hablar con la señorita Hargrave y suspiró.

Todos seguían arrojando a sus parientes femeninas hacia él, pero por qué aún no se había casado seguía siendo un misterio para ella. Seguramente Sinclair había tenido tiempo suficiente para reconciliarse con las restricciones que una esposa impondría a su vida.

Sinclair se movió para hablar con otra dama, y Kitty se obligó a apartar la mirada. Una vez había creído que cada palabra que salía de su boca señalaba su importancia para él, pero sus esperanzas habían muerto lentamente cuando nada permanente llegó después de dos años de su romance secreto.

Preferiría evitar tal decepción a su sobrina si pudiera ayudarla guiándola hacia un hombre decidido a hacer un buen matrimonio. Esas nunca habían sido las intenciones de Sinclair. Con suerte, Felicity podría conocer a un hombre mejor algún día. Alguien que no se preocupara primero y ante todo por el tamaño de su dote o quiénes podrían ser sus conexiones.

Un hombre decidido a amar a una mujer sin importar qué obstáculo se interpusiera en su camino era un hombre realmente raro. Tan único que Kitty nunca había conocido a tal criatura.

CAPÍTULO 11



SINCLAIR BAJÓ DE su carruaje y se ajustó el sombrero, sintiéndose un poco abatido. Teddy le entregó su bastón, el del mango con cabeza de león dorada que había olvidado recoger, y partieron con algunos mozos siguiéndoles.

Era un hermoso día soleado para dar un paseo por Bond Street. Sinclair normalmente no sentía la necesidad de comprar mucho estos días, pero dado que Kitty no había estado en casa para recibirlo anoche, necesitaba una buena distracción.

Se había despertado con una sensación de inquietud aguda y soledad renovada. Había decidido que una excursión de compras podría levantarle el ánimo y evitar que hiciera algo insensato.

¿Hubiera sido demasiado molesto escribirle para agradecerle por allanar el camino de su sobrina en la sociedad? Debería haber estado inundada de invitaciones casi de inmediato. Una pequeña migaja de su atención y una prueba de que no había perdido su afecto era todo lo que había deseado anoche.

Se sacudió la decepción que lo consumía y se encaminó por la concurrida calle, esperando dejar atrás sus propias expectativas insatisfechas.

Había otro propósito para la salida de hoy. Aún no tenía idea de qué tipo de mujer le atraía a Teddy. Así que había venido aquí también con la esperanza de determinar qué clase de mujer Teddy notaba en la calle. Seguramente habría de todo tipo. Hasta donde Sinclair podía decir, no tenía interés en la señorita Hargrave, una morena menuda, y absolutamente ninguno por cualquier otra dama con la que hubieran hablado desde que llegó a Londres.

Teddy apareció a su lado cuando lo llamó, luciendo ya incómodo por la salida. Cuando se unió por primera vez a Sinclair en Londres, no estaba acostumbrado a este tipo de paseo ocioso. Tenía la mentalidad para ser el Duque de Exeter, pero Sinclair empezaba a temer que Teddy nunca aprendería a disfrutar de las ventajas inherentes al ostentar el título.

Todavía era tímido en muchas situaciones. El hombre simplemente odiaba este tipo de cosas. Siempre estaba preocupado de que algunos de los viejos compinches de su padre lo reconocieran, aunque hasta ahora ninguno lo había hecho.

—Iremos por aquí —murmuró Sinclair.

En algún lugar de esta calle, Sinclair recordaba que había una encantadora tiendecita no muy lejos de su sastre. Una vez había tenido en existencia delicadas figuritas que su hermana y sus amigas habían admirado, aunque por el momento se guardaba ese destino para sí mismo. Kitty las había admirado abiertamente, pero él nunca habría podido darle un regalo tan notorio antes. Tenía curiosidad por saber si el lugar aún estaba en funcionamiento. Tenía la intención de comprar un adorno para marcar el regreso de Kitty a la ciudad, y con suerte, a su vida.

Encontraría la manera de dárselo antes de que partiera hacia Kinsale.

—¿Qué será hoy? —preguntó Teddy en voz baja—. ¿Sombreros, botas o otro reloj de bolsillo que no necesitas?

—Muy cierto. Muy observador de tu parte. Tengo demasiados relojes. ¿Qué tal un monóculo? —dijo Sinclair con cara seria—. Vi a Lord Winscombe usar uno la semana pasada y me intriga.

Teddy lo miró boquiabierto. —¿Seguramente estás bromeando?

—Por supuesto que bromeo —dijo, finalmente riéndose de la expresión horrorizada de Teddy—. Difícilmente creo que necesite uno, pero me gustaría probar uno por diversión. Descubrir cómo se mantiene en su lugar. La cara de Lord Winscombe estaba tan retorcida mientras lo usaba, que pensé que estaba enfermo a primera vista.

—Se usan con mucha dificultad —admitió Teddy tímidamente—. Una vez vino un mercader ambulante. Todos nos reímos mucho. Te aseguro que te verás completamente ridículo.

—Bueno, no puedo permitir eso —dijo con un suspiro exagerado mientras estudiaba a su heredero. Teddy rara vez mencionaba su antiguo hogar estos días o cualquier conocido del pasado. Lo había pasado mal con su padre y tenía muy pocos recuerdos felices para compartir.

Godfrey Berringer había estado obsesionado con el título de Sinclair, y su ambición de reclamarlo como propio. Teddy había soportado la peor parte de sus frustraciones porque Sinclair no había muerto para acomodar esas altas aspiraciones prontamente. Sinclair no sentía mala voluntad hacia su difunto primo, solo decepción de que siempre hubiesen estado en desacuerdo—. Dejaré el uso de monóculos para ti después de que me haya ido.

—Que ese día nunca llegue —susurró Teddy fervientemente.

Sinclair sonrió y siguió adelante. Siempre disfrutaba hablar con Teddy, y también era divertido bromear con él. El joven sería un excelente duque algún día. Lo mejor de todo, es que no estaba siempre planeando la muerte de Sinclair, lo que lo convertía en el mejor heredero que un duque podría desear.

Teddy se aclaró la garganta. —Debería advertirte que hubo mucho comentario sobre ti el día de la fiesta de Lady Wilmot.

—¿Oh? —Miró a Teddy con sorpresa—. Me importa poco el chisme de los sirvientes, ya lo sabes.

—No eran solo ellos —dijo Teddy sombríamente.

Sinclair se detuvo y se enfrentó a Teddy. ¿Alguien había notado su interés en Kitty, o eran lo suficientemente tontos como para imaginar que podría estar interesado en su sobrina? —Claramente la charla te ha molestado, así que suéltalo, hombre.

—¿Estás buscando una novia? —preguntó en voz baja.

Lo estaba, pero no para sí mismo. —¿Y si así fuera?

—¿Pero la señorita Hargrave?

Sinclair suspiró, sintiéndose muy decepcionado de que los chismes estuvieran terriblemente equivocados. —¿La idea te ofende, o es la mujer en sí?

—Ninguna de las dos —dijo Teddy rápidamente—. Es solo que pensé que no te interesaban las mujeres tan jóvenes.

Sinclair sonrió. —Me interesan todas las mujeres tanto como al próximo hombre.

—No mantienes una amante —dijo Teddy—. Ni te has escabullido con una amante en todo el tiempo que te conozco.

Sinclair negó con la cabeza. —Un hombre debe mantener sus asuntos íntimos en privado. Un duque, aún más. Mucho de lo que la gente dice sobre mí es falso.

—Por supuesto. —Teddy frunció el ceño—. ¿Por qué no te casaste cuando eras más joven?

Sinclair suspiró de nuevo y se dio la vuelta. —Mis razones son mías.

—Lo siento —Teddy se apresuró a alcanzarlo, pero luego refunfuñó cuando Sinclair se detuvo indeciso frente a la puerta de su sastre, y luego también frente a la del zapatero, antes de encontrar la tienda que realmente buscaba y sonreír.

—Pensé que estabas buscando comprar un monóculo —se quejó Teddy—. Hay una joyería al otro lado de la calle que seguramente tiene uno.

—Llegaré allí, eventualmente —dijo, estudiando intensamente el escaparate. Todavía parecía haber una buena selección dentro. Entró en la pequeña tienda, contento de encontrarla vacía de otros clientes por el momento.

El propietario estaba fuera de sí de alegría por tener clientes y orgullosamente les mostró sus mercancías. Sinclair seleccionó una pastora, recordando que Kitty había usado ese disfraz en el primer baile de disfraces que él había organizado en Grafton Park. Habían hecho el amor en su cama esa noche. Le había gustado actuar como su doncella, y también porque por fin le había hecho el amor en una cama apropiada y no había tenido que quitarse paja del cabello después.

Entregó un puñado descuidado de monedas para pagar la baratija, y a pesar de las protestas de que había pagado de más al propietario, se guardó la frágil pieza en el bolsillo de su propio abrigo.

Caminaron juntos lado a lado en silencio por un rato, saludando con la cabeza e inclinándose según las damas que pasaban. Notó que Teddy parecía tener una sonrisa lista para las mujeres de cierta madurez. Incluso se volvió para mirar por encima del hombro cuando pasó una pareja de damas. Una era vieja, la otra bastante más joven. Como siempre, Sinclair consideró el futuro del ducado. Teddy necesitaría una esposa y un heredero algún día. No podía cometer el mismo error que Sinclair había cometido al esperar el amor para siempre. Teddy tenía que casarse con alguien joven, no con alguien demasiado mayor para darle hijos.

—¿Ves a alguien que te interese?

—¿Qué? Oh... No, nada de eso —volvió a mirar por encima del hombro una vez más, y sus hombros se relajaron—. Vi a una mujer que conocía mi padre. Estaba comprobando si me había reconocido.

—¿Lo hizo?

Teddy negó con la cabeza y encogió un poco los hombros.

—No lo creo. Si lo hubiera hecho, era del tipo que gritaría el nombre de un hombre.

—¿Sería tan malo si la gente supiera quién eres realmente?

La expresión de Teddy se oscureció.

—Teníamos un trato, su gracia.

—Es cierto, pero han pasado meses desde que lo hicimos por primera vez. ¿No ha cumplido ya tu disfraz su propósito? ¿Has visto lo suficiente de mi vida para entender cómo podría ser la tuya?

—No quiero vivir tu vida —admitió Teddy en voz baja—. Sin ofender.

—No me ofendo —prometió Sinclair—. Creo que tuve suerte de heredar el título tan joven. Nunca he tenido una vida anterior o posterior para comparar. Desde que tengo memoria, he sido el Duque de Exeter.

—¿De verdad no recuerdas nada más? —Teddy lo miró con curiosidad.

—Recuerdo ser hermano de la niña más molesta y obstinada que jamás haya existido. Solía burlarse de mí por ser bajo —Sinclair sonrió—. Nunca fui a la universidad. Me educaron en casa. Pasé de la guardería al lado de mi padre hasta el día en que murió —Su hermana gemela

había exigido lo que quedaba de su tiempo libre en casa. Había sido difícil mantener partes de su vida para sí mismo. Incluso Kitty le había sido presentada porque su hermana necesitaba a alguien con quien jugar. Una vez habían sido todos los mejores amigos de niños, al menos hasta que Kitty se casó y se mudó.

Teddy sonrió.

—No puedo imaginarte de otra manera que como eres ahora. Alto y siempre lleno de travesuras. A veces es difícil mantener en mi cabeza que eres el distinguido Duque de Exeter.

—La gente siempre se forma una opinión de mi carácter mucho antes de conocerme —Teddy había sido igual, influenciado por los prejuicios de su propio padre para creer que Sinclair era un hombre despiadado y cruel. No era divertido que las expectativas de otras personas empezaran tan bajas—. A veces es un agradable entretenimiento imaginar vivir otra vida.

Sinclair pasó junto a una mujer que conocía con una hija en edad de casarse a cuestas. Ambas se emocionaron con su presencia, pero él siguió adelante, notando que Teddy volvía a dedicar una sonrisa más cálida a la dama mayor, y no a la más joven.

—¿Qué tipo de vida querrías? —preguntó Teddy de repente.

—No lo sé —Sinclair le dio al asunto una seria consideración—. Hay tantas vidas que podría haber vivido. Un comerciante. Un constructor de barcos, tal vez. Mira a ese panadero allí. Me encanta el pan. Pero ¿ves cómo debe endurecer su corazón hacia los demás? Ignora a los pilluelos en favor de un cliente que paga, o lo intenta hasta que sus manos se acercan demasiado a su cesta de pan —El panadero le dio una patada a uno, enviando a un niño de quizás seis años tambaleándose de vuelta a sus rodillas—. Yo nunca podría hacer eso —admitió, encontrando poco divertida la escena porque el niño comenzó a llorar.

Otro comerciante, que llevaba una cesta igualmente grande de pan, se quejó al primer hombre por su rudeza y crueldad. Aunque defendió al joven muchacho, al final no le dio nada al niño hambriento. Pero les habló, y su expresión estaba llena de pesar.

Sinclair habló en voz baja con uno de sus mozos y lo envió al otro lado de la calle para interceder.

—Probablemente te llevarías a la quiebra y a la pobreza tratando de dar de comer a todos —susurró Teddy—. Siempre hay alguien más pasando hambre, ¿sabes?

—Y por eso estoy feliz de tenerte conmigo hoy. Tienes una mente racional, y eso siempre me ha impresionado de ti. Se espera que un hombre rico done a todo tipo de caridades. Un día serás obscenamente rico, y todos buscarán ser tu amigo. Pero todos querrán algo de ti y devolverán poco. Debes aprender a sopesar el bien que puedes hacer contra el costo de hacerlo.

El mozo de Sinclair comenzó a repartir el pan a cualquiera que lo pidiera, pagando bien al segundo comerciante, supuso. El primero parecía indignado y agitaba el puño. Sinclair suspiró, y como ahora aparecían más niños que pan saliendo de las sombras, envió a otro mozo al otro lado de la calle hacia el primer tipo también, aunque no mereciera el patrocinio.

Teddy se inclinó cerca.

—No parezco tener ninguna influencia sobre tu generosidad.

Uno de los niños, una pequeña de unos diez años quizás, le hizo una reverencia a Sinclair y luego reunió a los más pequeños para marcharse con ella. Sinclair ya había notado que tenían rasgos similares. Una familia. Una desesperada, a juzgar por el estado mugriento de sus caritas. Los niños aferraban el pan con fuerza y desaparecieron rápidamente de la calle más concurrida.

Por un momento, se preguntó dónde estarían sus padres hoy, y luego sacudió la cabeza. —Al contrario, das un excelente consejo. No puedo ofrecer caridad a todos, pero si puedo llenar el estómago de un niño hoy, dormiré tranquilo esta noche.

—Es lo mejor que puedes hacer —admitió Teddy.

—Exactamente. —Cruzó la calle y comenzó a deambular por el otro lado hacia la tienda que Teddy había señalado que podría tener una muestra de monóculos. Sin embargo, sus ojos se posaron en un joven que se acercaba hacia ellos antes de llegar allí. Aunque el rostro del hombre estaba inclinado hacia abajo, Sinclair lo reconoció—. ¿Lord Carmichael? —llamó cuando se dio cuenta de que el joven conde pasaría de largo sin verlo.

Los ojos del joven se alzaron hacia los suyos, y por un momento, Sinclair vio irritación en su expresión. Carmichael rápidamente borró la hostilidad y se inclinó profundamente. —Su gracia.

—¿Adónde va con tanta prisa, milord? —preguntó Sinclair, entrecerrando los ojos hacia Carmichael. El joven conde estaba decididamente desaliñado hoy. Si Sinclair no se equivocaba, la mandíbula de Carmichael estaba salpicada con el comienzo de una barba propiamente dicha. No solo había faltado a una cita con su navaja, sino a varias.

—A ninguna parte —aseguró Carmichael—. ¿Adónde se dirige usted, su gracia?

Una mentira a menudo era mejor que la verdad. Decirle a la gente que estabas comprando regalos en secreto para una mujer solía conducir al peor tipo de chismes imaginable.

—Estoy ejercitando a mis sirvientes —bromeó Sinclair, lanzando una rápida sonrisa en dirección a Teddy, y luego a sus hombres, que habían formado un círculo protector alrededor de él y Carmichael para que no los interrumpieran—. Se han vuelto demasiado ociosos este verano y temo que pronto puedan crecer demasiado para su librea. No tiene idea del costo de su manutención.

Dos de sus hombres más delgados se rieron entre dientes ante los comentarios de Sinclair y miraron a sus compañeros más corpulentos. Todos sabían que Sinclair no hablaba en serio, o deberían haberlo sabido.

Carmichael negó con la cabeza. —Estoy seguro de que eso no es lo que lo trae aquí a esta hora. Pero no debería retenerlo. —Se dispuso a continuar inmediatamente, pero Sinclair lo detuvo.

—No creo haber recibido una respuesta suya sobre la Navidad.

Hizo una mueca. —Le pido disculpas.

Sinclair observó a Carmichael. El conde parecía sumamente infeliz al recordarle que se esperaba su presencia en Grafton Park para las festividades navideñas con varios de sus pares este año. Sinclair había oído que las invitaciones para la fiesta de Navidad de este año eran muy codiciadas. Todos parecían muy ansiosos por celebrar con él cuando cumpliera cincuenta años en la Noche de Reyes. Le sorprendió que Carmichael no fuera uno de ellos. —¿Esa es su respuesta?

—No, pero no he estado mucho en casa últimamente y me he vuelto un corresponsal tardío.

—Lo entiendo. —Asintió. Carmichael siempre había sido popular entre las anfitrionas. Debía estar agotado mientras la temporada llegaba a su fin, y los solteros escaseaban, incluso si estaban imperfectamente afeitados.

Sin embargo, volvió a estudiar a Carmichael con una sensación de inquietud creciendo en su estómago. No podía recordar exactamente la última vez que lo había visto por ahí. —Esperaré recibir su respuesta muy pronto entonces.

—Por supuesto.

—Que tenga un buen día, Carmichael.

—Su gracia. —Carmichael hizo una reverencia y continuó calle abajo, con la barbilla baja y caminando rápido. Sinclair encontró que sus pasos apresurados no le sentaban bien. Se giró para seguir a Carmichael por la calle, pero caminó sin prisa para no llamar la atención sobre lo que estaba haciendo. Cuando llegó a la siguiente calle transversal, Carmichael ya había desaparecido

de la vista.

Teddy lo miró a los ojos. —¿Ocurre algo?

—Probablemente no. —Pero no podía sacudirse la certeza de que algo no andaba bien con el joven conde. Se dio la vuelta y reanudó su paseo tranquilo en la dirección correcta. Cuando sus sirvientes se habían quedado un poco más atrás, Sinclair se volvió hacia Teddy—. ¿Qué recuerdas sobre Carmichael, Teddy?

—La mujer con la que iba a casarse fue asesinada.

—Aparte de eso —dijo Sinclair. Las muertes, una serie de diez hasta ahora descubiertas por los investigadores, habían tardado en llegar a su atención, pero los efectos habían sido devastadores. Especialmente para Carmichael, cuyo compromiso había sido un acuerdo secreto, incluso si todos en la sociedad habían esperado la unión. La pérdida de Carmichael era muy reciente. Apenas habían pasado unos meses desde entonces.

—No mucho más —dijo Teddy mientras sonreía a otra hermosa mujer mayor—. No ha estado asistiendo a los mismos eventos que usted.

—O a ninguno, ahora que lo pienso.

—Debe estar desconsolado —sugirió Teddy.

Sinclair pensó que Teddy tenía razón. La pérdida hacía cosas extrañas a hombres y mujeres sensatos. Muchos optaban por alejarse de aquellos que los apoyarían en su momento de necesidad. —Yo también lo imagino —reflexionó Sinclair—. Asegúrate de que invite a Carmichael a cenar esta semana.

—¿No podría simplemente visitarlo?

Sinclair miró por encima de su hombro. —¿Notaste cierta dejadez en su forma de vestir? No estoy seguro de que ni siquiera me recibiría, y sabes cuánto me disgusta decepcionar a alguien cuando lo visito.

—Nunca lo he notado —prometió Teddy, aunque intentaba no sonreír con suficiencia—. ¿Y si tampoco responde a una invitación?

Sinclair consideró esa posibilidad, y luego sonrió. —Puede que sepa una forma de atraer a Carmichael. Hazme un favor y roba a mi chef francés del empleo de Carmichael. Prométele a Laffitte carta blanca en las cocinas aquí y en Grafton Park.

Teddy se rio. —Por fin tendremos una comida decente otra vez.

—Hazlo hoy. Necesito que Monsieur Laffitte empiece a prepararse para mi fiesta en la casa.

—Apuesto a que planeabas atraerlo de vuelta desde el principio —se rio Teddy—. Apropiadamente astuto de tu parte. Siempre pensando dos pasos por delante.

Sinclair se detuvo frente a una tienda que vendía relojes. Algo que él no necesitaba, ya que poseía dos docenas de relojes de pared y de bolsillo, pero Teddy podría usar un mejor reloj para la noche. Le regalaría uno a Teddy como un presente adelantado de Navidad, o un monóculo para que lo recordara. Probablemente sería la única manera en que el joven aceptaría algo sin protestar.

—Recuerda eso. Es una cualidad útil que un futuro duque también debe emplear.

CAPÍTULO 12



SINCLAIR ESTABA SEGURO de que salir esta noche había sido un error. Kitty no estaba aquí, y aún no había recibido ninguna nota de ella. Debería haber dejado su tarjeta cuando la visitó anoche, pero estaba pensando en la reputación de ella.

No había nadie con quien quisiera hablar aquí, pero sentía la obligación de quedarse porque la anfitriona era una buena mujer y esposa de un amigo.

Realmente esperaba haber tenido noticias de Kitty antes de ahora, quizás una invitación a cenar, o tal vez ella podría haberle compartido algunos de sus planes diurnos para que pudieran encontrarse aparentemente por casualidad en otro lugar. Si la hubiera visitado esta noche, ¿habría estado en casa? No lo sabía. De no ser así, quizás habría tenido que reclutar a Lady Darrow para que le ayudara con su problema con Kitty.

Pero también estaba el problema de su primo. Teddy se estaba tomando este papel que había inventado un poco demasiado en serio para su gusto. En privado, siempre le preguntaba sus planes, con quién había estado hablando si no los reconocía. En público, le mostraba demasiada deferencia. Caminando un paso detrás, siguiéndolo a todas partes. Había personas con las que Teddy podía hablar aquí, mujeres a las que podía halagar y con las que podía acostarse.

El hombre lo irritaba más esta noche que nunca antes. Teddy debería estar divirtiéndose. Ambos deberían estarlo.

—No te traje a Londres para que vivieras como un monje —murmuró al hombre.

—Usted dijo que debía aprender de usted —respondió Teddy—. No ha mirado dos veces a una mujer en toda la noche.

—Los escarceos casuales pueden ser más problemáticos que beneficiosos —le advirtió. Los escarceos casuales siempre llevaban a la expectativa de permanencia—. Conviene ser discreto.

—De acuerdo.

Miró a su heredero, dudando en sacar un tema delicado en este entorno. Sin embargo, era un tema que le preocupaba, principalmente debido al fracaso primordial en su propia vida. —¿Cuándo vas a dejar esta farsa y empezar a buscar esposa?

Teddy balbuceó, lanzándole algunas miradas de desaprobación. Estaban asistiendo a otra reunión; la fiesta de Lady Evans estaba en pleno apogeo. Sin embargo, nadie debería estar interesado en lo que le decía a un hombre que vestía su librea. Y normalmente, que Sinclair favoreciera la conversación con su sirviente sobre aquellos de sangre más noble era un evento demasiado frecuente para que alguien sintiera curiosidad. Pero pronto quería que todos fueran conscientes de la importancia de Teddy. Actuarían de manera muy diferente, y quizás dejarían de murmurar sobre lo que podría pasar con el título y la fortuna cuando él muriera.

A Sinclair le gustaría estar vivo para ver la reacción de todos. La conmoción. La prisa por

halagar a Teddy. Debería merecer una buena carcajada o dos. El secreto se había vuelto tedioso en extremo. —No puedes posponer el matrimonio como lo hice yo.

—Lo haré —prometió Teddy, pero había un toque de defensiva en su respuesta.

—Deberías darte a conocer ahora. Deja que las mujeres conozcan tu carácter. Solo quedan unas pocas semanas en las que la alta sociedad estará en Londres. Después de eso, la mayoría volverá a sus propiedades por meses. Las decisiones deben tomarse pronto.

Teddy, con una expresión bastante inexpresiva, miró alrededor. —Escuché la evaluación de Lord Wade sobre su lista de mujeres. Si ninguna de ellas le sirve a usted, ¿por qué imagina que yo debería molestarme con alguna de ellas? —preguntó Teddy.

—Alguna de ellas podría servirte a ti —prometió Sinclair, omitiendo por completo el hecho de que esa lista había sido compilada pensando en Teddy—. Podríamos poner a Lord Wade al tanto del secreto, ver qué puede sacar de los árboles genealógicos de la alta sociedad. Tiene que haber alguien en quien no haya pensado.

Teddy se cruzó de brazos, y luego reconsideró el gesto y los descruzó rápidamente, para seguir pareciendo deferente. —Soy perfectamente capaz de elegir a mi propia esposa, a mi propio tiempo. ¿Cuál es la prisa?

—Me gustaría conocer a tu esposa y ver nacer a tus hijos —dijo Sinclair en voz baja, y luego sostuvo la mirada de Teddy—. Me gustaría saber que eres amado por ti mismo y no por el título que heredarás algún día.

—No creo que eso sea probable —Teddy apretó la mandíbula un momento, con los ojos llenos de emoción—. Usted nunca lo logró, su gracia.

—Podrías casarte con quien quisieras si empezaras a coquetear con alguien —Miró alrededor de la sala con desagrado, sin ver a nadie que fuera lo suficientemente buena para Teddy—. Se volverá tedioso si ambos seguimos siendo solteros.

—Estoy seguro de que no será nada aburrido —le aseguró Teddy—. Todavía hay tiempo para que usted también encuentre a alguien.

Sinclair suspiró de nuevo. —Sabes que mis requisitos son completamente diferentes a los tuyos.

—No veo cómo.

—Por un lado, soy viejo, y por otro, tuve que descartar a varias mujeres de esa lista que le di a Lord Wade. Las mujeres menores de veinte años no me servirían.

Una matrona bien conocida y notoria chismosa se detuvo frente a ellos. Teddy sabiamente guardó silencio mientras Sinclair simplemente asintió hacia ella y apartó la mirada rápidamente, esperando que ella también lo hiciera. Quizás era hora de moverse a otro lugar de la sala. Las damas solteras comenzaban a acercarse.

Dio unos pasos, y Teddy lo siguió de cerca para susurrar: —¿Por qué las descartó?

Sinclair rechazó un refrigerio mientras pensaba si responder honestamente. Habló con el lord más cercano que conocía durante unos minutos mientras consideraba la mejor manera de expresar una verdad incómoda. Demasiada introspección tendía a hacerle sentir sus años. Qué no daría por que su sobrino estuviera aquí esta noche, o incluso uno de los jóvenes amigos de Ettington, para ofrecer una distracción. Parecían animar bastante las veladas en la mayoría de las ocasiones. Teddy también debería ser parte de ese grupo, y luego un día, sería duque y habría cultivado buenas amistades para apoyarlo en los años difíciles que le esperaban.

Teddy se aclaró la garganta para llamar su atención cuando hubo una pausa en su conversación. Sinclair se movió, solo para detenerse donde nadie pudiera oírlo. —Tuve la más desafortunada revelación cuando estaba construyendo esa lista. Si la edad de una mujer es menor

de veinte años, existe la desagradable posibilidad de que yo haya probado los encantos de su madre de una manera u otra durante mis años más jóvenes —admitió Sinclair, y luego reprimió una mueca.

Teddy se rió en su puño.

—Criatura miserable —se quejó Sinclair en un susurro. Sinclair no había llevado una vida de monje y había disfrutado bastante liberalmente de las atenciones del bello sexo. Pero eso había sido después de que Kitty lo dejara. Después de ella, había estado amargado y descuidado con sus afectos. Le había llevado una buena década purgar el aguijón de su abandono de su alma, dejar de pensar en todas las mujeres como adornos inconstantes y reemplazables. Ahora le asombraba no haber caído presa de la soga del párroco con alguna mujer inadecuada hace mucho tiempo.

Quizás debería haberlo hecho. Al menos entonces tendría un heredero dispuesto.

Se había vuelto más selectivo en sus últimos años, generalmente evitando a las damas de la alta sociedad con motivaciones cuestionables para buscar su compañía. Que no tuviera un hijo era enteramente su propia culpa.

Aplaudió cuando terminó el baile y vio que las miradas de algunas damas se dirigían hacia él. Las criaturas más atrevidas se esforzaban por captar su atención... pero entonces notó a una que miraba más allá de él, hacia donde estaba Teddy. —¿Acaso notas cuando las mujeres te admiran? ¿Qué hay de la mujer de azul allá? Nos está mirando, pero no creo que sea a mí a quien estudia tan de cerca.

Teddy miró a la dama y luego desvió la mirada. —Lady Cole.

—¿La conozco?

Gruñó. —Su marido estará en la otra sala jugando a las cartas, me imagino.

—Ah —dijo Sinclair, sintiéndose decepcionado por Teddy. Las esposas de otros hombres abundaban esta noche—. Es hermosa.

—Está casada —replicó Teddy.

—Y sin embargo, sabes mucho sobre ella, y también sabes dónde encontrar a su marido. Explícame cómo os conocisteis.

—Nuestros caminos se han cruzado algunas veces en este tipo de eventos. La ayudé con una amiga una vez y desde entonces siempre me habla primero.

—Y ahora sospecho que está planeando la mejor manera de atraerte a su cama. Causaste una impresión, incluso con tu atuendo de sirviente. Qué encantador, aunque tienes razón en que una dama casada es inadecuada. Imagina la atención que recibirás cuando vuelvas a vestir como un caballero a la moda.

Teddy lo mandó callar rápidamente. —¿Podemos volver a discutir tu situación ahora?

—Creí que lo estábamos haciendo. Mi corazón estaría más ligero si supiera que estás establecido.

Teddy frunció el ceño. —Así que quieres que todos se casen, excepto tú.

—No dije que no quiera casarme, pero a mi edad, las posibilidades de amor o de engendrar un hijo se vuelven escasas. Heredarás sin importar cuán desesperadamente luches por librarte de la obligación.

Teddy negó con la cabeza, apretando la mandíbula. —Todavía eres joven, y con la esposa adecuada...

—¿Y si eligiera a alguien más cercana a mi edad que a la tuya?

—¿Es probable? ¿Hay alguien?

—No —se apresuró a decir Sinclair—. No tengo a nadie en mente para cortejar, pero cuanto

más envejezco, menos en común tengo con las damas de la alta sociedad.

Teddy sonrió lentamente. —¿Estás seguro?

—Por supuesto que estoy seguro.

—¿Y si te dijera que la dama que conociste en los jardines de placer, y también en la fiesta de Lady Wilmot, acaba de llegar? Y debo decir, tenías razón en perseguirla. Está deslumbrante esta noche.

Ya lo sabía, pero escucharlo de Teddy lo hizo sentir un poco protector y preocupado. Giró la cabeza lentamente para ver dónde seguía posada la atención de Teddy, y casi se quedó boquiabierto.

Kitty y Lady Darrow estaban de pie una al lado de la otra al otro lado de la sala. Lady Darrow de verde esmeralda, Kitty con una creación de seda roja resplandeciente. Kitty le quitó el aliento. Había hecho algo diferente con su cabello, enrollándolo como una corona tachonada de alfileres de plata enjoyados. El efecto de su sonrisa bajo la araña era impresionante. Dejó que su mirada bajara, apreciando sus hombros blancos como la crema y la parte superior de sus senos que se elevaban altos sobre el corpiño ajustado.

Se humedeció los labios, repentinamente consciente de que se estaba excitando por ella incluso desde esta distancia. Tosió para romper el hechizo que ella había lanzado sobre él, notando que otros caballeros también la habían visto. Sus sonrisas de apreciación le hicieron querer borrarlos de la existencia.

Se volvió hacia Teddy. —¿Por qué no vas a buscar champán para esas dos damas, Teddy? Deben estar sedientas.

—Encantado, pero solo si invitas a Lady Forbes a bailar esta noche.

—Probablemente debería hacerlo. —Notó que otro hombre le hablaba, y su sonrisa se desvaneció un poco. Parecía que enfrentaría alguna competencia esta noche por sus favores, y él saldría victorioso al final. Pero solo si se apresuraba a acercarse sin parecer tener prisa. Algo difícil de hacer—. Ve y haz lo que te pido.

—De inmediato, su gracia.

Sinclair se sentía inusualmente nervioso mientras se acercaba a Kitty cuando ella estaba vestida así. No estaba muy seguro de poder confiar en que sus manos no la alcanzaran instintivamente. Flexionó los dedos a su lado y mantuvo sus pasos sin prisa mientras se acercaba. El caballero con el que ella había estado hablando finalmente se marchó, pero miró hacia atrás a Kitty, claramente interesado en ella.

Lady Darrow sonrió ampliamente cuando él se detuvo frente a ellas. —Mi querido Exeter, qué placer volver a verlo.

—Lady Darrow. Lady Forbes. Qué bien se ven ambas esta noche.

Dejó que su atención descansara en Kitty, escuchando solo a medias la respuesta emocionada de Lady Darrow.

—Es usted muy amable, su gracia —murmuró Kitty cuando Lady Darrow hizo una pausa en su discurso, un rubor de color cálido llenando sus mejillas.

Lady Darrow retrocedió ligeramente y se volvió para hablar con otra persona, dándoles privacidad para conversar. Tan a solas como uno podía estar con una dama en una sala llena de gente, él sonrió cálidamente. —Me alegro tanto de verla al fin.

Un dulce rubor enrojeció sus mejillas. —Yo también me alegro de verlo. Me temo que no le agradecí adecuadamente por el bien que ha hecho a mi hermano. Lo que ya ha hecho para ayudarlo a vender su último proyecto es extraordinario. También tiene mi más profundo agradecimiento.

Inclinó la cabeza. —Aún no es un trato cerrado, pero me alivia que me haya dejado hacer algo.

—Sigue siendo tan terco como siempre.

—Es parte de su encanto —insistió Sinclair—. Le he pedido a mi hombre que les traiga champán.

—Eso ha sido muy amable de su parte.

—Y también para Lady Darrow —Kitty jugueteaba con su abanico. El gesto de timidez le obligó a exhalar, luchando contra su propia emoción al verla—. Estoy segura de que llegará en cualquier momento.

Ella miró por encima del hombro de él, sonriendo levemente. —La gente te mira y murmura.

—¿Ah, sí? Ya apenas lo noto. Prefiero dedicarte toda mi atención —Tenía una excusa para quedarse y hablar con ella, al menos hasta que Teddy llegara con las bebidas—. Cuéntame qué dijo tu sobrina sobre la fiesta a la que asististeis ayer. Confío en que se divirtió.

—Oh, sí, desde luego —aseguró Kitty, alzando la mirada hacia él—. He querido agradecerte esa pequeña actuación que diste, pero no encontraba las palabras para explicar cuán profunda es mi gratitud. Felicity se sintió mucho mejor después de que hablaras tan cálidamente sobre su padre.

Kitty abrió su abanico, abanicándose lánguidamente el rostro. Aún tenía un delicado rubor en las mejillas, pero el abanico distrajo su atención. Era el mismo que había llevado en los jardines de placer, pero ahora lo veía mejor: reconoció al instante las delicadas varillas de marfil tallado como el único regalo de Navidad que le había hecho.

Seguramente, si aún lo conservaba y lo llevaba esta noche, debía tener un significado especial para ella, ¿no?

—No hubo ninguna insinceridad en mi "actuación", como la llamas. Me agradan mucho su padre y su tía. Es un bonito abanico.

—¿Esta vieja cosa? —dijo ella, con los ojos chispeantes de risa—. Sigue siendo hermoso, ¿verdad? Felicity aprecia a su padre, pero incluso ella lo encuentra exasperante a veces. Como yo anoche, cuando insistió en que me quedara a cenar con ellos.

Así que había sido un compromiso familiar de última hora lo que había reclamado su atención la noche anterior. Se sintió aliviado de que no hubiera intentado evitarlo genuinamente cuando él la visitó. —Puedo imaginar fácilmente lo difícil que te resulta. Pero...

Un lacayo los interrumpió, ofreciendo champán, y perdió el hilo de sus pensamientos.

Ante el asentimiento de Kitty, le entregó una copa. Sus dedos se rozaron al cambiar de manos la copa, y él contuvo la respiración. Dios, deseaba hacer más que rozarla inocentemente. No podía tocarla aquí, por supuesto. Todos los chismosos del lugar lo notarían, y Kitty podría avergonzarse y huir. —¿Me harías el gran favor de reservarme un baile esta noche?

—Sería un honor, excelencia.

Él asintió y luego bajó la voz para que solo ella pudiera oírle. —Ya echo de menos que me llames por mi nombre de pila.

—Eso no sería apropiado.

—Preferiría que *tú* fueras inapropiada conmigo antes que cualquier otra persona —replicó él, decidiendo mandar la paciencia al diablo. Una vez habían estado bien juntos y podrían estarlo de nuevo si ella estaba dispuesta a darle una oportunidad—. ¿Pensaste en mí?

Su mirada era de diversión. —Es un poco difícil ignorar a un hombre persistente. Debo admitir que pensé en ti a menudo, y no solo por las flores que recibí. Aunque intentaste ocultarlo al no adjuntar una nota que te identificara, supe que el enorme ramo era tuyo.

—Un poco del campo para alegrar tus habitaciones —Sinclair sonrió lentamente—. Una vez dijiste que no tenías una flor favorita, así que simplemente decidí enviarte de todo.

—Una solución práctica, aunque costosa. Me siento bastante mimada —Miró su abanico, y otra sonrisa asomó a sus labios—. Siempre supiste elegir el regalo perfecto.

—Haría más si pudiera —Echó un vistazo por encima del hombro de Kitty. Teddy vigilaba a distancia con una expresión de curiosidad creciente en su rostro.

Ella agitó su abanico frente a sí. —Quizás ya he recibido suficientes flores por este año.

Él asintió. —Estoy intentando recuperar el tiempo perdido.

La mirada que le dirigió era tan compleja que no supo cómo interpretarla. Pero entonces ella sacó su tarjeta de baile, y él anotó su nombre con lápiz. Desafortunadamente, su tarjeta ya estaba bastante llena, y el único baile que le quedaba libre era el último de la noche.

Sinclair se sintió decepcionado por tener que esperar tanto para volver a tocarla. —Veo que tu popularidad no ha disminuido.

—Willa me dice que la mayoría de ellos están casados —murmuró ella con ligera desaprobación.

Él ocultó una sonrisa. No estaba tan en desventaja después de todo. Esta noche sería otro paso en la dirección correcta. —No hay hombre vivo que no quisiera bailar contigo —prometió —. Hasta luego, milady.

Ella hizo una reverencia. —Excelencia.

Sinclair se alejó de Kitty sin saber si estaba avanzando o no. Ella parecía dispuesta a que le agradara, pero lo que él quería era mucho más que eso. Deseaba que ella lo recibiera de nuevo en sus brazos y en su cama.

Dado que había logrado todo lo que podía por ahora en lo que a ella se refería, se dirigió a la sala de juegos, donde seguramente habría muchas menos mujeres solteras merodeando. Se acomodó en un asiento vacío junto al Duque de Baxter. Las otras dos sillas aún estaban vacías. —Buenas noches.

—Exeter.

Dos hombres más se unieron a ellos.

—Nada por debajo de mil libras —les advirtió Baxter a todos.

—Demasiado para mí —dijo uno de ellos, levantándose rápidamente. El otro tardó un momento más en decidirse, y luego también se marchó.

Sinclair miró al Duque de Baxter, muerto de curiosidad. —¿No querías jugar contra ellos?

—Fuller es un oponente espantoso, muestra su mano en cada jugada. Plimmswood lo sabe y se aprovecha. No tenía sentido que Plimmswood se quedara si Lord Fuller no lo hacía.

Sinclair negó con la cabeza. —¿Plimmswood realmente cree que no es hacer trampa si todos lo ven?

—Exactamente —Baxter lo miró mientras barajaba las cartas distraídamente—. Hablando de hacer visitas.

—No sabía que estábamos hablando de eso.

—Ahora lo estamos.

Baxter barajó las cartas lentamente. —He oído el rumor de que has visitado la casa de Lady Darrow a altas horas de la noche. Y que le envías flores todos los días.

—Has oído mucho entonces.

—Mis sirvientes me mantienen informado —Los labios de Baxter se fruncieron—. Confío en que no te estés imponiendo.

—Mis intereses, por supuesto, están en otra parte.

Baxter suspiró. —Eso es lo que suponía, y me alegra oírlo confirmado.

—Debo advertirte que mientras el objeto de mi interés permanezca en esa dirección, podrías oír hablar de más visitas nocturnas. Al menos eso espero. Pero...

El Marqués de Gowland hizo una pausa junto a la mesa y Sinclair contuvo la lengua, consciente de que una palabra imprudente se extendería como un rayo si alguien supiera que estaba hablando de una mujer. Gowland chismorreaba como algunas mujeres.

Cuando se demoró, Sinclair decidió que era mejor disfrazar su conversación como algo completamente distinto. —Le aseguro que no tengo ningún interés en su propiedad —prometió Sinclair.

Baxter captó rápidamente. —Nunca la vendería —aconsejó, mientras barajaba las cartas inquietamente una vez más. Gowland se alejó. —Viejo entrometido —se quejó Baxter—. No pone el dinero para jugar, pero sus oídos siguen siendo agudos.

Él y Baxter eran iguales, tanto en sus habilidades con las cartas como en el tamaño de sus fortunas para permitirse las apuestas que Baxter había establecido. —¿Jugamos?

—Podríamos hacerlo.

Una sensación de alerta le hizo mirar por encima del hombro.

Kitty y Lady Darrow habían dejado el salón de baile para ir a la sala de juegos, merodeando por las mesas y distrayendo a los jugadores.

Cuando llegaron a la mesa de Sinclair, este sonrió cálidamente y se puso de pie. —¿Han venido a probar suerte contra nosotros?

—Tal vez lo hayamos hecho —murmuró Kitty.

Baxter también se levantó y ofreció una silla a Lady Darrow junto a él. Sinclair hizo lo mismo con Kitty. Cumplido el deber, volvió a tomar asiento y esperó a que Baxter repartiera.

Baxter anunció apuestas más bajas y las damas asintieron con entusiasmo. Sinclair recogió su mano, notando que la suerte estaba de su lado. Lanzó descuidadamente algunas monedas sobre la mesa y se volvió hacia Kitty. —Creía que ibas a bailar ahora —susurró.

—La esposa de Lord Freemont no se sentía bien e insistió en que la acompañara a casa —susurró ella—. Al igual que la esposa de Sir Stephens, y la de Lord Hodges también.

Él se rio, imaginando a esas esposas mirando fijamente a la nueva viuda en la ciudad. —Lamento que te hayas decepcionado. Sin embargo, no puedo lamentar tener más de tu compañía.

Se acomodaron para jugar, y Sinclair descubrió que su suerte habitual en las cartas de repente se convirtió en la de Kitty. Ella era hábil, mucho mejor en las cartas de lo que había sido antes.

Le fue tan bien que Baxter le lanzó una mirada de disgusto después de que ganara la tercera mano. —¿Cuándo se va de Londres, Lady Forbes? —preguntó groseramente.

Sin embargo, antes de que Kitty pudiera responder, Baxter gruñó. Metió la mano debajo de la mesa y se frotó la espinilla.

Lady Darrow sonrió serenamente.

—No puedo decirlo aún, su excelencia —respondió Kitty mientras apilaba sus ganancias frente a ella—. Acabo de empezar a conocer a mi sobrina, y debo decir que me resulta difícil imaginar dejarla tan pronto.

—Eso es bueno —dijo Sinclair. Cuanto más tiempo se quedara Kitty en Londres, mayor oportunidad tendría de estar con ella—. Las chicas necesitan la guía de otras mujeres.

—Debe haber sido difícil para su sobrina, Lady Hallam, haberse visto privada también del amor de su madre —dijo Kitty suavemente.

Él asintió. —Hicimos lo mejor que pudimos para llenar el vacío, como estoy seguro que hará usted por su sobrina.

Kitty barajó sus cartas y las colocó boca abajo sobre la mesa. —¿Está su sobrina en Londres?

—No, pero espero verla cualquier día.

Ella sonrió rápidamente. —Qué maravilloso para usted tener una pariente cercana que viene de visita. Me encantaría poder ver a la hija de su hermana mientras estoy aquí. ¿A quién cree que se parece? ¿A su hermana o a su padre?

—Le sorprenderá lo mucho que se parece a mi hermana Virginia en apariencia.

Kitty se humedeció los labios y volvió a tomar sus cartas. —¿Y en carácter, son muy parecidas?

—Enormemente diferentes, gracias al cielo —dijo, recordando a su sobrina con gran afecto —. Fácilmente notará las diferencias una vez que conozca a Virginia. Tiene un alma mucho más amable de lo que Susanna jamás tuvo.

Kitty parpadeó rápidamente y luego lo miró con agudeza. —Nunca le había oído quejarse de Susanna antes.

—La edad y la experiencia han aclarado algunos rasgos que mi gemela explotó para su propio beneficio. Perdoné de buen grado sus errores de juicio y palabras duras mientras vivía, por el bien de la paz. Ahora, sin embargo, sospecho que se interpuso en mi camino.

—¿Cómo hizo eso?

—Ella te presentó a Forbes —señaló, cediendo la mano a Kitty una vez más.

—Lo hizo, pero no me animó a aceptarlo. No tenía idea de que me había propuesto matrimonio. Ciertamente nunca se lo dije.

Él negó con la cabeza y recogió su nueva mano. —Si ella era tu amiga, como afirmaba, debería haberlo sabido y haberte detenido.

—No puedes cambiar lo que ha sucedido.

—Maldita sea, ojalá pudiera —murmuró, sintiéndose enojado de repente—. Nunca te habría dejado aceptarlo si hubiera estado allí. Susanna me ocultó la verdad y, como un idiota, me quedé en Londres sin saber que te estaban cortejando.

Ella extendió una mano hacia él pero se congeló en el acto y la retiró rápidamente. —No fue así.

—¿Cómo fue entonces? Porque, maldita sea, necesito saberlo —exclamó suavemente, odiando que ella le hiciera suplicar por la verdad.

—Este no es el momento ni el lugar —advirtió Kitty mientras lanzaba sus cartas al pozo para salir del juego—. Me temo que debo volver al salón de baile. He prometido este baile a otro.

Se levantó con una disculpa murmurada para Baxter y Lady Darrow, sus mejillas rosadas por las intensas emociones, algunas que Sinclair probablemente compartía. Se había alterado, pero ella tenía razón en que este no era el momento ni el lugar para su discusión. La verdad debía esperar al lugar adecuado.

Deseando dejar rápidamente atrás su discusión, Sinclair también se levantó y le ofreció su brazo. —Estaré encantado de acompañarla.

—No creo que sea una buena idea.

Había metido la pata si ella le negaba este pequeño favor. —Las baldosas del vestíbulo suelen ser resbaladizas. Tome mi brazo, y si alguien nos cuestiona, esa será nuestra respuesta.

A regañadientes, ella deslizó su brazo sobre el suyo. —Me está distinguiendo.

—La luz atrae a la luz —posó su mano sobre la de ella durante unos pasos y luego la soltó—. Te dije que quería conocerte de nuevo. Tu aroma, tu sabor... y más que nada, empaparme del sonido de tu voz otra vez. No quiero secretos entre nosotros. Quiero saber qué sucedió.

—Pides demasiado —susurró ella.

—En efecto, así como yo te daré todo de mí. Ah, aquí viene Lord Norris para bailar contigo —le cedió a Kitty al caballero y se inclinó—. Gracias por permitirme asistirla, Lady Forbes. Hasta luego.

CAPÍTULO 13



KITTY SUSPIRÓ PROFUNDAMENTE cuando Sinclair entró en el salón de la casa de Lady Darrow alrededor de las cuatro de la madrugada. Durante la última hora, desde que se habían separado después de su breve baile, había tenido un miedo innegable de que no respondiera a su llamada. Apenas habían hablado después de su conversación en la sala de juegos.

La puerta se cerró silenciosamente detrás de él, y se quedó allí, mirándola con expresión decidida.

Ella le tendió ambas manos, y él cruzó la habitación a grandes zancadas y la atrajo hacia sí hasta que quedó pegada a su pecho.

—Temía haber arruinado todo esta noche —admitió, y luego bajó la cabeza para robarle un beso.

No se habían besado desde que fueron amantes años atrás... y, sin embargo, se sentía exactamente igual.

Emocionante, a pesar de su mayor edad y separación.

Se aferró a Sinclair, permitiéndole dirigir la pasión de su primer beso.

No se sentía decepcionada de él. Nunca lo había estado.

Él parecía tan ansioso como siempre. Su lengua se deslizó entre sus labios para enredarse con la de ella en una delicada danza que emocionó cada parte de su ser. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, encendiendo deseos largamente dormidos.

Sinclair se apartó un poco y acunó su rostro con sus cálidas manos.

—Siempre adoré besarte.

Ella sonrió.

—Adulador.

—No, no. Una vez pensé que podría pasar un año adorando tus labios, y aún pienso hacerlo algún día. ¿Recuerdas cómo pasamos la primera noche juntos, solo besándonos en los establos? Tocándonos. Sabes a verano y pecado. Nunca pude saciarme de besarte entonces.

Ella se apartó de él.

—Hiciste una pregunta y exigiste respuestas.

—No tenemos que hablar del pasado esta noche.

—No, creo que es mejor hablar primero antes de que esto vaya más lejos.

Él miró alrededor de la habitación.

—De acuerdo. ¿Quizás podamos sentarnos juntos mientras hablamos?

Kitty asintió y se acomodó en un sillón. Necesitaba la seguridad de un poco de distancia para revisar su pasado.

—Preguntaste por qué me casé con Forbes.

—Sí.

—Me casé con él porque me lo pidió cuando tú nunca lo hiciste. Nunca sugeriste ningún futuro para nosotros más allá de nuestra aventura.

Sinclair pareció genuinamente sorprendido.

—Pensé que lo entendías y estabas feliz con nuestro acuerdo.

—Lo que entendí fue que era tu amante secreta, colándome en tu alcoba o encontrándome contigo en el bosque. Me dabas algunas baratijas junto con tu afecto, y cuando estabas lejos, no tenía nada. —Tragó saliva—. Forbes era amable y decente y me propuso matrimonio después de un breve conocimiento. No hubo un gran romance entre nosotros. No me cortejó durante mucho tiempo antes de que yo decidiera ser su esposa. Me ofreció un hogar, permanencia y su apellido. Seamos sinceros... no hubo un solo día en nuestros dos años de aventura en el que no arriesgara mi reputación por verte. Él me devolvió mi respetabilidad.

—¿Sabía él sobre tú y yo?

—Sabía que no era inocente antes de casarnos. Se lo dije, y me dijo que se compadecía de mí. No retiró su propuesta, y nos casamos tan rápido como fue posible después de eso.

—¿Así que te fuiste porque no te propuse matrimonio lo suficientemente rápido?

—Dos años, Sinclair. Fui tu amante durante dos años con la expectativa de que eso continuaría. Fui una tonta.

—No, yo lo fui. —Sinclair agachó la cabeza y luego la sacudió—. Había una buena razón por la que no te lo pedí.

Kitty se obligó a relajar las manos y a que su corazón volviera a su ritmo constante. Estaba lista para oírle condenarla por sus humildes orígenes, como su hermana había hecho antes que él. ¿Qué tan peor podría ser?

—Soy todo oídos para escucharla.

—Éramos jóvenes y de estaciones de vida completamente diferentes. Te amaba. No hay duda de eso. Pero la finca es su propio pequeño mundo. Privado, íntimo. Nuestro mundo. Sabía que te quería, pero también sabía que no te habían educado como a mi hermana y a mí. Había evidentes deficiencias en tu educación que podrían haber causado problemas más adelante.

Las lágrimas le escocieron los ojos.

—Te avergonzabas de mí.

—Me avergonzaba de *mí*. Debería haberte alejado, pero fui egoísta y quise mantenerte allí —prometió, agarrando rápidamente su mano—. Te admiraba. Cuando eras una niña, corrías descalza por la finca, sacando peces del arroyo para que tu madre los cocinara. Y luego cambiaste casi de la noche a la mañana, te volviste tan hermosa y dulce, y yo quería tanto amarte, protegerte y ayudarte a ser más.

"Tenía la intención de casarme contigo entonces, pero sabía que no sería fácil ni sin desafíos. Se suponía que debía casarme con una dama de buena familia y fortuna. Tú no tenías nada; solo el amor nos unía. Pero me negué a considerar a nadie más. Inventé excusas para que te quedaras con Susanna como su dama de compañía para que pudieras aprender las habilidades que necesitarías para convertirte en mi duquesa sin imponerte lecciones de comportamiento. La sociedad puede ser brutal con cualquiera que no cumpla con sus expectativas. Te ruego que me perdones por no explicar eso adecuadamente. Temía que te ofendieras.

Kitty guardó silencio, muy consciente de que sus preocupaciones habían sido válidas y correctas en su momento. Ella no sabía mucho sobre cómo actuar como una dama, y mucho menos como una futura duquesa. Todo lo que Kitty sabía era que lo amaba más allá de la razón. Habría hecho cualquier cosa por él, pero él nunca se lo había explicado ni pedido.

Kitty tal vez nunca habría dejado a Sinclair si Susanna no la hubiera descubierto saliendo tambaleante de su alcoba aún en estado de desorden una mañana temprano. Debería haber tenido más fe en él y en su amor. Pero lo hecho, hecho estaba. El pasado no se podía cambiar. Apretó su mano con firmeza.

—Tenías razón en que necesitaba ayuda en aquel entonces.

Sinclair llevó su mano a su boca y presionó un largo beso en sus dedos.

—¿Puedes perdonarme por no haberte propuesto matrimonio entonces cuando debería haberlo hecho? —susurró sin levantar la vista.

Kitty se inclinó hacia adelante y besó la parte superior de su cabeza.

—Debería haber esperado por ti.

Él se levantó para reclamar un verdadero beso inmediatamente. Había tanta ternura en él que los ojos de Kitty se llenaron de lágrimas. Sus brazos se deslizaron alrededor de su cuerpo y ella se apoyó en él.

—Si voy a ser tu amante de nuevo, debemos ser discretos. Tengo a mi familia, y en particular a una sobrina, que considerar ahora.

Él no pareció feliz con el recordatorio.

—¿Qué más me exiges?

—Tu discreción. No debes decirle a nadie que somos amantes. Nadie puede saberlo jamás.

—Será difícil ocultar nuestra relación cuando asistamos juntos al teatro. No tengo intención de escatimar ni de querer ocultar muestras de mi afecto nunca más.

Ella levantó la mano.

—No aceptaré ninguna salida pública como tu amante.

Sinclair se reclinó y sonrió.

—Nunca tuve la intención de hacerte mi amante.

Ella exhaló un suspiro de alivio. Una aventura a corto plazo sin duda sería lo mejor entre ellos, ya que regresaría a casa en Irlanda en unas semanas o un mes.

—Todavía existe una atracción innegable entre nosotros. Fuimos cercanos una vez, y esa familiaridad nos vuelve a unir. Sin embargo, eso es privado. Nadie más necesita saber sobre nosotros. Júrame que no le dirás a nadie sobre nosotros. Nunca.

—Le has dado muchas vueltas a esto, ¿verdad?

Ella se estremeció ante su tono.

—Me siento terriblemente atraída por ti, y quiero que podamos estar en la misma habitación sin incomodidad. No quiero temblar hasta el momento en que me toques.

Sinclair se acercó.

—Esa es una incomodidad que yo también comparto. Todavía me excito en el momento en que te veo.

La besó con fuerza, sus manos recorriendo audazmente su cuerpo mientras ella estaba sentada. La reclinó en la silla bien acolchada, y ella descubrió su excitación presionando con fuerza contra sus rodillas.

Ella rompió el beso y lo agarró por el hombro.

—Júramelo.

No era lo que él quería. Podía notarlo por la expresión obstinada de su mandíbula. Esperó, sin saber qué haría si él se negaba a darle la promesa que necesitaba antes de llevarlo a su cama.

Su mano se elevó para acariciar su mejilla.

—Lo juro.

Kitty exhaló lentamente y le robó un beso. Era demasiado mayor para hacer el amor en sillas,

aunque lo habían hecho una o dos veces antes. Lo empujó hacia atrás y se puso de pie con piernas temblorosas.

—Ven a la cama.

—Con gusto —respondió él. Apretó sus dedos con fuerza y se puso de pie.

En silencio, Kitty guio a Sinclair fuera de la habitación, a través de la casa silenciosa, subiendo la escalera y por el pasillo hasta su dormitorio. Willa había ido a otra fiesta y había prometido no regresar hasta que el día terminara. Sinclair no dijo nada mientras se quitaba el abrigo y lo arrojaba a un lado tan pronto como la puerta se cerró.

Todo estaba listo para ellos. Una botella de vino dulce enfriado estaba sobre una mesa lateral con dos copas. Un plato de dulces y otros alimentos fáciles de comer con los dedos en caso de que alguno de ellos necesitara sustento. Solo se habían encendido unas pocas velas, lo suficiente para iluminar la habitación y añadir una sensación íntima y romántica a las cámaras de Kitty.

Sinclair se acercó por detrás y le besó el cuello.

—Te he echado de menos.

—Solo estuvimos separados una hora esta noche.

—Toda nuestra vida. Te he echado de menos toda mi vida.

Kitty cerró los ojos y suspiró. Todos sus temores se habían desvanecido cuando él llegó, pero después de su conversación, otras ansiedades habían surgido para atormentarla. ¿Notaría Sinclair que sus caderas eran más anchas, sus pechos ya no tan firmes como antes? Él le había parecido casi sin cambios a sus ojos. Esperaba que no estuviera decepcionado al final de la noche en su cama.

Su deseo no estaba en duda, seguía tan ansioso por tocar y besar. Kitty suspiró mientras sus labios le mordisqueaban el cuello, y él deslizó sus manos alrededor de su caja torácica y subió para acariciar sus pechos. Un murmullo de apreciación brotó de su garganta mientras provocaba sus pezones hasta convertirlos en duros picos bajo su fino vestido.

Ella extendió la mano hacia atrás para mantenerlo cerca mientras él atormentaba su cuerpo. Sinclair era bastante alto cuando estaban de pie juntos, pero en la cama, o en un campo, ella apenas había notado esas diferencias.

Se alejó de él y levantó las manos para soltarse el cabello. Su doncella lo había trenzado y enrollado de manera sencilla antes, y suelto, le caería hasta las nalgas. Sinclair llevó la trenza hacia adelante sobre su hombro, con los ojos suaves y amorosos. Le hizo cosquillas en la nariz con la punta, y ella se rio porque siempre había hecho eso antes cuando se desvestía para él.

Se puso de puntillas y puso sus dedos para desatar su corbatín.

—Recuerdo este nudo con tanto cariño —dijo mientras quitaba el alfiler de rubí y lo dejaba a un lado.

—¿Ah, sí? —Él arqueó las cejas—. ¿Qué más recuerdas de mí?

Ella le hizo un gesto con el dedo, y él se inclinó para que pudiera susurrarle al oído.

—Tú dentro de mí. Nunca olvidé eso.

Sinclair la agarró por las caderas antes de que terminara de hablar y la lanzó sobre el colchón en una sorprendente demostración de fuerza.

—Tentadora. Me alegro de que recuerdes eso, porque yo ciertamente también lo recuerdo.

Se desnudó, y Kitty se recostó en la cama, con una mano apoyando su cabeza, mientras lo miraba a su antojo. Era más grande, más ancho de pecho de lo que había sido una vez. Su estómago seguía siendo plano, pero el vello corporal que bajaba hasta su ombligo desde su pecho era más espeso y oscuro de lo que recordaba. Por un brevísimo momento, hizo la comparación con la mayor corpulencia de su difunto esposo, y luego olvidó todo lo demás cuando se quitó los

pantalones.

Su miembro era exactamente como lo recordaba. Erguido y ligeramente curvado hacia la derecha. Lo suficientemente grande como para hacerla sentir su amor a la mañana siguiente cuando se despertara sola de nuevo.

Apartó los pensamientos del mañana, sin querer que nada empañara su disfrute de amarlo nuevamente.

Sinclair no dejó nada puesto cuando se unió a ella, acostándose de lado al principio. Agarró su vestido y tiró, pero no lo levantó lo suficiente como para exponer más que sus tobillos.

—¿Todavía te complazco?

Ella rio suavemente.

—Por supuesto que sí. Solo espero que tú no estés decepcionado *conmigo*.

—Nunca —estudió su rostro, y luego su atención bajó. Puso un dedo en la parte superior de su pecho y lo deslizó por su piel. Levantó la mirada rápidamente—. Ardo por ti. Todavía te deseo con la misma intensidad que antes. Cuando te vi esta noche con tu pequeño vestido rojo, apenas podía pensar.

Bajó la cabeza y llenó su hombro de besos ligeros. Ella se estremeció, levantando su cuerpo para recibir más de sus besos cada vez que se detenía. Kitty sabía que a él le gustaba verla desvestirse para él, lenta y provocativamente siempre había sido su exigencia. Ella había disfrutado de los pequeños juegos que habían jugado en la cama y la anticipación de lo que podían hacer después. Pero ahora Kitty se sentía más cohibida.

Mantuvo su mirada mientras encontraba el primer botón de su vestido y lo soltaba con dedos temblorosos.

—Te deseo dentro de mí con tanta intensidad.

Sinclair gimió y su mano se deslizó hasta su cintura, y luego más abajo.

—He soñado muchas noches con enterrar mi rostro entre tus piernas y escucharte gritar mi nombre.

De repente, desapareció de su lado, sumergiéndose bajo sus faldas sin previo aviso.

Ella tuvo un momento para prepararse, y luego su boca estaba en su intimidad para besarla allí, y separó suavemente sus pliegues con los dedos, y luego con la lengua.

Kitty gimió, aferrándose a las sábanas mientras él le hacía el amor con una intensidad para la que no estaba del todo preparada. Estaba hambriento de su sabor y no le dejaba dudas de que quería que llegara al clímax lo antes posible.

Su vestido subía cada vez más, hasta llegar a su cintura, con las manos de Sinclair extendidas sobre su cuerpo. Kitty bajó las manos y entrelazó sus dedos en el pelo claro de él, recordando todas las veces que lo había hecho antes. Le encantaba la atención que él prodigaba a su cuerpo. Nunca se había conformado con menos que su participación absoluta y desinhibida en sus encuentros amorosos.

Soltó su cabeza y levantó la suya para verlo saborearla con un entusiasmo descarado. En todos los años de su matrimonio, nunca le habían hecho el amor con tanta determinación. Su matrimonio no le había proporcionado ni la mitad de la satisfacción que le había dado su aventura de dos años con Sinclair.

Sinclair la giró, dejándola medio de lado, y luego deslizó sus dedos dentro de su cuerpo mientras continuaba lamiendo su sexo. Kitty se encogió con un jadeo cuando nuevas sensaciones estallaron en todo su ser. Él la miró y Kitty gimió. Hacía tanto tiempo que no sentía tanto placer a la vez que tuvo que contener un grito cuando no pudo detener su repentino clímax.

Sinclair no cedió hasta que ella se desplomó, y entonces volvió a estar a su lado, con una

sonrisa de suficiencia en los labios.

—Ahora sí puedes relajarte.

Ella miró su erección, todavía tan dura como antes y totalmente tentadora.

—Tú también deberías relajarte.

De joven, al principio había dudado en tomar la iniciativa, pero como mujer madura, descubrió que no le costaba nada. Se puso de rodillas y se movió hacia abajo en la cama. Rozó con sus labios el vientre de Sinclair y luego movió la cabeza para que su pene descansara contra su mejilla. Giró la cabeza, sus labios rozando su piel, y luego suspiró.

Sinclair gimió.

—Siempre me encantó cuando me hacías eso.

Ella posó sus labios en su miembro y lo besó suavemente una y otra vez. Fue repartiendo besos alrededor y a lo largo de su pene, ignorando sus súplicas de más o de piedad. Cuando llegó a la punta, descubrió su recompensa. Una buena cantidad de semilla cubría ahora la cabeza de su pene, y sacó la lengua para saborearlo una vez más.

Lo primero que habían hecho como amantes fue darse placer mutuamente. Parecía apropiado repetir ese patrón esta noche en este nuevo comienzo para ellos.

Dejó que su aliento golpeara la cabeza de su pene por segunda vez, y luego se lo metió en la boca de una sola vez. Lo tomó tan profundo como pudo y luego envolvió su mano alrededor de la base de su pene para mantenerlo firme. Movió su mano arriba y abajo por toda su longitud, apretando mientras movía su boca sobre él también. Sinclair la animaba con cada respiración y gemido, sin importar lo que le hiciera. Cambió su agarre en su miembro para poder sacar los dedos y tocar sus testículos.

Sinclair le agarró la cabeza, apartándola de su pene.

—Estoy cerca ya —le advirtió.

Ella sonrió.

—Bien. Necesitas relajarte tanto como yo lo he hecho.

Volvió a metérselo en la boca y acarició su pene y sus testículos hasta que de repente él flexionó las caderas hacia arriba, hundiendo su miembro profundamente en su boca. Sinclair dejó escapar un fuerte gruñido cuando su semilla golpeó el fondo de su garganta. Le gustaba que no hiciera ningún intento de seguir embistiendo en su boca después de encontrar su satisfacción. Siempre había sido un amante fácil de complacer y consciente de lo que estaba haciendo.

Sintió un tirón en su vestido y se dio cuenta de que estaba tratando de atraerla para que descansara contra él. Le dio un último beso a su pene, una última caricia con la lengua, y luego se levantó para acomodarse en sus brazos. La mano de él se deslizó por su espalda hasta sus nalgas. Cuando le amasó el trasero, su sexo se estremeció con sorprendente entusiasmo por más amor.

—Estaba seguro de que sabía cuánto te echaba de menos, pero estaba tan equivocado —susurró contra su pelo—. Te amo, Kitty —juró.

Kitty cerró los ojos. Sinclair siempre había afirmado amarla durante la intimidad, así que no hizo ningún comentario sobre sus palabras.

—Abrázame más fuerte.

Él lo hizo y besó la parte superior de su cabeza.

—Hablaba en serio.

—¿Que todavía me amas?

—Sí, te amo. No quiero estar sin ti *nunca* más.

Kitty se acurrucó más cerca de él, pero no quiso estropear el momento mencionando que esta

aventura estaba destinada a terminar mucho antes de lo que había terminado la primera. Le gustaría fingir que podrían estar juntos para siempre, aunque fuera solo por un poco más de tiempo.

CAPÍTULO 14



KITTY ESTABA EMOCIONADA y le resultaba difícil contener sus emociones. Debería estar serena y tranquila, y no experimentar una sensación de profundo alivio por estar de nuevo en la casa del Duque de Exeter. No podía describir la alegría que había sentido al recibir una invitación para cenar con él, y que su hermano y, más importante aún, su sobrina, también los acompañarían.

No era solo que hubiera pasado una noche de pasión enormemente satisfactoria en los brazos de Sinclair la noche anterior.

Era estar con él aquí de nuevo, de una manera que beneficiaba a todos.

Kitty se había alojado en la residencia londinense del duque una vez cuando era niña, llevada para hacer compañía a Lady Susanna. Apenas había visto a Sinclair, pero había explorado esta casa de arriba a abajo, aprendiendo sus secretos y maravillas. Felicity podría aprender mucho de la experiencia que unas pocas horas en esta gran casa podría brindar. Y Percy también.

El tiempo no había disminuido sus recuerdos, y la realidad estaba a la altura de sus expectativas.

Al igual que el hombre lo había estado anoche. ¿Realmente había pensado que la edad podría haber erosionado el afecto y la resistencia que habían hecho a Sinclair tan único cuando era joven?

No había forma de engañarse a sí misma sobre lo que ambos querían el uno del otro: los placeres más sencillos se daban libremente sin ataduras.

Dado su estado de ánimo en este momento, su aventura continuaría mientras permanecieran cerca. Era lo suficientemente honesta para admitir que no había impedimentos para un acuerdo a corto plazo entre ellos. Era completamente razonable esperar que los tiernos sentimientos que había sentido en su juventud por él volvieran a surgir, sin embargo. Existía el riesgo de que su corazón, aunque imprudentemente, volviera a involucrarse en su felicidad una vez más.

Sin embargo, no viviría como Willa, mantenida como amante y esperando migajas de afecto, mantenida al margen y nunca realmente parte de la vida de su amante.

Ya sabía que se odiaría a sí misma si aceptaba fingir para siempre.

Eso dejaba una aventura a corto plazo como su única opción. Era demasiado mayor para un segundo matrimonio, demasiado mayor para darle a Sinclair el heredero que tanto necesitaba. Prefería no pensar en eso, sin embargo.

El corazón de Kitty se llenó de emoción mientras observaba a Sinclair conversar con sus otros invitados. El Duque de Exeter seguía siendo tan apuesto como en su juventud. Aún dominaba la sala como lo hacía a los dieciocho años, y sabía que todos lo estaban mirando también. El hombre era incorregible, bromeando sin cesar con todos, incluida su sobrina, Lady Hallam. Probablemente consideraba que era su derecho de nacimiento ser tan universalmente

adorado.

—Estás mirando fijamente otra vez —advirtió Willa suavemente.

Kitty sabía que lo estaba haciendo, pero no parecía poder detenerse. Una vez se había considerado bien pasada la edad para dejarse llevar por su lado apasionado. Pero Kitty se había equivocado. Su fascinación por Sinclair solo parecía aumentar, sin importar que se advirtiera a sí misma que todas las cosas deben terminar. Todavía estaba interesada románticamente en el Duque de Exeter, ¿y no era eso el colmo de la insensatez para una mujer de su edad?

—No estaba mirando fijamente al duque sino al cuadro cerca de él; como creo que mencioné antes, me resulta familiar —dijo con suavidad. Era medio cierto. El duque también era una figura en uno de los cuadros. Su hermana había pintado bastantes que colgaban en esta habitación.

Willa rio suavemente.

—El cuadro es notable. ¿Deberíamos acercarnos para verlo mejor?

Willa no tenía un verdadero interés en el arte, pero hacer todo lo posible para promover la aventura de Kitty con Sinclair había sido su objetivo reconocido esta noche. Estaba totalmente decidida a mantener a Kitty en Londres o donde sea que Sinclair pudiera estar.

—Sí, creo que deberíamos.

Se movieron lentamente a través de la habitación, pasando por detrás del duque. Ella sintió que él se volvía hacia ella cuando se detuvo para admirar el cuadro.

—Es de casa —le dijo a Willa, quien no conocía la finca ducal tan bien como Kitty—. Esto es mirando hacia el sur a través de los jardines. —Entrecerró los ojos ante las ruinas de una estructura en el borde mismo—. Y esa mancha marrón en el paisaje es el edificio que mi querido hermano destruyó.

Sintió a alguien a su lado, y era Percy, que se había acercado para ver mejor.

—Ah, así es. Mi primer acto de notoriedad.

—No creo que la difunta Lady Ettington pintara esto para inmortalizar tu destrucción.

—En parte —murmuró Sinclair mientras se unía a ellos, junto con su sobrina—. A mi hermana le gustaba pintar escenas que contaran una historia.

—¿Por qué pintar esta?

—Es una historia aleccionadora. Para recordarme que debo volver a casa y comprobar que mi finca sigue intacta. —El duque rio suavemente—. Nunca sabía qué esperar cuando tu hermano estaba cerca, Lady Forbes. Susanna me advirtió que estuviera en guardia.

Sus ojos eran cálidos, burlones, pero Kitty se enfrió ante sus palabras. ¿Sabría lo que Susanna había dicho para separarlos, después de todo? Nunca había dicho nada al respecto.

Él miró por encima de su cabeza y frunció el ceño.

—Disculpadme.

Se dirigió a la puerta para hablar con un sirviente, dejando atrás a Lady Hallam.

—Mi tío a menudo también se queda mirando los cuadros —murmuró Lady Hallam—. Dice que casi puede extender la mano y sentir el calor de aquellos días de verano en sus dedos.

—Debe extrañarla mucho.

Lady Hallam suspiró profundamente.

—Nunca lo dice, pero creemos que piensa en ella a menudo cuando está con los niños. Se pone melancólico, aunque quizás también tenga que ver con seguir soltero. Es muy bueno con los niños.

—Qué maravilloso debe ser para él ser parte de sus vidas. ¿Tú y tu hermano sois cercanos como lo eran ellos?

—Quizás demasiado cercanos. —Cuando Kitty frunció el ceño, Lady Hallam se apresuró a

explicar—. No somos como el tío y mamá. Mi hermano y yo siempre sabemos cuándo el otro está angustiado.

—Qué extraordinario —susurró Kitty, bastante sorprendida—. ¿Y dices que tu tío y tu mamá no eran así? Eran muy cercanos de niños.

—No. No que ninguno de los dos haya admitido jamás. El tío dijo que no supo que mamá había fallecido hasta que leyó nuestra carta. Creo que yo lo sentiría con mi hermano. Ciertamente supe cuando se rompió el brazo. Una vez me desperté con un dolor insoportable pero sin ninguna lesión. Mi niñera no tenía idea de qué me había hecho llorar hasta que trajeron a mi hermano, aullando a todo pulmón. Teníamos seis años, creo. Mi madre estaba bastante molesta por el alboroto que estábamos armando porque los sirvientes también mandaron llamar a ella y a mi padre.

Kitty no sabía qué decir a eso. La familia de Sinclair tenía la costumbre de producir gemelos en cada generación, pero nunca antes había oído mencionar un vínculo tan cercano y una conexión sobrenatural como la que describía Lady Hallam.

Lady Hallam rio nerviosamente.

—Perdóname, no sé por qué te conté eso. Es algo de lo que no suelo hablar fuera de los miembros de mi familia. Estoy segura de que debes encontrar esta historia tan descabellada como todos los demás al principio.

—En absoluto —prometió Kitty—. Los lazos entre hombres y mujeres pueden ser muy complejos, especialmente entre hermanos. Exeter debe recordar a su hermana cuando te mira. Te pareces mucho a como era tu madre. —Kitty sonrió cálidamente. Lo decía como un cumplido. Pero Lady Hallam era callada y cálida, y nada parecida a la mujer que una vez creyó conocer.

—Dijo que heredé los mejores rasgos de mis padres.

—Estoy segura de que tiene razón. Es evidente que te aprecia mucho.

—Y yo a él. —Lady Hallam sonrió rápidamente y luego se excusó para atender a otros en la sala.

Kitty buscó inmediatamente a Sinclair y lo encontró aún en la puerta. Dado que la cena había terminado hacía un rato, sentía curiosidad por su conversación con los sirvientes. Sus hombros se habían tensado, señal de que algo andaba mal.

Se dirigió hacia allí, notando que no era solo un sirviente sino varios los que hablaban con el duque. Sus caras largas sugerían que no le estaban dando buenas noticias. Cuando estaba bastante cerca, oyó a Sinclair exclamar:

—¡No me importa que sea tarde! Seguid buscando.

La puerta se cerró y Sinclair se giró. Kitty supo por su expresión que sus instintos eran correctos. Se acercó a él.

—¿Ocurre algo, excelencia?

—No. Supongo que no realmente. —Sonrió tensamente—. No se encuentra a uno de mis hombres esta noche.

—Los sirvientes a veces pueden ser poco fiables. —Si estaban descontentos, también podrían haber encontrado otro empleo. Y hacía solo unos meses que aún se reclutaba a hombres para el servicio militar en plena calle. Estaba segura de que Sinclair siempre había cuidado bien de su personal, así que no imaginaba que alguien eligiera irse sin al menos intentar obtener una referencia—. ¿Tiene alguna enamorada por ahí?

—No creo que ese sea el caso, desafortunadamente. —Sonrió rápidamente, nervioso—. Estoy seguro de que aparecerá eventualmente.

El hombre parecía importante para Sinclair. Se preguntó por qué, pero no se atrevió a

presionar por más información. Difícilmente podría ayudar a encontrar a alguien que quizás no quisiera ser encontrado.

—Estoy segura de que lo hará.

—Sí, sí, por supuesto, volverá. —De repente, la mano de Sinclair estaba bajo su codo, y la escoltó lejos de la puerta—. He querido besarte toda la noche.

Ella rio suavemente.

—Paciencia.

—¿Cuándo puedo visitarte de nuevo?

—Esta noche no, obviamente. Tienes invitados que entretener.

—Ojalá la cena hubiera sido solo para nosotros dos.

—Eso habría sido encantador —le aseguró.

Él la soltó y le indicó un par de asientos vacíos al otro lado de la sala. Ella no se resistió a su sugerencia.

—¿Cómo disfrutaste la cena? —preguntó él.

—Todo estuvo delicioso, por supuesto.

Él asintió.

—Mi chef tenía instrucciones estrictas de ofrecer una muestra de lo que está por venir en las festividades de mi cumpleaños.

Ella le sonrió.

—Estás bastante entusiasmado con los preparativos de tu fiesta, ¿verdad?

—Aún más ahora que tú asistirás.

Ella apartó la mirada y suspiró.

—Aún no he prometido asistir.

—Significaría mucho para mí que tú y tu hermano, personas que he conocido toda mi vida, estuvieran allí para celebrar la ocasión conmigo.

Ella estudió su expresión, vio su entusiasmo, pero se dio cuenta de que había más en esta fiesta de cumpleaños de lo que había considerado inicialmente.

—¿Es porque Susanna está ausente que haces tanto alboroto?

—No. Bueno, quizás. Un poco. A mi hermana le gustaban los fuegos artificiales —dijo, y luego sonrió ampliamente—. Mientras que a ti te gusta el pastel. Habrá mucho pastel para mi invitada más importante.

Kitty se llevó la mano a la cintura, sintiéndose aún llena de la maravillosa cena que acababa de disfrutar, y rio. El postre había sido su favorito de los catorce platos.

—Una gran debilidad mía siempre ha sido mi dulce diente.

—Bueno, resulta que tengo a mi servicio un chef que prepara las delicias más asombrosas que jamás he probado. Me costó una fortuna atraerlo del empleo de Lord Carmichael.

—¿Le robaste el sirviente a otro lord? —Kitty rio—. Eso es imperdonable, Sinclair.

Se mordió la lengua por su desliz y miró cuidadosamente a su alrededor para ver si alguien más la había oído usar su nombre de pila. Eso causaría un escándalo, y se suponía que debían fingir ser viejos amigos y nada más. Había sido su estipulación, y ella era la que actuaba con demasiada familiaridad. Miró a Sinclair de nuevo y supo que le había gustado que se equivocara, a juzgar por esa sonrisa.

—Lo recuperé. Le prometí que le daría más bocas que alimentar, y entró en razón. —Sinclair exhaló un pequeño suspiro—. Fue agradable verte en mi mesa de nuevo.

—Había otras personas también.

—Sí, pero pude notar que compartíamos las mismas opiniones más a menudo que no durante

las discusiones que escuché, y sabías lo que estaba pensando incluso desde la distancia. Vi la mirada que me enviaste, advirtiéndome que dejara de molestar a tu hermano. No niegues que lo hiciste.

Kitty rio suavemente.

—Es un milagro que llegara al final de la comida sin perder los estribos. Nunca le gustó tener un sirviente revoloteando a su alrededor.

—Se estaba acostumbrando antes de tu matrimonio, así que estoy seguro de que volverá a acostumbrarse. Vaya, en un año, estoy seguro de que estará felizmente tocando las campanillas de plata cuando nos visite.

Kitty apartó la mirada de Sinclair. Eso sonaba como si estuviera planeando incluir a Percy en futuros eventos. Estaba feliz por Percy, pero quizás también un poco celosa. Si se quedaba en Inglaterra, Percy podría algún día aceptar que ella y Sinclair eran amantes, como Susanna nunca podría haberlo hecho.

Su corazón se encogió un poco, recordando la verdad que había omitido ayer. Sinclair claramente echaba de menos a su hermana, y ella no quería cambiar su recuerdo revelando su naturaleza desagradable.

Sus ojos se posaron en otro cuadro justo detrás de Sinclair, uno casi escondido junto a una cortina de la ventana. Lo más probable es que fuera otra escena que representaba la residencia de campo de Sinclair, pero no estaba segura de su ubicación exacta a primera vista. Los colores eran más oscuros, y le daba escalofríos solo mirarlo. Estaba segura de que Susanna lo había pintado.

—Tu hermana era una artista prolífica.

Él se giró para mirar la obra que ella estudiaba sobre su hombro, y su sonrisa estaba tensa cuando volvió a mirarla.

—Una de sus últimas pinturas de casa.

Ella miró alrededor de la habitación, percibiendo emociones mucho más fuertes en juego en la imagen que en el resto.

—Es diferente a las otras.

—Lo sé. Susanna me dijo que había pintado lo que debía ser. No entendí lo que quería decir; aún no lo entiendo. No es mi favorita de sus obras, pero la conservo para recordarla, como todas las demás.

Kitty se movió para tener una mejor vista, y un presentimiento la invadió cuando se acercó. —Este es el puente de piedra sobre el arroyo al este de la propiedad. Lo solía cruzar cada vez que venía a verla o me iba.

De repente, Sinclair estaba a su lado. —También lo cruzabas para venir a verme.

—Sí —susurró ella—. Cada vez.

—Me habría gustado que ella te pintara de pie en ese puente. Algunos de nuestros mejores besos ocurrieron en ese mismo lugar bajo el manto de la oscuridad.

Kitty entrecerró los ojos mientras miraba más allá del puente hacia los árboles. —Hay una figura allí. En las sombras.

Se lo señaló a él, y Sinclair gruñó. —Creo que tienes razón. ¿Cómo no lo noté después de tanto tiempo mirándolo?

Kitty se frotó los brazos y se dio la vuelta, segura de que acababa de recibir una advertencia desde el más allá.

En ese mismo lugar, Susanna Berringer había expresado su opinión sobre la falta de idoneidad de Kitty. Kitty había huido entre lágrimas en la creciente oscuridad y nunca había vuelto a cruzar ese puente.

De repente, miró a su alrededor. Percy, de pie con el brazo alrededor de su hija, la miró. Cuando inclinó la cabeza hacia la puerta, ella asintió. Habían venido juntos, y él quería irse. Kitty también lo deseaba mucho, de repente.

Se volvió hacia Sinclair. —Bueno, ha sido encantador, pero realmente debo irme.

—¿Tan pronto?

—Mi sobrina está muy cansada. Le prometí a Percy el uso de mi carruaje esta noche para llevarlas a casa. Debo irme con ellos ahora. —Le tendió la mano—. Gracias por una velada deliciosa.

Esa pintura llamó su atención de nuevo, y se estremeció. Algunos recuerdos se negaban a desaparecer, sin importar cuánto intentara olvidarlos.

Sinclair tomó su mano y besó el dorso. —Debemos repetir esto muy pronto.

La acompañó hasta la puerta del salón, se despidió de Percy y le deseó buenas noches a Felicity, y la dejó ir. Kitty miró hacia atrás una vez en el umbral.

Uno de los sirvientes de Sinclair le estaba susurrando al oído de nuevo. Sinclair no estaba contento. Para nada, apostaría ella.

CAPÍTULO 15



SINCLAIR MECÍA A SU sobrina nieta Isabel en sus brazos, con su pequeña cabeza rubia apoyada contra su hombro mientras protestaba y refunfuñaba por la necesidad de dormir a pesar de lo tarde que era. Le limpió las pequeñas lágrimas de los ojos y sonrió ante su necedad.

—Estás en plena forma esta noche, dulce niña —la reprendió suavemente mientras caminaba hacia la ventana y miraba las calles oscuras y vacías—. ¿Qué diría la abuela si pudiera verte ahora, eh? No estaría nada contenta con tus travesuras, te lo aseguro. No le gustaban nada los alborotos.

Al oír sus palabras, la niña se calmó un poco. Un gemido ocasional escapaba de sus labios mientras él seguía hablando de su gemela y paseando por la habitación.

—Tu abuela era una defensora de las diez horas de sueño por noche. Nunca dejaba de regañarme si me despertaba demasiado temprano. Podía ser bastante gruñona con el asunto de dormir. Igual que tú.

Al pasar junto a la otra cuna de la habitación, echó un vistazo al ocupante dormido. El pequeño Edward podía dormir con cualquier ruido, igual que su padre, Lord Hallam. Solo Isabel se quejaba de que su día debía terminar. Era todo un desafío, tal como se rumoreaba que la hermana de Sinclair había sido para las niñeras.

No podía amar más a su familia por el regalo de estos niños que alegraban sus días. Al no tener hijos propios, era libre de consentir a todos y cada uno tanto como quisiera. Le hacían sentirse joven y viejo a la vez. A menudo al mismo tiempo.

La familia traía tanta energía feliz a su vida que una vez pensó que era suficiente.

Pero ya no. Estaba Kitty, pero también Teddy, dondequiera que estuviera el joven esta noche. Sinclair esperaba fervientemente que Teddy estuviera a salvo.

Lo último que Sinclair, o cualquiera, había visto del joven fue hace dos noches.

Se giró al oír un ruido detrás de él, esperando que fuera Teddy convocado por sus pensamientos. En su lugar, encontró a su mayordomo, apoyándose un poco cansado sobre sus pies.

—¿Algo? —exigió Sinclair.

—Todavía ni rastro. Envié hombres a las casas de diligencias más cercanas, y no hay indicios de que haya ido allí. Los muchachos que envié a los establecimientos más lejanos aún no han regresado.

—Hazme saber cuando lo hagan.

—Sí, por supuesto. Si me permite ser tan atrevido, su excelencia. Los sirvientes se preguntan por qué está armando tanto alboroto por la ausencia de Teddy. ¿Qué debo decirles? Se preguntan si le ha robado algo.

—Solo mi tranquilidad —murmuró Sinclair. El mayordomo había conocido la identidad de Teddy desde el principio, pero se le había ordenado guardar silencio sobre el asunto. Al igual que Sinclair, no podía decir la verdad—. ¿Por qué no sugieres que soy excéntrico de nuevo?

—Muy bien, su excelencia —Se dio la vuelta pero miró hacia atrás—. Espero que regrese pronto a casa, su excelencia. Es un joven caballero excepcional.

Sinclair asintió.

—Descansa pronto tú también.

—Muy bien, su excelencia.

Sinclair maldijo suavemente cuando se fue, decidido a no molestar a la niña en sus brazos.

—¿Adónde ha ido?

—¿Adónde ha ido quién, tío? —preguntó Virginia mientras entraba de puntillas en la habitación. Sus dedos rozaron la cabeza de su hija, y luego sonrió con ternura—. Dámela.

—Casi está dormida —protestó Sinclair, pero le entregó la niña a la ansiosa madre. Sinclair admiraba el interés de su sobrina por su descendencia. No podía recordar que Susanna hubiera hecho tanto.

Miró al otro niño dormido.

—Ese puede dormir con cualquier ruido —observó—. El pequeño Edward no se ha movido a pesar de las muchas protestas de Isabel esta noche.

—Ya se parece a su padre.

—Cierto.

—¿Vas a decirme qué está pasando? Mi doncella me dice que la mitad de los sirvientes están buscando por la ciudad a tu lacayo favorito.

—Quiero que lo encuentren.

—Por supuesto, tío. ¿Es algo de lo que deba preocuparme? Mis hijos...

—No hay peligro para nadie. Lo juro.

Finalmente, Virginia asintió.

—Muy bien.

Lo que le gustaba de Virginia era que nunca lo cuestionaba demasiado. Su madre lo había hecho todo el tiempo, nunca dejando caer un asunto. Habían discutido tantas veces sobre su necesidad de un heredero. Ella nunca entendió por qué no se casaría con ninguna de las damas que le había presentado a lo largo de los años.

Era por Kitty, por supuesto.

—Por cierto, me agrada tu amigo —admitió Virginia mientras colocaba a su hija de vuelta en la cama, apoyando una mano en su vientre. Calmó a su hija con palabras suaves y un suave movimiento de balanceo hasta que los ojos de Isabel empezaron a cerrarse.

—¿Quién?

—El señor Hunter —Lo miró con una sonrisa en los labios—. Aunque puedo entender por qué nunca me lo habías presentado antes.

Él miró a Virginia con sorpresa.

—No fue una decisión consciente de mi parte no hacerlo.

—Él no es realmente uno de nosotros, ¿verdad? Nunca había visto a un hombre tan incómodo en tu mesa antes. Pensé que Lady Forbes era mucho más refinada, aunque miraba todo con asombro. La hija del señor Hunter, la señorita Felicity, también lo hacía.

—Yo los vi a todos muy cómodos esta noche —declaró Sinclair. La noche había sido un gran éxito en su opinión. Había pasado la noche observando a Kitty y hablando con ella de lo que quisiera.

—Es difícil creer que Lady Forbes conociera a mamá antes de su matrimonio.

—¿Por qué dices eso?

—Seguramente conocías la opinión de mamá sobre las clases bajas codeándose con la nobleza. No habría aprobado que los invitaras a cenar en tu mesa.

—Lady Forbes fue la dama de compañía de tu madre durante varios años —le aseguró Sinclair a su sobrina—. Fueron las mejores amigas de niñas. Cenaba con nosotros a menudo. También lo hacía Percy Hunter.

Virginia hizo una mueca.

—Madre nunca me mencionó a ninguna persona así.

Sinclair frunció el ceño ante eso.

—Debería haberlo hecho.

—Entonces deben haber tenido una pelea. Qué triste —Sacudió la cabeza—. No es que crea que Lady Forbes pueda tener la culpa de alguna manera. Creo que se preocupaba mucho por madre. Me miró y casi se echó a llorar.

Él suspiró, habiendo visto ese momento con sus propios ojos también.

—Te pareces mucho a tu madre.

—Tú tampoco has hablado nunca de Lady Forbes.

—¿No lo he hecho? —Se encogió de hombros—. Lady Forbes acaba de regresar a la ciudad. Han pasado muchos años desde que hablamos, o incluso vivimos en el mismo país.

—¿Parecíais bastante cercanos esta noche?

—Como pasaba tanto tiempo con tu madre, también pasaba tiempo conmigo. Era una persona agradable, y aún lo es.

—¿Agradable? —Virginia se rio—. Viniendo de ti, eso es un gran elogio. A mí me pareció bastante encantadora, pero espero que sea discreta.

—¿Por qué?

Una fugaz expresión de vergüenza cruzó el rostro de Virginia. —Le conté algo que normalmente no compartiría con una nueva conocida. Espero no haberme equivocado sobre su naturaleza, pero parecía una vieja amiga y confidente y simplemente se me escapó. Le hablé sobre la inusual conexión entre mi hermano y yo. Al principio se sorprendió, pero luego también se sorprendió de que tú y mamá no compartierais un vínculo así.

—No, no lo teníamos. Ya era bastante tener la voz de tu madre en mi oído, pero habría sido intolerable tener también sus emociones no deseadas atormentándome.

Virginia se rio. —No es tan malo, y no es *todo* el tiempo.

Solo cuando estaban en gran angustia o dolor. Sinclair se acercó al lado de su sobrina y miró a Isobel. —Por fin se ha dormido.

Virginia también miró hacia abajo. —Debe de haber querido que tuviéramos una charla privada esta noche. Me alegro de que lo hayamos hecho. Ya que mañana nos vamos de nuevo. —Besó la cabeza de su hija y luego la mejilla de Sinclair—. Buenas noches, tío.

—Buenas noches, querida.

Cuando ella se fue, él bajó de nuevo para esperar noticias. El salón estaba en silencio, el estudio vacío. No había señales de que Teddy hubiera regresado.

Eran las seis y media de la mañana cuando Teddy entró tambaleándose, seguido por dos hombres que vestían la librea de Sinclair. Pareció sorprendido de ver a Sinclair aún despierto y levantó una mano. —Me disculpo.

Los dos sirvientes se habían quedado en el pasillo, pero un agradecimiento de su parte los envió corriendo por las escaleras de servicio hacia sus camas.

—Sígueme —exigió Sinclair a Teddy, sin esperar ningún argumento.

Una vez que estuvieron en la privacidad de su estudio, Sinclair se volvió hacia él. —¿Dónde diablos has estado estas dos últimas noches? ¿Fornicando con una prostituta en algún lugar?

La mirada de Teddy se volvió furiosa. —¿Cómo te atreves?

—¿Cómo te atreves *tú* a desaparecer sin informarme cuándo regresarías? Por el amor de Dios, ¿sabes el temor que he sentido estas últimas horas?

—¿Cómo puedo informarte de algo cuando pareces pasar cada dos noches en el club? Dejé una nota allí, y deberías haberla recibido ayer por la mañana.

Sinclair inhaló bruscamente, recordando su engaño casi demasiado tarde. La noche que Teddy desapareció fue la noche que había pasado en brazos de Kitty. Le había dicho a Teddy que iba al club a hablar con un viejo amigo. —No me dieron ninguna nota.

El hombre sacudió la cabeza. —Maldita sea, qué descuido. Lo siento, pero como ves, estoy entero y he vuelto sano y salvo contigo. Ni un solo rasguño.

Sinclair estudió el rostro marcado del hombre. —¿Has dormido algo?

—No mucho.

Estuvo a punto de exigir los detalles de su ausencia. Sin embargo, algo en el estado de ánimo de Teddy lo hizo retroceder. Parecía exhausto. Una noche o dos con una mujer podrían haberlo curado de sus demonios, pero aún parecía inquieto.

—¿Quieres algo de comer o beber?

Teddy echó la cabeza hacia atrás en el sillón y miró a Sinclair con una expresión desesperada. —Mi padre pasó toda su vida esperando ser el próximo Duque de Exeter. Vivía cada día esperando ese feliz acontecimiento. Me repetía una y otra vez cómo las cosas serían mejores para nosotros cuando heredara tu título. No se me permitía tener amigos de mi edad en el pueblo. Se esperaba que estuviera a la altura de sus altos estándares todos los días de su vida. Siempre quería saber con quién estaba... justo como tú ahora.

—Me disculpo. Solo esperaba verte cada día. —Sinclair no estaba seguro de hacia dónde se dirigía esta conversación, pero quería escucharla. Se sentó—. ¿Hubo alguien a quien llamaras amigo alguna vez?

—Sirvientes. —Teddy rio amargamente, señalando la librea que aún llevaba—. Tenía que escaparme por la noche como un ladrón y un cobarde con ellos solo para aprender algo del mundo real. Beber en una taberna, tener a una bonita moza sentada en mi rodilla y coquetear era antes lo mejor de mi vida. Mi padre se daba aires de grandeza, pero al final nadie lo respetaba. Nadie creía que heredaría, y yo tampoco.

—Lo siento. Si hubiera sabido... —comenzó Sinclair, pero se calló ante el gesto de la mano de Teddy.

—¿Qué podrías haber hecho además de morir? Mi padre controlaba cada aspecto de mi vida, Sinclair, y lo odiaba por ello.

—No tienes que renunciar a tu libertad.

—Ya lo he hecho solo por estar aquí. —Teddy se pasó una mano por el pelo y se cubrió el rostro—. Sé que todo esto será mío algún día, y haré todo lo posible por proteger tu legado, pero...

—No lo quieres.

—No quiero decepcionarte.

Sinclair se movió para sentarse junto a Teddy. ¿Se había angustiado tanto Teddy por la responsabilidad de la herencia que estaba a punto de abandonar su acuerdo? Sinclair creía que su insatisfacción estaba profundamente arraigada en su pasado, y también con su padre. Sinclair

había estado tratando de ayudarlo a adaptarse introduciéndolo en esta vida lo más suavemente posible.

Puso su mano en el hombro del joven y lo apretó. —Quiero que me escuches con mucha atención, Teddy. No tuve la suerte de casarme para tener un hijo legítimo o incluso un bastardo al que mimar. Pero si lo hubiera tenido, mi mayor deseo habría sido alguien como tú. Eres el hijo que *desearía* haber tenido. Te mimaría también, si pensara que me lo permitirías. Puede que no me guste nuestro acuerdo actual, pero estoy orgulloso de ti por mantener esta farsa y mantenerte firme en tus opiniones. Me has encontrado a medio camino en todo. He llegado a conocerte muy bien, sin interferencia de nadie.

La expresión de Teddy se volvió más triste. —Cada vez que me miro al espejo...

—Puede que te parezcas a tu padre, pero no eres nada como él. Ni yo tampoco, por cierto. —Sinclair se rio en un intento de aligerar el ambiente—. Nunca confié del todo en tu padre, pero nunca he tenido miedo de quedarme dormido cerca de ti.

Teddy arqueó una ceja. —¿Nunca?

—Bueno, tal vez la primera noche después de encontrarte de nuevo —admitió—. Pero esa noche, tenía miedo de que te escaparas, no de que me asesinaras para tomar el título.

Teddy negó con la cabeza.

—Vamos, muchacho —lo tranquilizó Sinclair—. No te preocupes por el futuro. Creo que estás en una posición única para sacar lo mejor de él. Ahora sabes en quién confiar y a quién evitar.

—Evitaré a Lady Finch —declaró con mucha decisión.

—Su sobrina no es de la misma calaña.

—No, no lo es.

—Sería una duquesa adecuada. —Sinclair miró rápidamente a Teddy. Para su decepción, no había señal de envidia o desaprobación en su expresión ante esa perspectiva. Al parecer, la señorita Hargrave no había captado los afectos ni la protección de Teddy de ninguna manera. Eso decepcionó intensamente a Sinclair porque, aparte de ella, no había nadie más digno.

—No, ella no servirá como tu duquesa, ni tampoco como la mía si es eso lo que ibas a sugerir —discrepó Teddy. Guardó silencio durante un largo rato, y entonces Teddy hizo algo extraordinario. Abrazó a Sinclair—. Gracias, primo. Ojalá hubiera nacido como tu hijo también.

Sinclair le dio unas palmadas en la espalda y lo soltó, asombrado de ver a Teddy con las mejillas húmedas.

—Imagina las aventuras que podríamos haber tenido a lo largo de los años si ambos hubiéramos visto cumplido ese deseo.

Teddy se dio la vuelta y se secó los ojos discretamente.

—Me hubiera gustado ver ese edificio explotando en Grafton Park.

—Fue verdaderamente espectacular, pero eso fue antes de que tú fueras siquiera un destello en el ojo de tu padre.

Teddy se estremeció.

—Por favor, no vuelvas a decirme eso nunca más.

—Lo siento —dijo Sinclair rápidamente. Ahora que Teddy había sacado a relucir lo que realmente le preocupaba, podían avanzar. Trabajando juntos para asegurar una transición sin problemas, esperaba.

Recordó algo y sonrió.

—Puede que te hayas perdido la primera explosión, pero creo que acabo de encontrar una segunda para que la organices.

Hablaron sobre la ampliación del jardín que Sinclair quería que estuviera terminada para el año siguiente. Habría que llevar a cabo un trabajo de demolición considerable, pero sabía exactamente quién era el hombre adecuado para emprender el delicado proyecto.

—¿Puedo preguntarte algo, Sinclair?

—Por supuesto.

—Estaba pensando en Lady Forbes. Ustedes fueron más que simples conocidos una vez, ¿verdad? La manera en que la perseguiste en los jardines de placer sugería que fueron muy cercanos cuando eran jóvenes. Ella era importante para ti.

—Sí —admitió lentamente sin levantar la mirada—. Todos jugábamos juntos de niños. Susanna, Percy, Kitty y yo.

—¿Le importaba a tu familia que ella fuera de origen común y tú estuvieras destinado a ser duque?

—Mi familia no tenía idea de que yo tuviera algún interés romántico en ella.

—¿Cómo lo mantuviste en secreto?

—No lo sé. Simplemente fue así. —Eso tenía que ser algo milagroso, ahora que lo pensaba.

—Sinclair, ¿crees que es correcto que los hombres deban casarse con mujeres solamente por el tamaño de su dote? ¿Debe tu heredero casarse con una gran heredera incluso si no pudiera amarla?

Los ojos de Sinclair se humedecieron ante la pregunta.

—No, no creo que una heredera sea una necesidad para ti.

—Bien —dijo de repente—. Cuando me case, quiero tener algo en común con ella. ¿Por qué no te casaste con Lady Forbes cuando eran jóvenes, si te gustaba?

Teddy era demasiado perspicaz.

—Era joven... más joven que tú en ese momento.

—¿Están cerca de nuevo?

Tantas preguntas, pero esta era la más difícil de responder. Sinclair le había hecho una promesa a Kitty.

—Teddy.

—¿Por qué no me lo dices?

Se enderezó y miró fijamente a su primo.

—Cumplo las promesas que hago, Teddy. Todas y cada una de ellas.

Los ojos de Teddy se entrecerraron.

—¿Te casarías con ella?

—Teddy, basta. Es tarde y ambos estamos cansados. Te perdiste una excelente cena anoche. ¿Qué decía tu nota?

—Si no me respondes, elijo no responder a esa pregunta.

Sinclair asintió.

—Muy bien, puedes guardar tus secretos y yo guardaré el resto de los míos por un tiempo.

Teddy parpadeó y luego se arrastró hasta ponerse de pie.

—Discúlpeme, su excelencia, pero apenas puedo mantener los ojos abiertos.

—Buenas noches —le llamó. Había tiempo de sobra para descubrir el gran secreto de Teddy mañana.

CAPÍTULO 16

KITTY CASI HABÍA olvidado que Sinclair tenía una lengua afilada cuando estaban a solas, y él le daba amplia evidencia de su amor por las debilidades de los demás cada vez que se encontraban en secreto.

Sinclair había estado visitándola en la casa de Lady Darrow todas las noches durante la última semana, y ocasionalmente le susurraba tonterías cuando se encontraban en eventos de la alta sociedad también. En público, eran muy educados, y ella estaba feliz. En privado, en la casa de Lady Darrow, estaba casi vertiginosamente enamorada de nuevo.

Esta noche, Sinclair había logrado llegar un poco más temprano de lo habitual para compartir la cena con ella. Ahora estaban solo ellos dos en la acogedora sala de estar de Lady Darrow. Era difícil creer que alguna vez hubieran estado separados.

Había una facilidad en estar con él que Kitty había anhelado toda su vida. Se secó los ojos con su pañuelo en un intento fútil de componerse. No se había reído tanto en mucho tiempo. Sus mejillas estaban calientes, con lágrimas rodando por ellas sin cesar mientras Sinclair relataba otro divertido casi escándalo que involucraba a sus amigos y familiares.

Su pasado no era ni de cerca tan colorido como el de él, pero Sinclair siempre había contado buenas historias. Había renunciado a sentarse erguida hace mucho en favor de aferrarse al brazo del sofá para sostenerse. —Por favor, por favor, no más. Te lo suplico.

Él sonrió, volviéndose hacia ella en el sofá. —Pero no te he contado la mejor parte. Antes de salir de los establos, le puso esas medias bordadas en oro a uno de mis perros de caza. El pobre animal se pavoneó y las destrozó con sus afilados dientes.

Kitty se cubrió el rostro ante la imagen. —No juegas limpio.

—Por supuesto que no —admitió él—. ¿Dónde estaría la diversión en eso?

—No más recuerdos de esa naturaleza, su gracia.

—Sinclair —murmuró—. Pocos me llaman así ahora. No desde...

—¿No desde Susanna?

—No. —Hizo una mueca—. De hecho, me han llamado "su gracia" hasta que ya no puedo soportar escucharlo más.

Cuanto más hablaban juntos, más natural parecía estar con él ahora. Sinclair parecía querer contarle todo sobre su vida que ella se había perdido. Sus romances fallidos, su amor por su sobrina y sobrino y sus problemas también. Cuando sonreía, su corazón aún revoloteaba tontamente como un pájaro atrapado contra sus costillas, como lo había hecho cuando era joven.

Lo estudió y luego negó con la cabeza. Él había vivido una vida plena, aunque podía notar que había habido momentos de gran soledad para él. Ella también había estado sola, a veces. Pensar en él siempre le causaba eso. —Creo que hay cosas peores en la vida que tener a todos

dirigiéndose a ti con respeto. No tienes razón para quejarte por lo que puedo ver. Por lo que he oído, eres universalmente adorado por muchas damas.

Sinclair echó la cabeza hacia atrás y se rio. —Eso es exactamente a lo que me refiero. Nadie más que la familia me habla así estos días.

Kitty también se rio. —Apenas has cambiado.

—Somos mayores. Sin embargo, sigues siendo la mujer que adoro. —Se inclinó hacia adelante y la besó con fuerza. Como siempre, Kitty se derritió bajo el asalto y pronto se encontró tendida debajo de él en el sofá. Sus labios estaban en su garganta mientras la hacía olvidar que el mundo real esperaba justo más allá de su oasis privado. Ella tembló en anticipación de otra noche de pasión con él y le rodeó los hombros con un brazo para mantenerlo cerca.

Él levantó la cabeza lentamente y le sonrió. Su cabello estaba decididamente despeinado, y la mirada traviesa había vuelto a sus ojos. —¿Recuerdas la última vez que te quedaste en Grafton Park? Ciertamente tuvimos que perfeccionar nuestras habilidades de sigilo muy rápidamente allí. Buscaba cada oportunidad para robar un momento contigo. Me gustaría que viviéramos en la misma casa —susurró—. Una que yo posea, y no seguir tomando prestada esta casa de tu amiga cada noche.

Kitty puso su mano en el pecho de él y, cuando él le dio espacio para moverse, se apresuró a sentarse. —No he cambiado de opinión sobre ser tu amante.

—No te quiero como amante. Te quiero para el resto de mi vida. Saber que estás solo a la distancia de la habitación de al lado, o junto a mí como ahora. Cenar juntos sin tener que arreglarlo. Me gustaría que nos casáramos, Kitty. Quiero ser tu esposo.

Kitty se había preguntado si él lo pediría. Había esperado que nunca lo hiciera. En el silencio de sus momentos privados, lo había imaginado muchas veces. Su respuesta no le agradaría.

Tomó su mano y la sostuvo con fuerza. —A mí también me gustaría eso, pero no puedo casarme contigo.

Él frunció el ceño. —¿Por qué no? Me amas.

—Sé que te amo, Sinclair. Adoro estar contigo más de lo que puedo expresar, pero no puedo ser tu esposa, tu duquesa. No está en mí hacerte daño.

Él se quedó quieto. —¿Cómo podrías hacerme daño?

—Debes haberte preguntado sobre mí. Mi cabello gris es solo una señal de mi edad, pero mi cuerpo me ha dicho otra cosa. A mi edad, ya no puedo concebir. No he experimentado el ciclo femenino habitual en algunos años. —Encontró su mirada, llena de pesar—. Ya he pasado por el cambio. ¿Has oído hablar de eso?

Él asintió lentamente. —Pero no creo que eso sea un problema.

—Sinclair, debes cumplir con tu deber —lo regañó—. Debes tener un hijo. Todos están hablando de ti, y no solo de tu apariencia. No hay nadie más para heredar tu título ahora, pero un hijo tuyo aún podría hacerlo.

Él la miró en silencio, su pecho agitado. —¿Y si no necesitara un hijo?

—Entonces me casaría contigo en un latido. —Se apartó el cabello de la mejilla—. Pero ese no es el caso, ¿verdad? Lamento no poder estar siempre contigo, pero así es el mundo, ¿no? Tienes un deber, y no puedo ser egoísta.

Su boca se movió, y luego se desplazó para sentarse junto a ella. —No quiero a nadie más que a ti.

—Siento lo mismo. Todavía estoy aquí, y siempre seré tuya.

Él guardó silencio, mirando a través de la habitación. Kitty se sintió apenada por ambos. Si solo Susanna no los hubiera separado hace años, ella ya habría estado casada con Sinclair

durante décadas. Pensó que habrían sido felices, también. Pero aún había una oportunidad para que él tuviera un hijo. Ella había conocido hombres de ochenta años que se convertían en padres por primera vez con una esposa joven.

Forzó una sonrisa y le apretó la mano con fuerza. —¿Te apetece un té ahora, o quizás algo más fuerte? Creo que me gustaría un jerez.

Él se humedeció los labios y luego la miró de una manera extraña. —No te casaste con Forbes solo porque yo no te pedí matrimonio, ¿verdad? Tiene que haber otra razón.

Aunque ella había querido evitar el tema, parecía que Sinclair no podía dejar el pasado en paz como ella intentaba hacer. —Sinclair, por favor, no hablemos más del pasado.

—¿Qué pasó? Debió ser mientras yo estaba fuera. Cuéntame.

Al ver que no había forma de evitarlo, asintió. —Estabas allí cuando sucedió, pero no pude hablarte. —Tragó saliva—. Tu hermana me vio salir de tu alcoba la última mañana que estuvimos juntos.

Los labios de Sinclair se separaron por la conmoción. —No puede ser.

—Te aseguro que sí. Me retrasé un poco al salir de tu cama. Recuerda, era el día que te ibas a Londres de nuevo. Acababa de pasar toda la noche en tu cama porque no sabías cuándo ibas a volver. Me quedé observándote dormir demasiado tiempo, y tuve que salir corriendo cuando me di cuenta de que se hacía tarde. Llevaba el pelo suelto y las medias en la mano. Salí de tu alcoba y me topé de frente con Susanna. Se me quedó mirando fijamente. Nunca olvidaré su cara aquella mañana.

Sinclair se levantó de repente y dio unos pasos. —Nunca me dijo ni una palabra sobre haberte visto.

—A mí sí, más tarde. Una vez que te fuiste, todo cambió entre nosotras. Aún había invitados en la finca, y delante de ellos, Susanna actuaba como si nada hubiera cambiado. Pero dejó de hablarme con calidez durante varios días.

—Lo siento. Susanna no tenía derecho a hacer eso.

—Tenía todo el derecho. —Kitty hizo una mueca y se abrazó—. Nunca olvidaré la tarde en que finalmente me dijo lo que pensaba. Era tarde, unos días después, y Susanna envió a un sirviente para que me reuniera con ella en el puente que llevaba a mi casa. Incluso pintó el encuentro... y luego te lo dio a *ti* para que lo colgaras en tu pared. Hablamos sobre esa pintura, ¿recuerdas? La oscura en tu sala de estar. Probablemente yo sea la figura que huye de ella.

Se llevó la mano a la mejilla. —Aún puedo oír sus palabras azotándome, llamándome sucia ramera, y el ardor de su mano en mi mejilla. Casi me empujó del puente a las aguas turbulentas, y cuando me resistí, me echó de la finca con una vara de abedul y sus amenazas de arruinar mi reputación si volvía a acercarme a ti. Le creí.

—Dios mío —susurró Sinclair—. Nunca la he conocido tratar tan mal a nadie. ¡Eras su amiga!

—No, Sinclair. Yo era la mujer que podría haberse interpuesto entre tú y tu hermana. Una intrusa que ella no quería en la familia. —Kitty negó con la cabeza—. A menudo hablaba del tipo de mujer con la que te casarías, y yo había ignorado sus palabras. Pero pensándolo bien, ella organizó tantos encuentros accidentales entre tú y mujeres más adecuadas, que tuve que enfrentarme al hecho de que estaba decidida a elegir tu esposa por ti. Pensé que era difícil de soportar cuando no sabía lo nuestro. Pero cuando lo supo, se volvió imposible.

—Nunca me habría aceptado como tu esposa. Logré evitarla durante semanas con la esperanza de que se calmara y entendiera que te amaba. Mi hermano seguía preguntando por qué no visitaba Grafton Park como solía hacer. Tuve que ocultarle la verdad. Cuando ella pasaba

cabalgando, su mirada era tan fría y distante. Nunca volvió a detenerse para hablar conmigo, y tú no regresabas ni escribías. Sé que a veces pasaban semanas sin que tuviéramos contacto. No sabía qué hacer. Empecé a temer que ella tuviera razón sobre que me estabas utilizando, y que yo no era importante para ti en absoluto.

—Así que cuando Forbes vino a cortejarte —susurró Sinclair—, lo alentaste.

—No al principio. Estuviste fuera tanto tiempo, y nunca nos habíamos escrito. No estábamos comprometidos y le habría parecido extraño a mi hermano si te enviaba una carta. Ni siquiera podía pensar en cómo explicar lo que había sucedido por escrito. Apenas lo creía yo misma, y a medida que pasaba el tiempo, parecía probable que ella tuviera razón y que yo hubiera sido mal utilizada.

Sinclair cayó de rodillas y le tomó las manos. Las suyas estaban tan cálidas alrededor de las de ella, que estaban heladas. —Nunca.

—Dijo muchas cosas para herirme ese día, Sinclair. Habló de mí como de la clase de mujer más baja y desesperada. Y me destrozó escuchar su opinión sobre mí. La había conocido toda mi vida y nunca sospeché que pudiera hablar tan cruelmente a nadie. La consideraba casi mi hermana. Pero luego habló de mi hermano con desdén, llamó a nuestro hogar una pocilga, y habló de sus expectativas de que yo terminaría mi vida como una ramera de cientos de hombres de baja estofa, muriendo de enfermedad en la pobreza.

—Nada de eso habría sucedido. ¡Iba a casarme contigo! Tenía una licencia especial en el bolsillo cuando volví dos meses después.

Kitty sollozó y luego se limpió las lágrimas que le corrían por las mejillas. —No podía saber lo que no me dijiste. Lo siento mucho.

Él enmarcó su rostro con sus manos. —Susanna no sabía el daño que hacía al separarnos. *Ella* debería estar arrepentida.

—Me rompió el corazón.

—Y el mío también —prometió mientras la envolvía en sus brazos y la apretaba contra él.

Kitty disfrutó del abrazo, pero finalmente lo apartó. Él también lloraba en silencio, lamentando lo que les habían hecho. Ella intentó sonreír para que él también lo hiciera. —Sinclair, no podemos cambiar el pasado. El momento presente es lo único que importa, lo único que tenemos. Te amo, pero no me casaré contigo. Debes tener un hijo. Cuando me vaya de vuelta a Irlanda, será con los más gratos recuerdos y mi amor eterno por ti. Quiero que elijas a una dama y cumplas con tu deber casándote con alguien lo suficientemente joven para darte el hijo que necesitas.

—Nunca podría amar a nadie más.

Ella asintió lentamente, pero esperaba que pudiera. —Esa es tu elección.

Sinclair la atrajo hacia sí de nuevo. —Susanna estaba tan equivocada contigo. Siempre fuiste lo que más necesitaba. Creo que nunca me casé porque estaba esperando a que volvieras.

—Oh, Sinclair. Si tan solo Susanna se hubiera quedado dormida esa mañana como de costumbre y no hubiera venido a buscarte.

Le besó la frente y apoyó su cabeza contra la de ella. —Nunca hablé con ella ese día. Tampoco me escribió para decirme que te habías casado. Regresé a casa y vine directamente a tu puerta en mi carruaje de viaje. Tu hermano se sorprendió al verme y me miró de manera extraña cuando pedí hablar contigo. Fue él quien me dijo que te habías mudado para casarte. Al principio no pude entenderlo, pero la verdad se fue hundiendo lentamente. Y cuando finalmente regresé a la finca esa noche, mi hermana estaba feliz, pero yo no podía estarlo por la devastación que sentía por dentro. Me encerré, alimentando mi dolor en privado.

—No podemos cambiar el pasado.

—No. Solo podemos hacer lo mejor con el presente, y te elijo a ti. —Se levantó y le tendió la mano—. Vamos a la cama.

Ella deslizó su mano en la de él y se puso de pie. Se balancearon juntos, y luego él sonrió, volviendo la luz traviesa a sus ojos. A ella se le cortó la respiración, pero lo guió escaleras arriba de la mano. En la puerta, él la detuvo y la levantó en sus brazos.

—Voy a fingir que aceptaste casarte conmigo y que esta es nuestra noche de bodas.

Ella le volvió el rostro hacia el suyo y lo besó con fuerza. Sinclair era un romántico de corazón, y todo lo que ella siempre había querido era hacerlo feliz. Podía fingir por él esta noche, y quizás eso sería suficiente.

Él logró abrir y cerrar la puerta sin dejarla caer. Se había encendido una vela en su habitación, mostrándoles el camino hacia su pequeña cama. Él los hizo girar y la bajó lentamente al suelo. —He decidido que también bailaremos en nuestra noche de bodas.

—Me encantaría. —Ella hizo una reverencia, y cuando se levantó, él la tomó en sus brazos. Bailaron unos pasos, girando lentamente hacia su cama. No había mucho espacio, así que pronto tuvieron que detenerse. Kitty apoyó su cabeza contra el pecho de él—. Incluso de niña, me encantaba bailar contigo.

—Insistía en que fueras mi pareja, incluso entonces. No quería tomar la mano de mi hermana. —Llevó los dedos de ella a sus labios y los besó—. Después de un tiempo, solo quería sostener la tuya.

—Sigues siendo tan encantador —susurró. Miró a Sinclair y sonrió—. Hazme el amor.

—Lo haré —prometió Sinclair—. Por siempre.

Kitty levantó las manos hacia su cabello y se quitó los alfileres. Sinclair se quitó el abrigo y el chaleco.

Ella lo observó desvestirse mientras desenredaba la trenza de su cabello y pasaba sus dedos por él, dejándolo caer en ondas por su espalda. Sinclair se acercó y entrelazó sus dedos hasta las puntas. Sus ojos estaban cálidos mientras se quitaba su propia corbata. Ella quería ayudar, y tan pronto como él se la quitó y comenzó a levantar su camisa, ella puso sus manos debajo para tocar su piel mientras la levantaba.

—Te amo —susurró.

—Eso es todo lo que necesito escuchar para ser feliz —le aseguró mientras comenzaba a ayudarla a desabrochar su vestido de noche. Cuando estuvo suelto, la ayudó a salir de él y lo colgó en una silla cercana. Mientras él estaba de espaldas, estirándose para apagar la lámpara, antes de que pudiera hacerlo, Kitty se quitó la camisa interior y luchó con sus medias.

—¿Sinclair? —Se paró desnuda frente a él, la primera vez que estaba completamente desvestida en su presencia en treinta años, y sonrió ante su sorpresa. Levantó la barbilla con orgullo—. ¿Aún te complazco?

—Absolutamente. —Abandonó la lámpara para tomarla en sus brazos y la abrazó fuertemente contra él—. Nada ha cambiado entre nosotros cuando estamos juntos.

Se movieron hacia la cama, deslizando las manos sobre la piel desnuda, sonriendo y riendo cada vez que se hacían cosquillas. Sinclair se quitó los pantalones y la ropa interior, y se metieron en la cama juntos. Se besaron durante un buen rato, rozando la piel del otro. Cuando Sinclair finalmente la llenó, ella gimió de alivio.

Hicieron el amor sin más palabras de las necesarias. Era natural y correcto y tan satisfactorio ser amada incondicionalmente. Kitty gritó primero, y luego Sinclair la siguió poco después.

Cuando terminó, cuando su pasión se había enfriado lo suficiente para considerar moverse,

Kitty rodó con Sinclair y apoyó su cabeza contra su pecho. Escuchó cómo los latidos de su corazón volvían a su ritmo habitual y constante y dio gracias por tener esta oportunidad de estar con él nuevamente. De amarlo y ser amada a cambio.

Sinclair apagó la luz y volvió a la cama. Se acomodó junto a ella como si nunca planeara irse. —Haré todo lo que pueda para hacerte feliz —prometió en la oscuridad, besando su frente una última vez antes de quedarse quieto y dormir con ella en sus brazos.

Kitty permaneció despierta mucho tiempo escuchando la respiración constante del hombre que nunca podría ser solo suyo. Era feliz ahora y deseaba que este momento nunca terminara para ninguno de los dos.

Aunque pronto debería hacerlo.

CAPÍTULO 17



—¿No irás otra vez a tu club, verdad? —reprendió Teddy mientras Sinclair guardaba sus importantes papeles en un cajón y lo cerraba con llave para mayor seguridad.

—No. Esta noche no. —Teddy pensaba que había pasado la última semana allí cuando en realidad Sinclair había estado con su amante. No estaba seguro de cuánto duraría el engaño, pero esperaba que fuera por mucho tiempo. No había mejor manera de pasar la noche que con la mujer que amaba.

—Si no es el club, ¿adónde te diriges?

Sinclair apuró el resto del whisky que se había servido antes y dejó el vaso sobre su escritorio para que un sirviente lo recogiera más tarde. —Al baile de Lady Fenwick. Tengo ganas de bailar.

Dio unos pasos de baile, sintiéndose decididamente más ligero de espíritu de lo habitual. Eso era obra de Kitty. El simple hecho de saber que ella asistiría al mismo evento que él le daba algo a lo que aspirar. Aunque su tiempo juntos se reduciría a breves retazos de conversación y sonrisas compartidas, era suficiente. Tenía que serlo.

—Ya veo —dijo Teddy, estudiándolo con los ojos entrecerrados—. ¿Algún avance con Lady Forbes?

Sinclair dejó de bailar ante la pregunta. Tenía la costumbre de ser honesto con Teddy, pero le había prometido a Kitty no contarle a nadie sobre ella. Tenía que ocultarles la verdad a ambos, hasta que uno o los dos lo liberaran. —¿A qué te refieres?

Teddy se sentó en el borde del escritorio y se cruzó de brazos. —Con su hermano. ¿Tuvo ella alguna influencia sobre él? Sigo pensando que volverá con una nueva máquina para usar en tu casa.

Sinclair trató de no mostrar su total alivio mientras añadía papeles inservibles a la chimenea. Observó cómo ardían antes de responder. —No, pero la situación de Percy Hunter está bien controlada.

—¿Qué has hecho?

—Lo he invitado a volver a casa para vivir en la finca.

Teddy abrió los ojos de par en par. —¿Qué has hecho qué?

Sinclair se encogió de hombros. —Es la solución perfecta. Estará cerca para que podamos hablar todos los días, su hija se beneficiará del aire fresco del campo, tendrá la oportunidad de conocer a la nobleza local, y tengo algunos edificios que puede demoler a su antojo cuando se sienta frustrado.

Teddy retrocedió y luego se puso de pie para enfrentarlo. —¿Estás seguro de que es prudente? ¿Y si se le mete en la cabeza destruir la mansión de Grafton Park?

—Entonces me mudaré a la cabaña con él. No le gustará eso. Enviaré a mi ayuda de cámara

cada mañana para que lo afeite. —Sinclair esbozó una pequeña sonrisa—. Además, si Percy causa algún daño, estoy seguro de que quien venga tras de mí será bastante capaz de reparar la finca después.

—No si la demuele, no lo haré.

—Entonces quedará en ruinas. No hay nada que pueda hacer al respecto una vez que esté muerto. Trata de no preocuparte más por Percy Hunter, Teddy. Estaremos bien.

Puso su mano en el hombro de Teddy y estudió su reflejo en el espejo sobre la chimenea. Quería estar perfecto para Kitty. Ella le había prometido reservarle un baile y encontrarse con él en el balcón a la medianoche para un beso.

—¿Quieres que te acompañe?

No podía decir que no. Había insistido tantas veces en el pasado para que Teddy lo acompañara que negarse a su compañía ahora podría parecer extraño. —Por supuesto. ¿Estás listo?

—Estaré listo en un momento. —El joven se dirigió rápidamente hacia la puerta y desapareció.

Sinclair sonrió mientras escuchaba sus pasos apresurados por el pasillo. Era agradable contar con la compañía de Teddy, pero nada se comparaba con tener a Kitty de vuelta en su vida. Las horas que pasaban en los brazos del otro lo hacían sentir vital de nuevo. Había superado la ira por lo que su hermana le había dicho y hecho a Kitty, pero le había tomado unos días.

Había dado una larga mirada a esa última pintura oscura y perturbadora de Susanna y luego la había destruido contra el borde de su escritorio.

Los pedazos habían alimentado las llamas, pero ¿qué más podía hacer? Nada. Susanna se había ido. Él seguía amando a Kitty y, lo más importante, ella lo amaba a él.

Bajó apresuradamente las escaleras y salió hacia el carruaje. —Espera a Teddy, John —le dijo al mozo que sostenía la puerta.

Teddy se metió de un salto en el carruaje y partieron de inmediato.

No se quejó de que Teddy vistiera de librea una vez más. ¿Qué sentido tenía cuando estaba tan empeñado en ser invisible?

Al llegar al baile de Lady Fenwick, estuvo nervioso hasta que vio a Kitty al otro lado de la sala. Ella lo miró a los ojos e hizo una reverencia, junto con todos los demás en la sala, y luego él se dio la vuelta, completamente relajado y en control. Había tiempo de sobra para encontrarla de nuevo y hablar más tarde. Buscarla primero podría llamar la atención. Charló con amigos, vislumbrando a Kitty a lo lejos haciendo lo mismo. Parecía estar pasándolo bien, y él mismo estaba muy complacido.

Cuando se apartó de un grupo de amigos, ella dejó el suyo en ese preciso momento. Él alteró ligeramente su rumbo para que pareciera que se encontraban por casualidad. —Buenas noches, Lady Forbes.

—Excelencia, qué feliz estoy de que nuestros caminos se hayan cruzado esta noche.

—¿Y eso por qué?

—Yo, ah. Bueno —dijo ella, echando una rápida mirada a su alrededor—. Mi hermano me pidió que le diera un mensaje. Quería agradecerle nuevamente por la generosa oferta de pasar el invierno en el campo.

Sinclair sospechaba que Kitty se había inventado eso en el momento solo como excusa para hablar con él. Siguió el juego, ocultando una sonrisa. —¿De verdad?

—Realmente sí. Puede que haya tenido algo que ver con que su hija le pidiera ir al menos cien veces al día hasta que cedió.

—Sabía que se podía contar con ella para asegurar su acuerdo. Ya había enviado un mensaje a casa, y mi ama de llaves debería recordar bien a su familia. Estoy seguro de que los sirvientes están trabajando arduamente para preparar el alojamiento del que le hablé. Sin duda, ella también espera su regreso, aunque espero que no le importe que *sus* aposentos estén en la mansión de Grafton Park, y no en la cabaña.

Sus ojos se estrecharon ligeramente. —Me temo que mis propios planes son menos agradables.

—Confío en que no haya nada malo.

—No estoy segura. He recibido noticias de casa sobre un accidente que afecta a mi propiedad. Un incendio. Aunque mi cuñado me asegura que tiene la situación bajo control, el costo que sugiere para poner la casa en orden nuevamente es muy alto. Preferiría más que una evaluación vaga del trabajo por hacer. Estoy segura de que usted haría lo mismo en mi posición. Es posible que tenga que viajar a casa antes de lo que había anticipado.

—Tiene toda la razón en querer supervisar cualquier trabajo de restauración con ojo crítico —dijo él, preguntándose si ella tenía dudas sobre las capacidades de su cuñado o su honestidad al citar el costo. El problema siempre era el dinero. Alguien siempre quería lo que otros tenían—. ¿Teme que haya una estafa en marcha?

—Quizás sí. Pero por el momento, no tengo planes de regresar a Kinsale de inmediato, y puede que al final no pase nada. Estoy esperando otra carta que mi cuñado me prometió, detallando la extensión completa de las reparaciones a realizar, antes de tomar una decisión.

A Sinclair le gustaría ofrecerle ayuda, sugerir que él podría pagar para que se hicieran las reparaciones, pero este no era el lugar para hacer tal oferta y probablemente la gente los estaba mirando de nuevo. Su tête-à-tête ya se estaba prolongando demasiado. —Espero que todo salga bien.

—Yo también lo espero.

—¿Puedo asegurarme un baile con usted esta noche, Lady Forbes?

—Será un placer —prometió ella, añadiendo su nombre a su tarjeta.

Él hizo una reverencia y continuó su camino, con la mente dando vueltas. No quería que ella se fuera todavía, pero ¿qué podía hacer para impedirlo?

Pasó una hora antes de que la viera de nuevo, y para entonces casi temía que pudiera ser su última noche juntos. Todo dependía de la carta de su familia y lo que dijera sobre las reparaciones.

En el momento en que Sinclair llevó a Kitty a la pista de baile, supo que nunca podría volver a cómo eran las cosas antes. Era demasiado consciente de sus movimientos. La curva de sus labios cuando sus manos se encontraban brevemente. Mientras sus cuerpos se acercaban y se alejaban de nuevo, su deseo por ella solo aumentaba. Dudaba que pudiera mantener oculto su interés por ella para siempre.

Pero no dejaría que su tiempo con Kitty se arruinara por chismes escandalosos.

Se giraron el uno del otro para bailar con otra pareja en el set, y él casi miró por encima de su hombro para comprobar que Kitty no había desaparecido. No se había sentido tan consciente de otra persona en mucho tiempo. Solo con ella.

Se encontró con ella de nuevo, y se sumergió en la calidez de sus ojos, quedó hipnotizado por el interés reflejado en él.

Seguramente este romance no estaba destinado a terminar.

No era demasiado tarde para que se casaran, pero ¿y si ella tenía razón en que no podrían tener un hijo juntos? ¿Realmente lo lamentaría como ella había sugerido que podría hacerlo? La

preocupación de nunca ser padre lo había acompañado durante mucho tiempo. Se había acostumbrado a ello debido a la existencia de Teddy. Pero el pensamiento de no ver nunca más a Kitty, de que ella viviera tan lejos de nuevo, le causaba tanto dolor que casi le hacía doblar las rodillas.

No podía renunciar a ella.

Por nada.

Ni por un hijo que no sería de ambos.

Tenía que haber una manera de tenerlo todo.

Vio a Teddy de pie al fondo de la multitud, observándolo bailar con Kitty. Se había equivocado al pensar que Teddy se habría acostumbrado a su futuro como el próximo Duque de Exeter. Pero ¿y si nunca lo hacía? ¿Y si se escapaba de nuevo y Sinclair no podía encontrarlo?

Tenía que mantenerlos a ambos felices. Sin embargo, pasar el resto de su vida separado de Kitty, fingiendo no tener una persona para heredar su título y fortuna, no era cómo quería vivir sus días restantes.

Sinclair parpadeó y forzó su atención hacia su pareja, pero su sonrisa se apagó cuando su baile terminó. Agradeció a Kitty desde el fondo de su corazón por amarlo a pesar de todo. Ahora que sabía lo que había plagado su vida todo este tiempo, lo entendía.

Otras personas se habían interpuesto en su camino.

Ya no más.

El corazón de este duque ya estaba reclamado. El amor no podía ser intercambiado por un hijo.

La solución a su problema había estado mirándolo a la cara toda su vida; simplemente había tenido demasiado de lo incorrecto en su vida.

Y de repente supo lo que debía hacer para cuidar de las dos personas que más amaba.

Guió a Kitty de vuelta con su amiga Lady Darrow, con la mente corriendo en una docena de direcciones diferentes a la vez, y le agradeció nuevamente por el baile.

Había una manera de organizar su riqueza para poder seguir a Kitty casi de inmediato y aun así mantener el secreto de Teddy. Pero tendría que comenzar los preparativos lo antes posible.

Tendría que dejar el baile temprano. Pero solo después de haberse encontrado con Kitty en el balcón como ya habían acordado y compartir un beso esta noche.

Rodeó el salón de baile y llegó al lugar acordado en el balcón antes que ella, sin ser observado. Hizo una lista en su cabeza mientras esperaba en las sombras. Había mucho que hacer si quería salirse con la suya.

Escuchó su paso antes de verla. Esperó un momento para asegurarse de que estuviera sola, y luego la atrajo a sus brazos. Se besaron, Sinclair saboreando la emoción del deseo que ella provocaba tan fácilmente, y luego la apartó un poco, apoyando su frente contra la de ella. —Necesito irme del baile, pero no podía irme sin besarte una vez más.

Ella parpadeó mirándolo, sus ojos nublándose de confusión. —¿Hay algo que no esté bien?

—Ahora no —prometió. Tenía tantos planes que poner en marcha y no había tiempo que perder—. Pero no podré visitarte más tarde esta noche.

Ella asintió lentamente, pero había decepción en sus ojos. Aún no entendía, pero pronto lo haría.

—Lo siento mucho —susurró él—. Espero que puedas disfrutar el resto de la velada sin mí.

—Haré lo mejor que pueda —prometió ella—. Visítame cuando estés libre de nuevo.

—Te prometo que lo haré —susurró mientras besaba su mejilla—. Nada me mantendrá alejado por mucho tiempo.

Ella se escabulló, de vuelta al salón de baile, agitando su abanico. Sinclair dio la vuelta por donde había venido. Había llegado al pasillo cuando Teddy lo alcanzó. El hombre parecía confundido. —¿Adónde fuiste?

Sinclair ignoró la pregunta. —Necesito mi carruaje.

El mundo se tambaleó un poco ante el vertiginoso arrebato de emoción que llenó su alma. Consideró bailar una jiga, pero habría demasiados testigos para eso. Había una manera de estar con Kitty y mantener a Teddy cerca.

¡Qué tonto haber asumido que todo recaía sobre sus hombros!

Se sintió complacido cuando el mayordomo de Lady Fenwick fue rápido en presentarle su sombrero y bastón. Hizo buen uso de este último mientras bajaba tambaleándose las escaleras, casi tropezando con sus propios pies en su prisa por cruzar la acera hacia la puerta del carruaje que se abría lentamente. Parecía un camino muy largo por recorrer, aunque en realidad eran solo unos pocos pasos.

Entró tambaleándose y se llevó una mano al pecho. Su corazón latía tan rápido que casi se preocupó de que pudiera desmayarse.

Teddy lo agarró.

—¿Es tu corazón?

—Sí.

—Mandaré llamar a un médico.

—No. Un médico no me hará ningún bien ahora.

—¡Pero deben atenderte! ¡Deben ayudarte!

Una risa sobresaltada escapó de sus labios. Teddy lo había malinterpretado completamente.

—Puedo arreglármelas sin llamarlo, pero quizás mañana lo invite a venir.

Sinclair observó a Teddy cuidadosamente. Se resistiría si revelaba su plan demasiado pronto. Era mejor dejarlo en la oscuridad hasta el último momento.

Puso su mano en el hombro de Teddy y lo apretó.

—Serás un excelente duque algún día, pero solo si aprendes a tomar los nuevos acontecimientos con calma. Estoy perfectamente bien, te lo aseguro. Acabo de tener la idea más extraordinaria.

Una que beneficiaba a todos, y especialmente a él también.

CAPÍTULO 18

—DICEN QUE SUFRIÓ un desmayo y tuvieron que sacarlo del baile —susurró Willa.

—Tonterías —declaró Kitty mientras descartaba un par de cartas que no quería—. Salió por su propio pie. Lo vi marcharse con mis propios ojos. Tu turno, Felicity.

Felicity era nueva en los juegos de cartas y las apuestas, y luchaba con el juego que estaban jugando. Aún no había ganado ninguna mano y seguía bajando sus cartas de manera que podían verse. Afortunadamente, no había dinero involucrado, solo estaban jugando por botones, y Kitty jugueteaba con su pequeño montón mientras esperaba que su sobrina tomara una decisión.

—Han ido tres médicos a verlo —volvió a susurrar Willa.

—¿Quién dice eso? —Kitty desparramó sus botones por la mesa al oír esa noticia.

—Lady Kittridge y Lady Baxter. Sus casas están justo enfrente de la suya. Me lo dijeron en la más estricta confidencia, que temían realmente por su salud.

Kitty se mordió el labio de nuevo.

—¿Dicen qué le pasa?

—Ninguno dio una respuesta clara al salir. Pero uno se tocó la pierna cuando le preguntaron, otro se frotó la frente —Willa parecía preocupada—. Todo lo que sabemos es que algo está pasando, y nadie quiere decir una palabra. ¿Sabes qué pasa si Sinclair muere?

Mi corazón se romperá y nunca volverá a ser el mismo.

Kitty no había visto a Sinclair desde hacía unos días y, como todos los demás, empezaba a preocuparse por él. Sinclair había enviado una nota después del baile, pero ninguna más desde entonces. Sinclair le había dado la impresión de que tenía asuntos de negocios que atender. Sin embargo, no había mencionado que le llevaría tantos días y noches. Definitivamente estaba tramando algo, y no podía soportar la idea de que estuviera enfermo y casi solo en esa gran casa.

Lady Hallam ya había abandonado la capital.

Ponía a prueba su paciencia esperar a tener noticias de él, escuchando las especulaciones más extremas sobre su inminente fallecimiento.

Si estuvieran casados, ella nunca se apartaría de su lecho si fuera cierto.

—Y el tercer tipo maldijo a todos porque lo interrogaron —añadió el Duque de Baxter cuando Felicity finalmente tomó su decisión, dándole su turno. Miró sus cartas con amargura y luego las colocó boca abajo—. Me retiro. En el club no se habla de otra cosa que de la muerte del Duque de Exeter y el destino de su patrimonio. A nadie le gusta la idea de que un título se extinga.

Felicity, que había estado mordiéndose el labio durante todo el juego, levantó la mirada.

—No puede estar realmente tan enfermo, ¿verdad? Probablemente solo se está escondiendo de todos. Papá dijo que se escondía mucho cuando era niño.

Willa miró a Kitty, sonriendo un poco.

—¿Es eso cierto? ¿Exeter se aferraba a las sombras y se escabullía?

—Puede que se haya escondido una o dos veces —murmuró Kitty, recordando que los chicos jugaban juegos complicados en los que a ella no se le permitía participar—. Pero estoy segura de que no se escabullía.

—Era tan agradable, y yo tenía tantas ganas de visitar su finca con papá —Felicity empezaba a parecer genuinamente preocupada—. ¿Crees en los rumores, tía?

La semana pasada, Kitty habría dicho que Sinclair era fuerte, invencible. Había reposado su cabeza sobre su pecho, contando los latidos constantes de su corazón tantas noches.

—No creo ni una palabra. Lo vi en excelente salud la última vez que lo vi. Bailamos y no se fatigó después.

—Bueno, ahí lo tienes —declaró Baxter, dando a Kitty una sonrisa tranquilizadora—. Estoy seguro de que no será nada.

—Baxter, ¿cómo puedes estar tan tranquilo? —se quejó Willa—. ¿No ves que Kitty está absolutamente muerta de preocupación?

—Ella siempre se preocupó innecesariamente por Exeter, si alguien se molesta en preguntarme *a mí* —se quejó Percy, doblando el periódico que había estado leyendo y poniéndose de pie. Kitty casi había olvidado que su hermano estaba en la habitación hoy. Había estado sentado directamente detrás de Baxter mientras jugaban y solo ahora tenía algo que aportar. Había insistido en quedarse, pero se había sentado allí leyendo el periódico en lugar de unirse a ellos.

Se movió para pararse detrás de su hija y le revolvió el cabello. Miró de cerca sus cartas y sonrió.

—Por fin le estás cogiendo el truco, ya veo.

—¿Tú crees? —Se volvió hacia su padre, permitiendo que Kitty viera todas las cartas que tenía. Una mano ganadora.

Suspiró profundamente.

—Querida, debes aprender a ignorar las distracciones. Habrías ganado si no me hubieras mostrado tus cartas.

Todos gimieron y tiraron sus cartas.

—Quizás sea hora de hacer otra cosa —sugirió Willa—. Felicity, ¿tocarías para nosotros?

Aunque Felicity hizo una mueca, obedientemente fue hacia el instrumento. Baxter pidió disculpas y se despidió. Willa entonces dejó la mesa para ayudar a Felicity a elegir la música, dejando a Kitty y Percy solos para ordenar la mesa.

Percy parecía haberse reconciliado con la idea de que Kitty instruyera a su hija, y por eso ella estaba agradecida. Sin embargo, él seguía sin decir mucho, y era como en los viejos tiempos, antes de su matrimonio.

—¿Te quedarás a cenar esta noche?

—No lo haré, pero Felicity puede —Se rascó la barbilla y luego se sentó en la silla que su hija acababa de dejar vacante—. Pensé que podría hacer un viaje yo solo a Grosvenor Square.

Los ojos de Kitty volaron hacia los suyos.

—Me prometiste que no pondrías en peligro al duque de nuevo.

—Voy a descubrir si nuestro viejo amigo está realmente al borde de la muerte —dijo en voz baja.

—Eso es muy considerado de tu parte. Estoy segura de que no es nada.

—Pero aun así estás preocupada —Acercó todos los botones hacia él y comenzó a ordenarlos

en pequeños montones—. ¿Sabes que estas pequeñas cosas valen una fortuna para una familia pobre?

—Lo sé, hermano —prometió, lanzándole una mirada dura. No había olvidado nada de cómo luchaban los pobres. Habían sido pobres cuando ella era una niña. Se había casado con un hombre de medios, y su hermano también había aumentado de alguna manera su riqueza, dado lo que había visto de su vida.

—Siempre estuviste destinada a una vida extraordinaria —murmuró, mirándola con una sonrisa. Devolvió todos los botones al frasco de cristal—. *Tú* no puedes ir, por supuesto. No estaría bien que Lady Forbes acosara al ama de llaves de la casa del Duque de Exeter en busca de información como solías hacer en Grafton Park. Yo lo revisaré por ti en su lugar. ¿Hay algún mensaje?

Kitty casi no podía respirar. Había creído que su hermano desconocía su implicación con el duque tanto en el pasado como ahora. ¿Lo sabía? Y lo que es más importante, ¿qué pensaba de ella y Sinclair juntos?

Eligió sus palabras cuidadosamente.

—Ningún mensaje más que desearle una pronta recuperación, si está tan enfermo como todos afirman.

—Le daré tu cariño también —se levantó abruptamente, se acercó a su hija y le pidió que se quedara mientras él iba a hacer un recado.

Kitty se quedó sentada en un silencio atónito mientras su hermano se apresuraba a salir sin mirar atrás.

Él lo sabía.

Dios mío, sabía que estaba enamorada de Sinclair.

Cuando Felicity empezó a tocar, Willa regresó al lado de Kitty.

—Ahora podemos hablar sin preocupaciones.

Kitty miró al frente, con la mente acelerada.

—Él lo sabe.

—¿Quién lo sabe?

—Percy sabe lo de Sinclair y yo.

Willa se quedó boquiabierta.

—¿Qué te dijo? Pareces a punto de desmayarte. ¿Fue grosero?

—No, para nada. Percy ha ido a visitar al duque para ver si los rumores eran ciertos por mi bien —apretó los labios con fuerza mientras sus ojos escocían—. Dijo que siempre me preocupo. Creo que debió saber lo nuestro incluso antes de mi matrimonio.

Willa rodeó a Kitty con el brazo y la abrazó.

—Si no ha dicho nada en contra, yo lo consideraría una gran bendición.

—Creía que había sido tan cuidadosa ocultando mi amor —susurró—. ¿Crees que Felicity tiene alguna idea sobre nosotros?

—Lo dudo mucho. Tu sobrina está demasiado absorta en la emoción de estar contigo como para notar nada ni a nadie más —prometió Willa—. Quería preguntarte. ¿Recibiste esa carta de casa que estabas esperando?

—Sí, justo hoy, y ahora estoy realmente dividida al respecto. Necesito volver a casa en Kinsale, pero me doy cuenta de que no quiero irme. ¿Y si Sinclair *está* enfermo?

—Percy averiguará si lo está o no. Espero no tener que decir lo mucho que quiero que te quedes, pero si tienes que irte...

—Debo hacerlo —admitió—. No puedo dejar la reparación de mi propiedad a otra persona.

El rostro de Willa se entristeció.

—¿Cuándo te irás?

—Tengo que hablar con Sinclair al respecto. Le debo un aviso justo —admitió—. Necesito saber que lo entiende.

Felicity terminó su pieza y corrió hacia ellas, sonriendo.

—¿Estuvo mejor?

—Sí, querida —Kitty tomó la mano de la chica y la hizo sentarse a su lado. Se había enamorado de esta niña y odiaba la idea de dejarla también.

—Estuviste encantadora, señorita Felicity —le aseguró Willa—. Creo que tienes un gran potencial, pero debes seguir practicando todos los días. Eres bienvenida a volver aquí cada tarde para usar mi instrumento si tu padre te trae.

La chica se animó.

—Me encantaría, mi lady.

—Creo que debes llamarme Willa, como lo hace tu tía —declaró Willa—. Vamos a ser muy buenas amigas, creo.

Habían avanzado mucho en mejorar a Felicity. Todo un desafío en tan poco tiempo de conocerla, pero aún quedaba más por enseñarle. El porte y la confianza en sí misma podían compensar la falta de dote de la chica. Lo que quedaba por hacer requería fondos y más tiempo del que Kitty probablemente podría darle, si se iba para no volver.

Sería demasiado doloroso, para ella *y* para Sinclair.

Tenía fondos suficientes para costear un instructor de baile para Felicity. Una costurera experimentada para rehacer su guardarropa con atuendos más apropiados para una joven con buenas conexiones, y pagar también el costo de una doncella experimentada durante el tiempo que fuera necesario hasta que se casara. Eso dejaba la mente de Felicity, sus opiniones, para explorar y cultivar.

Pero los daños en su lejano hogar significaban que Kitty tendría que hacer algunos sacrificios en los próximos años. Ya no estaba en condiciones de añadir fondos para la dote de la chica.

También lamentaría mucho perderse la primera temporada de Felicity, si Percy le permitía tener esa experiencia. No se la negaría por rencor, sino por razones de economía y falta de conexiones. Kitty deseaba poder quedarse por el bien de la chica. Pero el gasto del viaje de regreso a Inglaterra sería una carga demasiado grande para sus ingresos como para repetirlo pronto.

Miró alrededor de la habitación, deseando que las cosas pudieran ser muy diferentes. No había tenido tiempo de encontrar a nadie más para patrocinar a la chica. Solo estaban ella, Willa y quizás Lady Wilmot a quienes se podría pedir que la apadrinaran.

Willa pidió té y, cuando llegó, le pidió a Felicity que lo sirviera como si ella fuera la anfitriona.

La casa de su hermano carecía de ciertas comodidades necesarias para la educación de la chica, pero aquí en la casa de Willa, siempre había sido bienvenida. Southwark no era el lugar donde Felicity podría encontrar un marido adecuado, ni un lugar que a Willa le interesara visitar tampoco. Ella y Willa habían hablado sobre la chica anoche, y Willa había ofrecido elogios sin límites sobre las posibilidades de Felicity de hacer un buen matrimonio. ¿Se podría persuadir a Willa para que ayudara a presentar a Felicity en sociedad cuando llegara el momento, en ausencia de Kitty?

Willa se recostó con una sonrisa, charlando cómodamente con la chica.

—¿Qué haremos las damas durante el resto de la tarde?

—No lo sé, mi lady —murmuró Felicity, pero sus ojos brillaban con la esperanza de algo especial.

Willa sonrió.

—Tengo la idea más maravillosa. ¿Qué les parece si nosotras, las damas, nos retiramos arriba después del té y hacemos que las doncellas vistan a la señorita Felicity como si fuera a un baile de máscaras? Siempre hay al menos uno cada año que vale la pena asistir.

—Siempre me han encantado los bailes de máscaras —sonrió Kitty. Disfrazarse sería la distracción perfecta de sus preocupaciones. También podría determinar qué colores le sentaban mejor a su sobrina. El blanco estaba bien para una debutante, pero un poco de variedad en su guardarropa la distinguiría de las otras chicas en edad de casarse—. Creo que sería muy divertido. Vamos todas a fingir que vamos juntas a un baile esta noche.

Felicity abrazó a Kitty y luego también a Willa.

Kitty nunca querría dejar atrás un afecto tan hermoso si tuviera opción. Quería quedarse y convertirse en una buena tía para su preciosa sobrina. Si las reparaciones resultaban ser menos de lo que su cuñado había estimado exageradamente, Kitty podría estar en condiciones de volver rápidamente a tiempo para verla casada.

Pero aun así tendría que dejar atrás a Sinclair.

Se apartó de todos y rápidamente se secó una lágrima del ojo.

CAPÍTULO 19



SINCLAIR ESTABA SENTADO en un sillón cerca del fuego, sorbiendo té. Tenía un plato de dulces a su derecha y pasteles recién salidos del horno a su izquierda. Había logrado mucho en los últimos días, pero apenas había dormido o comido. Ahora lo compensaba, devorándolo todo de una vez.

Se decía que Monsieur estaba llorando de alivio en el piso de abajo. Su chef era una criatura bastante emocional cuando se trataba de platos sin comer y la ausencia de invitados en la mesa del duque.

Pero los últimos días de soledad y planificación habían dado los resultados esperados. Sinclair incluso había logrado evadir las preguntas de Teddy enviándolo a realizar cientos de recados innecesarios.

Ahora poseía un monóculo. Teddy lo había comprado sin que se lo pidiera. Se lo probó de nuevo y lo atrapó cuando se cayó de su rostro casi de inmediato. El artilugio era imposible de usar. Lo dejó a un lado y estudió con intensa satisfacción las gruesas pilas de papeles extendidas ante él en una fila. Había hecho todo lo que podía por ahora, pero faltaba una cosa más para que su mundo fuera perfecto.

Estaba esperando que llegara el abogado que había convocado.

No se esperaba al hombre hasta más tarde ese día si los caminos estaban en buen estado. Había enviado a sus hombres a Dorset con instrucciones de traerlo utilizando cualquier medio necesario. Un generoso pago habría hecho el truco.

Un suave golpe sonó en su puerta, pero lo ignoró. Todo el día había ignorado los insistentes golpes en la puerta de su dormitorio. Probablemente estaba impidiendo que sus sirvientes ordenaran esta habitación. Tendrían que esperar un poco más.

—Su gracia —llamó Teddy—. ¿Se encuentra bien?

Sinclair hizo una mueca ante la pregunta y rápidamente escondió sus papeles bajo la colcha de su cama. Alisó la tela y verificó que no hubiera bultos delatores. Sinclair tenía que mantener este secreto oculto de Teddy hasta que llegara el abogado. Durante los últimos dos días, había alegado que la fatiga lo mantenía en casa.

—Hmm —gruñó, esperando que sonara como si lo estuvieran despertando.

No es que no hubiera tomado alguna que otra siesta durante los días en que se había encerrado. Guardar tantos secretos era agotador, pero por fin se vislumbraba el final.

Volvió su mirada al último papel que había estado mirando de vez en cuando durante todo el día.

Era una licencia de matrimonio. Una antigua que nunca había podido usar.

Los golpes se repitieron, y luego se oyeron voces más allá de la pesada puerta de roble.

Sinclair miró alrededor cuando la puerta se sacudió.

—Váyanse —se quejó, despeinándose el cabello—. Ya les dije que no deseo ser molestado.

Una llave giró en la cerradura, y Percy Hunter entró en su dormitorio tan tranquilo como si nada. No había ningún sirviente para anunciarlo o detenerlo.

Sinclair se puso de pie de un salto. —¿Cómo demonios entraste en mi casa? Ordené que quitaran la aldaba de la puerta principal.

—¿Ah, sí? Bueno, no sabría nada sobre la puerta principal. Entré por la entrada de servicio, y como el ama de llaves me reconoce ahora, estuvo más que dispuesta a mostrarme el camino. Tengo instrucciones estrictas de animarte si puedo.

—Eso era completamente innecesario —exclamó, suponiendo que el ama de llaves estaba merodeando por algún lugar cercano. Su ama de llaves debería haber sabido mejor—. ¿Qué dijiste que estabas haciendo aquí?

—Averiguando si estás muerto. Todos los informes sugieren que te diriges en esa dirección.

—Tonterías —protestó Sinclair—. Solo estoy un poco cansado.

Él sonrió. —Mi hermana se alegrará de oír eso.

Percy miró por encima de su hombro al oír un ruido y Sinclair hizo lo mismo. Teddy estaba ahora de pie en la puerta abierta. Tomó las llaves del ama de llaves de la cerradura. —¿Debería quedarme, su gracia? —preguntó, mirando a Percy con sospecha mal disimulada.

—Agradece al ama de llaves de su gracia en mi nombre, joven. Ya puedes irte. —Percy hizo un gesto de despedida en dirección a Teddy, que este ignoró.

—Sí. Puedes irte —concordó Sinclair—. Dile a la cocinera que envíe un plato de sándwiches.

—En serio, Exeter, decídete. Un minuto dices que no tienes hambre —murmuró Percy—. Al siguiente dices que sí.

La puerta se cerró y Sinclair dejó escapar un suspiro. —Necesitaba una razón para enviarlo lejos de nuevo, pero supuse que tal vez tú querrías algo.

—Podría comer —dijo Percy, y luego su expresión se volvió divertida—. ¿Tus sirvientes se niegan a tomar en serio tus órdenes de nuevo o solo ese?

Sinclair miró a su viejo amigo de arriba abajo, notando que se había esforzado por mejorar su apariencia desde la última vez que se habían encontrado. El dinero de la venta de su artilugio para carruajes ya había dado frutos. Esperaba que Kitty estuviera complacida. —¿Qué quieres?

—Nada más que lo que dije. Hay muchos rumores sobre tu salud. No pareces estar a punto de morir. ¿Realmente hiciste venir a tres médicos para atenderte o eso también era solo un rumor?

—Eso es cierto —prometió Sinclair.

—Y te has quedado dentro. Te encerraste en esta habitación durante días. Nadie ha visto al estimado Duque de Exeter más allá de su puerta principal en mucho tiempo. —Percy Hunter resopló—. La alta sociedad está a punto de desmoronarse y gastar sus lenguas preguntándose si deberían prepararse para un funeral en lugar de tu fiesta.

—Tenía algunos asuntos que atender.

Percy miró alrededor de la habitación desnuda y luego alzó una ceja. —No parece que haya mucho negocio aquí a menos que sea una mujer lo que estás tratando de esconder bajo la colcha.

Antes de que Sinclair pudiera detenerlo, Percy levantó la colcha de la cama, revelando su trabajo. Percy estudió cada una de las pilas en silencio, moviéndose de una a otra sin tocar, y luego asintió. —Veo que estás haciendo algunas alteraciones a tu último testamento.

—Silencio —advirtió Sinclair mientras se unía a él junto a la cama—. No quiero que nadie

sepa lo que estoy haciendo todavía.

—Hmm, eso ciertamente causaría una nueva oleada de chismes. —Los ojos de Percy volvieron a la cama—. ¿Y esa es una escritura de propiedad de una casa en Londres?

—Sí, un regalo para un amigo. No para ti. Tengo otros planes para ti de los que hablaremos más tarde.

Percy suspiró y se alejó. —Debe ser agradable tener tanto que puedes simplemente regalar una casa entera a un amigo.

Sinclair se encogió de hombros. —Es complicado.

—¿Cuándo ha sido algo sobre ti simple alguna vez? —se quejó Percy—. Entonces, tu salud es excelente, has sido examinado por tres médicos, quienes supongo jurarán sobre ello si alguien se atreve a cuestionar tu testamento recién modificado o el regalo de esa casa.

—Sí —prometió—. Eso es exactamente correcto.

—¿Qué está haciendo, su excelencia? Espero que no afecte mis planes para el invierno. Decepcionará a mi hija si cancela ahora, y nunca tendré paz entonces por todos los lamentos que hará.

—No, solo debería mejorar la Navidad, lo prometo.

Percy se sentó, justo al lado de la antigua y muy reveladora licencia de matrimonio que Sinclair había guardado todos estos años. Le dio un vistazo, y luego una segunda mirada más larga. Sus ojos se abrieron un poco antes de levantarse lentamente hacia Sinclair.

La licencia de matrimonio tenía el nombre de Kitty. Su apellido de soltera, sin embargo.

—Un asunto trascendental, sin duda.

—Puedo explicarlo —prometió Sinclair, y luego se humedeció los labios. Sinclair había estado seguro de que Percy permanecía ignorante de su interés por Kitty. Hasta ahora, eso era. Buscó señales de desaprobación en los ojos de su amigo, pero solo vio curiosidad y diversión. Él lo sabía o lo había sospechado, tal vez—. Trascendental para algunos, pero absolutamente necesario para mí. Mis disculpas si lo desapruebas.

—Más vale tarde que nunca —murmuró Percy. Se puso de pie de nuevo, dio otra mirada superficial a la habitación y luego sonrió—. Has cambiado las cortinas.

Sinclair dejó escapar un suspiro ante el abrupto cambio de tema. Claramente, Percy no quería discutir en absoluto sobre él y Kitty. Eso estaba bien para él, porque todavía no se le *permitía* hablar de ella en absoluto. Sin embargo, sintió que tenía que tranquilizar a su viejo amigo—. Algunas cosas deben cambiar, y será para mejor, ya verás.

—Bueno, entonces, te dejaré con tu asunto trascendental y regresaré directamente a la casa de Lady Darrow.

—¿Te diriges a Upper Brook Street?

—En efecto. Ahí es donde reside actualmente mi hermana, así que debo ir allí a buscar a mi hija. Estoy seguro de que Kitty se sentiría abrumada de gratitud si encontraras el tiempo para visitarla. Más pronto que tarde, quizás, antes de que desgaste las alfombras de Lady Darrow. Se preocupa —añadió Percy con una mueca—. Te veré pronto también, confío, mi excelentísimo Duque de Exeter.

Hizo una reverencia entonces con ese exagerado floreo de ambos brazos que le gustaba y se rio todo el camino hasta la puerta.

Sinclair lo vio irse, luego sacudió la cabeza. Percy le había hecho eso cuando era niño, y Sinclair le había llenado la boca de tierra una o dos veces en represalia infantil. Aunque tentado, no podía hacerlo ahora, desafortunadamente. Ese hombre pronto sería su cuñado. Que Dios lo ayudara. Pero en cuanto a relaciones, Sinclair nunca volvería a tener un momento aburrido en su

vida.

Antes de que la puerta pudiera cerrarse detrás de Percy, su mayordomo se deslizó en la habitación—. El caballero que usted convocó ha llegado, su excelencia.

Momento perfecto—. Por fin —dijo mientras se ponía el abrigo y se arreglaba el cabello—. Ahora, espera unos minutos y luego haz que Teddy se una a mí en mi estudio.

Sinclair recogió sus pilas de papeles y, apretándolos contra su pecho para no perder ninguno, se apresuró a bajar las escaleras para encontrarse con el único hombre con el que podía contar en este delicado asunto.

El Sr. George Stanwick era mayor que Sinclair y aparentaba cada uno de sus sesenta y seis años—. Gracias por venir —murmuró, mientras cruzaba la habitación para depositar sus papeles en su escritorio. Extendió su mano al abogado.

—Cuando el Duque de Exeter convoca, siempre acudiré —el hombre lo miró expectante—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—En un momento, pero antes de que continuemos, espero su completa discreción.

—Por mi honor, la tiene.

Hubo un golpe en la puerta y Teddy entró.

Miró alrededor de la habitación, y luego sus ojos se abrieron cuando se posaron en Stanwick, el abogado de su difunto padre.

El Sr. Stanwick parpadeó.

—Veo que ustedes dos ya se conocen —murmuró Sinclair, sabiendo muy bien que así era.

—He conocido al Señorito Thaddeus desde que era un niño —declaró Stanwick, sonriendo ahora—. Temía que estuviera muerto como usted, su excelencia. Me alegro de saber que estaba equivocado.

—Al igual que yo —coincidió Sinclair.

Teddy miró con furia a Sinclair—. Me voy.

—No le dije —llamó Sinclair—. No rompí mi palabra contigo. Él ya te conocía.

La mandíbula de Teddy se tensó—. Pero lo trajiste aquí —gruñó—. ¿Con qué propósito?

—Tenemos asuntos que discutir. Por favor, toma asiento, y te explicaré lo que he logrado en los últimos días.

Teddy claramente consideró rechazar la petición, pero era un hombre racional y siempre había sido respetuoso. Eso no significaba que no se iría si no le gustaba lo que escuchara hoy.

Sinclair rodeó el escritorio y se sentó. Puso su mano sobre los documentos que había traído —. Recientemente se me ha señalado que podría vivir para siempre.

—Ojalá todos tuviéramos tanta suerte —sugirió Stanwick, y luego se rio.

—Como ambos saben, no me he casado y no tengo un hijo natural que herede el título. Thaddeus heredará todo lo que poseo, muy probablemente. Pero si vivo mucho tiempo, para él, podría parecer una eternidad en espera de una expectativa.

—No anhelo el título como lo hizo mi padre —protestó Teddy.

—Lo sé, y me alegro mucho de que no seas como él. He tenido tiempo suficiente para descubrirlo por mí mismo, no temas —sonrió—. Una cosa que también sé es que te pones malhumorado cuando estás ocioso.

Teddy lo miró fijamente, formándose una arruga entre sus cejas.

—Y no puedo soportar verte con librea todos los días por el resto de mi vida, así que te estoy dando una alternativa —miró hacia las dos pilas cortas de papeles a la derecha de su escritorio, y luego a la izquierda—. He hecho una alteración en mi testamento para asegurar que disfrutes de una vida cómoda hasta mi fallecimiento.

La boca de Teddy se abrió—. Nunca te he pedido nada.

Eso era cierto. Era una de las cualidades más entrañables de Teddy y la más frustrante—. Estoy a punto de cederte una suma sustancial de dinero, Teddy. Una nimiedad comparada con la vasta propiedad que controlo. El dinero es tuyo para usarlo como consideres conveniente. Gástalo, prueba con inversiones, regálalo. Lo que te haga más feliz. Estos fondos provienen de mi fortuna personal y están más allá de la restricción del mayorazgo.

Le entregó la documentación, incluyendo el pagaré que Teddy podría presentar al Banco de Inglaterra para aceptar los fondos.

Después de un momento, Teddy levantó la cabeza. Su expresión era de completa conmoción —. No sé qué decir.

Sinclair lo consideró una victoria. —Esta es la escritura de una propiedad que poseo no muy lejos de Mayfair. Nunca he vivido allí, y la propiedad está vacía salvo por un par de sirvientes. Es lo suficientemente grande para albergar a una familia, grande o pequeña. Puedes mudarte allí cuando te convenga y poner fin a esta innecesaria charada de secretismo que has estado perpetuando.

—Muy bien dicho, joven. Deberías sentirte honrado de ser el único heredero del duque.

Sinclair maldijo por lo bajo cuando el rostro de Teddy se sonrojó. Comentarios de esa naturaleza no iban a ayudar. Era muy consciente de que Teddy aún podía negarse a aceptar todo esto.

—¿Es esto lo que has estado haciendo estos últimos días?

Sinclair asintió.

—¿Por qué ahora?

—Cualquier cosa con tal de sacarte de ese espantoso abrigo y ponerte algo que pueda soportar mirar —bromeó, pero luego se puso serio—. Dijiste que tu padre te controlaba y que habías renunciado a tu libertad cuando te arrastré a Londres para prepararte para todo esto. Te estoy devolviendo tu vida con intereses. Debo poder proporcionarte todas las comodidades que deberías haber tenido en la vida. Tu padre malgastó tontamente tu herencia, privándote de esa seguridad. No permitiré que pases hambre. Puedes hacer lo que quieras con tu vida hasta el día en que heredes.

Sonrió rápidamente. —Sugiero que lo primero que hagas sea darte a conocer a un sastre decente lo antes posible. Una sugerencia, no una orden. Elige a alguien que no reconozca el apellido familiar si prefieres mantenerte desvinculado de mí.

—Gracias.

—Si me permite esos papeles, señorito Thaddeus. Creo que ahora entiendo por qué el duque me mandó llamar.

Teddy asintió y le pasó los documentos al viejo abogado. El hombre se colocó las gafas en la nariz y estudió cada página con mucho cuidado.

Sinclair ya había consultado a sus propios asesores legales. Stanwick estaba aquí para respaldar la reclamación de Thaddeus, por si alguien fuera lo suficientemente tonto como para cuestionar cómo había llegado a tener la casa y los fondos. Stanwick dejó a un lado los papeles del acuerdo con un asentimiento, y luego tomó también los documentos de transferencia de la propiedad.

Media hora después, Stanwick declaró que todo estaba en orden. —Debo decir que el duque ha sido excesivamente generoso.

Sinclair pensó que había sido bastante acertado en sus estimaciones. Era suficiente para mantener a una esposa y cualquier número de hijos, además de dotes para las niñas y

asignaciones para los hijos varones también. Invertido sabiamente, Teddy era lo suficientemente inteligente como para poder mejorarlo también.

—No tenías que hacer esto —se quejó Teddy.

—Tenías razón en que no tuviste el menor efecto en mi naturaleza —señaló.

Stanwick, sin embargo, tenía la vista puesta en la pila de hojas de una pulgada de grosor que componían su testamento a la izquierda. Sinclair se aclaró la garganta para llamar su atención. —No necesitaré que lo lea, solo que sepa que ha sido enmendado para excluir los fondos y la propiedad regalados hoy a Thaddeus Berringer.

—Por supuesto, su gracia. —Stanwick pareció aliviado de haberse librado de esa tarea y miró a Thaddeus—. Todo lo que necesita hacer es firmar su nombre para aceptar todo lo que el duque le ofrece, y será un joven muy rico.

Teddy apretó los labios, pero después de un momento, se inclinó hacia adelante, tomando la pluma que Sinclair mantenía en su escritorio. Mojó la pluma en el tintero y firmó su nombre con un bonito floreo.

—Hay un último asunto. Esta carta te da el derecho de hacerte cargo de cualquier situación relacionada con mi salud y mi propiedad. No te permite retirar fondos de gran cuantía del patrimonio. Si necesitas usarla, te pido que informes a mis abogados en Londres y en el campo también. Esta es una copia para que la guardes, pero espero que nunca necesites usarla.

Teddy la leyó y luego se la entregó a su abogado.

Stanwick asintió. —Una sabia precaución cuando no se tiene un hijo natural que cuide de uno y de sus asuntos —aconsejó. Miró a Teddy—. ¿Comprende la gran confianza que su gracia tiene en usted?

—Sí —Teddy levantó la barbilla—. No lo defraudaré.

—Bien. —Sinclair suspiró aliviado. Ahora, pasara lo que pasara, podría seguir adelante con su vida sin preocuparse por la situación de Teddy.

Sinclair agradeció al Sr. Stanwick por venir tan rápidamente y pidió a su sirviente que le mostrara una habitación donde pudiera pasar la noche. Mañana, Sinclair haría que llevaran al abogado de vuelta a su propia casa con estilo.

Teddy se acercó a él cuando volvieron a estar solos. —¿Y ahora qué?

—Ahora, puedes contarme cómo les va a la viuda y sus hijos.

Los ojos de Teddy se agrandaron. —¿Cómo sabías sobre...?

—Enviaste a mi médico personal para atender a la madre. —Sinclair sonrió suavemente—. Estaba un poco molesto conmigo por enviarlo a la casa de una mujer pobre, y en un vecindario así. Me sorprendieron sus comentarios, pero no lo corregí. Tu generosidad y preocupación por los necesitados me enorgullecen. ¿Cómo los encontraste de nuevo? Solo vi a los niños por un momento y apenas puedo recordar sus caras.

—Los niños volvieron a Bond Street unos días después. Hambrientos y desesperados. Eran tan inocentes y confiados que me llevaron directamente a su madre cuando pregunté por su paradero. Ella estaba en cama con fiebre, y en muy mal estado, casi delirante por el hambre. Los niños intentaban cuidar de ella y entre ellos. No pude alejarme. Tenía que hacer algo.

—Admirable. ¿Qué más hiciste?

Teddy se lamió los labios. —Contraté a una criada que necesitaba trabajo para que cuidara de los niños y la madre, y a una cocinera para alimentar a la familia, y también envié suficiente comida para que les durara una semana —reveló Teddy—. Los he visitado algunas veces, y me complace informar que el resultado ha sido una gran mejora en la salud de la madre. Confío en que no estés enfadado conmigo.

—Eres un buen hombre. —Sinclair le dio una palmada en el hombro—. Aunque creo que podría ser una mala influencia para ti —dijo con una gran sonrisa—. Eso fue muy generoso.

Teddy había hecho exactamente lo que se necesitaba para esa familia y para apaciguar su propia conciencia. Era algo que Sinclair podría haber hecho, si hubiera tenido menos en mente en los últimos días.

—Me temo que podrías tener razón —murmuró Teddy, y luego miró alrededor de la habitación con una sonrisa de arrepentimiento—. Voy a echar de menos tu biblioteca y a ti.

—Nada de eso ahora —advirtió Sinclair, decidido a no sentirse triste por este cambio—. Todavía habrá cenas y fiestas para compartir. *Vas* a asistir a mi fiesta de Navidad y te quedarás hasta que llegue mi cumpleaños. No perderé el contacto contigo nunca más, aunque ya no vivas bajo mi techo.

De repente, Teddy rodeó a Sinclair con sus brazos y lo abrazó por segunda vez. —No te quedes solo —susurró—. Encuentra a alguien que te haga feliz y cásate con esa persona.

—Lo consideraré. Ahora, si me disculpas, voy a salir esta noche a mi club para acallar unos cuantos rumores que aparentemente han surgido sobre el declive de mi salud. Percy Hunter estaba realmente preocupado, pensando que estaba a las puertas de la muerte.

—¡Jamás! —exclamó Teddy—. Cuento contigo para que vivas para siempre.

—Yo también —rio Sinclair y se apresuró a subir las escaleras para cambiarse. Iba a cenar en White's esta noche para demostrar que su salud no había cambiado, pero después de eso, visitaría a Kitty y pasaría la noche con la mujer sin la que ya no podía vivir.

CAPÍTULO 20

KITTY SE DIO la vuelta cuando el colchón se hundió y se movió a su alrededor. Sinclair se levantó de la cama en la oscuridad, pero ella pudo ver lo suficiente como para saber que estaba cansado esa mañana. Él giró los hombros y movió la cabeza de lado a lado, aflojando sus articulaciones hasta que algunas crujieron. Lo oyó suspirar profundamente antes de que comenzara a vestirse. Agarró una camisa y luego empezó a buscar por el suelo. Su ropa estaba esparcida por toda la habitación. Habían tenido un poco de prisa la noche anterior después de tantos días separados.

Él había demostrado sin lugar a dudas que ella se había preocupado por nada. Pero no le diría qué lo había mantenido alejado.

Se puso la camisa por la cabeza y luego fue a la ventana. Apartó un poco las cortinas y ella pudo ver su rostro.

—¿Qué te hace sonreír así hoy, su excelencia? —preguntó ella suavemente.

Él volvió a su lado, se inclinó para apartarle el cabello de la cara. —Tú.

—Eso es agradable —le dijo, y luego suspiró mientras los dedos de él continuaban jugando suavemente con su cabello—. ¿Cuáles son tus planes para la mañana?

—Creo que iré a montar, luego a casa a cambiarme, y después no lo sé. ¿Qué harás tú hoy?

—Espero que mi sobrina venga de visita otra vez —le dijo.

—¿Cómo va eso de su instrucción?

—Muy bien, creo. Felicity es mucho más maleable que mi hermano, así que eso ayuda.

Sinclair se rio suavemente y le besó la mejilla. —Él siempre ha hecho las cosas a su manera. Intenta que no te irrite.

—Lo intentaré, pero es muy difícil.

Él volvió a reír. —Me sorprendió que lo enviaras a comprobar cómo estaba ayer. Pensé que estabas decidida a mantener lo nuestro en secreto para todos, especialmente para tu familia.

—Yo no lo envié. Él se ofreció a ir porque sabía que yo siempre me había preocupado por ti. Demasiado, según él.

—Lo suficiente, según yo —replicó—. Él sabe lo nuestro. Vio la licencia especial con tu nombre.

Kitty se apresuró a sentarse contra el cabecero. —Nunca acepté casarme contigo.

—Lo sé. Era la antigua licencia especial que había comprado antes de que te casaras con Forbes. La conservé —explicó Sinclair—. Por razones sentimentales.

Se enderezó, le besó la frente rápidamente y continuó vistiéndose mientras la habitación se iluminaba poco a poco. A Kitty le encantaba observarlo por las mañanas. Era hábil manejando su propia ropa, aunque había oído que muchos duques solo eran vestidos por sus ayudas de cámara.

Se deslizó fuera de la cama, recogió su chaqueta y la sostuvo para que él metiera los brazos en las mangas.

—Gracias, mi amor —dijo él.

Cuando se dio la vuelta, la atrajo contra su cuerpo y la besó profundamente.

Los ojos de ella se suavizaron. —¿Sigues enfadado con Susanna?

—Puede que nunca la perdone, aunque ella nunca lo notará —suspiró y le acarició la mejilla —. Será mejor que me vaya antes de que alguien me vea salir de las caballerizas. Hasta esta noche.

Ella sonrió mientras él salía apresuradamente de la habitación, dejándola sola para volver a deslizarse en la cálida cama que acababan de compartir. Se recostó, considerando el escándalo de ser conocida como su amante. Ese día, no se sentía como una revelación tan indeseada.

Kitty sabía que no volvería a dormirse pronto, así que después de unos minutos de deleite, se levantó también. Arregló el lado de la cama de Sinclair y llamó a una doncella.

Dudaba que algún sirviente en esta casa pudiera ser engañado pensando que dormía sola alguna noche. Era una especie de milagro que ninguno hubiera hablado hasta ahora.

Pidió té y un pequeño pastel para picar, y luego se sentó junto a la ventana de su habitación. El sol estaba saliendo lentamente, y aunque la mañana siempre había sido su momento favorito del día, sabía que ya no lo era.

La mejor parte de su día era cuando Sinclair estaba cerca.

Su dormitorio estaba en la parte delantera de la casa de Willa, con vistas a otras viviendas de similar importancia. Durante un tiempo, apenas había nadie en la calle. O eso pensaba... hasta que una figura alta se movió fuera de las sombras del edificio de enfrente.

Un caballero se colocó directamente frente a la casa de Willa, y luego su rostro se inclinó hacia arriba para mirar a Kitty. Ella frunció el ceño al darse cuenta de que era uno de los sirvientes de Sinclair. Uno de los hombres que habitualmente lo seguían.

Pensando que debía estar buscando a Sinclair, negó con la cabeza e imitó que el duque ya se había ido.

El hombre asintió pero aun así no se fue. Se acercó a los escalones de la entrada, y ella estaba segura de que llamó a la puerta, aunque no oyó ningún sonido en su habitación. Preocupada de que los sirvientes se involucraran en una discusión sobre la presencia de Sinclair allí, agarró su chal y bajó sigilosamente para interceder.

El mayordomo de Willa estaba intentando despedir al hombre, sin éxito.

Kitty se aclaró la garganta para anunciar su presencia. —Yo me ocuparé de él.

—Muy bien, señora —respondió el mayordomo, pareciendo un poco aliviado. Abrió más la puerta, y efectivamente era uno de los sirvientes del duque.

Se agarró el sombrero y tragó saliva. —Esperaba poder hablar con usted, Lady Forbes.

Kitty asintió, aunque estaba un poco preocupada de que el hombre supiera su nombre. —Por supuesto. Por favor, ¿no le gustaría acompañarme a la biblioteca?

Ella guio el camino y oyó dos pares de pasos que la seguían. Se detuvo ante la chimenea fría y rápidamente despidió al mayordomo, que los había seguido hasta la habitación.

El sirviente del duque sonrió. —Gracias por recibirme tan temprano.

—El duque no está aquí.

—Pero estuvo anoche, y sospecho que muchas noches antes —dijo él.

Kitty levantó la barbilla. —Eso no es de su incumbencia.

El tipo la miró descaradamente. —En realidad, me temo que tiene que serlo.

—¿Cómo se atreve?

El hombre solo sonrió de nuevo. —Sabía que no podía estar tan interesado en esos idiotas del club como para pasar todas las noches y toda la noche allí últimamente.

—Creo que deberías irte —dijo Kitty sin amenazarlo con la ira del duque. No tenía derecho a decir nada, pero le contaría a Sinclair sobre esta entrevista tan pronto como lo viera de nuevo. El hombre frente a ella debería ser despedido por su impertinencia.

—Por mucho que me gustaría complacerte, me temo que tú y yo necesitamos llegar a un entendimiento. Supongo que puedes guardar un secreto tan bien como el duque.

Ella lo fulminó con la mirada.

Su sonrisa se ensanchó.

—Tomaré eso como un sí.

Kitty señaló la puerta.

—Fuera.

El hombre se rio suavemente.

—Creo que cuando me escuches, entenderás por qué tengo tanto interés en la vida privada del duque. Necesito contarte una historia, pero primero, debo decirte mi nombre.

—Teddy, ¿no es así?

—Mi nombre completo es Thaddeus Godfrey Berringer —dijo, enfatizando el apellido, y luego simplemente se quedó mirándola.

El apellido de la familia de Sinclair.

Ella se quedó boquiabierta ante el hombre.

—Ah, veo que reconoces la conexión.

—No. Eres un sirviente al servicio del duque.

—Por el momento, eso es todo lo que quiero que la gente crea que soy. Soy el primo del duque. Segundo primo, para ser exactos —Teddy se alisó la chaqueta. Hoy llevaba la librea de los sirvientes de la casa del duque, y lo había hecho todos los demás días que ella lo había visto de pie detrás de Sinclair—. Se queja de que llevo este traje casi todos los días.

Kitty se quedó boquiabierta. Si estuviera en el salón de la mansión de Grafton Park, podría haber consultado un amplio cuadro del árbol genealógico de la familia Berringer que adornaba una de las paredes. La familia no era grande, pero Kitty recordaba que estaban muy dispersos por todo el campo. Una vez hubo ramas distantes por todas partes, y ella no había conocido a muchos de ellos. El hombre podría estar diciendo la verdad.

—La sociedad cree que no le quedaban parientes Berringer para sucederle. Todos hablan como si el título estuviera a punto de extinguirse.

—Un engaño en el que Sinclair ha participado a regañadientes, a petición mía. Quería tiempo para acostumbrarme a la idea y al alcance de mis futuras responsabilidades siguiéndolo sin ser notado.

Kitty miró fijamente al hombre. Thaddeus Berringer no se parecía en nada a Sinclair.

—¿Por qué no querrías ser conocido como su presunto heredero? ¿Por qué fingir ser un sirviente?

Él hizo una mueca.

—Tengo entendido que creciste en la finca de Grafton Park y fuiste compañera de Lady Susanna Berringer antes de tu matrimonio.

—Eso es correcto —respiró hondo, tratando de adaptarse a la sorpresa de que Sinclair pudiera tener un heredero después de todo. ¿Por qué no se lo había dicho a *ella*, de entre todas las personas?—. He conocido a la familia toda mi vida. Nunca había oído hablar de un Thaddeus Berringer antes.

—Nunca visité la finca de niño que yo recuerde. Mi padre y el duque se habían peleado por dinero, y nunca nos invitaron a quedarnos. Quizás hayas oído hablar de mi padre, Godfrey Berringer.

—El nombre me suena vagamente familiar, aunque no creo que me lo hayan presentado nunca si vino a Grafton Park durante mis años allí. Lo habría recordado.

—Me alegro por ti de que no lo conocieras —le dijo—. Era desagradable.

Ella entrecerró los ojos mirándolo. Todo lo que tenía era su palabra de que era quien decía ser. Podría estar mintiéndole, pero no podía imaginar con qué propósito.

—¿En qué puedo ayudarte, señor Berringer? Te advierto que no tengo ninguna influencia sobre el duque. Si has venido a mí para suplicar mi ayuda para conseguir su dinero, has malinterpretado gravemente mi naturaleza. Tú, si eres quien dices ser, no heredarás nada hasta que su excelencia muera, y eso no será por mucho tiempo, te lo prometo.

—No quiero su dinero, ni deseo su muerte. Espero que viva para siempre, pero quiero que sea feliz —el hombre asintió—. Nadie puede ayudarme a evitar el título a largo plazo, pero tú puedes ayudar a alguien que me importa mucho. Puedes ayudar al duque.

—No veo cómo.

—Soy el único pariente masculino vivo de los Berringer y, por lo tanto, su heredero. Desde que llegué a Londres, por insistencia suya, debo añadir, he escuchado tantas especulaciones sobre que no tiene un hijo que me enfurece. Le he instado a que se case, pero se niega a complacerme.

Kitty parpadeó.

—¿No querrás decir que deseas ser pasado por alto en la sucesión?

—Lo hice. Sinclair es un hombre admirable, y cualquier hijo suyo habría sido afortunado, en mi opinión. Más afortunado de lo que yo fui con el mío. Ya he intentado evitar mi destino una vez, pero recientemente he tenido un cambio de corazón. Sinclair merece la tranquilidad de saber que sus cargas serán levantadas por mí después de que él se haya ido.

—Es un hombre orgulloso. Estoy segura de que tu acuerdo le complace.

—Es el mejor de todos —le dijo el señor Berringer—. Nunca pude entender por qué no era un marido. Sinclair a menudo parecía solitario, y aunque siempre había un remedio a mano para elegir a otra mujer como su duquesa, mi primo sigue siendo soltero. Las mujeres tienden a arrojarse en su camino, pero él evita todos los enredos. Pero entonces te vio en los jardines de placer... y todo ha cambiado.

Kitty apretó los labios, estudiando al joven con sospecha. No llevaba su abanico, pero si estaba a punto de ser chantajeada con la amenaza de un escándalo, había un atizador que podía usar cerca.

—Un duque siempre atrae la atención sobre sí mismo.

—Sospecho que te ama. Creo que te ha amado todo este tiempo, porque la tristeza que primero conocí en él ahora ha desaparecido —el hombre respiró hondo—. ¿Sabes que no le he dicho a nadie mi nombre completo desde el día que murió mi padre?

—Y sin embargo me lo dices a mí.

—Me escapé de casa tan pronto como los acreedores terminaron de hurgar entre nuestras pertenencias. No quedaba nada de valor. Mi padre vivía con la expectativa de recibir la riqueza del duque. No tenía ningún vínculo allí cuando él se fue. Fui donde esperaba que nadie me encontrara jamás. Donde nadie me relacionara con el Duque de Exeter nunca más.

—No había razón para huir. Sinclair se habría hecho cargo de ti.

—En ese momento, pensé que necesitaba protegerme de todos. Mi padre quería ese título

para sí mismo, se daba aires y se pavoneaba como si fuera el dueño del mundo. Al final, ni siquiera era dueño de la silla en la que murió. Vivía para el día en que heredaría e hizo de mi vida una miseria. Me niego a ser como él.

—Lamento que hayas pasado por un momento difícil —murmuró ella. Thaddeus Berringer contaba una buena historia, pero ella se mostraba cautelosa de creer una sola palabra.

—Sabía lo que significaba para mí cuando mi padre murió. Así que huí e intenté olvidar mis responsabilidades con el negocio familiar. Pronto descubrí que Sinclair me encontró con bastante facilidad, y simplemente se negaba a marcharse de nuevo.

—Eso suena mucho a él.

—No tuve más remedio que acceder a regresar, pero hice un trato con él. Jamás podría decirle a *nadie* quién era yo. Le hice prometer, y él nunca rompe su palabra. Y ahora estoy aquí en Londres aprendiendo lo que puedo sobre las responsabilidades que heredaré.

—Estoy segura de que debe parecer una tarea abrumadora. Sinclair era mucho más joven que tú cuando su padre falleció, y también asumió el título y las cargas que lo acompañaban con algunas dificultades.

—No sé cómo lo hizo. Hace que parezca tan fácil. Durante meses, he estado al acecho en la sombra de un gran hombre, uno al que se supone que debo emular. Eso es mucho pedir. Pero con este disfraz mío, he llegado a conocer un lado de él que no es fácilmente visible. He descubierto que tiene una gran capacidad para amar y sacrificarse.

—Así es —Kitty asintió lentamente—. Me has contado mucho hoy, señor Berringer. ¿Qué esperas que haga al respecto?

—Sobre mí, nada. Pero quiero que me prometas que, si Sinclair te propone matrimonio de nuevo, no usarás su necesidad de un heredero como razón para rechazarlo.

Kitty jadeó al saber que este hombre conocía la reciente propuesta de Sinclair.

—¿De nuevo?

—Perdóname por ser tan directo, pero me queda poco tiempo antes de que noten mi ausencia. Anoche tropecé con una licencia especial en la habitación de mi primo. Era bastante antigua y tenía vuestros nombres. Él ha evadido todas mis preguntas sobre ti, pero ese documento prueba que significas mucho para él. No sé qué os mantuvo separados hace tantos años, pero descubrir que había guardado esa licencia especial, y conociendo los cambios que ha hecho recientemente en sus asuntos, me lleva a concluir que te lo pedirá de nuevo. Si aceptaras ser su esposa y duquesa, creo que ambos serían muy felices juntos.

El rostro de Kitty parecía congelado. No sabía cómo responder al hombre que le ofrecía todo lo que había soñado.

Pero saber que Sinclair había obtenido una licencia especial para casarse con ella una vez y la había guardado todo este tiempo no cambiaba nada. Aún tenía que irse y no podía permitirse volver por un largo tiempo.

Un golpe resonante se escuchó por toda la casa, y ella se sobresaltó. El señor Berringer también se levantó de un salto de su silla.

—Debo volver con el duque antes de que envíe hombres a buscarme de nuevo. Por favor, considera con mucho cuidado lo que te he dicho hoy.

El mayordomo llamó y entró cuando Kitty respondió.

—El señor Hunter y la señorita Hunter la esperan en la otra habitación, mi lady.

—Gracias —dijo ella—, estaré con ellos en un momento.

Berringer parecía bastante nervioso ahora.

—Me retiraré. Espero que no le importe que salga por la entrada de servicio. Después de

todos los problemas que se ha tomado mi primo para ocultar su interés en usted, será mejor que haga lo mismo. Si hay algo que pueda hacer por usted alguna vez, no dude en pedirlo. Su servidor, mi lady.

Se marchó apresuradamente, hablando en voz baja con el mayordomo mientras se iban. Se alejaron de la puerta principal juntos y desaparecieron.

Kitty esperó unos momentos y luego fue a ver a su hermano.

—Buenos días —exclamó.

Percy ya tenía la hoja de noticias de Willa y la había extendido para leerla.

—Suenas feliz. Supongo que pasaste una noche agradable.

—Muy agradable, de hecho.

Él empezó a reír entre dientes.

—¿A qué hora se fue?

Afortunadamente, Percy hizo esa pregunta lo suficientemente bajo como para que su hija no pareciera notarlo. Ella ya estaba hojeando las partituras, preparándose para su práctica.

—No es asunto tuyo —Se sentó cerca de él—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Alguna vez conociste a Godfrey Berringer?

—Sí —respondió sin levantar la vista—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Tenía un hijo?

—Sí, creo que sí. ¿Por qué?

—El nombre simplemente me vino a la mente, pero no estoy segura de por qué. ¿Alguna vez lo conocí?

—Probablemente no. Su gracia y ese primo llegaron a las manos. Las tonterías de siempre. El fanfarrón engreído pensaba que su familia debería recibir una asignación mayor de la finca e incluso pidió vivir en Grafton Park. ¿Te imaginas el descaro de tener a semejante primo mendigando en tu puerta? Ya estaba bien provisto de fondos suficientes, en mi opinión.

—¿Qué pasó?

—El duque se negó, y el primo regresó a donde quiera que hubiera venido. Nunca los volvimos a ver en Grafton Park.

—¿Y qué hay del hijo?

—No lo sé con certeza. Era solo un chiquillo cuando vi al niño asomándose por la ventana del carruaje. Creo que estaba aterrorizado. Supongo que debe haber muerto, ya que el duque no tiene heredero. ¿De qué se trata todo esto? ¿Sabes algo que yo no sé?

—No. Solo estaba pensando en voz alta —Se levantó y se acercó a su sobrina.

Felicity la miró.

—¿De verdad crees lo que dice papá sobre que el duque está mejor?

Ella acarició el cabello de la niña.

—Nunca hubo nada malo con él. Tenía asuntos que atender y estaba muy ocupado.

Willa llegó con el correo del día. Había una carta del cuñado de Kitty. Se sentó de nuevo junto a su hermano y colocó la carta en su regazo para leerla.

—¿Malas noticias? —preguntó él después de que ella la leyera.

—Sí, peores de lo que me habían hecho creer. No puede ser correcto que cueste tanto reparar un techo con goteras.

Percy miró la carta y luego se la devolvió.

—Te vas de nuevo.

Ella se volvió para mirar a su hermano.

—No tengo otra opción.

Él gruñó.

—Todos nos estábamos acostumbrando a tenerte cerca. Felicity, yo... —Entrecerró los ojos mirando el papel—. Sinclair también, sospecho.

Kitty tragó saliva. Nunca antes había consultado a su hermano, pero ahora sentía el impulso de hacerlo.

—¿Qué debería hacer respecto a... él?

Percy tomó una gran bocanada de aire.

—Mi sugerencia es que tomes un desvío hacia Escocia y encuentres un yunque.

—Lo haces sonar tan simple.

Percy dobló el papel. —Puede serlo, si no lo piensas demasiado. No te estás haciendo más joven, ¿sabes?

—Y tú eres un año mayor que yo. Positivamente anciano desde mi punto de vista.

Percy sonrió. —Te echaré de menos. Cuando hayas terminado con Escocia, y con Kinsale también, nos encontrarás en casa en Grafton Park de nuevo, donde pertenecemos.

Ella miró fijamente a su hermano... y entonces empezó a temblar.

Thaddeus Berringer le había dicho la verdad esa mañana. Sinclair había intentado decirle días antes que no necesitaba un hijo. Él había querido contarle sobre Thaddeus pero había hecho una promesa de no revelar su identidad a nadie. No rompería su palabra. Ni siquiera por ella.

El corazón de Kitty empezó a latir más rápido. Ya no había ningún impedimento real para su matrimonio. Nunca lo había habido. Sinclair ya tenía un heredero esperando entre bastidores, y lo había planeado todo para allanar su camino, incluso sin su consentimiento para casarse con él.

Oh, el querido hombre. Qué frustrado debía sentirse ahora mismo. —Me iré esta tarde —dijo con una sonrisa—. Tenemos un largo camino por delante.

—En efecto —Percy abrió el papel una vez más, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios—. No te imagines que intentaré detenerte. Tampoco lo habría hecho hace treinta años.

CAPÍTULO 21



EN LOS ÚLTIMOS AÑOS, Sinclair había pasado cada vez más tiempo imaginando cómo habría sido su vida si se hubiera casado. Ciertamente esperaba casarse, pero nunca lo había hecho por una razón u otra. Y luego, el año pasado, conoció a alguien que le interesó... sin saber que sus afectos no estaban disponibles para él.

Así que una vez que el casi cortejo terminó, buscó un breve período de consuelo en los brazos de otra. Una docena de noches en la cama de una cortesana experimentada sin duda había resultado una distracción digna durante unas semanas, pero ahora era el momento de actuar y hacer un cambio permanente en su vida.

Y lo que Sinclair nunca había llegado a comprender hasta hace poco era que siempre había esperado que su vida fuera de cierta manera. Había estado esperando que Kitty regresara y recogiera los pedazos de esa felicidad. Que ella dejara Londres no le convenía. Que se fuera para siempre, aún menos. Había decidido en las últimas horas de la noche que estaba harto de estar solo. No le importaba si causaba un escándalo. El futuro del ducado estaba asegurado y Teddy estaría bien sin él.

Seguiría a Kitty dondequiera que fuera, abandonando sus responsabilidades al cuidado de Teddy. Estaba ansioso por continuar su viaje hacia la eternidad con Kitty a su lado.

—¿Dónde demonios está mi carruaje? —se quejó Sinclair a su mayordomo.

—Llegará en cualquier momento, su gracia.

Miró su reloj de bolsillo, frunciendo el ceño. —Llevo esperando veinte minutos.

—Le pido disculpas —dijo el hombre, y luego miró a su alrededor nerviosamente—. Quizás debería preguntar de nuevo sobre el retraso.

—Sí, hazlo inmediatamente.

El mayordomo se apresuró hacia las entrañas de la casa de la ciudad. Sinclair paseaba por el vestíbulo en un estado de extrema decepción. Estaba ansioso por ver a Kitty de nuevo esta noche. Sinclair quería saber si la carta de su cuñado había llegado. Si las noticias eran malas, lo más probable es que ella dejara Londres para supervisar las reparaciones, y él quería explicarle que la acompañaría a Kinsale. Si a ella no le gustaba, aun así la seguiría.

Caminaba de un lado a otro en el vestíbulo solo, y cuando el mayordomo no regresó, rechinó los dientes de nuevo. Frustrado aún más por el retraso, giró enojado y se dirigió a su estudio para vigilar la llegada del carruaje desde una ventana delantera, solo para escuchar a Teddy quejarse de que estaba equivocado.

—Perdón —gruñó, desconcertado.

Teddy estaba sentado detrás del escritorio de Sinclair con un libro en la mano, discutiendo con él como de costumbre. —Eso no iba dirigido a ti.

Gruñó. —Pensé que te habías ido.

—Todavía no. Me quedaban una o dos cosas por hacer antes de partir.

—¿Ya has estado en tu nueva casa?

Teddy sonrió. —Pasé por allí esta mañana. Me gusta el aspecto que tiene.

—Es mejor por dentro —prometió Sinclair—. ¿También visitaste a tu viuda esta mañana?

—No es mi viuda, pero sí, lo hice. Su salud sigue mejorando, me complace decir.

—Bien. —Sinclair se acercó a la ventana y miró hacia afuera—. Dónde demonios está —murmuró entre dientes.

—Estoy seguro de que el carruaje no tardará mucho. ¿Por qué no tomas una copa conmigo mientras esperas? Estaré encantado de servirnos a ambos.

Teddy se puso de pie, se alisó el chaleco de seda azul y cruzó hacia la variedad de decantadores en el aparador.

Sinclair se quedó boquiabierto. Teddy no llevaba ni una pizca de librea en ninguna parte de su persona. —¡Por fin!

Teddy rió suavemente. —Sabía que te complacería.

—¿Puedo ahora proclamar tu existencia a la sociedad y al mundo en general?

—Si encuentras el tiempo. —Una pequeña sonrisa cruzó sus labios mientras le pasaba la bebida—. Por el futuro.

—Por un futuro muy feliz —corrigió Sinclair. Teddy parecía mucho más apropiado, vestido como un caballero. Las damas lo devorarían cuando apareciera así en sociedad. Un poco más de brillo en sus botas, una montura adecuada para el paseo por Rotten Row y quizás un elegante carruaje también. El heredero de la fortuna de Exeter debe parecer un caballero si quiere que lo tomen en serio—. La velada de Lady Fuller es mañana por la noche. Deberíamos asistir juntos y hacer el anuncio sobre ti allí. Dejar que la gente te vea realmente por fin.

—Quizás —murmuró Teddy—. Creo que tu carruaje ha llegado.

Por un momento, Sinclair se sintió dividido. Si por fin podía hablar de que Teddy era de su sangre, quería empezar inmediatamente. Sinclair había tenido que esperar mucho tiempo para este momento. No necesitaba ir a ver a Kitty de inmediato. Aún no había oscurecido completamente. Podía retrasarse un poco más mientras planeaban la mejor manera de lanzar a Teddy a la sociedad.

—Pensé que tenías ganas de salir —dijo Teddy, interrumpiendo los pensamientos de Sinclair.

—Las tengo, pero quizás debería quedarme. Ahora que has decidido no ser difícil, hay mucho de lo que hablar todavía.

El mayordomo apareció. —Su carruaje está listo, su gracia.

—El señor Berringer y yo nos quedaremos —anunció Sinclair.

El mayordomo miró hacia Teddy. —¿Es eso cierto, señor?

—No es cierto —aseguró Teddy al mayordomo con una risa. Su mano se posó en el hombro de Sinclair—. Prometo que estaré aquí cuando regreses.

—Sí, más te vale. Está bien, me iré ahora, y empezaremos con la mente clara mañana por la mañana. —Sinclair suspiró—. ¿Te he dicho últimamente que serás un excelente duque cuando yo muera?

—Sí, bastantes veces ya. Y todavía me avergüenza escucharlo.

—Tienes un gran potencial. —Se dirigió hacia la puerta, llevando a Teddy con él—. Sé que nunca quisiste el título, pero será tuyo, y no puedo pensar en otro hombre más capaz de asumir la responsabilidad que vendrá.

—Gracias. —Teddy se aclaró la garganta varias veces—. Deberíamos discutir esto más tarde.

—Sí, sí, por supuesto que lo haremos —asintió. No podía esperar para contarle finalmente a Kitty sobre tener un heredero. Quizás entonces ella aceptaría convertirse en su esposa. Preferiría mucho dejar de escabullirse de su cama cada mañana. Le gustaría empezar a dormir hasta tarde, en realidad. Se detuvo y tomó la mano de Teddy entre las suyas—. Te prometo que no te arrepentirás.

Los brazos de Teddy rodearon sus hombros y el hombre más joven lo apretó, y luego comenzó a empujar a Sinclair hacia la puerta principal abierta y su carruaje que esperaba.

—¿Quieres darte prisa y subir al maldito carruaje?

—Está bien, pero después del almuerzo de mañana, vamos a tener una larga conversación —miró hacia arriba al salir por la puerta, y luego frunció el ceño—. ¿Por qué está aquí mi carruaje de viaje?

—Ha habido un acontecimiento.

—¿Qué quieres decir?

Teddy señaló el carruaje.

—Se te explicará en el camino.

Sinclair le dio la espalda al carruaje y miró a su primo con enojo.

—No iré a ninguna parte hasta que me digas qué está pasando.

—Lo traje hasta aquí —gritó Teddy mientras miraba por encima del hombro de Sinclair—. Quizás tú puedas hacer el resto.

—Sinclair, ¿quieres darte prisa? —dijo Kitty detrás de él.

Él se giró y corrió hacia la puerta abierta del carruaje para mirar adentro.

Oculta por las sombras del carruaje cerrado estaba su Kitty; un pequeño maletín de viaje que las mujeres solían llevar estaba junto a ella.

—Buenas tardes, mi amor.

—¿Qué haces aquí? ¿Y si alguien te ve?

—Supongo que alguien podría si no te apresuras y te unes a mí.

Sintió la presencia de Teddy a su lado.

—Tu ayuda de cámara y tus baúles ya están a bordo. Haré que tu secretario envíe tus disculpas a cualquier evento en tu agenda. Sube al maldito carruaje y ve a casarte con esta mujer antes de que cambie de opinión sobre aceptarte.

Sinclair subió y alcanzó inmediatamente las manos extendidas de Kitty.

—¡Apenas puedo creer que estés aquí!

—Tienes que agradecer a tu heredero por eso —dijo ella en voz baja.

—Sí, mi... —parpadeó—. ¿Mi qué?

Ella rio suavemente.

—Teddy es un tipo persuasivo. Pensó que yo podría hacerte feliz, y yo también lo creo.

Él se giró en el asiento para mirar a Teddy de nuevo, pero aún sostenía la mano de Kitty con fuerza.

—¿Cómo lo supiste?

—No eres el único que puede hacer que sigan a alguien.

—Te siguió a ti, mi amor —susurró Kitty—. Y estoy tan contenta de que lo hiciera.

—Dios mío, he sido objeto de una conspiración por parte de las dos personas que más amo en el mundo —se quejó Sinclair.

—Quizás deberías acostumbrarte a eso. Es lo que hacen las familias —advirtió Teddy, sonriendo—. Es todo suyo, mi lady. Tráigalo de vuelta de una pieza, pero tómense su tiempo. Me ocuparé de todo hasta que regresen en unos meses. Pero no se olviden de la fiesta en Grafton

Park. No querrán perderse los fuegos artificiales.

—Ni el pastel —Sinclair salió del carruaje y abrazó fuertemente a Teddy—. Gracias.

—Es lo mínimo que puedo hacer después de todo lo que has hecho por mí —sugirió Teddy —. Te debo todo.

—Mientras esté fuera...

—Sé lo que vas a decir. Conseguir mejores trajes, botas y sombreros también. No te defraudaré.

—Iba a sugerir que te diviertas un poco mientras estoy fuera —Sinclair lo soltó, sintiendo que sus emociones aumentaban.

Subió al carruaje con Kitty, y Teddy cerró la puerta tras él.

—Que tengan un buen viaje —gritó.

—Ciertamente lo tendremos —aseguró Kitty, y luego golpeó el techo del carruaje para que se pusieran en marcha.

Sinclair sostuvo ambas manos de ella.

—¿Qué me he perdido?

—Mi vida —le dijo, y luego rio—. Si aún no te has dado cuenta, en realidad te estoy secuestrando. Estamos huyendo hacia la frontera, mi amor.

Su mente daba vueltas por la conmoción, y luego rio sorprendido.

—¿Nos vamos a casar sobre un yunque?

—Habrá menos alboroto de esa manera y más disfrute para nosotros en el viaje —hizo una mueca—. Me alegro de evitar los desmayos de otras damas por la conmoción de que finalmente estés fuera del mercado. Para cuando regresemos, el anuncio habrá aparecido en el periódico y lo peor de los chismes habrá pasado. Debo decir que Teddy ha sido un entusiasta conspirador en este asunto. Ha enviado a un jinete por delante para asegurar habitaciones en el camino y todo lo demás que podríamos necesitar. Iremos primero a Escocia, y luego viajaremos a casa en Kinsale. Quiero que conozcas a la familia de mi esposo. Si todo va bien allí, estaremos de vuelta en Grafton Park antes de que caiga la primera nevada.

Sinclair parpadeó lentamente.

—Casa.

—Ha pasado tanto tiempo.

Miró a la mujer que lo miraba fijamente, y su corazón revoloteó. Puso su brazo alrededor de ella y la atrajo hacia sí.

—Tantas cosas han cambiado.

—Pero no tú, ni yo. No realmente.

Llevó las manos de ella a sus labios y las besó.

—¿Cuándo lo supiste? Sobre Teddy, quiero decir.

—Solo esta mañana. Teddy vino a suplicarme que aceptara tu propuesta, si la hacías. No tuve el corazón para decirle que ya te había rechazado.

—Entendí por qué lo hiciste —susurró Sinclair—. No era el momento adecuado. Debería haberme casado contigo cuando éramos jóvenes, pero pensé que teníamos todo el tiempo del mundo para estar juntos. Qué tonto fui al dejarte escapar. Nunca he amado a nadie tanto como te amo a ti.

Ella liberó sus manos de su agarre y acunó su rostro.

—Querido hombre, lo sé. Juro que nunca dejaré que nadie nos separe de nuevo.

Sinclair apoyó su cabeza contra la de ella. La vida era corta y el futuro incierto, pero mientras tuviera la oportunidad, viviría la vida al máximo, con la única mujer que tenía la posibilidad de

retener su corazón para siempre.

EPÍLOGO



GRAFTON PARK

Diciembre de 1815

—El tiempo ha cambiado.

—Hmm —murmuró Sinclair soñoliento, y luego subió las mantas para cubrirlos a ambos—. He oído que predicen fuertes nevadas para mañana por la mañana.

Kitty se volvió para mirar a su marido.

—¿Quién dice eso?

—El viejo John del arroyo.

Ella negó con la cabeza.

—El señor Cook siempre fue más fiable.

—Lo es cuando está sobrio —murmuró Sinclair antes de deslizarse completamente bajo las sábanas—. Ahora casi nunca lo está.

—El hombre perdió a su esposa. Lo ha tomado muy mal. Estuvieron juntos mucho tiempo.

Hubo un minuto de silencio, y luego:

—¿Echaste de menos a Forbes de esa manera?

—Lo eché de menos, pero se ha ido, y eso es todo lo que necesitas saber sobre él.

Sinclair suspiró profundamente.

—Tienes razón.

Muchas cosas habían cambiado en Grafton Park en los últimos treinta años. Volver había removido tantos recuerdos viejos y dolorosos para ella. Nunca usaba el puente que conducía a su antigua casa. De hecho, la casa ya no estaba allí. Un incendio la había destruido hace diez años, le habían dicho, y solo había visto los terrenos desde la distancia.

Aparte de esos primeros recuerdos inquietantes, estaba feliz de estar aquí de nuevo. Contenta de estar casada con Sinclair. No había muchos lugareños que estuvieran realmente asombrados de que el duque se hubiera casado con ella. Si pensaban que no era digna, se guardaban esos sentimientos para sí mismos. Ella había sido una de ellos, y no había adoptado la costumbre de hacer valer su nuevo rango sobre nadie.

Había habido una pequeña celebración a su regreso a la finca. Un baile campestre después de un picnic para que todos los arrendatarios vinieran a saludar a Kitty. Pero luego los residentes de la finca volvieron a sus rutinas y ritmos familiares como si nada trascendental hubiera ocurrido, hasta hoy. Kitty había encontrado rápidamente su lugar como señora de esta gran casa antigua. El ama de llaves había sido amiga suya una vez, después de todo.

En cuanto a cómo había tomado la sociedad la noticia de que el Duque de Exeter finalmente se había casado, bueno, eso era otro asunto completamente diferente.

Después de que el anuncio apareciera en el *Times*, las cartas comenzaron a llegar de miembros preocupados de la alta sociedad, tanto a Grafton House en Londres como a Grafton Park también. Kitty había leído algunas ella misma. Algunas suplicaban la seguridad de que Sinclair no se había casado realmente. Que todo era una mentira y algunas incluso prometían que llegarían al fondo del asunto por él.

Cuando Sinclair no respondió a nadie, porque todavía estarían viajando en ese momento, varios caballeros se tomaron la molestia de ir a golpear su puerta en Londres. Por supuesto, no podían verlo allí, así que se enviaron agentes de Bow Street para rastrearlos.

Durante su viaje a Escocia, Sinclair había escrito cartas tanto a su sobrino, Lord Ettington, como al Duque de Baxter y también al Príncipe Regente, pero no llegaron a tiempo para detener la persecución. Había sido demasiado tarde para detener a los agentes que llegaron para interrumpir su cena una noche en la costa inglesa antes de que pudiera tener lugar la travesía. Una vez asegurados de que el duque estaba perfectamente sano y salvo, y de luna de miel nada menos, los agentes se apresuraron a partir de nuevo hacia Londres con el rabo entre las piernas.

El pobre Sinclair había estado tan avergonzado por el alboroto que se había armado por su matrimonio que había jurado votar por poder durante el próximo año. Kitty se negó a apoyar esa decisión y se retiraron temprano esa noche, para debatir el asunto en la cama.

Después de esa interrupción, no los habían molestado de nuevo.

Willa le había escrito a Kitty en Irlanda para compartir cómo habían tomado la noticia las damas de la alta sociedad.

No muy bien.

Willa informó que había más de una dama con el corazón roto entre sus conocidas, algunas aún llorando desconsoladamente meses después.

Y hoy, estaban a punto de organizar la fiesta en la casa que Sinclair había planeado meticulosamente durante tantos meses. Los invitados empezarían a llegar hoy para las celebraciones de su cumpleaños, y Kitty estaba casi tan emocionada como Sinclair por eso.

La única alteración real a los planes de Sinclair era que Percy y Felicity se habían instalado en la casa de la viuda en lugar de la cabaña. *Eso* sí que había removido sentimientos entre aquellos que recordaban a su hermano. Estaban bastante preocupados por cuándo la haría estallar.

Miró de nuevo a Sinclair y le quitó las sábanas de la cara.

—Deberíamos levantarnos. También habrá que insistir a Percy para que haga acto de presencia.

—Pero justo estoy empezando a acostumbrarme a dormir hasta tarde.

—Bueno, yo me voy a levantar.

Las manos de Sinclair salieron disparadas, la capturaron y la arrastraron de vuelta bajo las sábanas con él.

—Oh no, no lo harás.

Ella miró al hombre que amaba y negó con la cabeza.

—Dices eso todas las mañanas.

—Y todas las mañanas, logro convencerte de que te quedes en la cama conmigo un poco más. Además, Teddy está aquí ahora. Si alguien viene antes del mediodía, él se encargará.

Teddy todavía llevaba librea, pero el joven le había susurrado a Kitty que planeaba darle a Sinclair el regalo de cumpleaños perfecto: planeaba revelarse como el heredero del duque durante el baile final, justo antes de los fuegos artificiales.

—Él no es el anfitrión de tu pequeña fiesta. Tú lo eres.

—*Lo* estamos. Necesito mi sueño de belleza más que tú. Soy el mayor.

Ella se rio. Sinclair podía ser tan ridículo con su edad y su apariencia. —Eres tan guapo como siempre.

—Y tú eres divina —la colocó debajo de él y sus labios descendieron hasta su pecho. Le llenó la piel de besos suaves, moviendo su camisón para poder besarle el pecho—. ¿Me seguirás amando cuando mi atractivo se haya ido? —preguntó de repente.

—Para siempre, mi amado —prometió ella—. Pero en realidad no me casé contigo por tu apariencia.

—¿Por mi dinero?

—No, no seas tonto —le apartó el cabello de la cara, admirando su sonrisa tímida—. Y tampoco por tu título.

—Entonces debe ser por mi sentido del humor.

Ella le robó un beso. —Me casé contigo por ese gran corazón tuyo, y para poder entregarte el mío de nuevo.

Él se rozó contra ella, moviéndose inquieto, y la besó profundamente. Cuando se apartó, sus ojos estaban llenos de amor y deseo. —El amor encontrará el camino sin importar cuánto tiempo tarde.

—Treinta años fue casi demasiado tiempo —susurró Kitty, y luego lo atrajo hacia ella y lo besó con firmeza—. Te amaré por el resto de mi vida y la tuya, lo juro.

Sinclair sonrió y tiró de las sábanas sobre sus cabezas. En la repentina oscuridad, susurró: —Te mostraré cómo, si me dejas amarte de nuevo.

—Nunca necesitas hacer esa pregunta —susurró ella en respuesta, mientras la razón por la que necesitaban levantarse quedaba completamente olvidada durante otra hora.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

